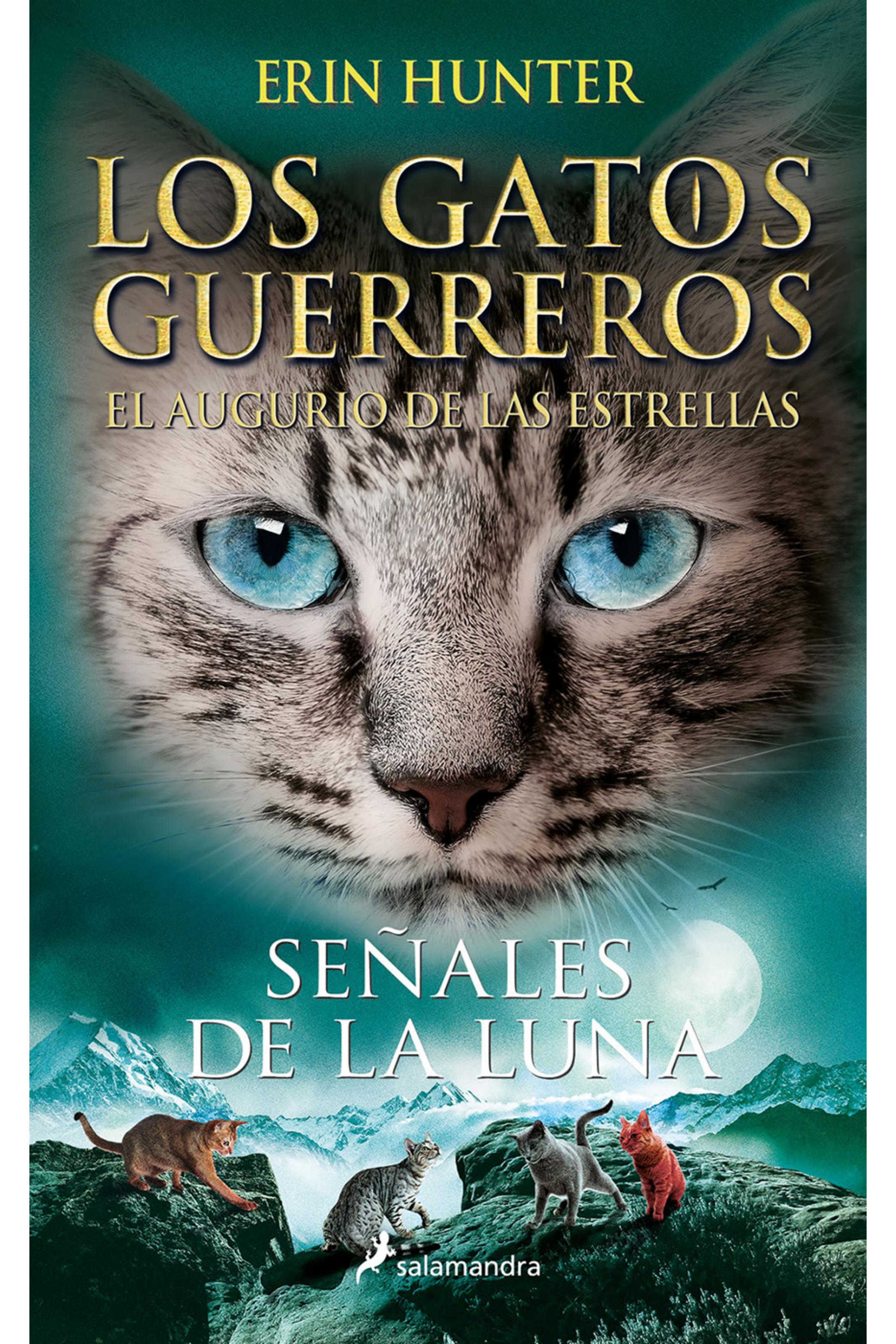

ERIN HUNTER
LOS GATOS GUERREROS
EL AUGURIO DE LAS ESTRELLAS
SEÑALES DE LA LUNA
salamandra

ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

EL AUGURIO DE LAS ESTRELLAS

SEÑALES DE LA LUNA

Traducción del inglés de
Begoña Hernández Sala



Pedrusco parpadeó, y Glayo se estremeció ante la idea de que los ojos ciegos y grises del gato antiguo aún pudieran verlo muy bien.

—Tu pasado reside en las montañas —maulló el anciano—. El lugar donde yo nací, el lugar al que los gatos ya han regresado con anterioridad. Debes ir allí una vez más para completar el círculo.

—¿A la Tribu de las Aguas Rápidas? —A Glayo las preguntas no le salían lo bastante rápido—. ¿Tienen problemas?

Pedrusco no respondió. El golpe de una piedra a sus espaldas distrajo a Glayo por un instante, y, cuando se volvió de nuevo, el gato antiguo ya había desaparecido.

Un agradecimiento especial para Cherith Baldry

Filiaciones



CLAN DEL TRUENO

Líder

ESTRELLA DE FUEGO: gato de un intenso color rojizo.

Lugarteniente

ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

Curandero

GLAYO: gato ciego y atigrado de color gris y ojos azules.

Guerreros

(gatos y gatas sin crías)

LÁTIGO GRIS: gato gris de pelo largo.

MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

TORMENTA DE ARENA: gata de color melado claro y ojos verdes.

FRONDE DORADO: gato atigrado marrón dorado.

ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo y ojos azules.

CENTELLA: gata blanca con manchas canela.

MILI: gata atigrada de color gris y ojos azules.

ESPINARDO: gato atigrado marrón dorado.

ESQUIRUELA: gata de color rojizo oscuro y ojos verdes.

HOJARASCA ACUÁTICA: gata atigrada de color marrón claro y de ojos ámbar (antigua curandera).

ZANCUDO: gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

BETULÓN: gato atigrado marrón claro.

CANDEAL: gata blanca de ojos verdes.

BAYO: gato de color tostado.

PINTA: pequeña gata gris y blanca.

RATONERO: gato gris y blanco.

CARBONERA: gata atigrada de color gris.
Aprendiza: ZARPA ESPINELA

LEONADO: gato atigrado de color dorado y ojos ámbar.
Aprendiza: ZARPA DE TÓRTOLA

RAPOSO: gato atigrado rojizo.

NUBE ALBINA: gata blanca.

TORDO: gato blanco y negro.

ROSADA: gata de color tostado oscuro.

GABARDA: gata de color marrón oscuro.

FLORESTA: gata parda y blanca.

ABEJORRO NEGRO: gato de color gris muy claro con rayas negras.

Aprendices

(de más de seis lunas de edad,
se entrenan para convertirse en guerreros)

ZARPA DE TÓRTOLA: gata de color gris claro y ojos verdes.

ZARPA ESPINELA: gata atigrada de color plateado y blanco y ojos azul oscuro.

Reinas

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

DALIA: gata de pelo largo y color tostado, procedente del cercado de los caballos.

ROSELLA: gata parda, madre de dos cachorritos, hijos de Bayo: Grosellita (gatita de color rojizo) y Jerbillo (gatito marrón y tostado).

Veteranos

(antiguos guerreros y reinas, ya retirados)

MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

PUMA: gato viejo, rechoncho y de hocico gris. En otro tiempo, un solitario.



CLAN DE LA SOMBRA

Líder

ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

Lugarteniente

SERBAL: gato rojizo.

Curandero

CIRRO: gato atigrado muy pequeño.

Guerreros

ROBLEDO: pequeño gato marrón.
Aprendiz: ZARPA DE HURÓN (gato tostado y gris)

CHAMUSCADO: gato negro.

SAPERO: gato marrón oscuro.

POMA: gata moteada de color marrón.

GRAJO: gato negro y blanco.

LOMO RAJADO: gato marrón con una larga cicatriz en el lomo.
Aprendiza: PINOSA (gata negra)

AGUZANIEVES: gata de un blanco inmaculado.

TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes.
Aprendiz: CHIRLERO (gato rojizo)

OLIVA: gata parda.

RAPAZ: gato atigrado de color marrón claro.

TOPERA: gata gris de zarpas negras.

CARBÓN: gato gris oscuro.

MANTO RUANO: gato moteado de color marrón y rojizo.

CORAZÓN DE TIGRE: gato atigrado marrón oscuro.

CANELA: gata de color marrón claro.

Reinas

PELOSA: gata atigrada de pelo largo que apunta en todas direcciones.

YEDRA: gata blanca, negra y parda.

Veteranos

CEDRO: gato gris oscuro.

AMAPOLA: gata atigrada marrón claro de patas muy largas.

CRÓTALO: gato marrón oscuro de cola rayada.

ESPUMOSA: gata blanca de pelo largo, ciega de un ojo.



CLAN DEL VIENTO

Líder

ESTRELLA DE BIGOTES: gato atigrado de color marrón.

Lugarteniente

PERLADA: gata gris.

Curandero

AZOR: gato moteado gris.

Guerreros

CORVINO PLUMOSO: gato gris oscuro.

CÁRABO: gato atigrado de color marrón claro.
Aprendiz: PARDINO (gato de color marrón claro)

COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

NUBE NEGRA: gata negra.

GENISTA: gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules.

TURÓN: gato rojizo de patas blancas.

LEBRÓN: gato marrón y blanco.

HOJOSO: gato atigrado oscuro de ojos ámbar.

HORMIGUERO: gato marrón con una oreja negra.

RESCOLDO: gato gris con dos patas oscuras.

COLA BRECINA: gata atigrada de color marrón claro y ojos azules.
Aprendiza: ZARPA DE RETAMA (gata blanca y gris)

VENTOLERO: gato negro de ojos ámbar.
Aprendiz: PLOMIZO (gato grande de color gris claro)

CAÑAMERA: gata atigrada de color marrón claro.

FOSCA: gata de color gris oscuro.

CARA SOLEADA: gata parda con una gran mancha blanca en la frente.

Veteranos

MANTO TRENZADO: gato atigrado de color gris oscuro.

OREJA PARTIDA: gato atigrado.



CLAN DEL RÍO

Líder

ESTRELLA VAHARINA: gata gris de ojos azules.

Lugarteniente

JUNCAL: gato negro.
Aprendiz: LOBEZNO (gato atigrado de color marrón oscuro)

Curandera

ALA DE MARIPOSA: gata atigrada de color dorado y ojos ámbar.
Aprendiza: BLIMA (gata atigrada de color gris).

Guerreros

BOIRA: gata atigrada gris claro.
Aprendiza: NEBLINA (gata atigrada gris claro)

AJENJO: gato atigrado de color gris claro.

NÍVEA: gata blanca de ojos azules.

PALOMERA: gata de color gris oscuro.
Aprendiza: ZARPA PICAZA (gata blanca y marrón)

GUIJO: gato moteado gris.
Aprendiz: CARRICERO (gato atigrado marrón claro)

MALVOSO: gato atigrado marrón claro.

PARDAL: gato pardo y blanco.

BICHERO: gato atigrado marrón y blanco.

PÉTALO: gata blanca y gris.

MATOJO: gato de color marrón claro.

Reinas

VESPERTINA: gata atigrada marrón.

MUSGOSA: gata parda de ojos azules.

Veteranos

ROANA: gata gris moteada.

SALTÓN: gato blanco y canela.

LA TRIBU DE LAS AGUAS RÁPIDAS

Sanador

NARRADOR DE LAS ROCAS PUNTIAGUDAS (NARRARROCAS): gato atigrado marrón de ojos azules.

Apresadores

(machos y hembras responsables de conseguir comida)

CIELO GRIS ANTES DEL ALBA (GRIS): gato atigrado gris claro.

SOMBRA DE ALA SOBRE EL AGUA (SOMBRA): gata blanca y gris.

BORRASCOSO: gato gris oscuro de ojos ámbar; antiguo miembro del Clan del Río.

VUELO DE GARZA ASUSTADA (GARZA): gata atigrada marrón.

ALARIDO DE BÚHO FURIOSO (ALARIDO): gato negro.

GOTAS QUE LEVANTA EL PEZ AL SALTAR (GOTAS): gata atigrada de color marrón claro.

Guardacuevas

(machos y hembras responsables de proteger la cueva)

PEÑASCO DONDE ANIDAN LAS ÁGUILAS (PEÑASCO): gato gris oscuro (hermano de Rivera).

SENDERO ESCARPADO JUNTO A LA CASCADA (ESCARPADO): gato atigrado marrón oscuro.

DESCENSO DE AVE DE RAPIÑA (RAPIÑA): gata de color rojizo oscuro.

LAMA QUE CRECE JUNTO AL RÍO (LAMA): gata de color marrón claro.

CHINA QUE BAJA RODANDO LA MONTAÑA (CHINA): gata de color gris.

Crianderas

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

RIVERA DONDE NADA EL PEQUEÑO PEZ (RIVERA): gata atigrada de color marrón. Madre de ALONDRA QUE CANTA

AL AMANECER (ALONDRA), gatita atigrada de color claro, y de PINO QUE SE AGARRA A LA ROCA (PINO), gatito de color marrón claro.

NOCHE SIN ESTRELLAS (NOCHE): gata negra.
Pareja de Escarpado.

Pupilos

(aprendices de tribu)

DESTELLO OSCURO SOBRE EL AGUA (OSCURO): gato negro (apresador).

NIEVE QUE CAE SOBRE LAS PIEDRAS (NIEVE): gata blanca (guardacuevas).

LLUVIA QUE PASA RÁPIDAMENTE (LLUVIA): gata gris moteada (guardacuevas).

Veteranos

(antiguos apresadores y guardacuevas, ya retirados)

GARRA DE ÁGUILA EN PICADO (GARRA): gato atigrado marrón oscuro.

AVE QUE CABALGA EL VIENTO (AVE): gata de color marrón grisáceo.

NUBE DE PANZA ESTRELLADA (NUBE): gata de color gris claro.

OTROS GATOS DE LAS MONTAÑAS

FLORA: gata de color marrón oscuro y blanco y ojos verdes.

LOS GATOS ANTIGUOS

SOMBRA ROTA: esbelta gata cobriza de patas blancas y ojos ámbar.

BRISA SUSURRANTE: gata gris plateado de ojos azules.

SON DE ROCA: gato atigrado de color gris oscuro y ojos azules.

NUBARRÓN GRIS: gato blanco y gris de ojos azules.

HELECHO RIZADO: gato atigrado de color rojizo oscuro y ojos ámbar.

SOL NEBULOSO: gata de color canela claro y ojos verdes.

CABALLO VELOZ: gato marrón oscuro de ojos amarillos.

LUNA NACIENTE: gata blanca y gris de ojos azules.

RAYO HENDIDO: gato blanco y negro de ojos ámbar.

CERVATILLA TÍMIDA: gata marrón oscuro de ojos ámbar.

RÍO DEL ALBA: gata tricolor de ojos ámbar.

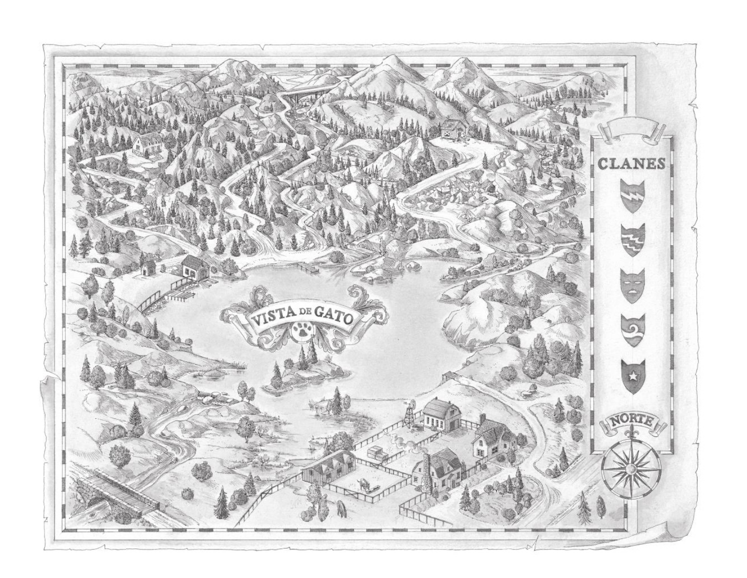
SALTO DE PEZ: gato atigrado de color marrón y ojos ámbar.

MEDIA LUNA: gata blanca de ojos verdes.

PLUMA DE LECHUZA: fibrosa gata marrón de ojos amarillos.

ALA DE GLAYO: gato atigrado de color gris y ojos azules.

ALA DE TÓRTOLA: gata de color gris claro y ojos azules.



VISTA DE GATO
CLANES
NORTE


VISTA DE DOS PATAS
Camping Hareview
Casa de los obreros (abandonada)
Carretera de la cantera (abandonada)
Laguna Crystal
Villa Sanctuary
Bosque de Sadler
Cantera
Arboleda de Hare
Centro de vela de Littlepine
Carretera de Littlepine
Lago Sanctuary
Colinas de Hare
Isla de Littlepine
Río Alba
Carretera de Whitechurch
Arboleda Knight
Caballerizas de Hare
Carretera de Hare
Leyenda Del MAPA
Árboles de hoja caduca
Pinar
Ciénaga
Lago
Senderos
NORTE



Prólogo

El agua descendía con estruendo desde lo alto de la montaña, ocultando la entrada de la cueva con una cascada reluciente. Una luz gris se filtraba a través de ella, y las sombras se arremolinaban en los rincones de la gruta como suaves alas negras. Cerca de la cortina de agua, dos cachorros correteaban sobre un puñado de plumas, mandándolas de un lado a otro a manotazos y soltando chillidos de alegría. El pelaje atigrado claro de la gatita y el marrón del gatito casi se fundían con el oscuro suelo de piedra.

Al fondo de la gruta, un viejo atigrado marrón estaba sentado ante la boca de un túnel. Tenía los ojos entornados, y su mirada azul no se despegaba de los cachorros. Permanecía inmóvil, excepto por alguna que otra contracción de las orejas.

La gatita atigrada dio un gran salto en el aire y atrapó un puñado de plumas con las garras. Cuando aterrizó con su presa, su hermano se le subió encima de un brinco y la derribó, haciéndola rodar por el suelo y mordisqueando las plumas con sus dientecillos, tan finos que parecían minúsculas espinas blancas.

—Ya basta —dijo con dulzura una elegante atigrada marrón, que se levantó para reunirse con ellos—. No os acerquéis demasiado al agua. Y, Pino, ¿por qué no intentas saltar muy alto, como Alondra? Debes practicar para cuando seas

apresador.

—Yo preferiría ser guardacuevas —respondió Pino—. Lucharía contra todos los gatos que intentaran colarse en nuestro territorio.

—Bueno, pues no puedes, porque voy a serlo yo —replicó Alondra—. Voy a ser guardacuevas y apresadora, ¡para que veas!

—En la tribu no hacemos así las cosas —maulló su madre, y una rápida mirada por encima del hombro reveló que era consciente de que el viejo gato los observaba desde las sombras —. Cada cachorro tiene que... —La gata se interrumpió al oír unos pasos por el estrecho sendero que discurría tras la cascada y terminaba en la cueva.

Un gato gris de musculosos hombros hizo su aparición, seguido del resto de su patrulla. De inmediato, los dos cachorros corrieron a darle la bienvenida soltando chillidos de alegría, pero la atigrada marrón fue tras ellos y los retuvo con la cola.

—¡Id con cuidado! Vuestro padre ha estado patrullando la frontera. Debe de estar cansado.

—Estoy bien, Rivera. —El gato gris le dedicó un guiño cariñoso y le dio un lametón en la oreja—. Hoy ha sido fácil.

—¡No sé cómo puedes decir eso, Borrascoso! —exclamó un gato negro que llegaba por el sendero sacudiéndose el agua del pelo—. Malgastamos el tiempo y nos agotamos patrullando esa frontera, ¿y todo para qué?

—Para tener paz y tranquilidad —respondió Borrascoso con calma—. No vamos a librarnos de esos gatos, por mucho que los consideremos unos intrusos. Lo único que podemos hacer es proteger nuestro territorio.

—¡Todas las montañas deberían ser nuestro territorio! —bufó el gato negro.

—Déjalo ya, Alarido —maulló una gata de color rojizo

oscuro, sacudiendo la cola con irritación—. Borrascoso tiene razón. Las cosas ya no son así.

—Pero… aquí estamos seguros, ¿no? —preguntó Rivera mirando de reojo a los cachorros, que ahora estaban peleándose por una bola de pelo de conejo.

—En general, las fronteras aguantan. —le dijo Borrascoso a Rivera con expresión preocupada—. Aunque hemos detectado el olor de otros gatos en un par de sitios y había plumas de águila desperdigadas entre las piedras. Parece que han estado robando presas de nuevo.

La gata rojiza hizo un gesto de indiferencia.

—No podemos hacer nada al respecto.

—Pero no podemos dejarlo pasar sin más, Rapiña —murmuró Borrascoso—. De lo contrario, esos gatos pensarán que pueden hacer lo que les apetezca, y las fronteras que establecimos no servirán de nada. Creo que deberíamos aumentar las patrullas y estar preparados para pelear.

—¿Más patrullas? —Alarido sacudió la cola, furioso.

—Tiene sentido…

—¡No!

Borrascoso pegó un brinco cuando una voz áspera brotó de las sombras, y entonces vio al viejo atigrado a sólo una cola de distancia.

—¡Narrarrocas! —exclamó—. No te había visto…

—Es evidente. —El anciano tenía erizado el pelo del cuello, y un brillo de ira refulgía en sus ojos—. No habrá más patrullas —continuó—. La tribu ya tiene bastante para comer, y el deshielo está cerca. Pronto habrá más presas, podremos sacar huevos y polluelos de los nidos.

Dio la impresión de que Borrascoso iba a protestar, pero captó una mirada de Rivera, que le hizo un leve gesto con las orejas. Muy a su pesar, el gato inclinó la cabeza ante el viejo sanador.

—De acuerdo, Narrarrocas.

Éste se alejó. Haciendo un esfuerzo para que el pelo del cuello se le alisara, Borrascoso se volvió hacia sus hijos.

—Ha sido un día muy largo, ¿os habéis portado bien?

—Han sido muy buenos —le dijo Rivera con una mirada afectuosa—. Alondra está cada vez más fuerte y robusta, y Pino maniobra con mucha agilidad.

—Hemos estado cazando —anunció Alondra, señalando con la cola el maltrecho montón de plumas—. ¡Yo he atrapado tres águilas!

—No es verdad —la contradijo Pino—. Una la he matado yo, ¡si no habría escapado y te habría llevado volando!

Rivera miró a Borrascoso.

—No consigo que entiendan que tendrán obligaciones distintas cuando sean pupilos.

—No deberían tener que decidirlo tan pronto... —empezó a decir Borrascoso, pero enmudeció cuando la gata miró hacia Narrarrocas, que aún podía oírlos—. Bueno, ya aprenderán —añadió con cierto pesar—. ¿Queda algo de carne fresca? ¡Me muero de hambre!

Cuando Borrascoso se fue con Rivera hacia el montón de la carne fresca, los pupilos de la tribu entraron en la cueva acompañados de sus mentores. Los dos cachorros echaron a correr hacia ellos para interceptarlos.

—¡Habladnos del exterior! —chilló Alondra—. ¿Habéis cazado algo?

—Yo quiero salir de patrulla —se quejó Pino.

Uno de los pupilos le dio un golpe amistoso en la cabeza.

—Todavía eres demasiado pequeño. Un águila podría devorarte de un solo bocado...

—¡De eso nada! ¡Yo lucharía contra ella y ganaría seguro! —declaró el cachorro, ahuecando su pelaje marrón.

El pupilo soltó un maullido de risa.

—¡Me gustaría verlo! Pero aún debes esperar hasta que tengas ocho lunas de edad.

—¡Cagarrutas de ratón!

Narrarrocas se quedó mirando unos segundos más el intercambio entre los pupilos y los cachorros, y luego se encaminó de nuevo hacia su túnel. Cuando ya estaba a punto de entrar, una gata de color marrón grisáceo se levantó y se acercó a él.

—Narrarrocas, tengo que hablar contigo.

El viejo atigrado la miró ceñudo.

—He dicho todo lo que tenía que decir. Ya lo sabes, Ave.

Ave que Cabalga el Viento no respondió; se limitó a esperar, hasta que el anciano soltó un largo suspiro.

—De acuerdo, pasa. Pero no esperes respuestas distintas.

Narrarrocas se internó en un segundo túnel, y Ave fue tras él. El ruido de los jóvenes se apagó a sus espaldas y se vio reemplazado por el goteo incesante del agua.

El túnel llevaba a una gruta mucho más pequeña que la que habían dejado atrás. Unas rocas puntiagudas se elevaban del suelo y otras tantas colgaban del techo; algunas se habían unido en el centro. Era como si los gatos estuvieran serpenteando a través de un bosque de piedra. De las rocas y de los muros goteaba agua que formaba pequeños charcos aquí y allá; su superficie reflejaba una tenue luz grisácea que se colaba por una grieta dentada que había en el techo. Todo estaba en silencio, excepto por el goteo del agua y el lejano rugido de la cascada, ahora convertido en un susurro.

Narrarrocas se volvió hacia Ave.

—¿Y bien?

—Ya hemos hablado de esto. Sabes que deberías haber designado a tu sucesor hace ya muchas lunas.

El viejo soltó un bufido de disgusto.

—Todavía hay tiempo.

—No me vengas con ésas —repuso Ave—. Eres hermano de mi madre, sé exactamente la edad que tienes. El anterior sanador de la tribu, el último Narrador de las Rocas Puntiagudas, te escogió entre los cachorros de tu camada. Has servido muy bien a la tribu, pero sabes que no estarás en este mundo para siempre. Antes o después serás llamado por la Tribu de la Caza Interminable. ¡Debes elegir al próximo Narrarrocas!

—¿Para qué? —le espetó el viejo gato, sorprendiendo a la gata con su dureza—. ¿Para que la tribu pueda seguir, generación tras generación, buscándose la vida penosamente entre estas piedras despiadadas?

—Pero ¡éste es nuestro hogar! —exclamó Ave con voz temblorosa—. ¡Nos hemos ganado el derecho a vivir aquí! Hemos combatido a los intrusos, ¿recuerdas? —Se acercó a Narrarrocas y le tendió una pata, suplicante—. No puedes traicionar a nuestros antepasados, tu obligación es preservar lo que ellos iniciaron.

Narrarrocas apartó la mirada, pero en sus ojos hubo un destello y Ave supo que no se lo estaba contando todo.

En ese instante, una finísima garra de luna creciente apareció por detrás de una nube. Su luz se filtró a través del agujero del techo y se reflejó en uno de los charcos de la gruta, convirtiendo su superficie en una lámina de plata.

Narrarrocas la contempló.

—Ésta es la noche de la nueva luna —murmuró—. La noche en que la Tribu de la Caza Interminable me habla desde el cielo a través de los reflejos en el agua. Muy bien, Ave que Cabalga el Viento. Te prometo que esta noche buscaré alguna señal.

—Gracias —susurró la gata, que tocó afectuosamente al sanador con la punta de la cola y se dirigió a la salida de la gruta—. Buena suerte —maulló al desaparecer por el túnel.

Cuando Ave se fue, Narrarrocas se acercó al borde del charco

y miró el reflejo en el agua. Luego alzó una pata y la dejó caer con fuerza sobre la superficie, rompiéndola en fragmentos de luz que destellaron brevemente y se apagaron un instante después.

—¡Nunca más volveré a escucharos! —exclamó con los dientes apretados—. Confiábamos en la Tribu de la Caza Interminable, pero nos abandonasteis cuando más necesitábamos vuestra ayuda.

Le dio la espalda al charco y comenzó a pasearse entre las rocas puntiagudas, arañando el áspero suelo de la gruta.

—¡Detesto que la tribu se haya convertido en esto! —gruñó —. ¡Detesto que hayamos adoptado las costumbres de los clanes! ¿Por qué no podemos sobrevivir solos? —Se detuvo debajo de la grieta del techo y levantó la cabeza, mirando a la luna con expresión ardiente y desafiante—. ¿Por qué nos trajisteis hasta aquí, si estábamos condenados a fracasar?



1

Zarpa de Tórtola salió del túnel de espinos y se quedó en el bosque esperando a que su hermana, Zarpa Espinela, y sus mentores se reunieran con ella. Bajo sus patas, una cruda helada había convertido las briznas de hierba en lanzas afiladas, y desde las ramas desnudas de los árboles los carámbanos centelleaban a la luz grisácea del alba. La aprendiza se estremeció cuando las garras del frío se le clavaron profundamente en la piel. La estación de la hoja nueva aún quedaba muy lejos.

La joven gata tenía el estómago revuelto por los nervios y mantenía la cola gacha.

«Ésta es tu evaluación para convertirte en guerrera —se dijo a sí misma—. Es lo mejor que puede pasarle a un aprendiz, así que ¿por qué no estás emocionada?»

Sabía la respuesta a esa pregunta. Habían sucedido demasiadas cosas durante las lunas de su aprendizaje: acontecimientos importantes, al lado de los cuales incluso la ilusión de convertirse en guerrera palidecía hasta resultar insignificante. Respirando hondo, Zarpa de Tórtola levantó la cola al oír los pasos de varios gatos que cruzaban el túnel de espinos. No podía permitir que los guerreros que iban a evaluarla vieran lo intranquila que se sentía. Tenía que demostrarles que estaba preparada para ser guerrera.

Leonado, su mentor, fue el primero en aparecer, ahuecando su dorado pelaje atigrado para protegerse del frío aire matinal. Zancudo lo seguía de cerca, y Zarpa de Tórtola miró dudosa al delgaducho guerrero negro, preguntándose cómo sería tenerlo de examinador.

Zancudo parecía muy severo.

«Ojalá me evaluara sólo Leonado —pensó la joven—. Qué lástima que Estrella de Fuego haya decidido que nos examinen dos guerreros...»

Entonces apareció Carbonera, con Zarpa Espinela, su aprendiza, pisándole los talones. Mili las seguía de cerca. Ella iba a ser la segunda examinadora de Zarpa Espinela. A Zarpa de Tórtola le temblaron los bigotes al mirar a su hermana: parecía pequeña y asustada, y sus ojos azul oscuro estaban oscurecidos por el cansancio.

La joven aprendiza se acercó a ella y le dio un cariñoso lametazo en la oreja.

—Eh, todo irá bien, Zarpa Espinela... —le dijo en un susurro.

Su hermana giró la cabeza.

«Ni siquiera me dirige ya la palabra... —pensó Zarpa de Tórtola con tristeza—. Siempre está ocupada con algo cuando intento acercarme a ella. Y sigue gritando en sueños...» Aquella misma noche, mientras las dos dormían la una junto a la otra en la guarida de los aprendices, Zarpa Espinela había estado sacudiéndose y pataleando. Zarpa de Tórtola sabía que su hermana estaba visitando el Bosque Oscuro, espiando para el Clan del Trueno porque Glayo y Leonado le habían pedido que lo hiciera, pero, cuando ella le preguntaba qué ocurría allí, Zarpa Espinela siempre respondía que no tenía nada nuevo sobre lo que informar.

—Sugiero que vayamos a la vivienda abandonada de los Dos Patas —maulló Zancudo—. Aquello está resguardado, así que habrá más posibilidades de encontrar presas.

Leonado parpadeó, como si lo sorprendiera que Zancudo pretendiese hacerse cargo de la evaluación, pero finalmente asintió y abrió la marcha entre los árboles, en dirección al viejo sendero de los Dos Patas. Zarpa de Tórtola apretó el paso y se puso a su lado, y los demás los siguieron.

—¿Estás preparada? —le preguntó Leonado a su aprendiza.

Ella dio un respingo, sumida aún en la preocupación que sentía por su hermana.

—Lo siento —maulló—. Estaba pensando en Zarpa Espinela... Parece agotada.

Leonado miró brevemente a la atigrada blanca y plateada, y luego volvió a mirar a Zarpa de Tórtola. En sus ojos ámbar podía adivinarse una mezcla de inquietud y ansiedad.

—Supongo que el entrenamiento en el Bosque Oscuro le está pasando factura... —masculló.

Zarpa de Tórtola le sostuvo la mirada.

—¿Y quién tiene la culpa de eso?

Por muy urgente que fuera descubrir qué estaban tramando los gatos del Bosque Oscuro, no era justo que Leonado y Glayo hubieran cargado ese peso sobre las espaldas de su hermana.

«¡Si ni siquiera es una guerrera todavía!»

Leonado soltó un suspiro, y Zarpa de Tórtola supo que, en el fondo, estaba de acuerdo con ella. Aunque todavía no estaba preparado para admitirlo.

—Ahora no es el momento de hablar de eso —maulló el guerrero—. Necesito que te concentres en tu evaluación.

La aprendiza hizo un gesto de desdén e irritación, y Leonado se detuvo unos pasos más allá, en cuanto vio la antigua vivienda de los Dos Patas. Zarpa de Tórtola captó el aroma de las hierbas del huerto de Glayo, aunque la mayor parte de las hojas y los tallos estaban ennegrecidos por las heladas, y también pudo oír el leve correteo de las presas entre la hierba y los escombros de debajo de los árboles. Zancudo tenía razón:

aquél sería un buen sitio para cazar.

—De acuerdo —empezó Leonado—. Primero queremos evaluar vuestras habilidades de rastreo. Carbonera, ¿qué quieres que cace tu aprendiza?

—Iremos a por ratones, ¿te parece bien, Zarpa Espinela?

La joven asintió con gesto tenso.

—Pero no dentro de la vivienda abandonada —intervino Mili—. Eso sería demasiado fácil.

—Lo sé.

Zarpa de Tórtola pensó que su hermana sonaba demasiado cansada para poner una pata delante de otra, no digamos ya para lanzarse a cazar ratones. La joven aprendiza, sin embargo, se encaminó hacia los árboles sin vacilar, y Carbonera y Mili la siguieron a cierta distancia.

Zarpa de Tórtola se quedó mirando hasta que los helechos escarchados ocultaron a Zarpa Espinela, y luego proyectó sus sentidos para localizarla mientras bordeaba la casa abandonada hacia el pinar. Entre la pinocha caída había ratones correteando y chillando, y la aprendiza gris deseó que su hermana detectara su olor y tuviera una buena caza.

Estaba tan concentrada siguiendo a Zarpa Espinela que se olvidó de su propia evaluación hasta que Zancudo le dio en la oreja con la punta de la cola.

—¡Eh! —protestó ella, encarándose con el guerrero negro.

—Leonado ha dicho que le gustaría que intentaras atrapar una ardilla —maulló Zancudo—. Si es que estás segura de que quieres convertirte en guerrera, por supuesto.

—Lo estoy —gruñó la joven—. Lo lamento, Leonado.

Su mentor se hallaba justo detrás de Zancudo, mirándola con expresión irritada. Zarpa de Tórtola estaba enfadada consigo misma por no haberse enterado de las instrucciones de Leonado, pero también lo estaba con Zancudo por ser tan odioso.

«Es una estupidez tener dos examinadores —rezongó para sus adentros—. ¡Los mentores llevan evaluando a sus propios aprendices durante tantas estaciones como hojas tienen los árboles!»

Levantó la cabeza para saborear el aire y se animó al captar el aroma cercano de una ardilla. Procedía del otro lado de un zarzal. Pisando con cuidado, Zarpa de Tórtola bordeó el matorral hasta llegar a un pequeño claro, y allí vio a la ardilla, que mordisqueaba una bellota al pie de un roble cubierto de hiedra.

Una ráfaga de viento sacudió las ramas desnudas del árbol, y la joven aprendiza se deslizó por el lindero del claro usando los helechos como camuflaje, hasta que estuvo con el viento a favor y el aroma de la presa le llegó de pleno, haciéndole la boca agua.

Adoptando su mejor postura de cazadora, la gata comenzó a avanzar con sigilo hacia la ardilla... Pero no pudo resistirse a proyectar sus sentidos para comprobar cómo le estaba yendo a su hermana, y pegó un salto al detectar el breve chillido de un ratón al caer bajo las garras de Zarpa Espinela. Su movimiento incontrolado hizo crujir una hoja muerta, y de inmediato la ardilla salió disparada hacia el árbol, haciendo ondear su espesa cola. Zarpa de Tórtola cruzó el claro a la carrera y se lanzó tronco arriba, pero la ardilla ya había desaparecido entre las ramas. La aprendiza se aferró a un tallo de hiedra, tratando de oír algún movimiento más allá del viento y de los crujidos del árbol, pero fue en vano.

—¡Cagarrutas de ratón! —bufó, dejándose caer de nuevo al suelo. Zancudo se acercó a ella.

—¡Por el Clan Estelar, ¿qué crees que estás haciendo?! —le soltó—. ¡Un cachorro recién salido de la maternidad habría atrapado a esa ardilla! Menos mal que no te ha visto ningún gato de los otros clanes, o pensarían que el Clan del Trueno no

sabe entrenar a sus aprendices.

A Zarpa de Tórtola se le erizó el pelo del cuello.

—¿Es que a ti nunca se te ha escapado una presa? —masculló entre dientes.

—¿Y bien? —continuó el guerrero negro—. Oigamos qué es lo que has hecho mal.

—Tampoco ha estado tan mal —intervino Leonado antes de que su aprendiza pudiera responder—. Has hecho un buen trabajo de acecho, al ponerte con el viento a favor para que la ardilla no te oliera.

Zarpa de Tórtola le dedicó una mirada agradecida.

—Supongo que me he distraído un segundo —admitió—. He pisado una hoja, y la ardilla me ha detectado.

—Y podrías haberla perseguido más deprisa —le reprochó Zancudo—. Podrías haberla atrapado si hubieras corrido más.

La joven asintió, cabizbaja. «¡No todos tenemos las patas tan largas como tú!»

—¿Significa eso que no he superado la evaluación?

Zancudo agitó las orejas, pero no respondió.

—Voy a ver cómo le está yendo a Mili con Zarpa Espinela —anunció, y echó a andar hacia la vivienda abandonada.

Zarpa de Tórtola miró a su mentor.

—Lo siento, Leonado.

—Imagino que estás nerviosa —respondió él—. Lo haces mucho mejor en cualquier patrulla de caza normal.

Ahora que se enfrentaba al fracaso, la aprendiza fue consciente de cuánto deseaba superar la evaluación. «Ser guerrera es muchísimo mejor que ser parte de la profecía, con mis poderes supuestamente especiales... —Se puso tensa cuando otra posibilidad cruzó su mente—: ¿Y si Zarpa Espinela se convierte en guerrera y yo no?»

Tenía claro que su hermana se lo merecía. Ella no poseía ningún poder especial, pero todas las noches se ponía en

peligro al espiar en el Bosque Oscuro para Leonado y Glayo.

«Zarpa Espinela es mejor que yo. ¡Si ni siquiera soy capaz de atrapar a una estúpida ardilla!»

—Anímate, Zarpa de Tórtola —le dijo Leonado—. Tu examen no ha terminado todavía. Pero, por el Clan Estelar, ¡procura concentrarte!

—Lo haré lo mejor que pueda —prometió la joven—. ¿Qué viene ahora?

A modo de respuesta, Leonado ladeó las orejas hacia el lugar por el que habían llegado. Al girarse, Zarpa de Tórtola vio a Nube Albina avanzando sobre la hierba escarchada.

—¡Hola! —saludó la guerrera blanca—. Zarzoso me envía para ayudar.

—Pues llegas justo a tiempo. —Leonado inclinó la cabeza y luego miró a su aprendiza—. La segunda parte de la evaluación consiste en cazar por parejas.

Zarpa de Tórtola se animó. Le gustaba mucho cazar en equipo, y sería fácil trabajar con Nube Albina, pero se quedó desconcertada cuando la gata blanca la miró ladeando la cabeza y le preguntó:

—¿Qué quieres que haga?

—Yo... hum... —No estaba acostumbrada a dar órdenes a guerreros. «¡Venga, cabeza de chorlito, espabila!», se riñó a sí misma—. Probemos a cazar un mirlo —sugirió—. Pero, Nube Albina, tu pelo va a ser un problema...

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —maulló ella con pesar.

—Pues tendremos que encontrar un sitio donde puedas permanecer oculta hasta el último momento. Cuando localice un mirlo, intentaré que vaya en tu dirección.

—Tendrás que asegurarte de que no eche a volar demasiado pronto, o...

Leonado interrumpió el consejo de Nube Albina con un carraspeo.

—Uy, lo siento —se disculpó la guerrera—. Se me había olvidado. Adelante, Zarpa de Tórtola.

—Los mirlos suelen anidar más allá de la vieja casa de los Dos Patas... —comentó la joven tras pensarlo unos instantes—: Sé que es demasiado pronto para que hagan nidos, pero quizá valga la pena explorar la zona en busca de sitios buenos.

Leonado asintió para darle ánimos.

—¿Y luego qué?

—Bueno... allí el suelo desciende en una ladera. Nube Albina podría esconderse en medio de la pendiente.

—De acuerdo, vamos a verlo —maulló su mentor.

Zarpa de Tórtola tan sólo había dado un par de pasos cuando Zancudo reapareció, abriéndose camino entre los helechos. El guerrero negro no dijo nada, y aunque la aprendiza se moría de curiosidad por saber cómo le estaba yendo a su hermana, sabía que no era el momento de preguntar. Le pareció un poco raro ir por delante de Nube Albina, como si dirigiera una patrulla, pero aún era más raro cargar con la responsabilidad de tomar las decisiones. Sintió un hormigueo de pánico en el lomo. Notaba la cabeza tan vacía como una cueva resonante... Era como si todo lo que había aprendido hubiera salido volando tras un montón de pájaros asustados.

«¡He empleado más tiempo escuchando lo que pasaba en los otros clanes que entrenándome para ser guerrera!»

La aprendiza gris quería llegar al final de su evaluación sin utilizar sus poderes —«Zarpa Espinela no los tiene, así que es lo justo»—, pero era difícil desconectar sus sentidos si estaba preguntándose constantemente cómo le estaría yendo a su hermana. Además, cuando intentaba concentrarse en los sonidos más cercanos, se sentía atrapada y asfixiada por los árboles.

«¿Cómo lo soportan los demás gatos? —se preguntó—. ¡Apenas puedo respirar!»

Zarpa de Tórtola encabezó la marcha por el antiguo sendero atronador, y luego se internó entre los árboles en los que solían anidar los mirlos. Nube Albina la seguía de cerca, y Leonado y Zancudo se mantenían un poco alejados, observando. La aprendiza se metió entre las ramas bajas de un avellano y le hizo una señal con la cola a Nube Albina para que permaneciera donde su pelaje blanco no alertara a ninguna posible presa. La joven sintió un cosquilleo de satisfacción en las zarpas al localizar un mirlo que picoteaba el suelo bajo un avellano.

Luego volvió sobre sus pasos y se reunió con su pareja de caza.

—Ve por ahí, ladera abajo —le susurró a Nube Albina, apuntando con la cola—. Yo espantaré al mirlo para enviarlo hacia ti.

La guerrera asintió antes de alejarse, tan silenciosa como una voluta de bruma blanca. Zarpa de Tórtola no le quitó el ojo de encima hasta que dejó de verla... Sin darse cuenta, proyectó sus sentidos para seguir a la gata blanca después de que desapareciera... Y entonces, un tanto desconcertada, detectó que sus pisadas sonaban diferentes.

«Algo no va bien...»

Y en vez de acechar al mirlo, la joven avanzó entre los densos tallos del avellano, yendo tras su compañera de clan. Zancudo soltó un resoplido de desaprobación, pero Zarpa de Tórtola apenas se dio cuenta: los pasos de Nube Albina retumbaban sonoramente dentro de su cabeza, borrando todo lo demás.

«No debería oírlos así. Es como si resonaran bajo tierra... —De repente, la aprendiza lo entendió—. ¡Oh, no! ¡El suelo debe de estar hueco!»

Apretó el paso, atravesando la espesura para echar a correr ladera abajo... y el mirlo salió volando hacia las ramas.

—En el nombre del Clan Estelar, ¿qué...? —exclamó Zancudo.

Zarpa de Tórtola oyó que Leonado mascullaba algo, pero no dejó de correr. Atravesó un zarzal en línea recta y vio a Nube Albina ladera abajo... Y en ese preciso instante la guerrera se tambaleó con un alarido de alarma y, cuando el suelo se abrió bajo sus patas, empezó a desaparecer.

—¡Nube Albina! —bramó Zarpa de Tórtola—. ¡Ya voy!

Saltó hacia delante justo a tiempo para agarrarla por el pescuezo, evitando que se hundiera en una lluvia de tierra suelta. La guerrera pataleaba frenéticamente, intentando izarse para salir, pero era como si toda la ladera estuviera cediendo y no hubiese nada sólido a lo que aferrarse.

Zarpa de Tórtola trató de sacarla tirando con fuerza, pero el suelo también se estaba deslizando bajo sus patas y el peso de Nube Albina colgando por el agujero era demasiado para ella. El pescuezo de la guerrera se le escurrió de entre los dientes, y la joven aprendiza se quedó mirando, horrorizada, cómo la gata blanca caía y caía en la oscuridad.

El aterrorizado aullido de Nube Albina se interrumpió cuando la tierra caída la cubrió por completo.

2

Leonado rodeó el zarzal a la carrera, deseando ser lo bastante pequeño para poder atravesarlo, como había hecho Zarpa de Tórtola. Se detuvo al otro lado, resollando. La aprendiza gris se hallaba en medio de la pendiente, agachada al borde de un enorme agujero. De repente, la joven se sacudió con brusquedad hacia atrás, y Leonado oyó un alarido y entrevió una zarpa blanca cuando Nube Albina desapareció en el vacío.

«¡Es uno de los túneles!», exclamó el guerrero para sus adentros, presa del pánico al recordar a su hermana, Carrasca, internándose en la boca del túnel sin escuchar lo que Glayo y él le gritaban. Después, lo único que había podido ver fue la interminable avalancha de arena y piedras que la había sepultado bajo tierra para siempre.

—¡¿Qué está pasando?! —La voz de Zancudo devolvió a Leonado al presente.

El guerrero negro lo adelantó corriendo y se unió a Zarpa de Tórtola, que estaba asomada al borde del agujero. Al mirar a su alrededor, Leonado vio un arbusto de aulaga que le resultó familiar, y un poco más allá un manantial diminuto que brotaba entre dos rocas planas. Se dio cuenta de que estaban prácticamente en el lugar exacto en el que había desaparecido Carrasca. ¡Nube Albina se había caído en el mismo túnel!

A Leonado se le encogió el estómago. «¡Por el gran Clan

Estelar! ¿Qué iban a encontrar ahí abajo?»

Descendió la ladera corriendo hasta el agujero y apartó a Zancudo de un empujón. Zarpa de Tórtola retrocedió de un salto, sorprendida por la expresión horrorizada de su mentor. En el túnel había justo la luz suficiente para que Leonado pudiera entrever las paredes y el suelo; a varias colas de distancia, Nube Albina emergía de un montón de tierra y piedras, sacudiéndose el pelo.

—¡Sacadme de aquí! —chilló la guerrera al levantar la mirada y ver a Leonado.

—¿Estás herida? —le preguntó él.

—No mucho... Sólo me duele el hombro. —La gata blanca escupió tierra—. Por favor, sacadme cuanto antes.

Leonado se inclinó por el borde todo lo que se atrevió, y miró el túnel de arriba abajo. Al internarse en la colina, la galería desaparecía en la oscuridad. Más abajo, un desprendimiento de tierra y rocas bloqueaba la antigua entrada.

«¿Estará Carrasca debajo de todo eso?», se preguntó el guerrero, conteniendo un escalofrío.

—¡Zancudo, ve a por ayuda! —ordenó a su compañero.

Cuando el guerrero negro salió disparado, Leonado se inclinó de nuevo para observar a Nube Albina, que estaba encogida entre la tierra, con el pelo alborotado y los ojos dilatados y asustados.

—Te sacaremos enseguida —le prometió.

—Gracias, Leonado. —A la gata le tembló la voz—. La verdad es que aquí abajo está muy oscuro.

—Intentaré agrandar el agujero —maulló Zarpa de Tórtola—. Eso hará que entre más luz.

Pero, cuando se puso a arañar el borde, empezó a caer más tierra sobre Nube Albina, que chilló:

—¡No! ¡Para!

—Lo siento. —Zarpa de Tórtola se detuvo y se sentó junto al agujero.

Leonado se acercó a ella.

—Ningún gato va a meterse por ese agujero excepto yo, ¿entendido? —le dijo en un susurro.

La aprendiza lo miró sorprendida y con los ojos abiertos de par en par, pero asintió en silencio. Leonado soltó un pequeño suspiro de alivio. Sabía que, si en ese túnel había secretos oscuros que desvelar, él tenía que ser el primero en descubrirlos. Se le revolvió el estómago mientras esperaba. Por primera vez en muchas lunas, se preguntó si sus compañeros de clan se habían creído de verdad que a Cenizo lo había matado un descarriado que iba de paso y que la desaparición de Carrasca no había tenido nada que ver con eso.

«No quiero que el clan empiece a pensar de nuevo en aquellos días. ¡Tengo que proteger el recuerdo de Carrasca!»

Por fin oyó el sonido de unos pasos presurosos a través de la vegetación. Zancudo reapareció a la carrera, con Nimbo Blanco, Betulón y Raposo siguiéndolo de cerca. Éste último los adelantó a todos y se dirigió como un rayo al borde de agujero, donde se inclinó para ver a su hermana.

—¡Ya estamos aquí! ¡Te sacaremos enseguida! —la animó.

Nube Albina lo miró parpadeando.

—¡Daos prisa!

—Necesitamos algo para sacarla de ahí... —dijo Betulón, pensando en voz alta—. Quizá un zarcillo largo y grueso, pero no de zarza, sino de algo como la hiedra o de una planta trepadora.

—En ese árbol hay hiedra. —Nimbo Blanco señaló con la cola un viejo roble, cuyo tronco estaba cubierto de relucientes hojas verde oscuro.

Raposo subió al árbol para cortar con los dientes un largo zarcillo. En cuanto estuvo suelto, Nimbo Blanco tiró de él y lo

llevó a rastras hasta el agujero.

—Enroscad un extremo alrededor de ese arbolillo —ordenó Betulón, señalando con las orejas un joven abedul que crecía cerca—. Luego podremos lanzarle el otro extremo a Nube Albina.

Cuando el zarcillo estuvo bien asegurado, Raposo le lanzó el extremo libre a su hermana. La gata lo agarró con la boca, pero, en cuanto los demás comenzaron a tirar para izarla, ella se soltó y volvió a caer sobre el montón de tierra.

—¡Peso demasiado! —exclamó sin aliento—. No puedo aguantar.

—Entonces, átatelo alrededor —maulló Leonado.

Nube Albina lo intentó, pero era evidente que su hombro lesionado se lo impedía.

—¡Es inútil! —se lamentó—. ¡Me quedaré encerrada aquí abajo para siempre!

—Tonterías —replicó Leonado—. Algo se nos ocurrirá.

—¿Y si tiramos más piedras y tierra por el agujero? —propuso Zancudo, asomándose a la abertura—. Podríamos hacer el montón lo bastante grande para que Nube Albina logre subir por su propio pie.

—Podría funcionar —maulló Betulón, pensativo—, pero nos arriesgaríamos a enterrarla...

—¡No, por favor, no lo hagáis! —exclamó Nube Albina desde el fondo del agujero, aterrorizada.

El sonido de más pasos llamó la atención de Leonado, y al girarse vio a Glayo y a Floresta bordeando el zarzal.

—He oído cómo Zancudo le contaba al clan lo sucedido —maulló Glayo cuando su hermano se acercó a él.

De pronto se quedó callado, y Leonado supo que Glayo se había dado cuenta de que aquél era el mismo túnel en el que había desaparecido Carrasca.

El guerrero esperó a que Floresta se reuniera con los demás

gatos alrededor del agujero.

—De momento no he visto nada en la zona que rodea a Nube Albina —le susurró a su hermano—. Creo que el desprendimiento de tierra que sepultó a Carrasca se produjo más abajo.

—¡No podemos permitir que nadie baje ahí! —bufó Glayo.

—Ya lo sé —respondió Leonado.

Con un nudo en el estómago, acompañó a su hermano junto a los demás.

—Voy a meterme yo —anunció Raposo—. Podéis bajarme por el agujero. Ataré a Nube Albina con el zarcillo, y luego podréis izarla.

—No —se negó Leonado, dando un paso adelante—. Es demasiado peligroso. Iré yo.

—¿Qué? —Betulón sacudió la cola—. ¡No seas descerebrado! Tú pesas demasiado.

—¿Y por qué va a ser peligroso? —protestó Raposo, encarándose con Leonado—. Ahí abajo no hay nada, excepto Nube Albina.

—¡Eso no lo sabes! —le espetó el atigrado.

Nimbo Blanco estaba inclinado sobre el agujero, mirando el túnel de arriba abajo con curiosidad.

—¿No son éstos los túneles que utilizó el Clan del Viento para invadirnos?

Leonado asintió y notó una familiar punzada de culpabilidad al recordar que Cola Brecina y él habían sido los primeros en descubrir la red de túneles.

Raposo dio un respingo, asombrado.

—¡Por el gran Clan Estelar! ¡Ahora mismo podría haber guerreros del Clan del Viento ahí abajo, aguardando para atacar a Nube Albina!

Nimbo Blanco resopló con desprecio.

—¡Oh, claro! El Clan del Viento debe de pasarse todo el

tiempo ahí abajo, esperando a que un guerrero del Clan del Trueno se caiga.

A pesar del tono mordaz del guerrero blanco, Leonado percibió una nueva urgencia entre los gatos que rodeaban la abertura. Desde las profundidades les llegó la voz suplicante de Nube Albina:

—Haced algo para sacarme de aquí, ¡por favor!

—Iré yo —se ofreció Zarpa de Tórtola, mirando con dureza a su mentor, como si le recriminara la forma en que le había dicho que no dejara bajar a nadie. Parecía preguntarle: «¿Eso también me incluye a mí?»

Glayo asintió.

—Mejor ella que cualquier otro... —le susurró a Leonado.

—Pero ¡Zarpa de Tórtola no es más que una aprendiza! —protestó Raposo.

Leonado se dio cuenta de que Raposo estaba a punto de saltar al agujero, tanto si tenía el permiso de los guerreros más experimentados como si no.

—Yo soy la más ligera de todos —replicó Zarpa de Tórtola—. Y lo único que tengo que hacer es bajar y atar el zarcillo alrededor de Nube Albina.

Y como si la decisión ya estuviese tomada, se volvió hacia Leonado y le preguntó en voz baja:

—¿Hay algo que deba buscar ahí abajo?

«Sí, a mi hermana muerta...» El guerrero tragó saliva y respondió:

—Sólo debes mantener los ojos bien abiertos. Los gatos no estamos hechos para esos túneles, así que debemos considerarlos territorio hostil.

Betulón enrolló el tallo de hiedra alrededor del cuerpo de la aprendiza, y luego la metió por el agujero con la ayuda de Nimbo Blanco. A la joven se le dilataron los ojos al desaparecer por el borde, y Leonado la observó con atención mientras se

soltaba y ataba con firmeza a Nube Albina.

—¡Listo! —exclamó finalmente Zarpa de Tórtola.

Betulón y Nimbo Blanco comenzaron a tirar de la enredadera. Nube Albina soltó un alarido de dolor, pero enseguida lo sofocó.

—Lo siento... —maulló con los dientes apretados—. Es que me duele muchísimo el hombro.

Poco a poco, fueron izando a la guerrera blanca. En cuanto apareció por el borde, Raposo la sujetó por el pescuezo.

—Venga —le dijo—. Te llevaremos al campamento y Glayo te echará un vistazo.

—Estaré bien —murmuró Nube Albina, aunque no podía apoyar una de las patas delanteras en el suelo y respiraba entrecortadamente por el dolor.

Se recostó sobre su hermano para encaminarse al campamento, y Nimbo Blanco se le colocó del otro lado. Al mirar atrás, sus ojos azules centellearon sorprendidos al ver que Glayo no se había movido. El curandero del Clan del Trueno seguía inclinado sobre el agujero, con la cabeza ladeada, como si estuviera escuchando.

—¡Vamos, Glayo! —lo apremió Nimbo Blanco—. Los demás pueden sacar a Zarpa de Tórtola de ahí sin ningún problema.

Glayo vaciló, pero finalmente fue tras ellos.

Mientras tanto, Betulón y Zancudo habían vuelto a lanzarle el zarcillo de hiedra a la aprendiza, y estaban preparándose para izarla. Poco después, Zarpa de Tórtola apareció por el borde del agujero. Leonado se agachó para agarrarla del pescuezo y tirar de ella el último tramo.

—¡Gracias! —exclamó la joven sin aliento, sacudiéndose tierra del pelo—. Estar ahí abajo es horrible.

Leonado estaba deseando preguntarle qué había visto en el túnel, pero no podía hacerlo delante de los otros gatos. «Además, si Zarpa de Tórtola hubiera visto un gato muerto ahí

abajo, la habrían oído chillar hasta en la hondonada rocosa.»

—¿Qué vamos a hacer con este agujero? —maulló Betulón—. No queremos que nadie más caiga por ahí.

—Es demasiado grande para rellenarlo —comentó Zancudo —. Y si lo tapamos con ramas, éstas podrían acabar cediendo bajo el peso de un gato.

—Quizá podríamos poner algo alrededor —sugirió Floresta.

—¡Buena idea! —maulló Leonado—. De momento, vamos a amontonar unos cuantos palos y algunas ramas. Después ya pensaremos en cómo construir algo más permanente.

Mientras recogían palos y troncos para formar una barrera, Leonado se moría de ganas de bajar por el agujero para echar un vistazo. Pero los demás le habrían hecho demasiadas preguntas, así que tuvo que marcharse con el grupo cuando terminaron la improvisada barrera.

Al alejarse, lanzó una mirada pesarosa por encima del hombro mientras seguía a sus compañeros ladera arriba. Zarpa de Tórtola caminaba a su lado, y Leonado podía percibir su curiosidad por el túnel, pero aún no había decidido cuánto quería contarle. Para su alivio, al llegar al antiguo sendero atronador, la aprendiza miró a Zancudo y pareció olvidarse del agujero de inmediato.

—¡Oh, no! —gimió—. Me había olvidado de mi evaluación. He metido la pata, ¿verdad?

—No estoy seguro —admitió Leonado—. No has demostrado lo mejor de ti con la caza, pero has ayudado a salvar a Nube Albina. Has sido muy valiente al ofrecerte a bajar por ese agujero.

Con expresión abatida, Zarpa de Tórtola volvió a mirar a Zancudo. El guerrero se hallaba demasiado lejos para oírlos, pero, por mucho que Leonado deseara tranquilizarla, sabía que no podía decirle nada hasta que hablara con su segundo evaluador. Cuando entraron en la hondonada rocosa, Zarpa

Espinela cruzó el claro a la carrera para recibir a su hermana.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber—. ¿Dónde habéis estado? ¿Y qué le pasa a Nube Albina? La he visto entrar cojeando en la guarida de Glayo.

—Se ha caído por un agujero —respondió Zarpa de Tórtola, y le contó de cabo a rabo todo lo que habían tenido que hacer para rescatar a la guerrera blanca.

Pinta se acercó a escuchar, seguida de Carbonera y Mili. Centella y Abejorro Negro salieron de la guarida de los guerreros, y Jerbillo y Grosellita aparecieron corriendo desde la maternidad, perseguidos por Rosella. Candeal, Bayo y Ratonero se apretujaron al final.

—¡He oído que Nube Albina se ha caído a un río subterráneo! —exclamó Abejorro Negro, interrumpiendo el relato de Zarpa de Tórtola—. Y que tú te has caído detrás de ella.

—No —replicó Candeal—. Betulón me ha dicho que sólo era un agujero.

—Zarpa de Tórtola no se ha caído. —Leonado estaba decidido a defender a su aprendiza—. En realidad, ha bajado para ayudar a Nube Albina.

—¡Qué valiente! —Abejorro Negro la miró con admiración.

—¿Y si Nube Albina se ha roto la columna vertebral, como Gabarda? —se alarmó Bayo, con los ojos dilatados de espanto.

Centella le dio un coletazo en la oreja.

—¡Cabeza de chorlito! ¿No has visto que ha ido a la guarida de Glayo por su propio pie?

Zarpa de Tórtola meneó los bigotes.

—¿Queréis saber qué ha pasado de verdad o no?

—Qué mala suerte que no hayas podido terminar tu evaluación —maulló Abejorro Negro cuando la aprendiza concluyó su historia.

Ella dejó caer la cola y lo miró angustiada.

—Lo sé. Es posible que Estrella de Fuego no me conceda mi nombre de guerrera... —Se dio una buena sacudida antes de girarse hacia su hermana—. ¿Y a ti cómo te ha ido? —le preguntó—. ¿Con quién has formado equipo para cazar?

—Con Pinta —respondió Zarpa Espinela con los ojos relucientes—. ¡Ha sido genial! Hemos cazado dos ratones.

—¡Fantástico!

Leonado notó que la aprendiza gris estaba haciendo un esfuerzo para alegrarse por su hermana, pero que la desilusión seguía pesándole como la nieve sobre una rama. Estaba a punto de intervenir para ofrecerle unas palabras de ánimo cuando Zarpa Espinela se inclinó hacia ella y restregó el hocico contra su lomo.

—No te preocupes —murmuró la atigrada, tan bajito que sólo la oyeron Zarpa de Tórtola y Leonado—. Estrella de Fuego sabe lo importante que eres para el clan. No tienes que demostrar tu valía atrapando ardillas.

Zarpa de Tórtola se apartó de golpe.

—¡Por una vez, quiero que me juzguen como a una gata normal!

Su hermana la miró desconcertada.

—Pero... tú no eres como el resto de nosotros, Zarpa de Tórtola.

—¡Callaos! —les advirtió Leonado.

Estrella de Fuego acababa de salir de la guarida de Glayo; sin duda había ido a preguntar por Nube Albina. El líder del Clan del Trueno cruzó el claro deprisa, saltando sobre las ramas del haya que se interponían en su camino, y luego subió con agilidad hasta la Cornisa Alta por las rocas desprendidas. Su pelaje del color del fuego resplandecía como una fuente de calor bajo la fría luz de la estación sin hojas.

—Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas vengan aquí, bajo la Cornisa Alta, para una

reunión del clan —anunció.

Los gatos que ya estaban en el claro se sentaron frente a la Cornisa Alta. Jerbillo y Grosellita empezaron a retozar delante del grupo, hasta que Rosella los atrajo con un movimiento de la cola y los obligó a sentarse en silencio. Dalia y Fronda aparecieron en la entrada de la maternidad y se sentaron juntas. Musaraña se asomó entre las ramas del haya que cubrían la guarida de los veteranos, seguida de Puma, y Raposo llegó desde la guarida del curandero, mientras Glayo apartaba la cortina de zarzas para que Gabarda pudiera verlo todo desde la entrada. Tormenta de Arena, Manto Polvoroso, Nimbo Blanco y Acedera salieron de la guarida de los guerreros y se acomodaron al pie del muro rocoso. Acedera se rascó la oreja con una pata trasera, como si tuviese una pulga.

Estrella de Fuego levantó la cola para pedir silencio.

—Gatos del Clan del Trueno —empezó—, creo que todos os habéis enterado ya del accidente de Nube Albina. Se ha caído por un agujero y se ha dislocado el hombro, pero Glayo ha vuelto a ponérselo en su sitio. —Habló con voz firme y tranquilizadora, pues era consciente de los temores que su clan albergaba después de lo que le había sucedido a Gabarda—. Glayo dice que necesitará un poco de descanso —continuó—, pero que debería estar recuperada en un cuarto de luna.

Entre los gatos reunidos brotaron murmullos de alivio. Un par de ellos aclamó:

—¡Glayo! ¡Glayo!

—Yo mismo iré a inspeccionar ese agujero más tarde —añadió el líder, lanzándole una mirada a Leonado con sus brillantes ojos verdes, pidiéndole sin palabras que lo acompañara hasta allí; el guerrero respondió asintiendo con la cabeza—. Mientras tanto, Manto Polvoroso y Fronde Dorado, vosotros sois los mejores construyendo. Quiero que para cuando se ponga el sol haya una barrera sólida alrededor de

ese agujero. No podemos rellenarlo, y no queremos que nadie más se caiga por allí.

—Por supuesto, Estrella de Fuego —contestó Manto Polvoroso—. Iremos en cuanto Fronde Dorado regrese de patrullar.

—Y que a ninguno de vosotros dos se os ocurra acercaros siquiera a ese agujero —avisó Rosella a sus cachorros, y reforzó sus palabras dándoles con la cola en las orejas.

—¡Como si pudiéramos hacerlo! —se lamentó Jerbillo—. Ni siquiera nos dejan salir de la hondonada rocosa.

—Y eso es de lo más injusto —coincidió su hermana.

—Hay otra razón por la que he convocado al clan —continuó Estrella de Fuego—. Hoy, dos aprendizas se han sometido a la evaluación para convertirse en guerreras.

Una oleada de emoción recorrió a los gatos allí reunidos. A Zarpa Espinela le brillaban los ojos, pero Zarpa de Tórtola bajó la cabeza y se miró las patas.

Leonado sintió una punzada de inquietud al girarse hacia Zancudo, pero la expresión del guerrero negro no revelaba nada. «Espero que Zancudo no sea demasiado duro con Zarpa de Tórtola», pensó, deseando haber podido hablar con él antes de la reunión de clan.

—¿Carbonera? —Estrella de Fuego hizo ondear la cola, invitando a hablar a la mentora de Zarpa Espinela.

La guerrera gris se puso en pie.

—Zarpa Espinela trabaja muy duro —empezó—. Su entrenamiento de combate, en particular, es excepcional. Eso sí, sus habilidades de caza podrían mejorar un poco. Hoy, cuando estaba cazando sola, ha atrapado un campañol, pero ha sido un poco torpe. Ha dejado que el campañol tuviese el viento a favor, y por poco se le escapa. —Se volvió hacia Mili, inclinando la cabeza educadamente—. ¿Qué opinas tú?

Mili se levantó y se situó junto a Carbonera.

—Sí, estoy de acuerdo —maulló—. Además, cuando estaba cazando con Pinta, parecía incómoda al tener que decirle qué debía hacer. Tendrá que espabilar si alguna vez ha de estar al mando de una patrulla. —Lanzó una mirada amable a la aprendiza atigrada, que escuchaba con los ojos dilatados y llenos de angustia—. Pero Pinta y Zarpa Espinela han trabajado muy bien juntas. Han atrapado dos ratones, y han sido dos capturas impecables. ¡Los ratones no han tenido la menor oportunidad! —Su voz ganó calidez—. En mi opinión, Zarpa Espinela merece convertirse en una guerrera del Clan del Trueno. ¡Somos afortunados de tenerla!

Sus palabras provocaron un coro de aprobación, mientras Zarpa de Tórtola le daba a su hermana un lametón en la oreja.

—Felicidades —ronroneó—. Mili tiene razón. Te lo mereces.

Los ojos de Zarpa Espinela brillaban de alivio.

—Me he asustado mucho cuando Carbonera ha dicho lo del campañol —confesó—. La verdad es que ha sido una chapuza...

—¿Leonado? —maulló Estrella de Fuego, y el clan enmudeció de nuevo—. ¿Qué me dices de Zarpa de Tórtola?

Leonado sintió una punzada de aprensión al levantarse. Quería hacer todo lo que pudiese por su aprendiza, pero no podía ocultar el hecho de que no había cazado nada.

—Zarpa de Tórtola es la mejor aprendiza que se podría desear —empezó—. Trabaja duro y aprende rápido, y hoy ha comenzado su evaluación buscando una ardilla. Ha encontrado una enseguida, y ha hecho un excelente trabajo de acecho hasta conseguir una buena posición. La ardilla no tenía ni idea de que ella estaba ahí. —Dirigió sus ojos a la joven gata, que seguía sin mirarlo—. Pero luego —prosiguió—, cuando estaba aproximándose sigilosamente, ha pisado una hoja sin querer, y la ardilla la ha visto y ha huido a lo alto de un árbol.

—Podría haberla atrapado si hubiese sido más rápida —intervino Zancudo, que se puso en pie para hablar—. Pero, en

cuanto la ardilla ha llegado a las ramas, ha perdido toda posibilidad de cazarla.

Leonado lo fulminó con la mirada. «¡No hace falta que suene tan mal!»

—¿Y cómo ha cazado en equipo? —quiso saber el líder.

—Se ha organizado muy bien con Nube Albina —respondió Leonado—. Ha situado a su compañera entre la vegetación para camuflar su pelaje blanco, y ha empezado a guiar el mirlo hacia ella. Pero entonces... —El joven guerrero vaciló. Era consciente de que no podía mencionar los poderes extraordinarios de Zarpa de Tórtola para explicar por qué de repente había salido corriendo tras Nube Albina—. Entonces ha debido de oír algo —continuó—. Se ha olvidado del mirlo y ha atravesado un zarzal a toda velocidad para ayudar a Nube Albina, que había caído por el agujero. El mirlo ha escapado.

—Entonces, ¿Zarpa de Tórtola no ha cazado nada hoy? —preguntó Estrella de Fuego.

Leonado negó con la cabeza, sintiendo que le ardía la piel.

—No.

«Da igual que Zarpa de Tórtola sea una de las mejores cazadoras del clan —pensó con tristeza—. Que se convierta en guerrera o no depende de lo que haya hecho hoy.»

—Ni una pluma ni un bigote —confirmó Zancudo—. Si quieres saber mi opinión, Zarpa de Tórtola se distrae con demasiada facilidad. Si se hubiera concentrado en lo que estaba haciendo, habría atrapado a la ardilla y al mirlo.

Leonado vio su propia decepción reflejada en los ojos de su líder.

—En ese caso... —empezó Estrella de Fuego.

—Espera, Estrella de Fuego —lo interrumpió Zancudo—. No he terminado. Es cierto que Zarpa de Tórtola ha sido un desastre cazando, pero ha corrido a ayudar a una compañera en problemas sin tener ni idea de a qué peligros se enfrentaba

al otro lado de ese zarzal. Y cuando no podíamos sacar a Nube Albina del agujero, se ha apresurado a ofrecerse voluntaria para bajar y ayudarla a salir, cuando nadie sabía realmente qué podría haber ahí abajo. —Miró con aprobación a la aprendiza —. Ésas son las cualidades que más necesita el Clan del Trueno —continuó—. Valor, lealtad y la disposición de enfrentarse al peligro por el bien de un compañero de clan. En mi opinión, seríamos unos descerebrados si no la nombráramos guerrera.

Zarpa de Tórtola estaba mirando con incredulidad al guerrero negro cuando sus compañeros de clan aullaron con aprobación. A la joven le brillaron los ojos al comprender que ese día se convertiría en guerrera. Zarpa Espinela empezó a dar vueltas a su alrededor, entusiasmada como una cachorrita.

Estrella de Fuego pidió silencio alzando la cola.

—Gracias, Zancudo —maulló cuando logró hacerse oír—. El Clan del Trueno será mucho más fuerte con las dos nuevas guerreras que voy a nombrar hoy.

Bajó por las rocas desprendidas para plantarse ante su clan, y le hizo una seña con la cola a Zarpa Espinela para que se acercara. El clan enmudeció para dejar que su líder diera comienzo a la ceremonia.

Estrella de Fuego levantó la cabeza y miró a los gatos congregados a su alrededor. Su voz resonó con claridad al pronunciar las antiguas palabras rituales:

—Yo, Estrella de Fuego, solicito a mis antepasados guerreros que observen a esta aprendiza. Se ha entrenado duro para comprender el sistema de vuestro noble código, y yo os la encomiendo a mi vez como guerrera. —Y bajando la vista hacia la joven, añadió—: Zarpa Espinela, ¿prometes respetar el código guerrero y proteger y defender este clan, incluso a costa de tu propia vida?

—Lo prometo —respondió Zarpa Espinela con voz temblorosa.

Leonado sintió el zarpazo de unas garras heladas al comprender hasta qué punto Zarpa Espinela estaba cumpliendo ya con la promesa que acababa de hacer. Pocos gatos habían tenido que asumir la clase de riesgos que ella corría todas las noches en sus sueños con los miembros del Bosque Oscuro.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar —continuó Estrella de Fuego—, te doy tu nombre de guerrera. Zarpa Espinela, a partir de este momento serás conocida como Espinela. El Clan Estelar se ve honrado con tu valor y tu lealtad, y te damos la bienvenida como guerrera de pleno derecho del Clan del Trueno. —Dio un paso adelante para posar el hocico en lo alto de la cabeza de la joven, que respondió dándole un lametazo en el omoplato.

—¡Espinela! ¡Espinela!

El clan saludó a la nueva guerrera coreando su nombre. Cuando los aullidos se apagaron, Espinela fue a colocarse entre Manto Polvoroso y Carbonera. La guerrera gris posó brevemente la cola sobre el lomo de la que había sido su aprendiza, y Manto Polvoroso le dedicó un gesto de aprobación.

Estrella de Fuego levantó entonces la cola para indicarle a Zarpa de Tórtola que se acercara, y Leonado contempló cómo su aprendiza avanzaba hasta quedar ante el líder del clan. La joven le sostuvo la mirada a Estrella de Fuego sin parpadear, mientras él solicitaba a los guerreros del Clan Estelar que la observaran.

—Zarpa de Tórtola, ¿prometes respetar el código guerrero y proteger y defender este clan, incluso a costa de tu propia vida?

—Lo prometo —respondió ella.

Leonado comprendió que la promesa que acaba de hacer su aprendiza iba mucho más allá de lo habitual. Convertirse en guerrera significaba que aún debería cargar con más exigencias sobre sus espaldas, pero Zarpa de Tórtola tenía muchas cosas

distintas que ofrecerle a su clan. Leonado se preguntó qué cualidades de la joven escogería subrayar Estrella de Fuego. «No puede mencionar sus poderes especiales. No delante de todo el clan.»

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar —continuó el líder—, te doy tu nombre guerrero. Zarpa de Tórtola, a partir de este momento serás conocida como Ala de Tórtola. El Clan Estelar se ve honrado con tu inteligencia y tu iniciativa, y te damos la bienvenida como guerrera de pleno derecho del Clan del Trueno.

Estrella de Fuego se inclinó una vez más para posar el hocico sobre la coronilla de la nueva guerrera, que a su vez le lamió el omoplato.

—¡Ala de Tórtola! ¡Ala de Tórtola! —la aclamó el clan con entusiasmo.

La joven retrocedió un paso, y luego dio media vuelta y fue a colocarse junto a Leonado.

—¡Bien hecho! —le dijo él al oído—. Si alguien se ha merecido alguna vez su nombre guerrero, ésa eres tú, Ala de Tórtola.

La joven gata ronroneaba demasiado fuerte como para poder contestar, pero sus ojos centelleaban de emoción.

Cuando el ruido se apagó, Estrella de Fuego levantó la cola.

—Quiero recordarle al clan que ahora no tenemos aprendices —maulló—, así que, por el momento, los guerreros más jóvenes tendrán que repartirse las tareas que suelen quedar a su cargo.

—¡Lo sabía! —suspiró Abejorro Negro—. ¡Otra vez a quitarles garrapatas a los veteranos!

—¡Nosotros seremos aprendices! —gritó Jerbillo—. Trabajaremos tan duro como cualquiera.

—Estoy segura de que será así —ronroneó Rosella—. Pero tendréis que esperar a cumplir seis lunas de edad.

—¿Por qué? —quiso saber Grosellita.

—Porque es lo que dice el código guerrero —respondió Estrella de Fuego con un ronroneo—. Y estoy seguro de que seréis buenos aprendices cuando llegue el momento. Por ahora, todos los gatos deben tener paciencia si las tareas se realizan un poco más tarde de lo habitual. Las patrullas han de seguir saliendo a su hora.

—En realidad, nosotros podemos ocuparnos de nuestras propias garrapatas —se ofreció Puma, sacudiéndose el desgreñado pelaje—. Puede que seamos veteranos, pero no somos inútiles.

—Gracias. —Estrella de Fuego inclinó la cabeza ante el clan —. La reunión ha terminado.

Cuando los gatos comenzaron a desperdigarse, Leonado se acercó a Carbonera.

—Felicidades —le dijo—. ¿No es estupendo que nuestras dos aprendizas ahora sean guerreras?

La gata inclinó la cabeza.

—Felicidades a ti también, Leonado. Sabía que Ala de Tórtola lo conseguiría.

Su tono era amable, pero también distante, como si ella perteneciese a otro clan. A Leonado le dolió el corazón cuando el dulce aroma de la gata lo envolvió.

«Tú sabes qué es lo que quiero, Carbonera. ¿Por qué tú no lo quieres también?»

Pero sabía de sobra por qué la guerrera se había alejado de él. Él mismo le había contado lo de la profecía, y ahora ella pensaba que no era lo bastante especial para ser su pareja.

«Para mí, tú eres lo más especial del clan...» Leonado detestaba saber que jamás podría decirle eso en voz alta a la gata a la que amaba. Carbonera se horrorizaría al pensar que lo había distraído de las obligaciones de su destino: él era uno de los Tres.

«Ojalá pudiera ser un simple gato de clan común y corriente,

si eso me permitiese estar contigo.»

3

Glayo le clavó una garra en las ancas a Gabarda.

—¿Notas esto?

—No —respondió la gata, retorciendo con impaciencia la parte superior del cuerpo—. No estoy mejorando nada, ¿verdad?

Centella se le acercó y le dio un lametazo en las orejas. La guerrera estaba ayudando a Glayo con sus tareas de curandero.

—Por supuesto que estás mejorando —replicó con afecto—. Cada día estás más fuerte.

—Sí que lo estoy, ¿verdad? —maulló Gabarda un poco más animada—. Nube Albina, si quieres puedo enseñarte alguno de mis ejercicios.

—Todavía no —intervino Glayo, y, al percibir la decepción de la joven, añadió—: Quizá más adelante, si se le agarrota la pata. Pero de momento necesita descansar.

Se agachó junto a Nube Albina, que estaba ovillada en un lecho en el extremo opuesto de la guarida, y le pasó la zarpa por la clavícula lesionada.

—Toca esto, Centella. No hay señales de hinchazón ni del calor de la fiebre. Está recuperándose muy rápido. —Glayo asintió con satisfacción—. Puedes tomar una semilla de adormidera para el dolor, si la necesitas —le dijo a Nube de Tinta.

—No, estoy bien —maulló ésta—. Sólo quiero retomar mis obligaciones cuanto antes. Debería estar cazando, y ahora no soy más que una boca extra que alimentar.

—Deja ya esa tontería —la riñó Centella con cariño—. ¿Acaso te importaba cazar para Gabarda o para algunos de los gatos enfermos de tos blanca?

—No, pero...

Glayo la interrumpió con un movimiento de la cola.

—Centella tiene razón, Nube Albina. Si no ayudáramos a los gatos enfermos o heridos, daría lo mismo que fuéramos solitarios o descarriados.

La gata suspiró.

—Lo sé. Pero quiero hacer todo lo que pueda, incluso aquí. Le lanzaré bolas de musgo a Gabarda.

—¡Sí! —Gabarda se retorció en su lecho, entusiasmada—. Te apuesto lo que quieras a que soy capaz de atrapar cualquier cosa que me lances.

—De acuerdo, pero no te excedas, Nube Albina —le advirtió Centella—. Cuanto más descanses, menos tardarás en volver a tus obligaciones.

Cuando Nube Albina empezó a juntar musgo para hacer una bola, Glayo se apartó unos pasos para dar espacio a las jóvenes gatas, se sentó al lado del charco formado por las gotas que brotaban del muro rocoso y bebió unos sorbos de agua fresca.

—Me alegro de que Tormenta de Arena esté mejorando —le dijo a Centella cuando ésta se sentó a su lado—, aunque sigue sin librarse por completo de la tos. Espero que esté recuperada del todo cuando llegue la estación de la hoja nueva.

Centella asintió.

—Grosellita ha recobrado su energía habitual. Y los demás gatos han superado la peor fase de la tos blanca.

—Cierto. —Glayo se levantó y arqueó el lomo, estirándose con ganas, y luego se sentó de nuevo, enroscando la cola

alrededor de las patas—. Preferiría estar tratando heridas, y no una enfermedad como ésta. Llevamos más de dos lunas peleando con ella.

—Yo también —se sumó Centella—. Pero ¡al menos no tenemos que preocuparnos de que la lesión de Nube Albina contagie al resto del clan!

El curandero soltó un ronroneo risueño.

—Estoy deseando que llegue la estación de la hoja nueva —continuó—. Tener días más cálidos y más presas ayudará al clan a recuperar fuerzas. También habrá más hierbas, y las plantas de la vivienda de los Dos Patas podrán crecer... —Su buen humor se desvaneció al recordar que se había visto obligado a entregar hierbas al Clan de la Sombra, y su ronroneo se transformó en un gruñido ronco.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Centella.

—Estaba pensando en que tuve que darle hierbas al Clan de la Sombra a cambio de recuperar a Espinela. Me daba pena que Cirro estuviese enfermo, pero no tanta como para querer privar de esas plantas a mis compañeros de clan.

«Además, no me gusta nada cómo se comportan ahora los demás curanderos...», añadió para sus adentros. No quería contarle a Centella que sus colegas de los otros clanes insistían en mantener las distancias, siguiendo las advertencias de sus antepasados. «Se están apartando del camino que los curanderos han recorrido juntos durante incontables estaciones...»

Por un segundo, se preguntó si él no sería igual de culpable por no haber querido darle las hierbas a Cirro. «No, eso es distinto —se dijo con firmeza—. La salud de mi clan es lo primero.»

Unos chillidos cercanos le indicaron que Nube Albina y Gabarda estaban emocionándose demasiado.

—Ya voy yo —se ofreció Centella, tocándolo con la punta de

la cola—. ¡Eh, dejadlo ya las dos! Nube Albina, ¿es que quieres quedarte aquí metida hasta la estación de la hoja verde?

—Pero ¡nos estamos divirtiendo! —protestó la guerrera blanca.

Glayo dejó que Centella se encargara del asunto y salió al exterior para sentarse junto a la cortina de zarzas. El paso incesante de los gatos del clan ante la entrada de su guarida había acabado por romper y desgastar las ramitas del haya que bloqueaban la zona, y ahora podía volver a disfrutar de la brisa.

«Ya era hora de que acabaran con esas ramitas. Detestaba no saber dónde poner las patas cada vez que entraba o salía.»

Levantó la cabeza, y sus bigotes temblaron levemente mientras comprobaba qué sucedía en la hondonada.

Rosella caminaba alrededor de sus hijos, guiándolos hacia la maternidad mientras el sol se ponía y la escasa calidez del día comenzaba a desvanecerse. Tormenta de Arena acababa de salir de la guarida de los guerreros y ahora trepaba por las rocas desprendidas para reunirse con Estrella de Fuego en la Cornisa Alta; cerca de la boca del túnel de espinos, Leonado y Carbonera estaban dando instrucciones a sus antiguas aprendizas sobre su vigilia nocturna.

El campamento estaba tranquilo, pero Glayo, deseoso de moverse, sentía un cosquilleo en las zarpas. Sabía exactamente adónde quería ir: a echar un vistazo al agujero por el que había caído Nube Albina. Casi podía notar, por debajo de él, la tierra atestada de gatos perdidos, los que jamás habían logrado salir de los túneles para convertirse en garras afiladas.

«¡Y Pedrusco! ¡Quizá Pedrusco también esté allí!»

Glayo recordó que el gato antiguo se le había aparecido en el lago cuando estaba intentando rescatar a Rosero, y que le había susurrado que aquél no era el día de su muerte. Quizá eso significaba que Pedrusco estaba preparado para hablar de

nuevo con él…

—Recordad que debéis guardar silencio… —la voz de Leonado atravesó el campamento hasta los oídos de Glayo—, pero que nada os impide ayudaros la una a la otra. Si una empieza a adormilarse, la otra puede despertarla con un golpecito.

—Venga, ya podéis marcharos —maulló Carbonera.

El curandero percibió el roce de las dos nuevas guerreras al entrar en el túnel de espinos, y luego oyó los pasos de Carbonera dirigiéndose a la guarida. Cuando Leonado se dispuso a seguirla, Glayo se levantó y corrió hacia él para interceptarlo.

—Llévame al agujero —le pidió.

—¿Estás seguro?

Glayo sacudió la cola.

—Por supuesto que estoy seguro. ¿Por qué crees que te lo pido, cabeza de chorlito?

—Vale, vale —resopló Leonado—. No te enfades. Te acompañaré.

—Muy bien, pues pongámonos en marcha.

Al salir al bosque detrás de su hermano, Glayo percibió la curiosidad de las dos jóvenes guerreras que montaban guardia en la entrada del campamento. Estaba seguro de que les habrían hecho un montón de preguntas si no tuviesen que velar en silencio.

—Tenemos… hum… cosas que hacer —se excusó Leonado.

Glayo frunció la nariz. «Si pareces tan incómodo, ¡aún les picará más la curiosidad!»

—Cosas de curandero —les soltó él—. Y necesito que me acompañe un guerrero.

Notó la mirada de las jóvenes clavándose en su lomo mientras seguía a Leonado a través del bosque en dirección a la vivienda de los Dos Patas, y cuando la vegetación los rodeó fue

todo un alivio quedar fuera de su vista. Aun así, al empezar a ascender la loma después de recorrer parte del sendero atronador, sintió que las patas le pesaban cada vez más. En su mente se apelotonaban demasiados recuerdos. Incluso le pareció oír de nuevo a Carrasca mientras se internaba en el túnel, con el río subterráneo rugiendo tras ella.

«No pudimos detenerla. No quiso escucharnos cuando intentamos avisarla...»

Glayo se sobresaltó al notar el cálido roce del pelaje de Leonado.

—Mantente cerca de mí —murmuró su hermano—. Aquí el suelo es muy desigual, y hay un montón de zarzas.

El joven curandero pensó que Leonado no estaba simplemente ayudándolo a cruzar un terreno complicado. Seguro que sentía la misma aprensión que él hacia esos túneles, y el contacto con el otro los reconfortaba a los dos. Pero Glayo se prohibió colarse en los pensamientos de su hermano. No quería revivir aquel espantoso momento una y otra vez.

«Con una fue suficiente. Y dudo que algún día consiga librarme de aquello.»

—Estamos pasando junto a la antigua entrada —maulló Leonado al cabo de unos instantes—. O por lo menos eso creo. Ahora está cubierta de zarzas; nadie volverá a entrar en los túneles por aquí.

Los dos continuaron avanzando un trecho, subiendo por la loma. Glayo notaba que el suelo era cada vez más blando, y apretó el paso hasta acabar casi corriendo.

—¡Cuidado! —aulló Leonado, y lo apartó de un empujón justo en el momento en que sus bigotes tocaban los primeros palos de la barrera provisional que rodeaba el agujero.

—¡Ten cuidado tú! —replicó Glayo, erizando el pelo mientras recuperaba el equilibrio. Alargó una zarpa y notó que los palos se movían—. Creía que Manto Polvoroso y Fronde

Dorado iban a construir una barrera de verdad.

—Apenas han empezado —maulló su hermano—. Y tenemos suerte de que no hayan tenido tiempo de completarla, así podemos colarnos.

—Bien.

—Yo iré primero —le dijo Leonado—. Tú espera aquí hasta que eche un vistazo.

Glayo abrió la boca para replicar: «¡No soy un cachorro! ¡No tienes que cuidar de mí todo el rato!», pero se mordió la lengua. Leonado sonaba tenso e irritado, y Glayo dio por hecho que, más que preocupándose por su hermano ciego, estaba lidiando con sus propios recuerdos de Carrasca. Oyó el entrechocar de los palos cuando Leonado traspasó la barrera y lo siguió con los bigotes temblorosos mientras intentaba localizar el borde del agujero.

—Ten cuidado por aquí.

—Estoy teniendo cuidado, Leonado —respondió Glayo, bordeando el agujero para hacerse una idea de lo grande que era.

Estiró la cabeza y soltó un fuerte maullido para escuchar el eco que la oquedad le devolvía.

—Parece profundo... —masculló—. No me extraña que Nube Albina no pudiera salir...

Giró las orejas hacia delante, buscando el rugido del río subterráneo, pero no consiguió oír nada. «El nivel del agua debe de estar más bajo...»

—Tengo que bajar ahí, quiero inspeccionar el túnel —anunció.

Su hermano suspiró con resignación.

—Creo que eres un completo descerebrado.

En su voz se percibía enfado, pero también miedo; miedo de lo que podrían encontrar si investigaban demasiado.

—¿Acaso no quieres saber la verdad? —le preguntó Glayo.

—¿Qué verdad? —le espetó Leonado—. Ha estado oculta durante todo este tiempo; no veo por qué no puede permanecer oculta para siempre. Carrasca se ha ido, y los dos sabemos que eso fue lo mejor. ¿De qué sirve removerlo todo?

Glayo alargó la cola para tocarle el lomo.

—Las cuevas que hay debajo de estas colinas han estado desvelando secretos desde que los clanes llegaron aquí. Nada permanece oculto ahí abajo, Leonado... Nada.

Abajo, en la distancia, a Glayo le pareció oír la débil voz de Hojas Caídas, atrapado eternamente en los túneles al no haber conseguido convertirse en garra afilada.

«¡Ayúdame! ¡Ayúdame a encontrar la salida!», resonó la voz del gato antiguo.

Leonado soltó un sonoro suspiro.

—Haz lo que quieras. Pero, si insistes en bajar ahí, no lo harás solo. Yo iré contigo. —Se colocó junto a su hermano para inspeccionar el túnel—. Hay demasiada distancia para saltar —informó al cabo de un momento—. A menos que queramos dislocarnos la clavícula como Nube Albina.

—¿Qué me dices del zarcillo que habéis usado para sacar a Nube Albina y a Ala de Tórtola? —sugirió Glayo, con un hormigueo de temor e impaciencia a la vez—. ¿Todavía está ahí?

—Sí, pero no aguantará tu peso, y mucho menos el mío —respondió Leonado—. Tenemos que pensar en otra cosa.

Glayo oyó cómo se movían los palos cuando su hermano traspasó de nuevo la barrera. Frustrado, arañó la tierra suelta del borde del agujero. «¡Bajaré de un salto yo mismo si no espabila!»

Poco después, oyó regresar a Leonado. Traía algo pesado a rastras. El guerrero lo pasó por encima de la barrera y lo dejó caer de golpe junto a Glayo.

—He encontrado una rama rota —resolló Leonado—.

Podemos deslizar un extremo por el agujero y bajar por él como si descendiéramos por el tronco de un árbol.

Glayo esperó a que su hermano metiera la rama por el agujero y la bajara poco a poco. Su impaciencia aumentaba a cada segundo. Finalmente, Leonado soltó un gruñido de satisfacción.

—Hecho. Yo iré primero para comprobar que es seguro.

Un crujido le indicó a Glayo que su hermano estaba empezando a descender. Hundió las garras en la blanda tierra, notando cómo se le empezaba a erizar el pelo.

—¡Ya estoy abajo! —anunció Leonado—. Adelante. El extremo de la rama está a una cola de ti.

Glayo la buscó a tientas. Detestaba su impotencia en situaciones como aquélla, en las que otros gatos podían ver dónde se hallaba el peligro y él no.

«Pero ¡has sido tú el que ha insistido en bajar ahí, cerebro de ratón! ¡Ahora no te quejes!»

Tras localizar el extremo de la rama, Glayo clavó las garras en la madera y trepó torpemente hasta ella. Las hojas muertas crujían contra su pelo, y la rama se balanceó bajo su peso.

Despacio, con la cola por delante, el joven curandero comenzó a descender.

—¡Eso es! ¡Lo estás haciendo muy bien! —exclamó Leonado.

Aliviado, Glayo descubrió que la rama se iba ensanchando y que tenía nudos en la madera a los que podía sujetarse. Fue ganando confianza y empezó a ir más deprisa... Pero acabo frenando de golpe y tuvo que agarrarse con fuerza para no caer cuando se le clavó un palito en el costado.

Soltó un alarido de dolor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Leonado.

—¡No! ¡Tu maldita rama me está arrancando la piel!

Tras recuperar el equilibrio, continuó bajando hasta que oyó de nuevo la voz de su hermano:

—Ya casi estás. Ahora ya puedes saltar.

Glayo se separó de la rama de un salto y aterrizó como pudo sobre un montón de tierra suelta. Se puso en pie tambaleándose y resopló.

—¡Lo he conseguido!

—No estoy seguro de que esto haya sido buena idea... —masculló Leonado—. Aquí abajo está muy oscuro.

«Pues yo no puedo decir que eso me moleste especialmente —pensó el curandero—. Los ciegos vemos lo mismo en la oscuridad.»

Un aire frío y rancio, cargado de los murmullos y los vagos recuerdos de los gatos antiguos que habían vivido allí en el pasado, lo rodeó por completo. Sintió un cosquilleo en las patas: estaba deseando internarse en los túneles.

—Vamos —maulló.

—Espera.

Glayo oyó que Leonado empezaba a apartar algunas rocas, y se dio cuenta de que eran las que bloqueaban el acceso de la entrada original.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó.

—Retirar las piedras que cayeron la última vez —gruñó su hermano—. Ya que estamos aquí abajo, podríamos echar un vistazo.

«Pero ¿no eras tú el que prefería no saber lo que podrías encontrar?» Glayo no lo dijo en voz alta. Sabía de sobra que era inútil discutir con Leonado cuando ya había tomado una decisión. Así que se agachó a su lado, hundió las garras en el montón de tierra y rocas, y empezó a cavar. Los duros bordes le magullaban las zarpas, y al cabo de un rato las patas empezaron a dolerle de agotamiento. Su hermano resollaba junto a él.

«¡Es como si estuviéramos intentando mover la colina entera!»

Glayo esperaba que, en cualquier momento, sus garras se encontrarían con el suave pelaje del cuerpo de Carrasca. Recordó el hedor de toda la carroña putrefacta que había olido en su vida, pero el único olor que podía captar allí era el de la tierra, el agua y las piedras. Dejó de rebuscar entre las rocas y abrió la boca para saborear el aire más detenidamente, pero no halló ni rastro de la presencia de su hermana.

Leonado apartó una roca enorme y se detuvo.

—Veo algo —maulló.

—¿El qué? ¿Es...?

—No —respondió su hermano con voz tensa—. No es más que un mechón de pelo... De pelo negro.

—Pelo de Carrasca... —susurró Glayo.

—Entonces, todo este montón de piedras y tierra cayó encima de ella.

—Pero su cuerpo no está aquí... —El joven curandero se esforzó por mantener la voz firme—. Si éstas son las rocas que cayeron sobre ella, no la dejaron atrapada.

Aguzó sus sentidos, dirigiéndolos hacia el interior del túnel, pero lo único que logró oír fue el susurro, demasiado tenue para entenderlo, de los gatos antiguos. Si ellos sabían qué le había sucedido a Carrasca, no iban a compartirlo con él.

—Tú sabes qué significa eso, ¿verdad? —le dijo Leonado al oído—. ¡Carrasca está viva!



4

Por un instante, a Glayo lo invadió una oleada de pura felicidad. «¡Mi hermana no está muerta!» Fue casi como volver a los días en que eran cachorros en la maternidad, cuando aún creían que Esquiruela era su madre y no tenían ni idea de que un día Cenizo supondría una amenaza para sus pacíficas vidas.

Pero la realidad regresó enseguida, y lo hizo de golpe.

—Eso no lo sabemos con certeza —razonó—. Carrasca pudo quedar gravemente malherida; pudo arrastrarse y morir en otro punto de los túneles. O quizá fue incapaz de encontrar la salida.

—Sí, es verdad —admitió Leonado con tristeza—. Los dos sabemos lo difícil que es eso, sobre todo desde que el Clan del Viento bloqueó su entrada.

—Además, aunque lograra salir con vida, ¿adónde iba a ir?

Glayo se imaginó a su hermana saliendo del túnel a rastras, sacudiéndose la tierra del pelo, sentándose quizá unos instantes para limpiarse las heridas. ¿Qué habría hecho luego? El Clan del Trueno siempre estaría cerrado para ella. Aunque ningún gato llegara a averiguar jamás la verdad sobre la muerte de Cenizo, Carrasca se había quedado destrozada al descubrir que su madre era Hojarasca Acuática y su padre, Corvino Plumoso, un guerrero del Clan del Viento. No podía soportar la idea de que las gatas en las que había confiado le hubieran mentido, y

eso la había empujado a renunciar a lo que más deseaba y aquello por lo que tanto se había entrenado: ser una leal guerrera del Clan del Trueno.

—Carrasca no podía regresar al clan —murmuró Glayo.

—Pero se le daba muy bien cazar y sabía luchar para defenderse —señaló Leonado—. Tal vez se haya asentado en algún sitio como solitaria.

Glayo sacudió la cabeza.

—Para Carrasca, el clan y el código guerrero lo eran todo.

«Además —añadió para sí mismo—, ¿acaso yo no habría percibido alguna muestra de su existencia si siguiera viva? Me habría dado cuenta.»

—Venga —maulló Leonado—. Debemos explorar los túneles. Tenemos que averiguar qué pasó.

Glayo, sin embargo, no se movió. Los susurros de los gatos antiguos eran cada vez más fuertes, y le pareció oír el sonido de unos pasos desesperados que se acercaban a él. Probablemente se trataba de Hojas Caídas, en su eterna búsqueda de la salida y del inicio de su vida como garra afilada. El curandero recordó que, cuando se había internado en esos túneles, se había encontrado viviendo entre aquellos gatos antiguos en el momento en que éstos sopesaban la idea de abandonar su hogar para irse a las montañas rocosas que se alzaban en la distancia. Indecisos, habían acabado marchándose del lago por el voto decisivo de Glayo.

«¿Qué voy a decirle ahora a Hojas Caídas? ¿Es posible que sepa que sus compañeros de clan lo abandonaron por mi culpa?»

—¿A qué estás esperando? —le espetó Leonado, plantado en la boca del túnel.

De mala gana, Glayo dio un paso para ponerse en marcha, pero se detuvo en seco cuando una gruesa gota de lluvia le cayó en la cabeza.

—Está empezando a llover. Ahora no podemos bajar ahí, es demasiado peligroso. El río podría desbordarse.

—¡Cagarrutas de ratón! —gruñó Leonado.

El curandero se sintió levemente avergonzado por no estar tan molesto como su hermano.

De hecho, se sentía aliviado.

Cuando comenzó a trepar por la rama seguido de Leonado, la lluvia empezó a caer con fuerza. Para cuando salieron del agujero, estaba diluviando y sus pelajes llenos de barro se les pegaban al cuerpo.

Glayo se quedó temblando al otro lado del hueco mientras Leonado, gruñendo por el esfuerzo, empujaba el extremo de la rama para que quedara oculto en el agujero.

—Ya está —resolló el guerrero—. Nadie volverá a perderse ahí abajo. Por la mañana, Manto Polvoroso y Fronde Dorado terminarán la barrera.

Glayo siguió a Leonado de vuelta al campamento. La lluvia se les metía en los ojos mientras chapoteaban a través del barro y la chorreante vegetación. Al llegar a la entrada, vieron a Ala de Tórtola y Espinela, todavía de guardia, acurrucadas bajo la barrera de espinos. Ninguna de ellas prestó atención a los dos gatos cuando éstos atravesaron el túnel para dirigirse a sus respectivas guaridas.

—Tenemos que volver a hablar de esto —musitó Leonado antes de que se separaran.

Glayo respondió con un leve asentimiento. Bajar al agujero, cavar entre las rocas, descubrir lo de Carrasca y empaparse bajo la lluvia de regreso lo habían dejado exhausto.

Gabarda se incorporó cuando el curandero traspasó la cortina de zarzas tambaleándose y se fue directamente hacia su lecho.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

—Fuera —respondió él con cierta brusquedad, pero entonces reparó en que sólo captaba el olor de una gata en la guarida—.

¿Dónde está Nube Albina?

—Ha regresado a la guarida de los guerreros. Ha dicho que allí podría descansar tan bien como aquí.

Glayo se encogió de hombros. Estaba demasiado cansado para decir lo que pensaba sobre los guerreros que creían saber más que su curandero. Examinaría a Nube Albina por la mañana.

—¡Estás empapado y lleno de barro! —exclamó Gabarda.

«¡Sí, y las garras son afiladas! ¿Quieres señalar alguna otra obviedad?»

—Estoy bien —dijo secamente.

—No, no estás bien —replicó Gabarda—. Estás tan mojado como un ratón ahogado, y te estás quedando dormido de pie. Ven aquí y deja que te limpie. —Al ver que Glayo no respondía, añadió con tono pícaro—: Prometo que no te daré la lata preguntándote dónde has estado.

Demasiado agotado para discutir, el curandero se acercó al lecho de Gabarda y se dejó caer a su lado. Un instante después, notó su áspera lengua lamiéndolo rítmicamente. Por un momento lo incomodó que fuera ella quien cuidara de él, pero los lametazos de la joven gata eran tan relajantes que se adormeció, preguntándose si su madre lo habría lavado así alguna vez.

«Pero ¿qué madre? ¿Hojarasca Acuática o Esquiruela?»

Vio que un rostro lo contemplaba. Al principio pensó que se trataba de Hojarasca Acuática, pero la imagen se desdibujó hasta transformarse en el de Esquiruela, y luego cambió al de Carrasca, que lo miraba con sus brillantes ojos verdes. Glayo se despertó sobresaltado y se incorporó a medias. Tenía el pelo seco y caliente, y todo su cuerpo estaba mucho más relajado.

—¿Te encuentras bien?

La voz preocupada de Gabarda le recordó dónde se hallaba.

—Sí, estoy bien.

El joven curandero suspiró. De repente deseó que hubiera alguien con quien pudiese hablar; no un gato del Clan Estelar, sino un verdadero amigo. Leonado lo había encontrado en Carbonera, pero no creía que Gabarda pudiera ser ese alguien para él.

—Debe de ser duro. Aparte de todo lo que haces por los gatos del clan, tienes que guardar todos los secretos del Clan Estelar —murmuró la guerrera.

«¡Los secretos del Clan Estelar son mucho más sencillos que los nuestros!», pensó él.

—Soy curandero. Eso es lo que hago. Tú nunca tendrás que preocuparte por ese tipo de cosas.

—Sí, claro... —masculló Gabarda, tan bajito que Glayo no supo si lo decía sólo para sí misma—. Porque yo nunca haré nada de provecho, ¿verdad?

Glayo se incorporó del todo. Aunque Gabarda había estado ayudándolo con las tareas del curandero, él sabía que para ella nada podría compararse con volver a ser una guerrera.

—Gracias por secarme el pelo, Gabarda —maulló, y se fue a su lecho.

Ovillado entre los helechos, Glayo abrió los ojos y se encontró de nuevo en el fondo del agujero. La lluvia había cesado, y en lo alto las nubes cruzaban veloces el cielo, aunque Glayo no notaba ni la más ligera brisa. Al internarse en el túnel, vio que el camino estaba tenuemente iluminado, como si la luz de las estrellas pudiera atravesar la tierra y las rocas que tenía sobre la cabeza. Continuó andando, con las orejas plantadas hacia delante para captar el más mínimo sonido, pero el aire estaba vacío y silencioso.

«¿Dónde están los gatos antiguos?»

Glayo siguió avanzando a través de la luz plateada, hasta

llegar a la gruta en la que fluía el río. Esta vez era una corriente de agua estrecha y negra que discurría veloz entre las rocas, no un torrente crecido y rugiente, como la última vez que había estado allí. El joven curandero sintió un cosquilleo de esperanza en las zarpas al levantar la vista hacia la cornisa de Pedrusco, pero allí no había nadie.

Unos pasos quedos sonaron a sus espaldas. Al darse la vuelta, Glayo vio aparecer una figura desdibujada por un túnel distinto.

—¿Hojas Caídas? —maulló.

—No —respondió una voz familiar.

—¡Pedrusco!

El gato antiguo se acercó a Glayo; sus garras largas y retorcidas repiqueteaban contra el suelo, y sobre su cuerpo pelado y sus abultados ojos ciegos brillaba la pálida luz.

Cuando se detuvo ante Glayo, tenía una expresión solemne.

—¿Por qué rompiste mi palo? —Su tono no reflejaba ni rabia ni tristeza; nada que dejara traslucir sus sentimientos.

—Yo... yo quería hablar contigo, y tú no estabas allí... —respondió el joven curandero a trompicones—. ¿De qué servía guardar un trozo de madera lleno de marcas?

A pesar de sus palabras, Glayo sabía perfectamente que aquel palo era muchísimo más que eso.

—Yo siempre estoy aquí —contestó Pedrusco, y esta vez Glayo captó tristeza en su voz—. Acudiré a ti cuando tenga algo que decir. No eres tú quien debe convocarme.

El joven inclinó la cabeza, sintiéndose como un cachorro al que reñían por haberse escapado del campamento.

—Ese palo formaba parte de nuestra historia —continuó Pedrusco—. No puedes deshacerte de eso. Todo el pasado está a nuestro alrededor, y los gatos que fueron guerreros volverán a serlo.

Glayo se puso tenso y arañó el suelo rocoso de la gruta.

—¿Te refieres a... Carrasca? —preguntó con cierta ansiedad en la voz—. ¿La has visto? ¿Está viva?

Pedrusco parpadeó, y Glayo se estremeció ante la idea de que los ojos ciegos y grises del gato antiguo aún pudieran verlo muy bien.

—Tu pasado reside en las montañas —maulló el anciano—. El lugar donde yo nací, el lugar al que los gatos ya han regresado con anterioridad. Debes ir allí una vez más para completar el círculo.

—¿A la Tribu de las Aguas Rápidas? —A Glayo las preguntas no le salían lo bastante rápido—. ¿Tienen problemas?

Pedrusco no respondió. El golpe de una piedra a sus espaldas distrajo a Glayo por un instante, y, cuando se volvió de nuevo, el gato antiguo ya había desaparecido.

—¡Pedrusco! —exclamó, pero el eco de su voz se perdió en el más absoluto silencio.

Plantado junto al arroyo, hirviendo de frustración, Glayo oyó unos pasos que iban acercándose. Al volverse, se encontró con un joven gato blanco y canela que salía de uno de los túneles.

Hojas Caídas se acercó a él e inclinó la cabeza. Sus ojos rebosaban tristeza.

—Hola, Ala de Glayo —lo saludó.

Glayo se puso tenso al oír que Hojas Caídas lo llamaba por el nombre que tenía en los tiempos antiguos.

—Hola.

—Los demás se han marchado, ¿verdad?

Su tono era calmado, no acusador, pero Glayo se sintió más culpable aún por el protagonismo que había tenido en la partida de los gatos antiguos del lago.

«¿Acaso Hojas Caídas sabe lo que hice?»

—Sí, se han ido —admitió finalmente.

—Noto su ausencia en mi interior, como un silencio. Pero tus gatos siguen viviendo aquí. Vamos, Ala de Glayo, deja que te

lleve con ellos.

Sin esperar a que respondiera, Hojas Caídas cruzó la cueva y se dirigió hacia otro túnel. Glayo vaciló un instante, pero acabó siguiéndolo.

Hojas Caídas lo condujo por los túneles y lo llevó de nuevo al agujero, justo delante de la rama. Llegaron allí mucho más rápido de lo que Glayo habría esperado.

«Claro... Hojas Caídas lleva muchísimo tiempo recorriendo estos túneles. Conoce la ruta más directa.»

De repente, no pudo soportar la idea de abandonar de nuevo al joven gato.

—Ven conmigo, Hojas Caídas —le propuso.

Él negó con un gesto.

—Los dos sabemos que eso no es posible. —Levantó la cabeza para mirar al cielo. Las nubes habían desaparecido, y los guerreros del Clan Estelar resplandecían en un derroche de luz glacial—. Las estrellas siguen brillando —susurró con expresión maravillada—. Nunca pensé que volvería a verlas. Me alegra saber que todavía están ahí, igual que siempre. Todo el pasado está a nuestro alrededor.

Glayo pegó un brinco, sobresaltado. «¡Es lo mismo que ha dicho Pedrusco!»

—Tu destino está ahí arriba, ¿verdad? —maulló Hojas Caídas, señalando el cielo con la cola—. Tú no perteneces a este sitio.

Alargó la cola, y Glayo levantó la suya para que las dos se tocaran un instante.

—Te deseo suerte, amigo mío —continuó Hojas Caídas—. Si alguna vez me necesitas, estaré aquí.

—Gracias —contestó Glayo en un susurro.

Comenzó a trepar por la tierra suelta y después por la rama. Cuando volvió a mirar hacia abajo, Hojas Caídas había desaparecido.

—¡Eh, Hojas Caídas!

Desesperado por verlo una vez más, se inclinó por el borde...

Y de pronto, algo cortante se le clavó en el costado. La oscuridad se precipitó sobre su visión cuando abrió los ojos y se descubrió inclinado en el borde de su lecho, con la cara pegada al suelo de piedra de su guarida.

—¿Glayo? —La voz de Gabarda se oía amortiguada, y el curandero se dio cuenta de que la gata estaba clavándole un palo que sujetaba con la boca.

—Para ya —rezongó, incorporándose para sacudirse el musgo del pelo.

—Creía que estabas teniendo una pesadilla... —se disculpó la guerrera, esta vez con voz más clara—. Estabas diciendo cosas raras... algo sobre hojas que caían. ¿Qué te pasaba?

Glayo prefirió no contestar. Se puso en pie trabajosamente, traspasó la cortina de zarzas y salió al claro, donde estuvo a punto de chocar con Ratonero, que iba hacia el montón de la carne fresca.

—Perdón —masculló mientras el joven guerrero lo esquivaba.

Junto a la maternidad, los hijos de Rosella chillaban y retozaban bajo la atenta mirada de su madre. Espinela y Ala de Tórtola cruzaron el túnel de espinos y fueron trastabillando a la guarida de los aprendices, con las patas pesadas de agotamiento por la noche en vela.

Glayo se preguntó brevemente por qué las dos hermanas se dirigían a su antigua guarida, hasta que recordó el poco espacio que había en la de los guerreros. «Como no hay más aprendices, allí dormirán mejor.»

En medio de la hondonada, oyó a Zarzoso dando instrucciones para las primeras patrullas del día.

—Látigo Gris, tú puedes encabezar la patrulla del alba. Llévate a Esquiruela, a Betulón y a Centella.

—Salimos de inmediato —respondió Látigo Gris.

—Echad un vistazo a la frontera del Clan de la Sombra —añadió Zarzoso—. No queremos más problemas.

En cuanto la patrulla de Látigo Gris se puso en marcha, el lugarteniente continuó:

—Espinardo, tú dirigirás una patrulla de caza a lo largo del arroyo que bordea el Clan del Viento. Podría haber presas cobijadas en la ribera.

—De acuerdo, Zarzoso. ¿A quién me llevo conmigo?

El lugarteniente dudó un momento.

—Floresta, Bayo y Leonado. Carbonera, tú encárgate de otra patrulla y dirigíos al lago...

En cuanto Glayo oyó el nombre de su hermano, dejó de escuchar a Zarzoso y cruzó el claro para interceptar a Leonado antes de que llegase al túnel de espinos.

—¡Leonado, espera! ¡Tenemos que ir a las montañas!

—¡¿Qué?! —El guerrero irradiaba sorpresa e impaciencia—. Glayo, voy a salir con una patrulla. No puedes soltarme algo así de golpe y pretender que...

El curandero sacudió la cola con desdén.

—He tenido un sueño —insistió—. ¡Nuestro destino está allí!

Notó que había despertado el interés de su hermano.

—¿Era un sueño del Clan Estelar?

—No, de un gato más viejo incluso que el Clan Estelar. Creo que él sabe de dónde viene la profecía. ¡Tenemos que ir, Leonado!

5

Mientras entraba tambaleándose en su guarida y se dejaba caer en su lecho de frondas y bolas de musgo, Espinela pensó que se le iban a caer las patas.

—¡Me alegro de que haya terminado! Podría dormir durante una luna entera.

—Pero ha valido la pena. —Ala de Tórtola se enroscó contra el cuerpo de su hermana—. ¡Ya somos guerreras! —Y mientras Espinela se apretujaba agradecida contra su pelaje caliente, añadió—: No vayas al Bosque Oscuro cuando te quedes dormida. Necesitas descansar.

«¡Ojalá tuviera opción! —pensó la atigrada—. ¿Es que Ala de Tórtola no se da cuenta de que no puedo controlar las visitas al Lugar Sin Estrellas? Daría lo que fuese por no tener que despertarme allí nunca más.» Pero Espinela no dijo nada. No quería que su hermana se preocupara por su seguridad más de lo necesario.

Reconfortada por la calidez de Ala de Tórtola, poco a poco se dejó vencer por el sueño. Cuando abrió los ojos de nuevo le habría gustado ver que se hallaba todavía en la guarida de los aprendices, con la luz del sol filtrándose a través de las plantas que colgaban sobre la entrada, pero en vez de eso se encontró rodeada por la repulsiva y pálida luz del Bosque Oscuro. Estaba agazapada a la sombra de una mata de helechos; las hojas, de

un gris mortecino, se arqueaban sobre su cabeza. A poca distancia de sus patas, un estrecho sendero serpenteaba entre la vegetación.

Espinela suspiró. «Debería haberlo imaginado...»

Antes de que pudiera moverse, oyó voces que se acercaban y el ruido de varios gatos a través de la maleza. Esperó a que apareciera el primero de ellos.

—¿Habéis visto el movimiento que me ha enseñado Garra de Cardo? —fanfarroneó Ventolero—. ¡Esperad a que tenga la oportunidad de probarlo con uno de esos gatos sarnosos del Clan del Trueno!

—Garra de Cardo es genial —maulló Cara Soleada, que lo seguía con una aprendiza blanca y gris a la que Espinela no reconoció—. ¡No puedo creer que fuera miembro del Clan del Trueno!

Los gatos del Clan del Viento pasaron trotando por delante de Espinela sin reparar en ella, y poco después se desvanecieron en la distancia.

«Claro, ya ha amanecido —pensó la gata—. Se marchan a casa.»

Estaba a punto de salir de la mata de helechos cuando oyó más pasos y captó el olor del Clan de la Sombra.

«¡Corazón de Tigre!»

Espinela permaneció entre las sombras y observó cómo el joven guerrero bordeaba un zarzal y caminaba en su dirección. Lo acompañaban Lomo Rajado y Poma. Al llegar a la altura de Espinela, Corazón de Tigre se quedó rezagado. Alzó el hocico y esperó hasta quedar fuera del alcance de sus oídos.

—Puedo olerte —maulló finalmente—. Es inútil que te escondas.

Espinela salió de un salto de entre los helechos para encararse con el guerrero atigrado.

—¡No me estaba escondiendo! —replicó—. Acabo de llegar.

—¿Y por qué estás aquí ahora? —le preguntó él con frialdad. Y antes de que ella pudiera contestar, añadió—: ¿Acaso crees que puedes evitarme si vienes a una hora distinta? Ahora sé de lo que eres capaz. ¿Qué diría Zarpa de Tórtola si supiese que estabas dispuesta a matar a un gato inocente?

Durante un segundo, Espinela se quedó helada al recordar el espantoso momento del que hablaba el guerrero del Clan de la Sombra: como prueba de su lealtad, Estrella Rota había intentado que ella matase a Rosero, que, sin saber cómo, había llegado al Bosque Oscuro desde el Clan Estelar.

«¿Lo habría hecho si Corazón de Tigre no lo hubiese evitado?», se preguntó la joven guerrera.

—No tenía elección… —empezó.

Corazón de Tigre sacudió la cola.

—Siempre hay elección —bufó.

Espinela sintió una oleada de rabia, como un incendio propagándose en la hierba seca.

—¿Me estás diciendo que tú tenías elección al utilizar a mi hermana para descubrir las provisiones de hierba del Clan del Trueno? ¡No me extraña que no quiera volver a verte!

—Yo no la utilicé… —Los ojos ámbar del gato se ensombrecieron—. Aunque no espero que me creas. —Y dicho eso, giró en redondo y siguió su camino.

Espinela se quedó mirándolo hasta que desapareció por un recodo del sendero, y luego se marchó en dirección contraria. Apenas había recorrido unos zorros de distancia cuando, al rodear un arbusto de espino, estuvo a punto de chocar con Garra de Cardo.

—¡Qué bueno verte por aquí, Zarpa Espinela! —ronroneó el atigrado gris y blanco con sarcasmo—. Cómo me alegro de que hayas decidido reunirte con nosotros después de todo.

—Ahora me llamo Espinela —replicó ella con un destello de orgullo—. Ya soy guerrera.

—Aquí todavía no —replicó Garra de Cardo—. No hasta que yo lo diga. Y te costará mucho serlo si ni siquiera te molestas en llegar puntual a los entrenamientos.

—He pasado la noche en vela, como manda el código guerrero. —La joven mantuvo la cabeza bien alta, aunque notó que se le hacía un nudo en el estómago.

Por toda respuesta, Garra de Cardo maulló:

—Sígueme.

Tras abandonar el sendero, el guerrero del Bosque Oscuro la guió a través de una densa vegetación hasta un claro rodeado de robles retorcidos. En medio del claro había un montón de árboles caídos cubiertos de musgo resbaladizo, y en los troncos crecía un hongo pálido que parecía emitir una luz propia y repulsiva.

—Ahora... —empezó el guerrero.

El sonido de un gato atravesando los helechos a la carrera lo interrumpió. Espinela captó el olor del Clan del Viento un segundo antes de que Hormiguero irrumpiera en el claro.

—¡Lo siento, Garra de Cardo! —exclamó el guerrero sin resuello—. Estrella de Bigotes me ha mandado a una patrulla nocturna. Acabo de acostarme ahora mismo.

Espinela sintió un escalofrío. Al igual que ella, Hormiguero había estado despierto toda la noche. En el mundo de los despiertos era de día, la débil luz de la estación sin hojas se colaba oblicuamente entre los árboles, pero el Bosque Oscuro estaba cubierto de tinieblas.

«¿Es que aquí es siempre de noche?», se preguntó.

—Tengo una nueva tarea para ti, Hormiguero —maulló Garra de Cardo, haciendo caso omiso de la disculpa del guerrero del Clan del Viento—. ¿Ves esos árboles caídos? Vas a atacar esa posición. Y tú —prosiguió, girándose hacia Espinela, con su hocico gris y blanco a sólo un ratón de distancia del de ella— vas a defenderla. Hormiguero, sólo ganarás la prueba si

puedes forzar a Espinela a retroceder hasta lo alto del montón.

Obedeciendo al movimiento de la cola del guerrero, Espinela saltó al tronco más bajo. Un cosquilleo de expectación recorrió su cuerpo desde las orejas hasta la punta de la cola. Estaba orgullosa de sus habilidades de combate. «¡Le enseñaré a este gato del Clan del Viento de qué estamos hechos los miembros del Clan del Trueno!»

Hormiguero saltó hacia ella con las uñas envainadas, como si fuera una sesión de entrenamiento de clan. Espinela se irguió, balanceándose brevemente sobre las patas traseras mientras le daba manotazos en las orejas, también con las uñas envainadas. El guerrero dio un paso atrás y luego contraatacó, chocando contra el costado de ella en un intento de desestabilizarla. La joven lo esquivó limpiamente y le deslizó una zarpa por el bíceps.

—¿Qué estáis haciendo? —gruñó Garra de Cardo—. ¿Acaso sois cachorritos? ¡He dicho que luchéis!

Hormiguero se abalanzó de nuevo hacia Espinela, esta vez con las uñas desenvainadas y mostrando los dientes, y trató de agarrarla por el pescuezo. La gata sintió un dolor en el costado cuando se revolvió y le lanzó un zarpazo para sacárselo de encima, pero tenía al guerrero demasiado cerca para que sus golpes fueran eficaces, y mientras ella luchaba por liberarse, él la empujó hacia el siguiente tronco.

Garra de Cardo soltó un bufido de desprecio.

—¿Ésta es la clase de guerreros que el Clan del Trueno entrena ahora? —se mofó.

Furiosa, Espinela se lanzó contra Hormiguero con un alarido ensordecedor, pero al saltar resbaló con una pata sobre el pálido musgo y se cayó torpemente de lado sobre el tronco inferior, quedándose sin aire al aterrizar. La joven se preparó para el nuevo ataque de Hormiguero, que sin duda aprovecharía su ventaja, pero al revolverse descubrió que el

guerrero se había retirado un poco y esperaba a que ella se levantara para proseguir con la pelea.

Dándole las gracias con un leve movimiento de la cabeza, Espinela se puso en pie trabajosamente… Pero, antes de que pudiera retomar la lucha, Garra de Cardo pasó junto a ella con un gruñido iracundo. A Hormiguero se le desorbitaron los ojos y retrocedió para alejarse del furioso guerrero, hasta terminar balanceándose precariamente en lo alto del montón de troncos.

—¡Eres un cobarde! —lo insultó Garra de Cardo, lanzándole un zarpazo con una de sus enormes garras delanteras—. ¡Muestra algo de valor, si es que puedes!

Con un gruñido de rabia, Hormiguero saltó sobre él, le clavó los colmillos en el pescuezo y le arañó el lomo. Garra de Cardo se lo quitó de encima como si fuera una hoja muerta y lo inmovilizó contra los troncos. Hormiguero lo aporreó con las patas traseras, arrancándole mechones de pelo de la barriga.

—¡Eso está mejor! —escupió Garra de Cardo—. ¡Ahora sí que estás peleando como un guerrero!

Sus potentes garras se hundieron en la carne del gato del Clan del Viento, al que sacudió como si fuera un zorro. Espinela contempló abatida cómo la sangre brotaba del cuerpo de Hormiguero.

El olor de la sangre caliente se le atravesó en la garganta.

—¡Garra de Cardo, basta ya! —aulló la joven.

El guerrero la ignoró. Estirando el cuello, aferró a su contrincante por el pescuezo, lo lanzó al suelo desde lo alto de los troncos, y el gato aterrizó duramente a los pies de Espinela.

Hormiguero se movió débilmente y trató de ponerse en pie, pero volvió a derrumbarse con un gemido de dolor. Horrorizada, Espinela se agachó junto a él para ver de dónde brotaba la sangre.

—¡Déjalo! —le ordenó Garra de Cardo desde los troncos—. Ha perdido la batalla, eso es todo.

—Pero ¡está herido! —protestó Espinela.

—Se recuperará —gruñó el guerrero oscuro, y comenzó a descender hacia los dos gatos de clan.

Antes de que llegara junto a ellos, Espinela se inclinó sobre Hormiguero y le susurró al oído:

—¡Despiértate! En realidad no estás aquí, sino en tu lecho del Clan del Viento.

Los pasos de Garra de Cardo se iban acercando.

—¡Deprisa, despierta! —siseó Espinela.

Hormiguero respondió con un gemido. La gata lo acarició y, para su alivio, vio que el guerrero soltaba un largo suspiro y cerraba los ojos. En cuanto se quedó dormido, su cuerpo se estremeció, y un segundo después desapareció por completo. Lo único que dejó tras él fueron unas cuantas manchas de sangre espesa en la hierba.

En ese mismo instante, Garra de Cardo llegó al suelo, y sus ojos verdes llamearon de rabia.

—¡Menudo cobarde! —bufó, mirando con desprecio el hueco que había dejado Hormiguero—. ¿Por eso corren tan deprisa los gatos del Clan del Viento? ¿Para poder huir?

—Siempre he sabido que tenía un corazón de zorro —coincidió Espinela, consciente de que debía ponerse de su parte—. Ahora ya no tengo con quién practicar.

—Oh, sí que lo tienes. —Garra de Cardo se volvió hacia ella pasándose la lengua por los labios, como si estuviera ante una presa especialmente jugosa—. Puedes luchar contra mí.

A Espinela comenzó a latirle el corazón con tanta fuerza que le pareció que se le iba a salir por la boca.

—De acuerdo —maulló, intentando sonar impaciente.

Antes de que pudiera tomar aire, el guerrero se abalanzó contra ella y la derribó con tal ímpetu que acabó aterrizando en el suelo con él encima. Las uñas del gato se le clavaban en los bíceps. Instintivamente, la joven se hizo la muerta y, en

cuanto notó que Garra de Cardo se relajaba, se zafó retorciéndose y le asestó un par de golpes rápidos en el costado antes de ponerse fuera de su alcance a toda velocidad.

Estaba exhausta, la cabeza le daba vueltas y sentía las patas tan pesadas como piedras, pero el bufido de rabia de su contrincante le dio nuevas fuerzas. Mientras él giraba en redondo para volver a atacarla, ella se agachó para esperarlo, sacudiendo la cola de un lado a otro. Cuando Garra de Cardo saltó, la gata se deslizó por debajo de su barriga para aparecer a sus espaldas y le arañó las patas traseras. El guerrero sacudió la cola ante la cara de la joven, que se la mordió con ganas y disfrutó con su alarido de dolor. Garra de Cardo liberó entonces su cola de un tirón y se volvió hacia Espinela más deprisa de lo que ella habría creído posible. Lo observó con la vista cansada y borrosa, intentando anticipar hacia dónde saltaría el guerrero. Cuando él se elevó por el aire, ella se hizo a un lado, pero el gato fue más rápido y le atizó un manotazo que la tiró al suelo.

Espinela soltó un chillido mientras rodaban juntos sobre la hierba, arañándose el uno al otro.

La gata trató de acercar la cabeza al cuello de Garra de Cardo para clavarle los colmillos en la garganta. Con un gruñido de esfuerzo, él se la quitó de encima y ella chocó con el montón de troncos. Mientras trataba de recuperar el aliento, la joven fue escalando tronco a tronco, con el musgo y los hongos pegándose a su pelo, hasta que llegó al tronco de la cima.

—¡He ganado! —aulló.

Garra de Cardo se puso en pie trabajosamente y la fulminó con la mirada.

—El que llega a lo alto pierde, cerebro de ratón —bufó.

—Pero tú no me has hecho subir por la fuerza —replicó ella triunfal—. He subido por mí misma y estoy lista para volver a saltar sobre ti... ¡así que he ganado!

—Yo soy quien pone las reglas… —empezó Garra de Cardo.

—La joven tiene razón —lo interrumpió una voz grave. La tenebrosa silueta de Hoja de Arce apareció por detrás de uno de los viejos robles, y Espinela se preguntó cuánto tiempo llevaría allí—. Admite la derrota, Garra de Cardo, y ve a lamerte las heridas.

El guerrero oscuro soltó un bufido de disgusto y se dio la vuelta. Cruzó el claro en dirección a los árboles, y Espinela comprobó encantada que iba cojeando.

Hoja de Arce se acercó al montón de troncos y miró a la joven agitando las orejas, una señal para que bajara.

—Tenía mis dudas sobre tu lealtad —le dijo la vieja gata con voz ronca—. Pero estoy empezando a cambiar de opinión. Cuando llegue el día de la batalla, tú pelearás a mi lado.

—¿Y eso cuándo será? —preguntó Espinela intentando sonar impaciente, con la esperanza de que Hoja de Arce le diese alguna información que pudiera transmitirles a Glayo y Leonado.

—No tan deprisa —murmuró la vieja gata con un destello de aprobación en los ojos—. Puede que hayas vencido a Garra de Cardo, pero todavía tienes mucho que aprender antes de enfrentarte a los guerreros de clan más experimentados.

—Sólo quiero estar preparada.

—Lo estarás —le aseguró Hoja de Arce—. Y no tardarás mucho en poder demostrarlo…

Para alivio de la joven, la guerrera oscura se despidió de ella con un leve asentimiento y desapareció entre los árboles. Debilitada por la pelea y la falta de sueño, Espinela se dejó caer en el suelo, notando cómo el Bosque Oscuro se desdibujaba a su alrededor a medida que cerraba los ojos.

El familiar aroma de su hermana mezclado con el olor del

musgo seco le llenó la nariz, y con un largo suspiro Espinela abrió los ojos. Ala de Tórtola seguía durmiendo, tumbada cerca de ella y con una zarpa sobre su barriga. Procurando no despertarla, Espinela se retorció para separarse de ella y salió al claro cojeando. El cielo estaba gris, pero supuso que el sol debía de estar casi en su cénit. Fronde Dorado, Acedera y Zancudo charlaban al lado del montón de la carne fresca. Fronda dormitaba en la entrada de la maternidad, y Puma y Musaraña estaban sentados justo delante de la guarida de los veteranos. Espinela se imaginó que el antiguo solitario estaría contándole a Musaraña una de sus interminables historias.

Zarzoso apareció por el túnel de espinos con una ardilla colgando de la boca, seguido de Betulón y Candeal, que cargaban con un par de ratones. Rosada entró la última con un campañol.

«Qué tranquilo está todo», pensó Espinela.

Pero tenía la mente repleta de imágenes de la batalla final: gatos aullando, garras desenvainadas, sangre empapando el suelo de tierra de la hondonada, guerreros muertos y despellejados...

«¿Está en mis manos impedir la batalla? ¿Y si no lo consigo? ¿De verdad podré salvar a mis compañeros de clan?»



6

Ala de Tórtola estaba delante de la guarida de los aprendices, lavándose a toda prisa mientras sus compañeros de clan se paseaban a su alrededor y esperaban para partir a la Asamblea. La última luz del día se iba desvaneciendo en la hondonada rocosa, y en el cielo la luna llena ya estaba alzándose. Doblando el cuello para llegar hasta la zona de la nuca, la joven guerrera trató de sofocar su desasosiego. «Estaría mucho más contenta si Espinela pudiese acompañarnos a la Asamblea.»

Pero Espinela seguía recuperándose de las heridas sufridas en el Bosque Oscuro varios días atrás, justo después de que las nombraran guerreras a las dos. Ala de Tórtola se había quedado conmocionada al despertarse y ver el estado de su hermana, con profundos cortes en los costados y los bíceps, y con sangre apelmazada en el pelo. Las heridas eran lo bastante graves como para que Ala de Tórtola decidiera avisar a Glayo, que las trató con telarañas y cola de caballo, y, además, se inventó una historia para explicársela a sus compañeros de clan, diciéndoles que la gata había caído en un zarzal mientras cazaba.

Como Nube Albina también se había caído en el agujero, Musaraña se había dedicado a rezongar sobre lo patosos que eran los jovenzuelos, pero Espinela lo había soportado en

silencio. Ni siquiera le había contado a su hermana cómo se había hecho exactamente esas heridas.

Al recordarlo, Ala de Tórtola sintió un hormigueo de preocupación por su hermana, y como no parecía que los gatos que iban a ir a la Asamblea fuesen a salir de inmediato, volvió a entrar en su guarida para ver cómo se encontraba. Espinela estaba enroscada en su lecho y levantó la cabeza al oír ruido; sus ojos eran profundos estanques de agotamiento.

—Prométeme que no irás al Bosque Oscuro esta noche —le suplicó Ala de Tórtola.

—No tengo elección —respondió Espinela, sacudiendo la cabeza, obstinada—. Y aunque pudiera elegir, debería ir igualmente porque aún no sabemos nada sobre la batalla.

—Pero... —Ala de Tórtola se quedó callada, deseando que su hermana confiara en ella como antes. «¿Sigue molesta conmigo porque le oculté lo de mis poderes?»—. Estoy preocupada por ti, Espinela, nada más.

—Estaré bien —respondió su hermana con un deje de orgullo en la voz—. Puedo sobrellevarlo.

Ala de Tórtola tuvo que reprimir una punzada de celos. «¿Acaso cree que es mejor que yo por estar haciendo esto por nuestro clan?»

—Espinela, yo sólo quiero que...

—¡Ah, estás aquí, Ala de Tórtola! —la interrumpió la voz de Zarzoso. El lugarteniente del Clan del Trueno se había asomado a través de la mata de hierba que ocultaba la entrada de la guarida—. Venga, ya estamos listos para marcharnos.

—Lo siento —se disculpó la joven—. Nos vemos luego, Espinela.

Salió de la guarida y corrió hasta la barrera de espinos, donde sus compañeros de clan aguardaban para cruzar el túnel.

—Hola, Ala de Tórtola —la saludó Pinta—. ¿Cómo está tu hermana?

—Bien —contestó.

La joven vio que Carbonera caminaba hacia ella con expresión preocupada y supuso que también quería preguntarle por su antigua aprendiza. Pero no había tiempo para ponerse a charlar, de modo que Carbonera asintió y se dirigió hacia el túnel, y Ala de Tórtola la siguió.

Estrella de Fuego impuso un ritmo enérgico a través del bosque. La luna proyectaba sombras en el camino, y la escarcha relucía en todas las briznas de hierba y en las frondas de los helechos. Al salir de entre los árboles a la cima de la ladera que descendía hasta el lago, Ala de Tórtola dio un respingo al ver la escena que tenía ante ella: la luna trazaba un sendero de plata fundida desde un extremo del agua hasta el otro, y las olas bañaban suavemente los guijarros de la orilla. Siguiendo a sus compañeros de clan, la joven corrió a lo largo de la ribera, cruzó chapoteando el arroyo de la frontera del Clan del Viento y se encaminó al cercado de los caballos. Pensó en la reluciente capa de hielo, rota por las grietas desiguales que habían engullido a Rosero. Unas lunas atrás, aquel mismo lago era una yerma extensión de barro reseco salpicado de charcas menguantes, donde los peces se sacudían y donde los gatos sedientos se apiñaban en busca de las últimas gotas de agua.

«Nada permanece siempre igual —comprendió Ala de Tórtola—. Nada excepto la profecía, y no está más clara de lo que estaba.»

—¡Eh, Ala de Tórtola! —La voz de Raposo la sacó de sus pensamientos—. ¡Te echo una carrera hasta el árbol puente!

Dejando a un lado sus preocupaciones, la gata echó a correr tras el guerrero y lo alcanzó al traspasar las marcas olorosas del Clan del Río. Resollando, los dos se detuvieron ante el árbol puente, muy por delante del resto del clan.

—¡Eres muy rápida! —exclamó Raposo sin aliento, admirado.

—Tú tampoco lo haces mal —respondió ella, dándole en el lomo con la punta de la cola.

El resto del clan llegó junto a ellos, y Estrella de Fuego saltó al tronco caído para guiar a los suyos a la isla. Proyectando sus sentidos, Ala de Tórtola detectó que los otros tres clanes ya estaban allí. Percibió un intenso sentimiento de incomodidad, y eso le provocó un hormigueo en las zarpas, así que cruzó el árbol puente y corrió por la orilla para abrirse paso entre los arbustos que rodeaban el Gran Roble.

En el claro, los gatos de los demás clanes se paseaban de un lado a otro con inquietud. Ala de Tórtola se dio cuenta de que los guerreros de cada clan se mantenían separados de los demás, en vez de charlar unos con otros como solían hacer en las Asambleas. Cuando apareció el Clan del Trueno, la joven notó una oleada de hostilidad procedente de los miembros del Clan de la Sombra. Uno o dos de ellos alzaron el cuello y los recibieron con un bufido, otros les dieron la espalda directamente.

Ala de Tórtola no pudo evitarlo y buscó a Corazón de Tigre, que estaba a la sombra de un acebo. Los ojos ámbar del guerrero se encontraron con los de ella, y la joven desvió la mirada de inmediato, notando que le ardía la piel. Jamás podría perdonarle que la hubiera utilizado para conseguir la reserva de hierbas de Glayo. «¡Me convirtió en una espía para el Clan de la Sombra!»

A pesar de todo, Ala de Tórtola no podía olvidarse de los momentos que Corazón de Tigre y ella habían pasado juntos en la vieja casa de los Dos Patas, junto a la frontera del Clan de la Sombra. Para ella, sus encuentros a la luz de la luna habían sido más importantes que ninguna otra cosa.

—¿Ala de Tórtola?

La gata se giró al notar que la tocaban delicadamente con la punta de la cola. Era Abejorro Negro.

—No dejes que te disgusten esos gatos del Clan de la Sombra —le dijo el joven guerrero—. ¡Todos tienen corazón de zorro!

Ala de Tórtola se limitó a asentir. Abejorro Negro movió las orejas hacia sus propios compañeros de clan, y la gata dejó que la guiara hacia allí, aunque no pudo resistirse a mirar a Corazón de Tigre una última vez. El joven guerrero estaba enfrascado en una conversación con un gato del Clan del Río al que ella nunca había visto.

«Probablemente sea otro guerrero captado por el Bosque Oscuro... —supuso con un estremecimiento—. ¿Cómo pude confiar en un gato como Corazón de Tigre? Después de todo, está emparentado con Estrella de Tigre. ¡Y todos sabemos lo malvado que era!»

Pero recordó que Zarzoso también estaba emparentado con Estrella de Tigre, y enseguida se sintió culpable.

«¡Zarzoso no tiene nada de malvado! ¡Es el leal lugarteniente del Clan del Trueno!»

Para entonces, los cuatro líderes habían ocupado su lugar en el Gran Roble. Estrella de Fuego estaba en la horcadura de una rama, con Estrella Vaharina sentada en la rama de debajo; Estrella de Bigotes se había aposentado en una rama más alta, dejando que su cola colgara de ella. Ala de Tórtola no vio a Estrella Negra de inmediato; luego, por fin lo distinguió entre unas hojas muertas que aún se aferraban a su rama y proyectaban sombras moteadas en el pelaje blanco del líder, cuyos ojos destellaban ceñudos mientras observaban el claro.

Cuando Estrella de Bigotes llamó al orden a los congregados, Ala de Tórtola se sentó junto a Abejorro Negro, temblando por la húmeda brisa nocturna.

—Las presas abundan a pesar del frío —anunció el líder del Clan del Viento—. Y tenemos un nuevo guerrero: Pardero.

—¡Pardero, Pardero! —Los gatos del Clan del Viento aclamaron al joven, que inclinó la cabeza, complacido y

avergonzado a la vez.

Ala de Tórtola se sumó a los vítores, aunque reparó en que muy pocos gatos de los demás clanes hacían lo mismo. «La Asamblea debería ser un momento de reconciliación entre los clanes. ¿Qué nos está pasando?»

Estrella de Bigotes volvió a sentarse y paseó la mirada por los gatos del claro, como si él estuviese haciéndose la misma pregunta. Estrella Negra salió de entre la mata de hojas muertas y miró a los guerreros y aprendices congregados allí antes de hablar.

—Cirro, nuestro curandero, ha sufrido un leve ataque de tos blanca —anunció—. Pero ahora está tan fuerte como siempre, al igual que el Clan de la Sombra.

Y dicho eso, se ocultó de nuevo entre las hojas y volvió a sentarse.

—¡¿Un leve ataque de tos blanca?! —masculló Ala de Tórtola—. Cirro se está muriendo, y todo el Clan del Trueno lo sabe. ¡Al menos Estrella Negra podría habernos dado las gracias!

Abejorro Negro le guiñó un ojo.

—Así son los gatos del Clan de la Sombra.

Estrella Vaharina se puso en pie.

—El Clan del Río se alegra de ver que el hielo ha desaparecido del lago —maulló—. Ahora tenemos peces en abundancia, y nuestro clan ha nombrado a dos nuevos guerreros en esta pasada luna: Carrizo y Neblinosa.

—¡Carrizo! ¡Neblinosa!

Esta vez hubo más gatos de los demás clanes que vitorearon sus nombres, como si todos empezaran a relajarse.

«Aunque es posible que la afabilidad y la confianza de Estrella Vaharina los hayan conquistado», reflexionó Ala de Tórtola mientras se unía a los vítores.

La líder del Clan del Río, además, siempre estaba dispuesta a trabajar con los otros clanes.

—También hemos visto un tejón en nuestro territorio —continuó Estrella Vaharina cuando el estruendo se apagó—, pero Juncal, Pardal y Pétalo le siguieron el rastro hasta que vieron que se marchaba.

—¿Hacia dónde? —quiso saber Perlada, la lugarteniente del Clan del Viento—. ¿Deberíamos estar ojo avizor?

—No creo que tengamos problemas —respondió Estrella Vaharina—. Se fue por el cercado de los caballos, en dirección a las montañas. Si hubiera creído que suponía un peligro, os habría enviado un aviso —añadió cortésmente.

La gata terminó su informe y asintió en dirección a Estrella de Fuego. Ala de Tórtola admiró el cuerpo musculoso y el lustroso pelaje rojizo de su líder cuando éste se irguió en la rama.

—El Clan del Trueno también tiene buenas noticias —maulló—. Hace apenas un par de días, nombré a dos nuevas guerreras: Ala de Tórtola y Espinela.

Ala de Tórtola sintió una cálida oleada de orgullo cuando los clanes corearon su nombre y el de su hermana. «¡Ojalá Espinela estuviera aquí para compartir esto!»

—¡Eh! ¿Y dónde está Espinela? —preguntó Cañamera, del Clan del Viento, cuando los demás se callaron.

—Sí, debería estar aquí, en su primera Asamblea como guerrera —se sumó Malvoso, del Clan del Río.

—Espinela ha tenido un pequeño accidente —explicó Estrella de Fuego antes de que Ala de Tórtola pudiera decir nada—. Se cayó en un zarzal mientras estaba cazando. Pero nuestro curandero le ha tratado las heridas, y pronto podrá volver a patrullar. Estará aquí en la próxima Asamblea.

Sonaron algunos murmullos de solidaridad.

Ala de Tórtola pegó un salto cuando Abejorro Negro le dio con una pata.

—¡Mira a los curanderos! —le susurró el joven guerrero—.

Parecen muy incómodos… ¿Crees que se han peleado?

Ala de Tórtola vio que tenía razón. Aunque algunos de los guerreros y aprendices habían empezado a mezclarse, los curanderos seguían sin moverse de la zona que ocupaban sus respectivos clanes. Ala de Mariposa y Blima hablaban en voz baja, Cirro estaba cerca de Estrella Negra, y Azor se había instalado debajo de un espino con los ojos entornados, como si recelara de todo lo que estaba ocurriendo en la Asamblea.

Glayo, por su parte, estaba sentado junto a las raíces del Gran Roble, con la cola enroscada alrededor de las patas.

—Seguro que es culpa de Glayo —le susurró Ala de Tórtola a Abejorro Negro, medio en broma—. ¡Es tan quisquilloso que no me extrañaría que hubiera ofendido a todos los demás!

A pesar de sus palabras, la joven guerrera notó un hormigueo de preocupación en el estómago. «Los curanderos no se rigen por las mismas fronteras de clan que el resto de nosotros. ¿Qué ha pasado entre ellos?»

Al mirar a su alrededor, vio a Oreja Partida y Manto Trenzado, del Clan del Viento, compartiendo lenguas con Amapola, del Clan de la Sombra, y se preguntó si los veteranos estarían charlando sobre el Gran Viaje, que parecía ser su tema preferido cuando se encontraban en las Asambleas. Dos o tres aprendices habían empezado a fingir que peleaban en un lateral del claro, y Cañamera y Pétalo estaban enfrascadas en una conversación, quizá compartiendo recuerdos de la batalla contra los castores. La sensación de inquietud de Ala de Tórtola se desvaneció.

—¡Hola, Abejorro Negro! —saludó Matojo, un joven guerrero del Clan del Río—. ¿Qué le ha ocurrido a Gabarda? ¡Hace lunas que no la veo en una Asamblea!

Abejorro Negro pareció desconcertado. Estrella de Fuego jamás había contado en una Asamblea lo de la lesión de Gabarda. «Probablemente para que el Clan del Trueno no

parezca vulnerable», pensó Ala de Tórtola. Y estaba claro que aquél no era el mejor momento para dar esa noticia a los otros clanes.

—Bueno, ya sabes —intervino la gata, ahorrándole a Abejorro Negro tener que contestar—. Está bien, pero muy ocupada, como todos los demás.

Matojo parpadeó.

—Ah, claro —maulló el guerrero, un tanto decepcionado, antes de regresar con los gatos de su clan.

Abejorro Negro soltó un largo suspiro mientras veía cómo se alejaba.

—Gracias —le susurró a Ala de Tórtola.

Ella se encogió de hombros.

—Sólo le he dicho la verdad.

A su compañero se le dilataron los ojos.

—Sabes que eso no es cierto.

Ala de Tórtola detectó la tristeza en su voz, y alargó la cola para acariciarle el lomo.

—Debe de ser muy duro para ti ver a tu hermana herida de esa forma.

El guerrero bajó la cabeza.

—No puedes ni imaginarlo.

—Oh, claro que sí. —Estaba pensando en Espinela. «Yo también me preocupo por mi hermana.»

—Intento no sentir lástima por Gabarda —continuó Abejorro Negro—. Sé que eso es lo último que ella querría, pero... ¡es que me da lástima! Aunque me siento muy orgulloso de ella por seguir peleando como lo hace, cuando sabe perfectamente que no hay esperanzas de que vuelva a caminar.

—Estoy segura de que Gabarda lo entendería... —respondió Ala de Tórtola, un poco incómoda. Le hubiera gustado poder decir algo que aliviara la pena de su compañero de clan—. Tiene mucha suerte contigo, eres un hermano estupendo.

Él parpadeó y, por un instante, sus ojos centellearon.

—Gracias, Ala de Tórtola...

Ajenjo y Pardal, del Clan del Río, se les acercaron inclinando la cabeza.

—¿Cómo van las presas por el Clan del Trueno? —preguntó Ajenjo.

Mientras Abejorro Negro respondía, Ala de Tórtola retrocedió unos pasos y observó a los gatos reunidos en el claro. «No estoy buscando a Corazón de Tigre. ¡Para nada!» Se encaminó al aliviadero de la isla y pasó junto a una mata de espinos, donde vio a Manto Trenzado y Oreja Partida compartiendo lenguas con Amapola.

—... nunca había visto heridas como ésas, excepto tras una batalla —estaba diciendo Manto Trenzado.

—Pobre Hormiguero —murmuró Amapola—. Lo conocí en la última Asamblea, y me pareció un joven muy prometedor. ¿Cómo resultó herido?

Oreja Partida sacudió la cabeza.

—Nadie lo sabe, y Hormiguero no está en condiciones de decírnoslo. Pero seguro que fue un perro. Los mordiscos no se están curando... y él está muy enfermo.

—Azor no tiene esperanza alguna de que se recupere —añadió Manto Trenzado en un susurro.

«Pobre Clan del Viento —pensó Ala de Tórtola, compasiva—. Me alegro de que no veamos muchos perros en nuestro territorio.»

Las voces se apagaron a sus espaldas mientras se abría paso entre los arbustos para acceder al aliviadero. Cuando ya había terminado de hacer sus necesidades y lo había cubierto todo con tierra, oyó la voz de Zarzoso:

—¡Clan del Trueno! ¡Es la hora de partir!

Al salir de entre los arbustos, la joven vio una sombra en medio del camino. Era Corazón de Tigre, que le cortó el paso.

—Tenemos que hablar —dijo el guerrero del Clan de la Sombra.

—Entre nosotros no queda nada por decir —bufó ella.

—¡Por favor! —Corazón de Tigre tenía los ojos dilatados y parecía angustiado—. No pretendía utilizarte, te lo prometo, Ala de Tórtola. Es cierto, le conté a Estrella Negra lo del herbario de Glayo, pero eso no cambia lo que sentía por ti... —Hizo una pausa, y luego, casi en un susurro, añadió—: Lo que todavía siento por ti.

Ala de Tórtola clavó las garras delanteras en el suelo, y un hormigueo de desazón le recorrió el cuerpo de la cabeza a la cola. Quería ceder ante Corazón de Tigre. Quería creer en sus palabras.

—Ahora no podemos hablar de eso —replicó a la defensiva—. No cuando cualquiera puede oírnos.

—Entonces reúnete conmigo en el lugar de siempre —la instó él.

—No, Corazón de Tigre —replicó Ala de Tórtola, sintiendo que su corazón se encogía al tener que mentir—. Ya no siento nada por ti.

Los ojos del guerrero centellearon de rabia.

—¿Es que tu hermana ha estado contándote cosas de mí?

Ala de Tórtola se quedó mirándolo, desconcertada.

—¿Y qué iba a contarme?

—No importa. Pero quizá no conozcas a tu hermana tan bien como crees.

La joven guerrera entrecerró los ojos. «No puede referirse a que Espinela esté entrenándose en el Bosque Oscuro. Él ya sabe que yo lo sé.»

De repente, Corazón de Tigre se acercó un poco más, envolviéndola con su familiar olor.

—Espinela no es la gata que tú crees que es —susurró.

«Y yo no soy la gata que tú crees que soy. —Ala de Tórtola

deseó decir esas palabras en voz alta, pero, de algún modo, la amabilidad de Corazón de Tigre la asustaba—. ¡Es como si sintiera lástima por mí y quisiera ayudarme!»

Para su alivio, otro aullido de Zarzoso llamando a los miembros del Clan del Trueno interrumpió su conversación.

—Tengo que irme —maulló Ala de Tórtola—. Y no quiero oír ni una sola palabra más de tu boca.

Corazón de Tigre no replicó. Se limitó a bajar la cabeza y a alejarse. Aun así, a pesar de haber conseguido escapar de él, la joven guerrera sintió como si le faltase la mitad de sí misma.

«¿Por qué no puedo sacármelo del corazón?»

En el camino de vuelta, Ala de Tórtola reparó en que Abejorro Negro, que caminaba a su lado, estaba un poco más cerca de ella de lo habitual. Pero el olor de Corazón de Tigre aún la envolvía... Y aún le parecía estar viendo sus ojos ámbar mirándola fijamente... Y aún podía oír su cálida voz...

Se sobresaltó al darse cuenta de que Abejorro Negro estaba diciendo algo.

—¿Qué? —le soltó.

El joven parpadeó.

—Yo... yo sólo decía que espero que Espinela pueda venir la próxima vez.

—Ah, sí, lo siento... —Ala de Tórtola intentó apartar a Corazón de Tigre de su mente—. No pretendía sonar brusca. Supongo que estoy cansada...

Abejorro Negro asintió.

—Sí, yo también.

El guerrero apretó el paso para alcanzar a Bayo y Ratonero, y Ala de Tórtola continuó en silencio unos instantes, hasta que se dio cuenta de que Floresta había ocupado el lugar de Abejorro Negro.

—Supongo que sabes que le has robado el corazón a mi hermano, ¿no? —maulló la joven parda medio en broma, pero mirándola con seriedad.

Sonaba como una advertencia.

—¿A Abejorro Negro? —exclamó Ala de Tórtola—. ¡¿Lo dices en serio?! —Y al ver que Floresta no respondía, añadió—: Si quieres que te sea sincera, no creo que él piense en mí de esa forma.

Para su alivio, Floresta pareció aceptarlo, porque dijo:

—Es genial que ahora seas guerrera. Podremos salir a patrullar juntas y hacer toda clase de cosas. —Se le dilataron los ojos, y en sus pupilas se reflejó la luz de la luna—. No sé cómo los solitarios y los proscritos se las arreglan por su cuenta, ¿y tú, Ala de Tórtola?

—No —respondió ella sin mucho entusiasmo. ¡Ojalá pudiera sentirse tan alegre como su amiga!—. Ser guerrera es genial...

«¿Qué intentaba decirme Corazón de Tigre? ¿Qué puede estar escondiendo mi hermana?»

Antes incluso de entrar en su guarida, Ala de Tórtola oyó gemir a Espinela, y al acercarse vio que se retorcía en su lecho de frondas, sacudiendo la cola de un lado a otro. La joven guerrera se acostó junto a ella y le dio un empujoncito con delicadeza.

—¡Eh, Espinela, despierta!

La joven atigrada abrió los ojos, parpadeó y se puso en pie, con los ojos desorbitados y las garras desenvainadas.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Tranquila —susurró Ala de Tórtola, aunque sentía un hormigueo de inquietud por todo el cuerpo—. Soy yo. ¿Estabas en el Bosque Oscuro de nuevo?

Su hermana negó con la cabeza.

—No; sólo estaba soñando. —Se incorporó y comenzó a

atusarse el pelo—. ¿Cómo ha ido la Asamblea?

Ala de Tórtola parecía no saber qué responder.

—No te has perdido gran cosa. Ninguno de los líderes ha informado de nada inusual.

—Estrella de Fuego habrá anunciado que ahora somos guerreras, ¿no?

—¡Sí! Y muchos gatos han lamentado que no estuvieras allí. El Clan del Viento y el Clan del Río también tienen guerreros nuevos. ¡Ah! Y creo que el Clan del Viento está teniendo problemas con unos perros... Estrella de Bigotes no ha contado nada, pero he oído decir a un par de veteranos que un perro se había ensañado con Hormiguero.

—¡¿Hormiguero?! —La joven atigrada se quedó de piedra—. ¿Qué más han dicho?

Ala de Tórtola parpadeó. «¡Oh, Clan Estelar, no me digas que mi hermana está enamorada de un guerrero del Clan del Viento!»

—¡Cuéntamelo! —insistió Espinela.

—Bueno, no estaba prestando mucha atención... —admitió—. De hecho, no estaban hablando conmigo. Han dicho que Hormiguero está... demasiado malherido para poder explicarles qué le había pasado, y Azor no cree que pueda recuperarse.

—¡Oh, no! —Espinela soltó un gemido—. ¡Es todo culpa mía!

—¿Qué quieres decir? —En el mismo momento en que hizo la pregunta, Ala de Tórtola lo comprendió—: Está relacionado con el Bosque Oscuro, ¿verdad?

Su hermana asintió y clavó las garras en las frondas de su lecho antes de empezar a hablar.

—Garra de Cardo estaba entrenándonos a Hormiguero y a mí... —dijo en voz baja—. Estábamos peleando como lo haríamos tú y yo... practicando los movimientos, pero sin intentar hacernos daño. En un momento dado, yo resbalé y Hormiguero esperó a que me levantase. —Tragó saliva—. Pero

entonces Garra de Cardo lo llamó cobarde y comenzó a burlarse de él y del Clan del Viento, hasta que Hormiguero se abalanzó sobre él. Garra de Cardo lo atacó despiadadamente, sin contemplaciones. Creo que habría acabado matándolo, pero yo le susurré a Hormiguero que se despertara, y así consiguió regresar al Clan del Viento.

—Entonces no fue culpa tuya —declaró Ala de Tórtola. Intentaba contener el espanto que sentía, pero estaba aterrorizada y tenía la sensación de haber sumergido su cuerpo en agua helada—. Espinela, en el Bosque Oscuro corres un peligro real. Tienes que decirles a Leonado y Glayo que no puedes seguir espiando para ellos.

—¡No pienso darme por vencida ahora! —protestó su hermana—. Estoy muy cerca de averiguar cuándo va a ser la batalla. Hoja de Arce... Es una gata viejísima del Bosque Oscuro, y todos los demás parecen temerla, incluso Estrella de Tigre... Bueno, pues parece que Hoja de Arce se ha interesado especialmente por mí. Ahora confía en mí, ¡y estoy muy cerca de conseguir que me revele la verdad!

Ala de Tórtola pensó que, si fuera por ella, Hoja de Arce sería la última gata cuyo interés querría despertar. Pero prefirió callar al respecto.

—No les contaré nada; te lo prometo. ¿Por qué no duermes un poco más? Aún tardará en amanecer.

Espinela bostezó hasta que casi se le desencajaron las mandíbulas.

—Creo que seguiré tu consejo.

Se ovilló de nuevo sobre los helechos y cerró los ojos. Poco después, su respiración regular le indicó a Ala de Tórtola que se había dormido.

Tumbada junto a su hermana, la guerrera gris fue incapaz de conciliar el sueño. La historia de Espinela, y el descubrimiento de que había otro guerrero más entrenándose en el Bosque

Oscuro, zumbaba en su cabeza como un enjambre de abejas. «Cualquier gato de la Asamblea podría haberse aliado con el Bosque Oscuro. Incluso alguno de nuestros compañeros de clan...»

Con un suspiro, se preguntó si alguna vez volvería a estar segura de algo.

7

Cuando Glayo traspasó la barrera de espinos, localizó a Estrella de Fuego y oyó que se dirigía hacia su guarida, acompañado de Tormenta de Arena. Aunque estaba cansado, el curandero sabía que tenía que hablar con el líder del clan inmediatamente. Había empleado ya demasiado tiempo pensando en cómo convencer a Estrella de Fuego para que permitiera un nuevo viaje, así que apretó el paso para interceptarlo al pie de las rocas desprendidas.

—Estrella de Fuego, necesito hablar contigo.

El líder del Clan del Trueno pareció sorprenderse.

—¿Ahora? ¿No puedes esperar a mañana?

—No.

Estrella de Fuego vaciló un instante, y finalmente respondió:

—De acuerdo. Sube a mi guarida.

—Yo iré a ver cómo están Rosella y sus cachorros —maulló Tormenta de Arena con mucho tacto—. Anoche les dolía la barriga porque se comieron media ardilla entre los dos.

—Les he dado hierbabuena —comentó Glayo mientras ella se encaminaba a la maternidad—. Avísame si necesitan más.

Estrella de Fuego ya estaba trepando por las rocas y el curandero lo siguió, procurando rozar la pared de piedra para no acercarse demasiado al borde del sendero.

—¿Qué es eso tan urgente que no puede esperar? —preguntó

Estrella de Fuego desde su lecho, al fondo de la cueva.

Glayo entró para reunirse con él.

—Tengo que ir a las montañas —anunció—. Me han convocado allí.

—¿El Clan Estelar?

—No, otro gato.

—Ah... —Los ojos de Estrella de Fuego centellearon de curiosidad; Glayo lo notó como si estuviese sentado bajo un rayo de sol—. ¿Qué otro gato?

—Bueno, eso es... un poco difícil de explicar —confesó el curandero. ¿Creería el líder del Clan del Trueno que él podía hablar con un gato antiguo?—. Pero es algo que no puedo desatender.

El líder soltó un suspiro de exasperación, y Glayo se lo imaginó sacudiendo la punta de la cola.

—No podemos seguir ayudando a la Tribu de las Aguas Rápidas —maulló finalmente—. El Clan Estelar sabe que siento una gran simpatía por la tribu, pero ellos tienen su vida y nosotros tenemos la nuestra.

—No se trata de ayudar a la tribu —declaró Glayo—. Se trata de descubrir algo sobre el pasado que es importante para el futuro. Nuestro futuro, no el de la tribu.

—No podrías ser menos concreto, ¿verdad? —El líder arañó el suelo de la guarida—. En serio, Glayo, si esperas que yo...

—Lo siento, Estrella de Fuego —lo interrumpió el curandero —. Te estoy contando todo lo que puedo. Tienes que confiar en mí por la profecía.

—No —replicó Estrella de Fuego, un tanto crispado—. No confío en ti por la profecía, sino porque eres un curandero leal que sirve a su clan por encima de todo lo demás.

Glayo tomó aire.

—Y como curandero leal, te estoy pidiendo que me permitas ir a la Tribu de las Aguas Rápidas, porque creo que es necesario

para nuestro clan.

Estrella de Fuego guardó silencio, aunque Glayo casi podía oír el tumulto de sus pensamientos dando vueltas en su mente.

—Necesitarás una escolta —maulló al cabo—. Y no me hace feliz dejar al Clan del Trueno sin sus mejores guerreros y su curandero cuando estamos preparándonos para un ataque.

Aunque no mencionó el Bosque Oscuro, Glayo supo que era en eso en lo que estaba pensando. «Y tiene razón. Pero ¡esto es necesario!»

—¿Estás seguro de que ese gato no está intentando engatusarte para que te alejes de aquí? —preguntó Estrella de Fuego.

—Estoy segurísimo. —«Pedrusco es el último gato que se involucraría en un complot del Bosque Oscuro», pensó—. Confío plenamente en el gato que me ha transmitido el mensaje. A él no le interesan nuestras batallas. No le importa quién gane. Sólo sabe que éste es nuestro destino, y que debe lograr que se cumpla.

—Muy bien —maulló Estrella de Fuego—. Puedes ir. Elegiré a algunos guerreros para que te acompañen... pero no puedes llevarte a Leonado.

—¿Qué? —El sentimiento de triunfo de Glayo se transformó en indignación—. Pero... ¡Leonado tiene que venir! ¡Él es uno de los Tres!

—Ala de Tórtola puede ir contigo. —El tono del líder era inflexible—. Pero Leonado se queda aquí. Es nuestro mejor activo en la batalla. Y tú no te vas a las montañas a pelear, ¿verdad?

«¿Y cómo voy a saberlo?», masculló Glayo para sí, sublevándose. Pero, consciente de que era absurdo intentar discutir cuando el líder del Clan del Trueno ya había tomado una decisión, dijo en voz alta:

—De acuerdo. Pero no me gusta.

—Nadie te está pidiendo que te guste —replicó Estrella de Fuego—. Puedes llevarte a Ala de Tórtola y… veamos… a Raposo y a Esquiruela.

—¡¿Esquiruela?!

Glayo no quería viajar con la gata que les había estado mintiendo a él y a sus hermanos una estación tras otra.

La gata a la que él había considerado su madre.

—No me importa lo que opines sobre las decisiones que Esquiruela tomó en el pasado —gruñó el líder como si pudiera leerle el pensamiento—. Lo hecho hecho está. Ella conoce las montañas mejor que ninguno de nosotros, y tiene amigos en la tribu.

Glayo inclinó la cabeza.

—De acuerdo, Estrella de Fuego —dijo con un suspiro.

—Y mientras estés fuera, le pediré a Hojarasca Acuática que actúe como curandera. Sólo por si hay alguna emergencia. Si hay una batalla, necesitaremos su experiencia.

Glayo notó cómo se le erizaba el pelo del cuello al oír el nombre de la otra gata que los había traicionado a él y a sus hermanos. «Sí, claro… Como si el Clan Estelar quisiera volver a hablar con ella, después de lo que hizo.»

Aun así, veía lógico que Estrella de Fuego quisiera aprovechar el extenso conocimiento de Hojarasca Acuática como curandera, de modo que se limitó a aceptarlo asintiendo brevemente.

—Centella también tiene conocimientos básicos —señaló.

—Cierto. —Estrella de Fuego seguía sin sonar complacido, pero Glayo sabía que no se echaría atrás una vez tomada la decisión—. Entonces, problema resuelto. Podéis marcharos mañana.

Al llegar al pie de las rocas desprendidas, Glayo detectó que

Leonado iba hacia él y captó la curiosidad y la emoción que emanaba.

«Esto no te va a gustar», pensó.

—Es tarde para que estés levantado —le dijo en voz alta.

—He visto un agujero en la barrera cerca del túnel del aliviadero, así que he ido a arreglarlo —le explicó Leonado—. Nada de qué preocuparse. Sólo eran unas ramas sueltas. No hay ninguna señal de que alguien haya intentado colarse por ahí.

Glayo asintió. Una o dos lunas atrás, habría sido impensable que unos gatos intentaran colarse en el campamento del Clan del Trueno, que estaba en lo más profundo de su territorio. Ahora, en cambio, las relaciones entre los clanes eran tan tensas que todo resultaba posible.

—Has estado hablando con Estrella de Fuego, ¿no? —le preguntó Leonado con impaciencia—. ¿Cuándo nos vamos a las montañas?

—Tú no vienes —le respondió Glayo, preparándose para la decepción de su hermano.

—¿Qué?

—Lo siento, pero Estrella de Fuego dice que te necesita aquí. Si hay una batalla contra los gatos del Bosque Oscuro, tú eres el guerrero más fuerte que tenemos.

—Pero ¡yo soy uno de los Tres! —Leonado arañó el suelo con furia, y su pelaje dorado se erizó—. Yo también debería ir a las montañas.

—Ojalá pudieras, pero... En fin, creo que Estrella de Fuego tiene razón. —Tocó a su hermano con la punta de la cola—. Si el Bosque Oscuro decide atacar, tú eres la mejor defensa para el Clan del Trueno.

Leonado soltó un bufido.

—Y entonces, ¿quién va a ir contigo? Ala de Tórtola, espero.

—Sí, y Raposo y Esquiruela.

Leonado guardó silencio un instante. Glayo sabía que su

hermano entendería lo poco que le apetecía viajar con la gata que había fingido ser su madre, pero lo único que el guerrero dijo fue:

—Haré algo de entrenamiento extra con Raposo.

—No hay tiempo —replicó Glayo—. Salimos mañana por la mañana.

Al decir eso, sintió una repentina oleada de frío. El viento se arremolinó en el claro del campamento, haciendo que le lagrimearan los ojos y pegándole el pelo a los costados. Oyó el entrechocar de las ramas en lo alto, mientras las ráfagas sacudían los árboles del borde de la hondonada.

—Nubes por delante de la luna... —susurró Leonado.

«¿Eso podría ser un augurio?», se preguntó Glayo, conteniendo un estremecimiento.

—El tiempo se está acabando para todos nosotros.

Glayo regresó a su guarida. Le dolían los músculos de puro agotamiento, pero sabía que aún no podía dormir. Echó un vistazo a Gabarda, que estaba tranquilamente ovillada en su lecho, y luego fue al hueco de la roca donde guardaba sus provisiones de hierbas. Tras recibir el mensaje de Pedrusco, había reunido todo lo que había podido, preparándose para el tiempo que estaría fuera. Sus provisiones eran escasas, pero al menos tenía más que la luna anterior.

—Bayas de enebro de sobra... —masculló, identificando las plantas con el olfato y el tacto—. Queda algo de nébeda... no mucha atanasia... y montones de milenrama.

Recordó el manojo de milenrama que habían dejado en la entrada del campamento; no había llegado a saber qué gato lo había encontrado...

«Quienquiera que fuese tiene buen olfato para las hierbas...»

Con cuidado, seleccionó un poco de acedera, manzanilla,

camomila y agrimonia, las hierbas de viaje que sus compañeros y él tendrían que tomar antes de partir, y formó cuatro fardos para la mañana. Luego volvió a comprobar cómo estaba Gabarda. La gata dormía profundamente, agotada por los nuevos ejercicios que él le había enseñado.

Consciente de lo importante que era descansar un poco antes de emprender el viaje, fue tambaleándose hasta su lecho y se ovilló, cubriéndose la nariz con la cola. De inmediato, o al menos eso le pareció, abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba en los territorios del Clan Estelar. Se hallaba tumbado en un prado de larga y ondulante hierba, a la orilla de un arroyo que borboteaba sobre las piedras. El agua reflejaba una luz roja, y, al levantar la cabeza, Glayo vio que el sol se ponía con un resplandor refulgente y teñía el cielo de franjas escarlata. A su alrededor iban creciendo las sombras del anochecer, y una brisa fresca susurró entre la alta hierba y alborotó la superficie del arroyo. Glayo se puso en pie y miró de un lado a otro. Una mata de helechos cercana se estremeció, y apareció una gata. El joven curandero se quedó mirando su pelaje gris, desgreñado y apelmazado, y sus dientes torcidos.

—Fauces Amarillas —la saludó.

—Te estaba esperando —contestó ella con voz cascada—. ¿Qué es esa bobada de ir a las montañas?

Glayo agitó las orejas, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes? ¿Pedrusco también habla contigo?

Fauces Amarillas soltó un bufido desdeñoso.

—Ése no habla mucho con nadie.

Glayo se preguntó cuánto sabía la antigua curandera sobre Pedrusco.

—¿Tú crees que no debería ir?

—Yo creo que es una idea disparatada —replicó ella mostrando los dientes—. El Bosque Oscuro se está alzando. Deberías quedarte en el Clan del Trueno y proteger a tus

compañeros.

—La Tribu de las Aguas Rápidas está conectada con el destino de los clanes —protestó él.

—Eso no es responsabilidad tuya —le espetó la anciana.

—Pero ¿y si lo es?

Fauces Amarillas tal vez cambiaría de opinión si supiera que Glayo había viajado en el tiempo y conocido a los gatos antiguos que habían vivido en el lago en el pasado.

«Pero ella no lo sabe, y yo no voy a contárselo. Todavía no. Aquí no.»

Fauces Amarillas suspiró.

—Ven, vamos a dar un paseo —maulló, zanjando la discusión.

Glayo se pegó a ella y la siguió a lo largo de la ribera, pasando entre frondosas matas de helechos y hierbas. El curandero aspiró su aroma, tratando de identificarlas y deseando con toda su alma poder llevarse algunas al Clan del Trueno.

«Consuelda... celidonia... caléndula. ¡Y yo intentando pasar con unas cuantas hojas secas!»

Otros gatos se movían entre la vegetación, inclinando la cabeza al pasar. Algunos parecían fuertes, y sus colores eran tan intensos como si siguieran vivos. Otros eran pálidos, como si sus cuerpos estuvieran formados por volutas de vapor; parecía que el siguiente soplo de brisa pudiera llevárselos volando hacia la nada.

Glayo vio a Corazón de León y a Tormenta Blanca, del Clan del Trueno, compartiendo lenguas a la sombra de un saúco. Con ellos estaba una hermosa gata blanca a la que Glayo no conocía; un cachorrito diminuto retozaba en torno a sus patas. Al curandero le habría gustado pararse a charlar, pero Fauces Amarillas continuó andando a grandes zancadas, haciendo un simple gesto con la cabeza para saludarlos.

Estrella Doblada, el antiguo líder del Clan del Río, estaba sentado junto al arroyo con la mirada fija en el agua. De repente, alargó una zarpa y enganchó un reluciente pez plateado. El pez se sacudió inútilmente en la orilla, hasta que Estrella Doblada lo mató de una sola dentellada.

—Buena pieza —señaló Fauces Amarillas.

—¿Vienes a compartirla conmigo? —la invitó Estrella Doblada.

—Quizá más tarde —respondió ella sin volver la vista atrás.

Un poco más adelante, Glayo vio a Cascarón, el antiguo curandero del Clan del Viento, y se le encogió el corazón al ver que se hallaba en compañía de Rosero. Los dos estaban junto a una mata de tomillo, y Cascarón le explicaba algo al joven curandero del Clan de la Sombra.

—¡Eh, Glayo, ven con nosotros! —lo llamó Rosero.

Glayo se moría de ganas de unirse a ellos, pero Fauces Amarillas soltó un bufido de irritación y tuvo que continuar.

—Lo siento —les dijo a los curanderos—. ¡En otra ocasión!

Al darse la vuelta para seguir a la anciana gata, Glayo se detuvo de pronto al ver a un gato gris corriendo veloz entre los árboles. Lo miró con los ojos desorbitados, y, como si fuera consciente de su mirada, el otro gato se paró volviendo la cabeza y lo observó con sus ardientes ojos azules. Luego giró en redondo y echó a correr de nuevo, hasta desaparecer tras un grupo de jóvenes avellanos.

—¡Cenizo! —exclamó Glayo, volviéndose de golpe hacia Fauces Amarillas. Sintió un escalofrío que le llegó hasta la punta de las garras—. ¿Cómo es posible que esté aquí?

—¿Y por qué no? —replicó la gata con voz firme—. Su único error fue amar demasiado.

El curandero bufó con incredulidad.

—De eso nada. ¡Intentó tirarnos a mis hermanos y a mí por el precipicio!

—Pero no lo hizo. Esquiruela se lo impidió... Y quizá el único error de ella también fue que amaba demasiado.

—¿Qué quieres decir?

Fauces Amarillas hizo un gesto de indiferencia.

—Averígualo por ti mismo, cabeza de chorlito. Y ponte en marcha, que no tengo todo el día.

Con un suspiro exasperado, Glayo la siguió por una senda sinuosa que ascendía entre los árboles. Un poco más allá, empezaron a subir por una colina herbosa. La vieja curandera llegó enseguida a la cima y esperó a que Glayo se reuniera con ella. El joven curandero estaba sin aliento.

—Necesitas hacer más ejercicio —comentó Fauces Amarillas, clavándole una zarpa.

—Llevo en pie toda la noche —replicó él—. Puede que los miembros del Clan Estelar no se cansen, pero yo sí. Por cierto, ¿qué estamos haciendo aquí?

—Echa un vistazo.

Fauces Amarillas señaló con la cola la escena que se desarrollaba a sus pies, y Glayo miró por encima de las copas de los árboles.

El bosque del Clan Estelar parecía abierto y tentador, salpicado de claros y árboles con hojas de distintos colores y atravesado por un río centelleante. Había gatos jugando en los recodos del río, lanzando rociadas de agua por el aire y mojándose unos a otros con gotitas relucientes. Glayo reconoció los cuerpos fuertes y los pelajes lustrosos del Clan del Río.

—Es precioso, ¿verdad? —maulló Fauces Amarillas al cabo de unos instantes.

—Sí —susurró Glayo.

La vieja curandera se acercó tanto a él que sus cuerpos se rozaron.

—Todo esto depende de ti, Glayo. Ahora no sólo estás

protegiendo al Clan del Trueno, sino a todos los clanes, incluido éste.

«¿Yo?» A Glayo le dieron ganas de lamentarse como un cachorro perdido, pero se obligó a permanecer inmóvil mientras contemplaban el pacífico paisaje, y finalmente replicó:

—Tú no quieres que vaya a las montañas porque temes lo que les pasará a los clanes.

La gata bajó la cabeza.

—En ocasiones, la decisión correcta puede ser la más difícil —dijo con voz ronca.

Por la mente de Glayo desfilaron varias escenas, y comprendió que estaba viendo los recuerdos de Fauces Amarillas: ella, más joven, amamantando a un cachorrito atigrado de color marrón oscuro; el mismo cachorro, ya lo bastante grande para ser aprendiz, luchando salvajemente contra una joven gata negra; luego, ya adulto y musculoso, atravesando una mata de helechos con un cachorro aterrorizado y lloriqueante en la boca; muchas lunas después, con ojos ciegos y atravesados de cicatrices, encogido contra una barrera de espino y con un Manto Polvoroso mucho más joven vigilándolo... Y por último, la propia Fauces Amarillas mirando al atigrado oscuro, ofreciéndole una baya mortal enganchada en una de sus garras.

Glayo se estremeció. «La vida de Fauces Amarillas ha sido muy dura, pero ella la ha afrontado con valentía.»

—Lo lamento —maulló con amabilidad—. Entiendo cómo te sientes, pero tengo que ir a las montañas. Es lo correcto. Aunque volveré, por supuesto. Te lo prometo.

Fauces Amarillas no respondió. Se limitó a mirarlo con ojos atemorizados y pesarosos, y luego comenzó a desvanecerse. Su pelaje gris pareció fundirse en una sombra enorme, como si fuera el último destello de luz que quedaba en el cielo sobre el

bosque del Clan Estelar. Cuando la oscuridad engulló la visión de Glayo, el curandero abrió los ojos parpadeando y descubrió que estaba en su guarida, con una fronda de helecho haciéndole cosquillas en la nariz.

Se incorporó y estornudó con fuerza. La fría brisa del alba le alborotaba el pelo. Oyó el ruido de los gatos más madrugadores, que comenzaban a moverse por el claro. Gabarda también se estaba despertando, y Glayo se levantó y se acercó a su lecho.

—Qué cansada estoy... —se quejó la joven, con las palabras deformadas por un gran bostezo—. ¿Hoy también tengo que hacer mis ejercicios?

—¡Por supuesto que sí! ¡No puedes saltártelos ni un solo día!

—Vale. —Gabarda pareció sorprendida por la vehemencia del curandero—. Pero deja que me espabile un poco primero.

Glayo oyó que la joven guerrera se incorporaba en su lecho y comenzaba a atusarse el pelo.

—Gabarda, tengo que decirte una cosa —le dijo con más calma—. Debo irme unos cuantos días...

—¡No! —La guerrera dejó de lavarse; su voz sonaba aterrorizada—. ¡No puedes irte!

—Tengo que hacerlo. Pero no estaré fuera mucho tiempo. Centella y Mili cuidarán bien de ti.

—No es lo mismo —susurró ella—. ¿Y si...?

Gabarda enmudeció de golpe, aunque Glayo entendió de sobra lo que ella temía preguntarle.

—No me iría si pensara que aún corres peligro y puedes morir —le soltó sin rodeos, y notó que la gata se relajaba un poco.

—Por eso me has enseñado todos esos ejercicios nuevos... —dijo en un susurro—. Los haré; te lo prometo.

—Muy bien. —Glayo le acarició la oreja con el hocico—. Mira, he preparado cuatro fardos con hierbas de viaje. Los he

dejado en la entrada del almacén. Enséñales a los demás gatos dónde están conforme te los vaya enviando aquí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Glayo la dejó con sus ejercicios y salió al claro. Floresta pasó corriendo por su lado para unirse a una patrulla, y él la detuvo con la cola.

—¿Has visto a Raposo?

—Sí —respondió la joven gata—. Todavía está en la guarida de los guerreros, durmiendo como un erizo muerto. No está en ninguna de las primeras patrullas.

—Ve a decirle que venga, ¿quieres?

—Pero yo estoy... —empezó a protestar Floresta, pero al ver la cara de Glayo suspiró—. Vale.

Y se marchó a la carrera. Poco después, Raposo llegó trastabillante junto al curandero, bostezando con ganas.

—¿Qué ocurre, Glayo? Creía que, después de la Asamblea, podría recuperar algo de sueño atrasado.

«Sí, eso estaría muy bien.»

—Te vas de viaje —anunció Glayo.

—¿De viaje? —De repente, Raposo sonaba completamente despierto y despejado—. ¿Adónde?

—A las montañas.

—¿En serio? ¡¿Yo?! —Raposo dio un pequeño salto de alegría, como el de un zorro cazando un campañol. Su voz temblaba de emoción—. ¿Quieres decir que voy a conocer a la Tribu de las Aguas Rápidas, como los gatos que hicieron el Gran Viaje? ¡Caramba! Te prometo que te protegeré, Glayo. Seré el mejor guerrero que puedas imaginarte. Montaré guardia toda la noche y...

—Bueno, tampoco hace falta exagerar —maulló el curandero, reprimiendo un ronroneo de risa—. He preparado unos paquetes de hierbas de viaje —continuó—. Gabarda te enseñará dónde están.

—¡¿Quieres decir que nos vamos ahora mismo?! —Parecía a punto de estallar de emoción.

Cuando Glayo asintió, el joven se fue corriendo a la guarida del curandero.

Glayo captó el olor de Estrella de Fuego cerca de él.

—Veo que ya se lo has contado a Raposo —maulló el líder—. ¿Esquiruela y Ala de Tórtola ya lo saben?

—Aún no las he visto.

Estrella de Fuego se detuvo, miró a su alrededor y exclamó:

—¡Eh, Esquiruela! ¡Ven aquí un momento!

—¡Voy a dirigir la patrulla del alba! —respondió la gata desde la barrera de espinos.

—No, hoy no —la corrigió Estrella de Fuego.

La guerrera se acercó a ellos.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa?

—Glayo ha recibido una señal.

El líder le explicó que quería que fuese con el curandero a las montañas.

—¡Eso es genial! —Esquiruela estaba encantada—. Será un placer encabezar la patrulla, Estrella de Fuego. Tendré la oportunidad de comprobar cómo están mis amigos de la tribu, ¡y volveré a ver a Borrascoso y Rivera!

«¿Y a ti quién te ha dicho que vas a encabezar la patrulla?», dijo Glayo para sus adentros. Aunque sabía que no podía expresarlo en voz alta: Esquiruela era la gata con más edad de los elegidos, y, de lejos, la que tenía más experiencia en las montañas. Era lógico que fuese ella quien estuviese al mando.

—¿Quién más viene con nosotros? —preguntó la guerrera—. Leonado, supongo, y...

—No, Leonado se queda aquí —la interrumpió Estrella de Fuego—. No lo necesitáis porque no vais a pelear. El augurio de Glayo no le ha dado ninguna razón para esperar problemas.

—Ajá... —Esquiruela parecía sorprendida y no muy contenta

—. Bueno, supongo que lo habrás pensado detenidamente... Pero no esperarás que Glayo y yo hagamos todo ese trayecto solos, ¿verdad?

—No —contestó el líder del clan—. Raposo irá con vosotros, y Ala de Tórtola también.

—¿Qué? ¡¿Yo?!

Glayo pegó un brinco al oír un chillido de entusiasmo a sus espaldas. A su alrededor se estaban congregando varios gatos para enterarse de lo que sucedía, pero no había reparado en la presencia de Ala de Tórtola. El curandero se volvió hacia ella y le explicó a toda prisa lo que habían decidido.

—¡Eso es genial! —exclamó la joven—. He oído muchísimas historias sobre las montañas, ¡y ahora yo misma iré allí! ¿Puede venir Espinela también?

—No —le espetó el curandero. «¡Por el gran Clan Estelar, cualquiera diría que estas dos están unidas por la cola!»

—¿Por qué no? —le bufó Ala de Tórtola al oído—. ¿Es que no te fías de ella?

—Ésa no es la cuestión —respondió él entre dientes—. Y ahora no podemos hablar del tema, no delante de todo el mundo. Vamos a ir sólo nosotros cuatro, y se acabó.

—De acuerdo —maulló ella, decepcionada.

—Venga —añadió Glayo con brío—, he preparado hierbas de viaje para los cuatro. Acompañadme a mi guarida.

—¿Quieres decir que nos vamos ahora mismo? —preguntó Esquiruela, atónita.

—No hay razón alguna para esperar... —empezó Estrella de Fuego.

—¡Eh, Esquiruela, Ala de Tórtola! —lo interrumpió Zarzoso, acercándose al grupo—. ¿Por qué no os habéis unido todavía a vuestras patrullas? ¿Y por qué está todo el mundo aquí plantado?

Fue Esquiruela la que respondió.

—Estrella de Fuego nos envía a las montañas. Glayo ha recibido una señal.

—Ya veo... —maulló Zarzoso con voz imperturbable—. Estrella de Fuego, espero que no envíes fuera a demasiados gatos. Podríamos necesitar aquí a todos nuestros guerreros.

—No. Sólo van ellos tres y Raposo —explicó Estrella de Fuego.

Esquiruela dio un paso vacilante hacia el lugarteniente del clan.

—Zarzoso, ¿tienes algún mensaje para la tribu? Podría saludar de tu parte a Borrascoso y Rivera...

Glayo detectó algo más bajo sus palabras, algo que la gata no se atrevía a decir en voz alta. «Quiere que Zarzoso le desee suerte, o que le diga que tenga cuidado... Cualquier cosa que le demuestre que aún se preocupa por ella.»

Pero el lugarteniente se limitó a contestar:

—Claro. Diles que los echamos de menos en el Clan del Trueno.

Glayo casi pudo notar el sabor de la decepción de Esquiruela. «Zarzoso no parece sentir nada por ella. ¿Acaso ha olvidado lo que sentía cuando creía que era nuestro padre?»

A esas alturas ya los rodeaban bastantes gatos que les hacían preguntas, entusiasmados. Las patrullas del alba no se habían puesto en marcha, y había más guerreros saliendo de entre las ramas de su guarida.

—¿A qué viene todo este alboroto? —preguntó Manto Polvoroso, irritado—. ¿Es que no se puede pegar ojo aquí?

—¿Os vais a las montañas? —maulló Carbonera, con la voz teñida de añoranza—. Oh, ojalá pudiera ir con vosotros. Puedo imaginármelo... las cumbres peladas, el interminable cielo azul con águilas planeando como motas en el aire, y el agua, tan fría y clara...

Glayo parpadeó ante la vívida imagen que había dibujado la

guerrera con sus palabras. «Claro —pensó al cabo—. Carbonera ya ha visto las montañas, sólo que no sabe que lo está recordando.»

—Recuerdo la caza con la tribu —maulló Nimbo Blanco—, cuando pasamos por allí durante el Gran Viaje. Me gustaría volver a cazar águilas.

—A mí también —se sumó Tormenta de Arena—. Leonado, ¡qué suerte tienes!

—Yo no voy —contestó el joven guerrero, todavía malhumorado—. Estrella de Fuego quiere que me quede aquí para cuidar del campamento.

—Oh, qué mala suerte... —le dijo Tormenta de Arena, compasiva.

Glayo captó el olor a hierbas cuando Raposo se unió al grupo. El joven guerrero se pasaba la lengua por la boca una y otra vez.

—¿Por qué las hierbas de viaje saben tan mal? —se quejó.

El curandero se sobresaltó cuando alguien le tocó el lomo, y captó de inmediato el olor de Puma.

—Así que vuelves a salir de viaje, jovenzuelo —maulló el veterano con su voz cascada—. Ojalá pudiera ir con vosotros y ver mi antiguo hogar...

El curandero se puso tenso. «¡Por favor, Clan Estelar, eso no!»

Puma soltó un resoplido risueño.

—No hace falta que pongas esa cara de susto. No creo que mis viejas patas pudieran llevarme tan lejos. Pero, eso sí, podría contarte una o dos cosas...

—No hay tiempo para eso, Puma —lo interrumpió Glayo—. Nos marchamos ahora mismo.

—Oh... —El veterano vaciló, antes de añadir—: Bueno, pues no te olvides de mantenerte lejos de esa granja en la que tus hermanos y ese fastidioso aprendiz del Clan del Viento se

tropezaron con unos perros.

—Lo tendremos en cuenta, Puma, no te preocupes —lo tranquilizó Glayo, y luego se inclinó más hacia él para añadir en voz baja—: Cuida de Musaraña mientras esté fuera.

—Por supuesto que lo haré —respondió con orgullo—. Puedes confiar en mí.

Glayo les hizo un gesto con la cola a Ala de Tórtola y Esquiruela y las condujo a su guarida para darles sus hierbas de viaje. Mientras él se comía su parte, se vio asaltado por las dudas.

«¿Estoy haciendo lo correcto al llevar a estos gatos hasta las lejanas montañas, dejando vulnerable al resto de mi clan? ¿De verdad puedo fiarme de Pedrusco?»

8

Leonado salió por el túnel de espinos y se dirigió hacia el viejo sendero atronador a la cabeza de su patrulla de caza. Carbonera, Betulón y Hojarasca Acuática lo seguían sin dificultad.

Tras un amanecer gris y húmedo, las nubes estaban empezando a deshacerse, y a través de los árboles iban apareciendo jirones de cielo azul. La brisa soplaba contra el rostro de Leonado y arrastraba con ella el aroma de las presas, pero al guerrero le costaba concentrarse en la caza. Seguía aturdido por la rapidez de la marcha de Glayo y por el esfuerzo que había hecho para reprimir su rabia por que no le hubieran permitido ir con él.

—Me pregunto por qué Glayo tiene que ir a las montañas —maulló Betulón, situándose a su lado—. ¿Te lo ha contado?

—Ha recibido una señal —rezongó Leonado—. No te olvides de que es curandero.

—Ojalá yo hubiera podido ir —continuó Betulón, melancólico—. No era más que un cachorro cuando hicimos el Gran Viaje, pero ¡fue de lo más emocionante! Me encantaría volver allí, ahora que ya soy guerrero.

—Supongo que la mayor parte del clan siente lo mismo —maulló Carbonera, uniéndose a ellos—. Desde luego, yo sí, aunque ni siquiera hice el Gran Viaje.

—Había precipicios que nunca se acababan... —dijo Betulón en un susurro, con los ojos empañados por los recuerdos—. Un viento que casi te arrancaba la piel, y las aves más grandes que he visto jamás...

«Preferiría que no siguiera con eso», pensó Leonado.

—No es momento de charlas. Tenemos que buscar presas —les recordó cuando los muros de la casa abandonada de los Dos Patas aparecieron entre los árboles pelados—. ¿Por qué no nos dividimos? Betulón, tú ve con Hojarasca Acuática. Yo cazaré con Carbonera.

Sintió una punzada de tristeza. Ojalá pudiera caminar junto a ella para algo más que una simple patrulla matinal. «Y durante toda nuestra vida, hasta que nos vayamos a cazar con el Clan Estelar.»

Betulón se marchó con Hojarasca Acuática hacia el lago, mientras Leonado se internaba en el bosque que se alzaba detrás de la vivienda de los Dos Patas.

—Debes de estar preocupado por Glayo —maulló Carbonera cuando se detuvieron a la entrada del pinar—. Pero acuérdate de la profecía; no le pasará nada. Tu hermano es demasiado importante para el destino de los clanes.

A Leonado no le apetecía que le recordaran la profecía, y menos aún que lo hiciese Carbonera, cuando era eso precisamente lo que se había interpuesto entre ellos.

—Glayo es un gato normal y corriente, Carbonera —replicó, desesperado por que eso fuese cierto—. Igual que yo.

—Pero... ¡vosotros no sois gatos normales y corrientes! —protestó la guerrera—. Sois diferentes y especiales.

Leonado hundió las garras en la tierra, con todos los músculos tensos de rabia.

—¿Por qué no puedes ver al gato que soy realmente más allá de esa estúpida profecía? —le espetó a su compañera de clan—. Antes lo veías. ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Absolutamente todo —respondió ella, con la voz cargada de orgullo y emoción—. Porque yo no sabía quién eras realmente. La profecía es parte de ti... ¡Lo era incluso antes de que nacieses!

«Suena como si no lamentara en absoluto que ya no estemos juntos», pensó Leonado.

—¿Y tú? —le soltó a la gata—. ¿Acaso tú no importas también?

—Por supuesto que sí. —Su emoción se desvaneció, y Leonado comenzó a percibir la tristeza que había tras sus palabras—. Créeme, me encantaría que tú no formaras parte de esa profecía. Pero formas parte de ella, y tenemos que vivir con eso.

—Aun así... —Leonado intentó interrumpirla, pero Carbonera continuó hablando.

—No puedes liderar a tus compañeros de clan en la batalla si tienes que preocuparte por tu pareja y tus hijos. Eres como un curandero: tu lealtad debe ser para todos los gatos del clan, equitativamente.

—Podrías decir lo mismo de cualquier guerrero —replicó él.

—No, porque tú eres uno de los Tres. —Carbonera estiró la cola como si fuese a tocarlo, pero en el último momento la retiró—. Así es como son las cosas... —Giró en redondo bruscamente—. Venga, vamos a cazar.

Leonado se quedó mirándola con impotencia. En su corazón había tantas cosas que quería decirle... Pero las palabras no le salían, y además Carbonera había localizado un mirlo y se preparaba para aproximarse a la presa sigilosamente, tras adoptar la postura de acecho.

Conteniendo un suspiro, el guerrero comenzó a avanzar hacia el mirlo dando un rodeo, procurando no emitir ni un solo ruido. El pájaro estaba concentrado en picotear el musgo que cubría las raíces de un árbol, ajeno a los gatos que se

aproximaban, y cuando Carbonera estaba a un par de colas de distancia, Leonado soltó un alarido. El mirlo echó a volar alarmado, directo a las garras de la guerrera, que lo atrapó en el aire y le dio una veloz dentellada en el cuello.

Cuando se acercó a su compañera, Leonado la vio acariciando las plumas del ave con las garras envainadas.

—Es una hembra... —maulló Carbonera en voz baja—. Mira, tiene musgo en el pico. Debía de estar recogiéndolo para su nido. Y ahora jamás podrá poner huevos ni regresará junto a su pareja.

Leonado parpadeó. No entendía por qué lamentaba la muerte de una pieza de carne fresca.

—Ha sido una buena captura —le dijo para animarla.

—Ésa no es la cuestión. —La guerrera seguía contemplando al ave muerta—. Yo siempre he querido tener pareja e hijos... —susurró—. Pero no era mi destino. Nunca sentiré la calidez de otra piel... ni amamantaré a mis cachorros...

—Encontrarás otra pareja, Carbonera —le dijo Leonado, intentando consolarla a pesar de que se le estaba partiendo el corazón—. Todavía puedes tener hijos...

La gata se volvió de golpe hacia él, con llamas azuladas en los ojos.

—¡¿Es que no lo entiendes?! —bufó, y empezó a arañar el suelo con las patas traseras para enterrar al mirlo—. ¡Prefiero cazar sola!

Y sin esperar respuesta, echó a correr entre los árboles.

Leonado la observó mientras se alejaba, desconcertado. «¿De qué va todo esto?»

Un movimiento captó su atención, y al volverse se encontró con que Hojarasca Acuática iba hacia él. «¿Habrá oído algo?»

—¿Estás bien? —le preguntó Hojarasca Acuática con dulzura.

Leonado estaba demasiado confundido como para reavivar su

resentimiento hacia la gata.

—La verdad es que no —confesó—. Las cosas no están yendo bien con Carbonera.

Hojarasca Acuática asintió y, para alivio del guerrero, no le pidió más explicaciones. Leonado sabía que no podía contarle lo de la profecía.

—¿Por qué no buscamos presas junto al lago? —sugirió la guerrera, girándose en esa dirección e invitándolo con un movimiento de la cola.

Sorprendiéndose a sí mismo, Leonado echó a andar a su lado y los dos avanzaron juntos entre la vegetación. El olor del agua en el aire se fue intensificando a medida que se aproximaban a la orilla.

—Carbonera parece pensar que tenemos destinos diferentes —maulló Leonado al cabo de unos instantes—. No la entiendo.

—Creo que yo sí. —Hojarasca Acuática hizo un guiño comprensivo—. Y estoy convencida de que te quería de verdad... De hecho, creo que todavía te quiere.

Leonado clavó las garras con frustración en un zarcillo que atravesaba el camino.

—Entonces, ¿por qué no puede estar conmigo sin más? ¿Por qué tiene que hacerlo todo tan difícil?

Hojarasca Acuática sacudió la cabeza, pero no respondió. Los dos guerreros siguieron andando juntos en silencio y, al llegar a una estrecha senda que serpenteaba hasta el lago, la gata se detuvo a saborear el aire. Leonado pensó que había detectado alguna presa, e hizo una mueca cuando Hojarasca Acuática corrió ruidosamente hasta el borde de un zarzal.

«¡Así no vamos a cazar nada!»

Pero Hojarasca Acuática no parecía estar cazando, porque se puso a apartar un montón de hojas muertas hasta que dejó al descubierto tres flores de fárfara de un amarillo radiante.

—¡Las primeras de la estación! —exclamó—. Será mejor que

me las lleve al campamento. Irán muy bien para la tos de Musaraña.

—¿Echas de menos ser curandera? —le preguntó Leonado mientras ella cortaba los tallos cuidadosamente.

—Cada vez que respiro —susurró la gata.

—Entonces, ¿cuál era tu destino? —preguntó Leonado sin poder contenerse—. Quiero decir, si se suponía que ibas a ser curandera, entonces no tendrías que haber... El Clan Estelar nunca habría permitido que Corvino Plumoso y tú...

Hojarasca Acuática bajó la cabeza.

—El destino no es una senda que se recorre a ciegas, Leonado. Siempre es cuestión de elecciones, y a veces el corazón habla con más fuerza que la cabeza. —Hizo una pausa, y luego añadió—: En lo más hondo de mí, siempre supe lo que tenía que hacer, y por eso regresé al clan. Suceda lo que suceda, Leonado, confío en que tú también sabrás hacer lo correcto. Escucha a tu corazón, porque es ahí donde reside tu verdadero destino.

9

Ala de Tórtola sintió un cosquilleo de emoción al rodear junto a Esquiruela el cercado de los caballos y empezar a subir por la colina. Nunca había estado allí, y las nuevas sensaciones la envolvían: el olor de los caballos y el modo en que las pezuñas de aquellas enormes criaturas retumbaban al galopar por el prado; el intenso olor del Clan del Río en la brisa que soplaba desde su territorio; el olor de los juncos y del agua estancada de las ciénagas que bordeaban aquella zona del lago...

—¡Esto es genial! —le dijo a Glayo, que caminaba a su lado pisando con precisión, a pesar de su ceguera.

El joven curandero se limitó a rezongar y a agitar una oreja.

«¡Como tú quieras!», pensó la joven, malhumorada, y se volvió hacia Raposo, que miraba a su alrededor maravillado y con los ojos abiertos de par en par.

—¡Desde aquí arriba se puede ver todo! —exclamó el guerrero.

Ala de Tórtola se acercó a él.

—Es verdad. Mira la isla del lago, puede verse en toda su extensión —señaló con la cola, apuntando al lugar donde se celebraban las Asambleas.

Desde aquella distancia, el árbol puente parecía un palito delgadísimo.

—Y ahí está el territorio del Clan de la Sombra. —Raposo

ladeó las orejas hacia los oscuros pinos que bordeaban el lago, más allá de la isla.

Ala de Tórtola dejó que sus sentidos se desplegaran hasta que localizó el campamento del clan vecino. Estrella Negra y su lugarteniente, Serbal, estaban enfrascados en una conversación, y Cirro se hallaba en su guarida, mascullando para sí mismo mientras contaba bayas de enebro.

«¿Qué diría Raposo si le contara exactamente lo que puedo ver yo desde aquí?»

—Y ahí el del Clan del Río —maulló la guerrera—. Incluso se distingue su campamento… justo ahí, entre los dos arroyos.

—Qué lástima que haya tantos árboles y arbustos —respondió el guerrero con una risita traviesa—. ¡Podríamos espiarlos!

«Con árboles o sin ellos, yo ya puedo hacerlo sin problemas, gracias», pensó Ala de Tórtola, al tiempo que oía cómo Palomera le daba a su aprendiza una lección de pesca:

—No, Zarpa Picaza, colócate donde tu sombra quede a tus espaldas, de manera que no se refleje en el agua.

Ala de Tórtola apuntó con la cola hacia el páramo que se extendía en la dirección opuesta.

—Y el campamento del Clan del Viento está ahí. Aunque desde aquí no se ve porque está oculto en una hondonada.

—No me acordaba de que tú habías estado allí… —maulló Raposo con un poco de envidia—. ¿Pasaste miedo?

—Bastante —admitió ella—. No debería haber…

De pronto se interrumpió, y el pelo se le erizó. Un alarido de angustia resonó en sus oídos, y durante un segundo miró a su alrededor desesperada, casi temiendo que un zorro hubiese atrapado a alguno de los gatos de la patrulla. Pero Esquiruela y Glayo seguían caminando tranquilamente a pocas colas de distancia, y Raposo la miraba como si se hubiera vuelto loca.

El alarido resonó de nuevo:

—¡Hormiguero! ¡No!

Ala de Tórtola se quedó de piedra. Los espantosos gritos de dolor sonaban muy cerca, pero procedían del campamento del Clan del Viento.

Entonces oyó la voz de Azor:

—Dadme más telarañas.

La joven notó la sangre que manaba de las heridas de Hormiguero y percibió la fiebre que ardía en el cuerpo del guerrero. Luego reconoció la voz de Fosca, que era la que había gritado al principio:

—¡Azor, haz algo! No puedes dejarlo morir.

—¡Estoy haciendo todo lo que puedo! —bufó el curandero—. Le he dado cola de caballo y borraja, pero no logro impedir que la infección se extienda.

—¡Entonces dale más!

Ala de Tórtola oyó a un gato mascando hojas de borraja hasta convertirlas en pulpa y metiéndoselas en la boca a Hormiguero, pero el guerrero moribundo estaba demasiado débil para tragar.

—¡Oh, Clan Estelar! —exclamó la voz de Estrella de Bigotes, tranquila pero cargada de pesadumbre—. Es un gato joven, ¿tienes que llevártelo ahora?

—Sigo sin entender cómo se ha hecho unas heridas como ésas —maulló un gato al que Ala de Tórtola no reconoció. «Quizá sea Oreja Partida; lo oí en la Asamblea», pensó la joven —. Creí que se trataba de un perro, pero ninguna de las patrullas ha visto perros en nuestro territorio.

—Lo sé —dijo Manto Trenzado, otro veterano al que Ala de Tórtola identificó de inmediato—. Y esas heridas no se parecen a ningún mordisco de perro que yo haya visto. Casi se diría que fue atacado por un gato.

Oreja Partida resopló con incredulidad.

—¡Eso es imposible! Si hubiera sido un descarriado,

Hormiguero habría dicho algo.

—Hormiguero... —sollozó Fosca. Ala de Tórtola recordó haberla visto con el guerrero en una Asamblea, y supuso que estaban emparejados—. Hormiguero, por favor...

—Es inútil —dijo Azor con voz apesadumbrada—. Ahora ya caza con el Clan Estelar.

Fosca lanzó otro alarido de dolor, pero pareció desvanecerse en el ruido de fondo, y Ala de Tórtola oyó a otro gato mucho más claramente:

—Cara Soleada —siseó Ventolero—, no digas nada sobre el Bosque Oscuro. Puede que Hormiguero haya muerto aquí, pero seguirá estando en el Lugar Sin Estrellas. Nada ha cambiado; él sigue estando de nuestro lado.

El horror sacudió a Ala de Tórtola de las orejas a la punta de la cola. ¡Gatos de los clanes estaban muriendo por lo que sucedía en el Bosque Oscuro!

«¡Oh, Espinela...! ¿Debería regresar al Clan del Trueno para contarle a mi hermana lo que le ha pasado a Hormiguero?»

—¡Ala de Tórtola!

El grito de Esquiruela la devolvió a la realidad. La guerrera rojiza estaba mucho más arriba en la colina, mirándola con irritación con sus ojos verdes. Junto a ella, Glayo arrancaba la hierba con impaciencia.

—¡Te estás quedando rezagada! —la riñó Esquiruela—. ¡Muévete!

—¡Lo lamento! ¡Ya voy! —respondió ella, obligando a sus patas a ponerse en marcha.

Detestaba sentir que estaba abandonando a los clanes frente al Bosque Oscuro, pero no podía hacer nada para ayudar a Hormiguero. Tendría que confiar en su hermana y esperar que tuviera cuidado. Espinela no era tonta; no tardaría en saber que Hormiguero había muerto a causa de sus heridas.

Ala de Tórtola se obligó a cerrar los oídos a los sonidos de

duelo procedentes del campamento del Clan del Viento y siguió caminando ladera arriba.

Raposo se puso a su lado.

—No tiene nada de malo asustarse por estar tan lejos de casa —la tranquilizó el guerrero—. No te preocupes. Yo cuidaré de ti.

«Puedo cuidar de mí misma, gracias. —Pero se contuvo antes de gruñirle esas palabras—. Al fin y al cabo, no puedo contarle a Raposo cuál es el verdadero problema.»

• • •

Todavía conmocionada por la muerte de Hormiguero, Ala de Tórtola se aproximó a la cima de la colina. A un par de zorros de distancia por detrás de ella, Glayo tropezó con una piedra. De inmediato, Esquiruela se colocó a su lado para ayudarlo.

El curandero se giró hacia la guerrera con un bufido.

—¡No necesito tu ayuda!

Esquiruela sacudió la cola.

—¡Muy bien, pues tuércete una pata y acaba tu viaje antes de que empiece! Tampoco hay de qué avergonzarse —añadió con más calma—. Incluso los gatos que pueden ver tropiezan de vez en cuando.

Glayo soltó un gruñido de irritación y continuó cuesta arriba a grandes zancadas.

Al dar los últimos pasos para alcanzar la cima, Ala de Tórtola comenzó a notar un fuerte viento en el pelaje. A sus espaldas, el lago parecía pequeño y lejano, y los distintos territorios se mezclaban unos con otros. Ante ella, un frondoso bosque cubría la pendiente, que descendía hasta amplias extensiones de hierba entrecruzadas de senderos atronadores. Mirase donde mirase, podía ver viviendas de los Dos Patas; algunas, apartadas y solitarias, otras, apiñadas en grupos.

Los cuatro gatos del Clan del Trueno formaron una hilera y se quedaron contemplando el paisaje, con el viento pegándoles el pelo al cuerpo y silbando en sus oídos.

«Todas esas viviendas juntas deben de ser campamentos de los Dos Patas...», pensó. Y justo en ese momento un estallido resonó en su mente, tan fuerte que estuvo a punto de lanzarla ladera abajo. Delante de sus ojos empezaron a girar visiones caóticas, y Ala de Tórtola, paralizada, hundió las zarpas en el suelo mientras intentaba descifrar lo que estaba viendo y oyendo. Pero la sólida cumbre parecía derretirse debajo de sus patas, y la joven guerrera fue absorbida por un torbellino de ruido y color: un reluciente monstruo rojo gruñía desde una edificación de los Dos Patas con el tejado plano; cachorros de Dos Patas corrían entre chillidos, y un enorme animal blanco y negro al que nunca había visto la miraba con unos ojos acuosos, moviendo las mandíbulas rítmicamente; un Dos Patas empujaba por una extensión de hierba un monstruo diminuto que rugía y mordía los tallos; más perros de los que se había imaginado jamás ladraban a la vez; en alguna parte había agua saliendo a borbotones, y el hedor de la carroña rodeó a Ala de Tórtola...

Mareada y con el estómago revuelto, la joven cerró los ojos con fuerza, pero el torbellino de imágenes continuó.

—¡Ala de Tórtola! ¡Ala de Tórtola! —La voz de Raposo se abrió paso débilmente a través del caos.

Ella no podía moverse. Intentó responder a su compañero, pero era incapaz de formar palabras. Luego fue consciente de que había otro gato a su lado.

—Ala de Tórtola... —Ésa era la voz de Glayo, calmada pero penetrante—. Concéntrate en mí. Bloquea el resto del ruido...

—No puedo... —Emitir aquellas dos palabras le supuso un esfuerzo tremendo.

—Sí que puedes. Vamos, ¡concéntrate!

La voz del curandero cortaba como agua helada. Uno a uno, Ala de Tórtola fue retrayendo sus sentidos, y cuando finalmente se atrevió a abrir los ojos, distinguió la borrosa figura de Glayo ante ella.

—Así está mejor —maulló el curandero, y esta vez Ala de Tórtola pudo oírlo con más claridad—. Concéntrate más. No te dejes llevar...

La joven guerrera seguía sintiendo un rugido sordo y lacerante en la cabeza, pero volvía a notar el suelo bajo las patas y podía ver a sus compañeros. Esquiruela y Raposo la miraban alarmados, y el joven guerrero le pasó la cola por el costado con delicadeza.

—Tranquila... —le susurró.

—¿Te encuentras bien para continuar? —le preguntó Esquiruela directamente—. Si no es así, dínoslo. No es demasiado tarde para que regreses.

Ala de Tórtola no podía dejar de temblar. Supuso que, junto al lago, las montañas protegían sus sentidos del mundo exterior. Ahora no había nada que lo contuviera, así que tendría que aprender a protegerse a sí misma. El rugido sordo de su cabeza amenazaba con aumentar, pero consiguió sofocarlo. Respiró hondo y miró de frente a Esquiruela, esforzándose por mantener la voz firme.

—Estaré bien. Quiero continuar.

Esquiruela la miró fijamente y luego asintió.

—De acuerdo. Vámonos. —Y empezó a descender la pendiente hacia los árboles.

Raposo se situó junto a Ala de Tórtola, rozándola con su cuerpo.

—Camina conmigo —dijo en un susurro—. No hay nada que temer.

Ala de Tórtola seguía tan alterada que no tenía fuerzas para enfadarse con él por creer que a ella la asustaba abandonar el

territorio de los clanes.

Al llegar a los primeros árboles, Glayo le indicó que se detuviera y dejó que Raposo los adelantara unos pasos.

—¿Has visto a los gatos de las montañas? —le preguntó a la gata al oído.

Ella negó con la cabeza.

—Creo que no.

El curandero soltó un resoplido de frustración, y Ala de Tórtola notó el peso de la culpabilidad en las patas. «Debería haber intentado averiguar algo útil para nuestro viaje.»

Poco después, al internarse más en el bosque, la angustia que sentía se fue disipando hasta casi desaparecer. Estaba acostumbrándose a bloquear el torrente de sensaciones, y pensó que los árboles circundantes quizá frenaban algunas de las imágenes que la asaltaban. Además, aquel bosque era muy parecido al del territorio del Clan del Trueno, y comenzó a sentirse más como en casa. Incluso empezó a disfrutar del viaje.

—¡Seguro que no puedes saltar por encima de ese riachuelo! —la desafió Raposo cuando llegaron a un estrecho arroyo.

—¡Seguro que sí! —replicó ella.

Echó a correr hacia la orilla y se impulsó con fuerza, y un instante después aterrizó limpiamente sobre el musgo de la otra ribera.

Raposo saltó tras ella, pero al tomar impulso una de las patas traseras le resbaló y acabó con las ancas dentro del arroyo, salpicándose la barriga.

—¡Eres una bola de pelo patosa! —exclamó Ala de Tórtola con un ronroneo de risa.

Raposo salió del agua y se sacudió su lustroso pelaje rojizo.

—¡Yo te enseñaré quién es una bola de pelo! —gritó el guerrero, corriendo hacia ella.

Con un chillido nervioso, la gata salió disparada y se escondió detrás de las ramas inclinadas de un sauce. Raposo la

persiguió alrededor del tronco y empezó a soltarle manotazos en la cola con las garras envainadas.

—¡¿En serio?! ¿Es que aún sois un par de cachorritos? —maulló Esquiruela desde el otro lado de la cortina de ramas del sauce.

—¡Uy! —Ala de Tórtola frenó de golpe e intercambió una mirada culpable con Raposo. Luego asomó la cabeza entre las ramas y vio que Esquiruela la miraba fijamente, agitando la punta de la cola—. Lo siento.

La guerrera rojiza puso los ojos en blanco.

—Tenemos un largo camino por delante —maulló, pero no sonó tan enfadada como se esperaba la joven—. Debéis guardar fuerzas. Vamos a cazar algo y a descansar un poco.

—Pero ¡yo no tengo sueño! —protestó Raposo, asomando la cabeza junto a Ala de Tórtola—. ¡Podría correr eternamente!

Esquiruela se limitó a soltar un largo suspiro y a dar media vuelta, y Ala de Tórtola desplegó sus sentidos con cautela hasta localizar un campañol en la ribera del arroyo que acababan de cruzar. Posando las patas en el suelo con la misma suavidad de las hojas al caer, se fue acercando a él.

«No tiene ni idea de que estoy aquí —pensó—. Supongo que las presas de este bosque no están acostumbradas a gatos cazadores.»

Al llegar al borde del arroyo, atacó y se hizo con la presa. Luego alzó la cabeza y, al mirar a su alrededor, vio a Glayo sentado en la orilla, un poco más arriba.

—Toma. —La joven dejó el campañol a sus pies—. Yo puedo atrapar más sin problemas.

—Gracias. Tenemos que hablar.

Ala de Tórtola asintió, y entonces recordó que el curandero no podía verla.

—De acuerdo. Pero espera que cace algo más, ¿vale?

La guerrera se internó de nuevo entre los árboles, y poco

después descubrió un tordo que picoteaba entre el musgo al pie de un haya. Mientras se deslizaba por el suelo forestal, la gata se dijo que aquello iba a ser más difícil que con el campañol. Avanzó lentamente, alerta ante cualquier movimiento o crujido de la hierba que pudiera delatar su presencia, y cuando estuvo a un zorro de distancia, saltó sobre el tordo, lo inmovilizó contra el suelo con las zarpas delanteras y le dio una dentellada en el cuello.

Al regresar junto a Glayo, vio a Esquiruela y Raposo compartiendo una ardilla. Pasó junto a ellos y se sentó al lado del curandero para darle un mordisco hambriento a su presa.

—¿Qué querías decirme? —preguntó con la boca llena.

Glayo estaba devorando el campañol, y tragó antes de responder:

—Debes proyectar tus sentidos hacia delante para encontrar a los gatos montañeses lo antes posible.

—Lo sé. —Ala de Tórtola sintió una oleada de irritación, y tuvo que refrenarse para no sacudir la cola—. Dame un poco de tiempo, Glayo. Necesito acostumbrarme a estar aquí fuera.

El curandero refunfuñó.

—Muy bien, pero no tardes mucho.

«Qué molesta bola de pelo», pensó Ala de Tórtola mientras se terminaba el tordo y se ovillaba para dormir un poco. Entonces se recordó a sí misma que todo el peso de aquella expedición recaía sobre el flaco lomo del joven curandero; no era de extrañar que estuviese tan impaciente. «Haré todo lo que pueda, Glayo», prometió en silencio.

Proyectando de nuevo sus sentidos, exploró el bosque que los rodeaba. Pequeñas criaturas rebuscaban entre la hierba, y un par de zorros dormían en su madriguera.

«¡Esperemos que sigan dormidos!»

Bosque adentro, el arroyo se ensanchaba, y cuando llegaba al otro extremo incluso había pozas lo bastante profundas para los

peces.

«Qué bien se está aquí. Ojalá Espinela estuviera conmigo», pensó soñolienta mientras se iba quedando dormida.

Al cabo de lo que se le antojaron un par de suspiros, Ala de Tórtola notó que le clavaban una zarpa en el costado.

—Venga. Tenemos que seguir —le dijo Esquiruela.

La joven guerrera se puso en pie trastabillando y parpadeó para espabilarse. Aunque el cielo estaba nublado, supuso que el sol acababa de rebasar su cénit. Raposo arqueaba el lomo desperezándose, y un poco más allá Glayo esperaba para partir, arrancando la hierba con impaciencia.

Siguiendo el arroyo, Esquiruela abrió la marcha hacia el otro extremo del bosque. Los árboles terminaban en una desordenada frontera de zarzales y avellanos, y tras ellos se desplegaba una ladera polvorienta que llevaba a un pequeño valle. Ala de Tórtola vio viviendas de los Dos Patas a lo lejos, y se aseguró de mantener cerrados sus sentidos para no captar nada del estruendo que sin duda estarían armando. Al otro lado del valle había más colinas cubiertas de árboles, y por encima de ellas unas cumbres grises se elevaban hacia el cielo.

Al principio, la joven gata pensó que estaba viendo algún tipo de nubes raras, hasta que Esquiruela las señaló con la cola.

—Ahí están. Las montañas.

—¿Es ahí adonde vamos? —preguntó Raposo con una mezcla de ilusión y recelo—. ¡Son enormes!

«¿Y tenemos que subirlas?» Ala de Tórtola no lo dijo en voz alta —no quería que Esquiruela pensara otra vez que tenía miedo—, pero de repente se sintió muy pequeña e insignificante.

—La última vez que vinimos, pasamos la noche aquí —maulló Esquiruela mirando al cielo—. Pero creo que podemos

seguir un poco más.

Comenzó a descender la ladera en dirección al valle. Unos pocos caballos pastaban la escasa hierba; eran más pequeños que los que habían visto en el cercado de los caballos, y su pelaje parecía más descuidado. Estaban bajo un árbol, moviendo la cola mientras observaban a los gatos con curiosidad, pero, para alivio de Ala de Tórtola, ninguno de ellos se les acercó.

Un poco más allá había una vivienda de los Dos Patas rodeada por un muro de piedra gris. Cuando la patrulla se acercó, un bufido furioso sonó desde lo alto del muro, y, al levantar la cabeza, Ala de Tórtola vio a un rechoncho minino casero de color rojizo, que bufaba arqueando el lomo.

—¡Fuera de aquí! —les gruñó—. ¡Ésta es mi casa!

—¡No me digas! —Raposo se revolvió para encararse con él, listo para saltar sobre el muro—. ¿Quieres demostrarlo, gatito doméstico?

—¡No! —Esquiruela se plantó ante el guerrero—. Tranquilízate, Raposo. No buscamos problemas.

—Pero ¡si sólo es un minino! —protestó Raposo—. ¡Podría derrotarlo con una sola pata!

—¡Sube aquí y prueba! —aulló el minino—. ¡Aquí no se os ha perdido nada, gatos pulgosos!

—¿Vas a dejar que nos hable así? —le preguntó Raposo a Esquiruela, escandalizado.

Esta vez fue Glayo el que respondió:

—Utiliza el sentido común con el que naciste, Raposo. Si resultas herido, ¿qué se supone que voy a hacer por ti aquí fuera? ¿Sabemos dónde están las telarañas más cercanas? ¿Puedo encontrar cola de caballo antes de que mueras desangrado?

—Pero... —El guerrero seguía fulminando al minino con la mirada.

—Ignóralo. Vamos a continuar. ¡Ahora mismo! —le espetó Esquiruela, antes de dar media vuelta y seguir adelante.

Glayo sacudió la cola, haciendo un gesto a Raposo para que los siguiera, y el joven guerrero obedeció, pero no sin dedicarle un último bufido iracundo al minino. Ala de Tórtola ocupó la última posición.

—¡Cobardes! —chilló el minino a sus espaldas—. ¡Largaos de aquí y no volváis!

Ala de Tórtola se sintió aliviada cuando dejaron de oírlo, pero su alivio se esfumó cuando Glayo se volvió hacia ella y le soltó:

—Ojalá nos hubieras avisado —masculló.

—¿Qué? —Ala de Tórtola no podía creer que estuviera culpándola del encontronazo con el minino—. Yo no conozco esta zona —se defendió—. ¡No puedo dedicarme a escuchar lo que hay delante de nosotros porque tengo que vigilar dónde pongo las patas!

El curandero soltó un gruñido irritado y se sumió en un silencio huraño.

—Yo puedo ir por delante para explorar el terreno —se ofreció Raposo.

—Oh, genial —replicó Esquiruela con sorna—. Y al llegar, descubriremos que te has metido en una pelea. No, gracias.

—No lo haré, en serio —prometió el guerrero.

—No —le dijo Esquiruela más tranquila—. Confío en que obedecerás las órdenes, Raposo, pero es mejor que permanezcamos juntos.

La patrulla siguió avanzando, y, un poco más adelante, un seto se interpuso en su camino. Estaba formado por unos arbustos espinosos, pelados y grises, con hierba enmarañada entre las raíces.

—Tenemos que cruzar por aquí para llegar al prado del otro lado —explicó Esquiruela—. Pero manteneos pegados al seto.

Es más seguro.

Glayo coincidió con un asentimiento.

—Estamos cerca de la granja donde Leonado y Carrasca tuvieron problemas con unos perros —maulló, y, mirando con dureza a Ala de Tórtola, añadió—: Será mejor que vayamos con cuidado.

Esquiruela los guió a lo largo del seto hasta que encontró un hueco entre dos arbustos. Era lo bastante grande para que un gato pudiera colarse por él.

—Ala de Tórtola, ve tú primera —ordenó Glayo.

—¿Quién dirige esta patrulla, Glayo? ¿Tú o yo? —preguntó Esquiruela.

Aun así, la guerrera se volvió hacia Ala de Tórtola y añadió:

—De acuerdo, ve tú primera. Pero ten cuidado.

La joven sabía por qué Glayo la había elegido a ella, y ya estaba proyectando sus sentidos especiales a través del seto hasta el prado que se extendía al otro lado. «No hay perros, pero sí otros animales extraños... ¡Oh, ya sé, son ovejas! —Recordó haberlas visto a lo lejos durante su visita al Clan del Viento—. No nos harán daño.»

Pegando la barriga al suelo, se arrastró a través del hueco y notó cómo las espinas le arañaban el lomo. Al incorporarse al otro lado, se encontró frente a dos animales blancos y lanudos, con fuertes pezuñas y mirada indiferente.

«Es raro verlas tan de cerca —pensó—. Parecen un poco bobas...»

—¿Ala de Tórtola? —La voz de Esquiruela se oyó al otro lado del seto. Parecía nerviosa—. ¿Todo bien?

—¡Sí! Podéis cruzar.

Glayo fue el siguiente en aparecer, y se sacudió el pelo alborotado en cuanto pudo incorporarse. Raposo lo siguió, y la última fue Esquiruela, que apareció jadeando por el hueco mientras se impulsaba a través de las espinas.

—¿Lo ves? —maulló la guerrera al levantarse—. ¡No me he quedado enganchada! —añadió como si hubiera conseguido una gran victoria. Luego pareció desconcertada.

«Es como si estuviera hablando con alguien que no está aquí», pensó Ala de Tórtola.

Tras sacudirse la cabeza como para centrarse, Esquiruela condujo a la patrulla a lo largo del seto. El prado era enorme, y Ala de Tórtola ni siquiera podía ver el otro extremo. «Aquí todo es muy grande —se dijo, conteniendo un estremecimiento—. Ni siquiera veo los límites del cielo.»

De repente, unos sonoros ladridos restallaron en sus oídos, y al mirar a los demás se quedó de piedra al ver que seguían avanzando como si nada. ¡Ella tenía las fosas nasales llenas de olor a perro! Entonces comprendió que sus sentidos especiales estaban avisándola con antelación.

—¡Perro! —aulló—. ¡Tenemos que ponernos a cubierto!

Esquiruela giró en redondo, mirando a través del campo.

—¿Dónde?

—¡Por allí!

Justo cuando Ala de Tórtola señaló con la cola, un perro apareció en lo alto de una suave loma que se alzaba en mitad del campo. Ladraba ruidosamente y corría hacia ellos ondeando la cola y con el viento alborotándole el pelo.

—¡Cagarrutas de ratón! —bufó Esquiruela—. ¡Ala de Tórtola, Raposo, llevad a Glayo hacia el seto!

Raposo ya estaba empujando al curandero contra los arbustos, y Ala de Tórtola vio una rama con pocas espinas y se coló por allí junto a Glayo.

—Pon las patas aquí —le ordenó al curandero, guiándolo con la cola—. ¡Ahora trepa!

Cuando el curandero se izó, bufando con rabia, la joven se volvió hacia Esquiruela, que estaba de espaldas al seto. A la guerrera rojiza se le había erizado tanto el pelo que parecía el

doble de grande; tenía el lomo arqueado y gruñía mientras el perro se aproximaba a la carrera.

—¡No te acerques, bicho sarnoso! —bufó.

A salvo por el momento entre los enmarañados arbustos, Ala de Tórtola admiró el valor de Esquiruela. «Ha pensado primero en Glayo», se dijo, recordando las historias de cómo la guerrera rojiza había criado a Glayo y sus hermanos como si fueran suyos, aunque su verdadera madre fuese Hojarasca Acuática.

«Esquiruela aún se siente su madre —comprendió Ala de Tórtola con una punzada de compasión—. Incluso ahora.»

A través de las espinosas ramas vio que el perro se había detenido delante de Esquiruela. Seguía ladrando sin parar, como si le fuera la vida en ello, pero no parecía que fuera a atacarla.

«Clan Estelar, por favor, haz que se vaya...»

—¡Oh, no! —exclamó Raposo, interrumpiendo su plegaria.

Ala de Tórtola volvió a mirar y vio que otro perro rebasaba la cima de la loma y cruzaba el campo hacia ellos.

«¡Son dos! Seguro que ahora sí que nos atacan.»

Esquiruela seguía manteniendo su posición, y la joven comenzó a retorcerse entre los espinos para acudir en su ayuda, pero, antes de que pudiera salir del seto, el segundo perro se detuvo junto al primero y comenzó a ladrarle. Al reparar en que tenía el hocico gris por la edad, Ala de Tórtola supo que era mucho más viejo.

—Suena como un mentor riñendo a su aprendiz —le susurró a Raposo.

El perro más joven se agachó y empezó a gimotear, pegándose al suelo. Al cabo de unos pocos segundos, mientras los gatos esperaban en tensión, los dos perros giraron en redondo y salieron disparados campo a través. Comenzaron a perseguir a las ovejas dispersas, pastoreándolas hasta que formaron un rebaño.

—¡Lo ha hecho! —A Raposo le centellearon los ojos de la risa—. Le ha dicho: «¡Deja en paz a esos gatos, estúpida bola de pelo, y vuelve al trabajo!»

Suspirando de alivio, Ala de Tórtola salió del seto mientras Raposo ayudaba a Glayo a bajar. El curandero reapareció rezongando indignado, y dobló el cuello para atusarse el pelo.

—Me he clavado una espina en la almohadilla —masculló—. Que alguien busque una hoja de romaza.

Ala de Tórtola captó el olor de una mata de romaza al pie del seto y arrancó un par de hojas para el curandero. Mientras él se aplicaba el jugo calmante en la almohadilla, ella enfocó sus sentidos hacia los perros y las ovejas. Habían desaparecido tras la loma, pero aún podía localizarlos. En ese momento, los canes conducían a las ovejas en un grupo prieto hasta el extremo más alejado del prado, y de ahí, a través de un hueco, a otro prado que se extendía más allá. Un Dos Patas iba con ellos.

—No creo que tengamos más problemas con esos perros —maulló.

—Espero que tengas razón. —Esquiruela estaba alisándose el pelo. Ella era la única que no parecía alterada—. En cuanto salgamos de este prado, buscaremos un lugar para pasar la noche —añadió—. Después de esto, nos vendrá bien un descanso.

Mientras Esquiruela echaba a andar de nuevo a lo largo del seto, Ala de Tórtola volvió la vista atrás, hacia el camino que habían recorrido. La luz del sol se filtraba por un hueco entre las nubes, bañando el prado de trazos escarlata. La joven aún podía ver la hilera de colinas que habían cruzado, e intentó imaginarse el lago y a los clanes al otro lado. Sus compañeros estarían volviendo de las patrullas del atardecer y acomodándose en sus guaridas para pasar la noche.

Proyectó sus sentidos, y notó un estremecimiento en lo más hondo al descubrir que, por primera vez en su vida, no podía

conectar con el mundo que había dejado atrás. Entre los territorios del lago y ella había demasiados sonidos, demasiadas impresiones.

«Estoy muy pero que muy lejos de mi casa.»

10

Al abrir los ojos, Espinela vio a su alrededor la pálida luz del Bosque Oscuro. Estaba ovillada a la sombra de un saúco, cuyas hojas proyectaban dibujos oscuros sobre su pelaje gris y plateado. Se puso en pie mientras bostezaba. Allí, los árboles crecían muy juntos y sus ramas se entrelazaban sobre su cabeza. Era un alivio no poder ver el cielo sin estrellas, que siempre era el recordatorio más aterrador de que no se encontraba en el Clan del Trueno.

—Y aun así, me siento lejísimos de mi casa —masculló.

Al saborear el aire, detectó el olor de muchos gatos y oyó voces apagadas que venían de entre los árboles, a varios zorros de distancia. Espinela se dirigió hacia allí y se encontró en el lindero de un claro. Se detuvo para mirar desde detrás de una mata de helechos. Alcotán estaba en el centro, rodeado por un círculo desigual de gatos más jóvenes. Espinela reconoció a Corazón de Tigre y Ventolero, y a una gata blanca del Clan del Río cuyo nombre no recordaba. Los demás no le resultaban familiares.

Los ojos azul hielo de Alcotán centellearon bajo la tenue luz.

—En una batalla, no lucharéis con un solo contrincante —maulló—. Os llegarán gatos por todas partes, y tendréis que estar preparados. Ahora, quiero que me ataquéis todos a la vez.

—¿Todos nosotros? —preguntó Ventolero con incredulidad.

—Eso es lo que he dicho. Pero, si quieres, luego puedo pelear sólo contigo —replicó Alcotán con sarcasmo.

—No, no, así está bien... —respondió Ventolero a toda prisa.

«¡Menudo cabeza de chorlito!», pensó Espinela.

—De acuerdo. —La mirada glacial de Alcotán recorrió el grupo de jóvenes gatos—. Atacad... ¡ahora!

Durante unos instantes, Espinela dejó de ver al atigrado oscuro, enterrado como estaba bajo un montón de gatos que chillaban y se retorcían. Luego su cabeza reapareció, como si estuviera intentando nadar en un mar de pelo. A pesar de lo poco que le gustaba Alcotán, Espinela dio un respingo de admiración al ver cómo el guerrero recuperaba el dominio de sus zarpas y contraatacaba a sus rivales. Sus patas se movían a una velocidad increíble, y sus mandíbulas parecían estar en todas partes, mordiendo y desgarrando. Poco a poco, los atacantes fueron retrocediendo y apartándose, primero uno, y luego los demás, hasta que Alcotán volvió a quedarse solo, resollando y con el pelo revuelto, pero sin heridas que Espinela pudiese ver.

«Ha sido asombroso», admitió la joven a su pesar. Casi en contra de su voluntad, sintió que sus patas estaban ansiosas por aprender lo que Alcotán acababa de hacer.

—Ahora —continuó Alcotán tras recuperar el aliento—, ¿quién puede decirme qué habéis aprendido hoy?

—A mantenernos lejos de tus garras —masculló Corazón de Tigre, lamiéndose una zarpa ensangrentada.

Entre los jóvenes gatos brotó un murmullo de diversión, pero Alcotán no se unió a ellos.

—¿Algo que sea útil? —gruñó el guerrero oscuro.

La gata blanca del Clan del Río levantó la cola.

—Parecía que estabas peleando con las cuatro zarpas —maulló.

—Muy bien, Nívea. —Alcotán asintió con aprobación—. Eso

es exactamente lo que estaba haciendo.

—Pero ¿cómo? —quiso saber otro gato.

—Mirad y os lo enseñaré. Lo haré despacio.

Se plantó sobre las patas traseras y atacó con las delanteras, estirando las garras. Luego, con un movimiento veloz, arañó el aire hacia abajo, y en cuanto tocó el suelo atacó con las traseras. Cualquier gato con la suficiente mala suerte como para estar detrás de él habría recibido un impacto lo bastante potente para derribarlo.

—Así es como se hace —concluyó. Luego repitió el movimiento, más deprisa esta vez—. Ahora probad vosotros.

Al ver practicar a los gatos de clan, Espinela se dio cuenta de que había más de los que había visto nunca en el Bosque Oscuro. «¡Son muchísimos!», pensó, con un nudo en el estómago. Además de Corazón de Tigre y sus compañeros Manto Ruano y Lomo Rajado, estaban Cara Soleada del Clan del Viento, y un aprendiz del Clan del Río que acompañaba a Nívea.

—Siempre he pensado que Lomo Rajado parecía un poco sospechoso —masculló para sí misma—. No me sorprende que esté aquí. Y Ventolero siempre ha sido una molesta bola de pelo. Pero Cara Soleada me caía bien en las Asambleas, y Nívea parece amable. ¿Qué están haciendo aquí?

«¿Y yo, qué estoy haciendo aquí? —se preguntó—. Soy una espía, así que quizá alguno de estos gatos también esté espiando para su propio clan.»

Aun así, a juzgar por el entusiasmo con el que estaban practicando la técnica de Alcotán, todos los jóvenes querían estar allí por la misma razón que ella al principio: entrenarse para ser mejores guerreros de lo que podrían llegar a ser en sus clanes, ser los mejores para luchar por su hogar y defenderlo.

Espinela sabía que, si se quedaba mucho tiempo más oculta detrás de los helechos, alguien captaría su olor, y no quería que

la acusaran de esconderse. «¡Aunque eso sea lo que estoy haciendo!» Salió de entre las frondas, rodeó a los gatos que se entrenaban y se acercó a Alcotán.

Se detuvo frente a él y lo saludó educadamente con la cabeza.

—Hola, Alcotán —maulló.

Los ojos del guerrero eran esquirlas de hielo.

—Llegas tarde —gruñó él.

—Lo siento. Me ha costado dormirme.

El atigrado oscuro agitó las orejas.

—¿Es que tu clan no te está haciendo trabajar lo suficiente? —le preguntó, con un ronroneo amenazador—. Pronto nos ocuparemos de eso. —Entonces levantó la voz—: ¡Gatos del Bosque Oscuro!

De inmediato, todos se detuvieron y se reunieron de nuevo a su alrededor. Alcotán los observó con aprobación.

—Bien hecho. Creo que necesitáis una oportunidad para practicar la nueva técnica de combate... Y Espinela está lista para ayudaros. ¡Atacad!

Y de un salto, salió del círculo mientras los gatos del Bosque Oscuro se abalanzaban sobre la joven. Ella apenas tuvo tiempo de protestar con un grito antes de tener encima a Ventolero. El guerrero probó el movimiento de Alcotán, pero, como Espinela saltó hacia atrás, él falló el ataque, perdió el equilibrio y golpeó el suelo con tanta fuerza que se tambaleó.

—¡Mala suerte, sarnoso! —le gruñó Espinela.

Entonces notó un zarpazo en el lomo e intentó girarse, pero otro gato aterrizó sobre ella y la tumbó en el suelo, donde se quedó sin aire, aplastada contra la tierra. Pudo distinguir los ojos ámbar de Corazón de Tigre a un ratón de distancia.

—¡Yo te enseñaré a atacar a mi hermano! —gruñó el guerrero.

Espinela sacudió las patas traseras, pateándole la barriga. Él

se separó rodando, lanzándole un zarpazo en la oreja, y otro gato lo reemplazó de inmediato mientras un tercero le mordía la cola. La joven apenas podía moverse. Los alaridos y gritos salvajes eran tan estridentes que le dolían los oídos.

«¡Estoy luchando por mi vida!»

De repente, una sombra cubrió a los contendientes y los chillidos cesaron de golpe. Espinela notó cómo desaparecía el peso que la había inmovilizado y se puso en pie como pudo, cegada momentáneamente por la sangre de un corte encima del ojo. Se lo limpió con una pata, y, al levantar la vista, descubrió a Estrella Rota al borde del claro. Había otro gato detrás de él, entre las sombras.

—No dejéis que os interrumpa —maulló Estrella Rota.

Alcotán dio un paso hacia él, inclinando la cabeza respetuosamente.

—Bienvenido, Estrella Rota. ¿Podemos hacer algo por ti?

—La pregunta debería ser: «¿Qué puedo hacer yo por ti?» —replicó el antiguo líder del Clan de la Sombra—. Quiero que conozcas a una nueva aprendiza.

Avanzó hasta el centro del claro, y la gata que estaba a sus espaldas lo siguió. Cuando el atigrado marrón salió a la luz, Espinela dio un respingo horrorizado.

—Ésta es Floresta, del Clan del Trueno —continuó Estrella Rota—. Algunos de vosotros ya la conocéis. Floresta, éstos son tus nuevos compañeros de clan.

Floresta miró a los gatos que la rodeaban, nerviosa. Al ver a Espinela, en sus ojos se encendió una chispa de reconocimiento, pero se limitó a hacer un leve gesto con la cabeza, sin decir nada. Espinela se imaginó que no quería darles a los gatos del Bosque Oscuro la impresión de que sería más leal a una gata del Clan del Trueno que a los demás.

Algunos de los gatos presentes la saludaron con un murmullo apenas perceptible, pero ninguno de ellos dijo nada. A Espinela

la horrorizó lo falso que era todo en el Bosque Oscuro. «¿Se supone que todos los gatos de aquí somos un clan? ¡No nos comportamos como si lo fuéramos! ¿Y cómo es posible que haya otro miembro del Clan del Trueno aquí? ¡Los gatos del Clan del Trueno son leales!»

—Bueno —maulló Alcotán, arrastrando la voz—. ¿Vas a enseñarnos de qué está hecha esta gata, Estrella Rota?

A modo de respuesta, el guerrero del Clan de la Sombra le hizo una seña con la cola a Lomo Rajado.

—Luchad —ordenó con voz ronca.

Lomo Rajado tenía una oreja desgarrada por su enfrentamiento con Alcotán, pero no vaciló ni un instante. Se lanzó contra Floresta, y la guerrera se vio tan sorprendida por aquel ataque repentino que se dejó derribar. Lomo Rajado soltó un alarido triunfal y le clavó una zarpa en la garganta. Con el estómago revuelto por la tensión, Espinela se quedó mirando cómo Floresta sacudía las patas traseras hasta lograr librarse del guerrero. Mientras él aún estaba tirado en el suelo, Floresta pasó corriendo junto a él y le dio un débil golpe antes de revolverse para esperar el siguiente movimiento.

«¡Tienes que desenvainar las garras! —pensó Espinela angustiada—. ¡Esto no es un ejercicio de entrenamiento del Clan del Trueno!»

Lomo Rajado se agazapó para saltar sobre Floresta, y cuando se abalanzó sobre ella la guerrera se coló por debajo de él, pero en el último momento el gato se retorció en el aire, aterrizó sobre las patas traseras de la gata y le clavó los colmillos en la base de la cola. La guerrera aulló de dolor y sorpresa. El guerrero del Clan de la Sombra volvía a tenerla inmovilizada contra el suelo, y esta vez ella no conseguía zafarse. Lo golpeó a ciegas en la cabeza y los omoplatos, pero Espinela se dio cuenta de que los golpes eran cada vez más débiles.

Espinela no podía quedarse viendo cómo un miembro del

Clan de la Sombra, más grande y experimentado, destrozaba a su compañera de clan. Se abalanzó sobre Lomo Rajado, lo separó de Floresta haciéndolo rodar y le lanzó un zarpazo en las orejas. El guerrero se volvió hacia ella con un gruñido de incredulidad mientras Floresta se ponía en pie, trastabillando.

—¡Alto! —La voz de Estrella Rota resonó por todo el claro antes de que Lomo Rajado pudiera contraatacar.

Los tres se quedaron quietos mientras el atigrado oscuro cruzaba el claro para plantarse ante ellos. Despachando a Lomo Rajado con un movimiento de las orejas, se irguió frente a Espinela y clavó en ella su torva mirada ámbar.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le dijo en voz baja, aunque su tono amenazante hizo que la joven temblara de las orejas a la cola—. ¿Quién te ha dado derecho a intervenir?

Esforzándose por no mostrar lo asustada que estaba, Espinela levantó la cabeza y le sostuvo la mirada, tan torva como la de él.

—Somos leales los unos a los otros, ¿no? —Una oleada de auténtica rabia comenzó a borrar su miedo—. ¿Deberíamos quedarnos al margen, como cobardes, y dejar que otro sea derrotado en combate?

Estrella Rota entornó los ojos; hasta el último pelo de su cuerpo proclamaba la desconfianza que le inspiraba la joven.

—Has salvado a tu compañera de clan —señaló.

—Aquí todos son mis compañeros de clan —replicó ella, pensando: «Clan Estelar, por favor, ¡haz que me crea!»—. No veo por qué deberíamos perder a una aprendiza nueva en su primera visita.

Estrella Rota permaneció inmóvil un instante, taladrándola con la mirada, y finalmente soltó un resoplido y retrocedió. Espinela se quedó frente a Floresta.

—No tenías que hacer eso —siseó la guerrera parda y blanca, alisándose el alborotado pelo—. Al final podría haber vencido a

Lomo Rajado.

«Y los erizos vuelan», pensó Espinela.

Al girarse, vio a un guerrero marrón entre el grupo de gatos del Bosque Oscuro, y lo reconoció por su oreja negra.

—¡Hormiguero! —exclamó, corriendo hacia él—. No te había visto. Es genial que te encuentres bien.

Las heridas del guerrero del Clan del Viento se habían curado, dejándole grandes cicatrices a lo largo del lomo y la garganta, pero él parecía estar fuerte y libre de dolor. Miró desconcertado a Espinela.

—Ahora... éste es mi hogar —maulló.

Ella no lo entendió de inmediato, pero entonces sintió como si se hubiera caído a un arroyo helado.

—¿Tú... has muerto? —le preguntó con voz estrangulada.

Hormiguero se encogió de hombros.

—Puedes verlo así, si quieres.

—¿Y elegiste venir aquí? —le preguntó, procurando no sonar conmocionada. «¡Hormiguero me caía bien! Él no pertenece a este diabólico lugar.»

—Éstos son mis compañeros de clan, más de lo que nunca lo fueron los gatos del Clan del Viento —respondió el guerrero, apenado—. ¿Adónde iba a ir, si no?

Espinela no podía contestar a eso.

—Lamento que hayas muerto... —maulló con tristeza.

—Éste es el sitio donde quiero estar —respondió él, con un nuevo gesto de indiferencia.

—¡Espinela, ven aquí! —la llamó Alcotán.

Casi aliviada, la joven se despidió del guerrero del Clan del Viento inclinando la cabeza y cruzó el claro para reunirse con Alcotán. Junto a él había otra gata del Clan del Viento, que la miraba con expresión nerviosa y los ojos dilatados.

—Ésta es Zarpa de Retama —le dijo Alcotán—. También acaba de llegar. Enséñale un par de movimientos, ¿vale?

—Claro —respondió Espinela.

Se alegró de que el guerrero no se quedara a observarlas. En vez de eso, se marchó al otro lado del claro, donde Corazón de Tigre y Cara Soleada estaban iniciando una práctica de combate.

—Hola, Zarpa de Retama —la saludó—. ¿Ésta es tu primera visita?

—La segunda. —La voz le salió aguda, como si aún fuera una cachorrita, y se aclaró la garganta—. Vine aquí en un sueño y hablé con Alcotán —añadió—. Le conté cómo me acosaban los demás aprendices, y él me dijo que me enseñaría a enfrentarme a ellos.

—Oh, sí, eso podemos hacerlo —le prometió Espinela, sintiendo lástima de la nerviosa aprendiza.

«No sabe dónde se está metiendo, pero yo tampoco lo sabía la primera vez. Aun así —pensó—, enseñarle algunas buenas técnicas de combate no le hará ningún daño.»

Zarpa de Retama pareció animarse al oírla.

—¡Genial! ¡Pardero y Plomizo se llevarán una buena sorpresa! Además, Pardero se ha vuelto más insufrible aún desde que lo nombraron guerrero —añadió.

—Por ahora será mejor que mantengas las garras envainadas —le aconsejó Espinela, esperando que Alcotán y Estrella Rota no se dieran cuenta.

«Ya he tenido bastantes problemas esta noche», pensó.

—De acuerdo —continuó Espinela con ímpetu—. Yo soy un zorro que va a atacar el campamento del Clan del Viento. ¿Qué vas a hacer?

Por toda respuesta, Zarpa de Retama se lanzó hacia delante, mostrando los colmillos con un gruñido y con las patas delanteras estiradas, quedándose completamente expuesta a un ataque. Espinela la esquivó, la enganchó por las patas y la inmovilizó contra el suelo con una zarpa en el bíceps y otra en

la barriga. La aprendiza se retorció inútilmente debajo de ella.

«¡Por el gran Clan Estelar! Pero ¿qué les enseñan en el Clan del Viento?»

—Y ahora soy un zorro que va a llevarte a su madriguera y a comerte —le gruñó.

Soltó a la aprendiza, que se levantó cabizbaja, arañando el suelo avergonzada.

—Lo siento —musitó.

—No lo sientas. —Espinela miró por encima del hombro para asegurarse de que Alcotán y Estrella Rota seguían sin poder oírla—. Al fin y al cabo, estás aquí para aprender. Ahora tú serás el zorro, y yo te mostraré lo que deberías haber hecho.

Le enseñó unos movimientos bastante básicos: correr, arañar al enemigo y ponerse fuera de su alcance a toda prisa.

—Recuerda que un zorro o... el Clan Estelar no lo quiera... un tejón es mucho más grande y pesado que tú. La fuerza bruta no te llevará a ninguna parte. Tienes que ser rápida y lista. Prueba.

Zarpa de Retama saltó hacia ella con expresión ansiosa, le dio en el costado con las garras envainadas y se separó de un salto.

—¿Así?

—Muy bien. Otra vez.

Mientras la aprendiza practicaba, Espinela volvió a mirar de reojo a Alcotán y Estrella Rota. Se habían separado y se paseaban alrededor del claro, observando las prácticas de combate. «No vengáis por aquí, ¿vale?», pensó la joven guerrera.

Le dijo a Zarpa de Retama que parara para explicarle otro movimiento, cuando oyó la voz de Alcotán.

—¡Espinela!

«¡Oh, no!»

Pero, al girarse, vio que el atigrado oscuro estaba reuniendo

a todos los gatos en el centro del claro. La joven guerrera soltó un suspiro de alivio al comprender que la sesión de entrenamiento había terminado.

—Lo habéis hecho todos muy bien —maulló Alcotán cuando los gatos se apiñaron a su alrededor—. Sobre todo tú, Floresta —añadió, mirando con aprobación a la nueva recluta del Clan del Trueno—. Ese salto con giro te está saliendo muy limpio.

A Floresta le brillaron los ojos de orgullo.

—Gracias, Alcotán —maulló la guerrera, inclinando la cabeza ante el gato del Bosque Oscuro.

Sintiendo que se le caía el alma a los pies, Espinela paseó la mirada por el círculo de guerreros, ágiles, musculosos y ávidos de combate. «Oh, Clan Estelar, ayúdanos —pensó—. El Bosque Oscuro está intentando reclutar a un ejército de gatos leales de todos los clanes... ¡y lo está consiguiendo!»

11

Ala de Tórtola se detuvo y miró hacia arriba y hacia abajo. Pensaba que las laderas cubiertas de nieve y las rocas desiguales no terminarían jamás, cuando por fin vio la sombra de las cumbres más altas silueteadas con nitidez contra el cielo azul claro.

Las nubes parecían revolotear en las cimas.

—¡No puedo creerlo! —exclamó sin aliento.

—Es... ¡Es increíble! —A Raposo le salió la voz aguda de un cachorrito pasmado.

—Las montañas son asombrosas, sobre todo la primera vez que las ves —coincidió Esquiruela, colocándose junto a los dos jóvenes—. Jamás olvidaré mi primera visita...

—Ni yo. —A Glayo se le estaba erizando el pelo del cuello, y escupió las palabras como si inesperadamente hubiera mordido un trozo de carroña—. Es un lugar frío y ventoso, con una superficie muy dura para caminar, pero tenemos que ir, así que será mejor que sigamos la marcha.

Era el tercer amanecer desde que habían abandonado el lago. El cielo estaba despejado, pero Ala de Tórtola ahuecó el pelo para protegerse del gélido viento que bajaba de las cumbres.

—¿Cómo viven los gatos ahí arriba? —preguntó—. ¿Hay presas?

—No de las que se ven a simple vista —respondió Glayo.

—Por supuesto que hay presas —replicó Esquiruela, mirando con exasperación al curandero—. Pero allí todo es diferente, y también tienen distintas formas de cazar. Ya lo veréis.

Con un movimiento de la cola, echó a andar seguida de Glayo. Sorprendida, Ala de Tórtola intercambió una mirada con Raposo y fue tras ellos. El sendero los llevó hasta unas colinas onduladas, cubiertas de áspera hierba de páramo y fibrosas matas de brezo. A través del suelo asomaban afloramientos rocosos aquí y allá.

—Esto se parece bastante al territorio del Clan del Viento —rezongó Raposo—. No me gusta.

Ala de Tórtola se mostró de acuerdo. Se sentía incómoda sin la protección de los árboles y echaba de menos la densa maleza del bosque, que siempre olía a presas.

—Al menos podemos ver si algo intenta acercarse sigilosamente —señaló.

Al proyectar sus sentidos en busca de peligros, Ala de Tórtola sólo encontró los leves sonidos de presas lejanas y escondidas, y el borboteo de los arroyos. Un brusco chillido resonó en lo alto, y la joven levantó la cabeza y vio un ave revoloteando en el cielo. No reconoció su gran envergadura, pero le resultó vagamente amenazante.

—Es un águila —comentó Esquiruela—. Veremos muchas en el lugar al que vamos. Tendremos que estar atentos, porque son lo bastante grandes como para atacar a un gato.

Ala de Tórtola se estremeció. «¿Qué clase de lugar es éste, donde los pájaros son peligrosos?»

Durante el resto del día, los gatos avanzaron entre las montañas y sólo hicieron una breve parada cuando el sol estaba en su cénit. Esquiruela y Raposo, trabajando en equipo, atraparon un conejo, que los cuatro compartieron con bocados rápidos e intranquilos. Poco a poco, las pendientes iban volviéndose más escarpadas y la hierba era cada vez más

escasa, hasta que los gatos terminaron por caminar sobre roca, con sólo alguna mata de hierba y algún que otro arbusto escuálido enraizado en las grietas. El sol se estaba poniendo, proyectando largas sombras ante los gatos e inundando de luz escarlata las montañas nevadas.

«Espero que encontremos refugio antes de que oscurezca», pensó Ala de Tórtola.

Esquiruela los guió a lo largo de un angosto sendero que serpenteaba entre peñas de bordes afilados, donde la nieve todavía se acumulaba en los huecos, y luego los llevó por un desfiladero lleno de enormes rocas lisas. Los gatos tuvieron que pasar por encima y saltar de unas a otras, y Glayo bufaba irritado porque no dejaba de resbalar, incapaz de ver dónde ponía las patas. Después de aquella extensión de rocas, se encontraron en una hondonada con una gruesa capa de nieve. Al fondo había una charca, con el borde congelado y cubierto de abundante hierba escarchada.

—¡Genial, agua! —exclamó Raposo, brincando hacia allí como si fuera un zorro—. Tengo la lengua tan seca como estas piedras.

—¡Cuidado! —lo avisó Esquiruela.

Siguiendo al guerrero más despacio, Ala de Tórtola captó un intenso olor a gatos. Sin detenerse, traspasó la parte en la que el olor era más fuerte y comprendió que debía de tratarse de una frontera como las que separaban los territorios del lago.

—Ahora estamos en el territorio de la tribu —explicó Esquiruela, y, con evidente satisfacción, añadió—: Siguen manteniendo frescas las marcas fronterizas.

Los cuatro se acercaron al agua para beber, pero, cuando Ala de Tórtola alargó una pata para romper el hielo del borde y lamer las primeras gotas, un alarido atravesó el aire a sus espaldas.

—¡Intrusos!

Y en ese mismo instante, un cuerpo chocó contra ella y la derribó. La joven cayó al borde de la charca, salpicando agua al agitar las patas. Desenvainó las garras y se revolvió sacudiendo la cola, y entonces vio a un gato negro no más grande que un aprendiz, que la miraba con hostilidad indisimulada.

—¡Fuera de nuestro territorio! —bufó.

—¡Espera...! —chilló Esquiruela.

—¡Oscuro! ¡Para!

Una gata blanca y gris apareció por detrás de una peña y empezó a descender por la ladera del otro lado de la charca, seguida de un atigrado oscuro y de una gata joven de pelaje gris moteado.

—Pero ¡están invadiendo nuestro territorio! —protestó Oscuro.

—No, no es así. —La gata llegó hasta ellos y le dio un leve manotazo en la oreja a su compañero—. Y no son invasores; son invitados. —Se giró hacia Esquiruela, y, un tanto sorprendida pero con más calidez, añadió—: Esquiruela, me alegro de volver a verte... y también a ti, Glayino.

—Ahora mi nombre es Glayo —la corrigió el curandero, agitando las orejas.

—Tú eres Sombra de Ala Sobre el Agua, ¿verdad? —Esquiruela se acercó y entrechocó el hocico con el de la gata blanca y gris—. Y tú eres Sendero Escarpado Junto a la Cascada —añadió, saludando al atigrado con la cabeza—. Éstos son Ala de Tórtola y Raposo.

Ala de Tórtola los saludó inclinando la cabeza y los observó con curiosidad. Los gatos de la tribu eran mucho más pequeños que los de clan, y parecía que a todos les hacía falta una buena comida.

—Este pupilo —continuó Sombra, señalando con la cola al joven negro—, al que no se le ha ocurrido nada mejor que atacar a cuatro gatos él solo, es Destello Oscuro Sobre el Agua,

y esta pupila es Lluvia que Pasa Rápidamente.

La moteada gris inclinó la cabeza con educación.

—¿Pupilos? —preguntó Ala de Tórtola en voz baja.

—Son como nuestros aprendices —le susurró Glayo al oído.

—Nadie esperaba volver a veros aquí —le dijo Escarpado a Esquiruela—. ¿Los clanes tienen problemas? ¿Necesitáis ayuda?

—No, todo va bien —ronroneó la guerrera—. Sólo queríamos hacerles una visita a nuestros viejos amigos.

Sombra meneó los bigotes, y Ala de Tórtola supuso que la guerrera se imaginaba que los gatos de clan debían de tener alguna otra razón para recorrer un trayecto tan largo en la estación sin hojas, aunque no hizo ningún comentario al respecto.

—Será mejor que os lleve a la cueva. Pronto anochecerá —maulló la gata.

Siguiendo a los gatos de la tribu, la patrulla del Clan del Trueno se internó más en las montañas. El sol había desaparecido, y sus últimos reflejos rojos se desvanecían en el cielo. Comenzó a caer la noche y cada vez era más difícil ver el camino, pero los gatos de la tribu continuaron con paso seguro, deteniéndose en lo alto de las rocas a esperar a que los gatos de clan los alcanzaran. El viento aullaba entre las cumbres, y Ala de Tórtola parpadeó cuando una rociada de hielo le entró en los ojos.

—Nunca entenderé cómo es posible que haya gatos que quieran vivir en un lugar tan dejado de la mano del Clan Estelar como éste —resolló Glayo mientras trepaba a un peñasco.

Luego vaciló, agazapado en la roca; el terreno que tenía ante sí era irregular, y Ala de Tórtola se dio cuenta de que el curandero podría hacerse daño si saltaba a un sitio equivocado.

—Espera un momento —le dijo la joven.

Bajó a una zona cubierta de nieve y comprobó que no

hubiese bordes afilados.

—Salta por aquí —le indicó a Glayo—. Sigue mi voz.

Él saltó, aunque aterrizó torpemente, y Ala de Tórtola lo ayudó a recuperar el equilibrio.

—Gracias —masculló el curandero.

Cuando empezaron a subir por una larga pendiente, detrás de Esquiruela y Raposo, que se habían adelantado un poco, Ala de Tórtola captó un nuevo sonido: un rugido profundo y continuo que sonaba más fuerte con cada paso que daban.

—¿Qué es ese ruido? —le preguntó a Glayo.

—Oh, ¿ya puedes oírlo? —le contestó él en voz baja, y la joven supuso que, sin darse cuenta, había estado usando sus poderes especiales—. Es la cascada. Ahí es donde vive la Tribu de las Aguas Rápidas.

Al cabo de poco, todos pudieron oír el estruendo de la cascada. Subieron trabajosamente una última ladera escarpada, y llegaron a una extensión rocosa y plana por la que fluía un río entre peñascos. El viento soplaba con fuerza, abofeteando a Ala de Tórtola y amenazando con derribarla, pero su sonido quedaba ahogado por el estruendo ensordecedor de la catarata.

La joven guerrera se acercó al borde del precipicio, por donde caía el agua en una suave curva.

—¡Caramba! —exclamó, y Escarpado, que estaba junto a ella, alargó una pata como advirtiéndole que tuviese cuidado —. ¿De verdad vivís aquí?

—Nuestra cueva está detrás de la cascada —le explicó él con orgullo.

—¡Es increíble!

«¿Y tenemos que pasar por detrás de ese muro de agua espumosa? —pensó—. ¡No es el mejor lugar para los gatos!»

Escarpado guió a sus invitados por las rocas que bajaban hacia la cascada. Estaban mojadas y resbaladizas, y Ala de Tórtola intentó clavar las garras en la dura superficie,

ondeando la cola desesperadamente para mantener el equilibrio. El corazón le latía con fuerza mientras trataba de no mostrarles a aquellos gatos desconocidos lo asustada que estaba. Glayo bajaba como podía entre Sombra y Esquiruela, gruñendo a cada paso.

Finalmente, todos llegaron a un estrecho sendero que iba por detrás de la catarata. Ala de Tórtola lo recorrió con precaución, pisando por donde pisaba Escarpado, con el muro rocoso a un lado y la interminable cascada al otro. La joven se estremeció cuando el agua en suspensión le empapó el pelo.

Para entonces ya había oscurecido casi por completo. La catarata era una ondulante lámina gris, con destellos plateados allí donde se reflejaba la luz de la luna y de las estrellas, que iban apareciendo lentamente. Al avanzar, Ala de Tórtola vio que en el extremo opuesto del agua se abría un espacio oscuro. Escarpado desapareció por allí, y la joven oyó su voz, que resonó extrañamente.

—¡Bienvenidos a la Tribu de las Aguas Rápidas!

La guerrera entró en la cueva parpadeando, seguida de Esquiruela, Glayo y Raposo, con el resto de los gatos de tribu en último lugar. Sacudiéndose el pelo para secarse, Ala de Tórtola contempló las altísimas paredes de la caverna, con un techo que se perdía en las sombras muy por encima de su cabeza. En el extremo más alejado, dos túneles se hundían en las tinieblas, y había varios gatos agazapados en los salientes, mirando con curiosidad a los recién llegados. También había algunos que caminaban en círculos frente a frente, y a Ala de Tórtola le pareció que estaban en medio de algún tipo de ejercicio de entrenamiento. Todos se quedaron paralizados cuando los visitantes se detuvieron cerca de la entrada.

La joven guerrera del Clan del Trueno sintió un hormigueo en la piel, y justo en ese momento una voz aulló desde el otro lado de la cueva:

—¡No puedo creerlo! ¡Esquiruela! ¡Glayino!

—Ahora soy Glayo —masculló el curandero.

Un gato gris oscuro, de patas mucho más largas que los demás, surgió de entre las sombras y frenó en seco delante de Esquiruela.

—¡Es genial volver a veros! —maulló.

—Peñasco —ronroneó Esquiruela con afecto—. Es estupendo estar aquí.

Más gatos comenzaron a reunirse a su alrededor, saludando y haciendo preguntas sobre los clanes, y a Ala de Tórtola empezó a darle vueltas la cabeza. Esquiruela intentaba presentárselos a todos, pero le resultaba muy difícil recordar los nombres, y ya no digamos distinguirlos, porque los gatos de la tribu se parecían mucho los unos a los otros: eran menudos y flacos, y la mayoría tenían el pelaje marrón grisáceo.

«¡Y qué nombres tan largos tienen! No me extraña que los acorten.»

—¿Te acuerdas de la emboscada que os tendimos la primera vez que llegasteis aquí? —le preguntó a Esquiruela un gato viejo llamado Garra—. Casi os arranqué el pellejo, pero lograsteis convencernos de que estabais de nuestro lado.

—Podrías haberte sorprendido con quién le arrancaba el pellejo a quién —replicó Esquiruela, dándole un cabezazo cariñoso a Garra, lo que dejó pasmada a Ala de Tórtola—. Y todos luchamos juntos contra Colmillo Afilado.

Garra asintió, parpadeando con tristeza, y luego sacudió la cabeza, como alejando recuerdos dolorosos.

—¿Dónde está Rivera? —preguntó, mirando a su alrededor y abriéndose paso entre los gatos reunidos en torno a los visitantes—: ¡Rivera! ¡Ven a ver quién está aquí!

Una atigrada preciosa apareció desde un rincón del fondo de la cueva, guiando a dos cachorritos diminutos que avanzaban delante de ella.

Esquiruela se quedó boquiabierta, y sus ojos verdes centellearon.

—¡Rivera! ¡Tienes cachorros!

Rivera se acercó a ella para entrechocar su hocico con el de la guerrera del Clan del Trueno, ronroneando como si jamás fuera a parar. Abrió la boca para absorber el aroma de Esquiruela.

—Bienvenida de nuevo —maulló, antes de añadir orgullosamente—: Éstos son Alondra que Canta al Amanecer y Pino que se Agarra a la Roca. Alondra se parece a su padre, ¿no crees?

—¡Me alegro mucho por Borrascoso y por ti! —exclamó la guerrera, emocionada, y se inclinó para olisquear a los pequeños.

Las criaturitas la miraron con los ojos dilatados y llenos de curiosidad.

—¿Habéis venido a uniros a la tribu? —preguntó Alondra.

Esquiruela negó con la cabeza.

—No. Sólo hemos venido de visita.

—Deberíais quedaros —maulló Pino, moviendo ansioso su corta cola—. ¡Los gatos de tribu son los mejores!

—Necesitaré que me des algunos consejos sobre la crianza de los hijos —le dijo Rivera a Esquiruela—. ¡Tus tres hijos han salido estupendos!

Ala de Tórtola se puso tensa esperando la respuesta de la guerrera, que por unos instantes pareció no saber qué decir. Finalmente, Esquiruela inclinó la cabeza.

—Parece que te las estás arreglando muy bien sin mi ayuda. Tienes unos cachorros encantadores... y se ven fuertes y sanos. ¿Dónde está Borrascoso? —añadió, contenta de poder cambiar de tema.

—Ha salido con una patrulla fronteriza —explicó Rivera—. Llegará en cualquier momento.

—Ah, sí, ¿cómo están yendo las patrullas? —quiso saber la guerrera—. ¿Podéis defender la frontera de esos gatos rivales?

—Es un trabajo duro —respondió Alarido de Búho Furioso, un gato negro—. No nos queda mucho tiempo para cazar, y patrullar las fronteras es agotador.

—Pero no tenéis que revisarlas continuamente —intervino Raposo, mirando a los gatos que los rodeaban—. Y sois muchísimos. ¿Por qué no patrulláis la frontera unos cuantos mientras los demás van a cazar? Eso es lo que hacemos nosotros.

—La tribu no funciona así —le explicó Esquiruela—. Ellos tienen dos tipos distintos de gatos: los apresadores, que se dedican a la caza, y los guardacuevas, que protegen a los apresadores. Así que necesitan más gatos para salir de caza que nosotros.

—Sí, pero igualmente podrían...

Ala de Tórtola no llegó a enterarse de qué iba a sugerir Raposo, porque su fino oído captó unos suaves pasos procedentes del fondo de la cueva.

Un instante después, una voz cascada preguntó:

—¿A qué habéis venido esta vez?

Ala de Tórtola giró en redondo y vio cómo los gatos se apartaban para dejarle espacio a un anciano atigrado muy flaco. No era más alto que un aprendiz, y sus huesudas ancas tensaban su piel llena de calvas. Mientras él se iba acercando, Ala de Tórtola se quedó conmocionada al oír el desigual latido de su corazón y su respiración trabajosa. Cuando se detuvo delante de Esquiruela, de su boca brotó un aliento a carroña podrida.

«¡Este gato se está muriendo!», comprendió Ala de Tórtola, alarmada.

—Narrarrocas... —maulló Rivera tímidamente—. Mira quién ha venido a visitarnos.

—Ya veo quién ha venido —gruñó él—. Quiero saber qué están haciendo aquí.

Esquiruela lanzó una mirada a Rivera mientras se adelantaba para inclinar la cabeza respetuosamente ante el anciano.

—Saludos, Narrarrocas —maulló—. Mis compañeros de clan y yo sólo hemos venido a visitaros. Queríamos ver cómo os va.

—¿Acaso pensáis que no podemos sobrevivir sin vosotros? —le soltó Narrarrocas.

Desconcertada, Esquiruela arañó el duro suelo de la cueva.

—No se trata de eso... —empezó.

Narrarrocas la interrumpió con un profundo gruñido y una única sacudida de la cola. Raposo abrió los ojos de par en par y se acercó a Ala de Tórtola.

—¿Qué mosca le ha picado a ése? —le susurró al oído.

En ese momento, Glayo dio un paso adelante, y Ala de Tórtola se puso tensa. El curandero tenía muy mal genio; seguro que empeoraba las cosas con algún comentario insolente. Pero la joven se sorprendió al ver que Glayo comenzaba a hablar en un tono muy educado.

—No hay ningún problema, Narrarrocas; créeme. Hemos venido en paz, como amigos. —Y señalando con la cola a Raposo y Ala de Tórtola, añadió—: Consideramos que, para estos dos jóvenes, sería una buena experiencia ver cómo vive la tribu. Nosotros tenemos tanto que aprender de vosotros como vosotros habéis aprendido de nosotros.

Narrarrocas resopló, pero no siguió cuestionando a los visitantes.

—Bien hecho, Glayo —musitó Esquiruela.

Sombra zigzagueó entre los reunidos e inclinó la cabeza ante Narrarrocas.

—Sanador, ¿podemos compartir la comida de hoy con estos gatos?

—¿La comida de hoy? —Raposo parecía consternado—.

¿Quieres decir que sólo coméis una vez al día? ¿No pasáis hambre?

—¿Y tú no engordas? —replicó una joven gata, mirándolo de arriba abajo.

Narrarrocas dio su permiso, aunque Ala de Tórtola advirtió que no estaba precisamente entusiasmado con la idea, porque se quedó donde estaba mientras Sombra y Rivera los conducían hasta su montón de la carne fresca.

—Podéis tomar lo que queráis —los invitó Sombra.

Siguiendo a Esquiruela, Ala de Tórtola sacó un pájaro del montón y le hincó el diente con avidez. Un segundo más tarde, estaba haciendo un esfuerzo por tragar el bocado. «¡Por el gran Clan Estelar, tiene un sabor muy amargo!» Examinó la presa con cuidado. Aquel pájaro no se parecía a ninguno que hubiera visto antes: era mucho más grande que los del bosque, con plumas marrones y pico ganchudo.

—No sé cómo un gato solo puede atrapar a un pájaro como éste... —murmuró casi para sí misma.

—¡Qué tontería! —exclamó Oscuro, que la había oído—. Como si alguien esperara que un gato cazara solo. Los apresadores trabajan juntos; incluso los cachorros lo saben. Mira, te lo enseñaré. ¡Lluvia, Nieve! ¡Venid! —Llamó a la pupila a la que habían conocido en las montañas y a otra joven de pelo blanco—. Nieve, tú serás el águila.

—Vale. —Y la pupila saltó a una repisa en el muro de la cueva.

—Lluvia, tú serás apresadora conmigo —continuó Oscuro.

—Pero yo soy guardacuevas... —protestó Lluvia.

Oscuro suspiró.

—¿Y qué? ¿No puedes fingir? Ya sabes lo que hacen los apresadores, ¿no?

Lluvia transigió y se agazapó al pie de una roca. Oscuro se agazapó también, pero a un par de colas de distancia. Los dos

jóvenes se quedaron donde estaban, casi inmóviles, mientras Ala de Tórtola los observaba perpleja.

—No están haciendo nada… —susurró Raposo, levantando la vista de su propia presa.

En ese instante, Nieve saltó de la repisa y aterrizó en el suelo de la gruta. De inmediato, Oscuro y Lluvia atacaron al unísono, abalanzándose sobre ella para inmovilizarla con las patas mientras la gata intentaba incorporarse.

—¡Eh, no tan fuerte! —maulló.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —Una gata negra, con la barriga redonda por el embarazo, los miró por encima del hombro, irritada—. ¡Pupilos! Ahora toca comer, no jugar.

—Lo siento, Noche —masculló Lluvia.

—Sólo estábamos enseñándoles a estos forasteros… —protestó Oscuro.

La gata embarazada no lo dejó acabar:

—Ya lo sé, pero siempre tenéis una excusa… Enseñádselo mañana cuando salga el sol, ¿de acuerdo?

Bajando la cabeza, Oscuro sacó un conejo del montón de la carne fresca y se lo llevó a rastras para compartirlo con los demás pupilos.

Ala de Tórtola sintió una punzada de nostalgia por su clan, en el que cualquier gato podía comer cuando tuviese hambre… siempre que hubiese bastantes presas, claro… y donde nadie reñía a los aprendices por jugar si ya habían terminado sus tareas.

—Qué raro —le susurró a Raposo—. ¡Los gatos de tribu son de lo más estricto!

Raposo se inclinó hacia ella.

—Sí, son bastante raros y muy severos —coincidió.

Cuando los gatos de clan terminaron de comer, Rivera los guió a través de la cueva.

—Podéis dormir aquí —anunció.

Ala de Tórtola se puso al lado de Esquiruela y vio varios huecos excavados en el suelo, llenos de plumas. «¿Eso son sus lechos?», se preguntó, añorando el blando musgo y las frondas de su guarida en la hondonada rocosa.

Pino, el cachorro de Rivera, se inclinó sobre el hueco más grande para olfatear las plumas.

—¡Tiene una pinta muy cómoda! —exclamó.

—¡Yo quiero dormir ahí! —se sumó Alondra, saltando al centro del lecho.

Las plumas revolotearon a su alrededor, y la pequeña estornudó cuando una se le posó en la nariz.

—¡De eso nada! —respondió Rivera mientras se le erizaba el pelo—. Sal de ahí ahora mismo. Nosotros tenemos un lecho tan bueno como éste.

Sacudiendo la cola, Alondra salió del hueco con varias plumas pegadas. Rivera se las quitó con la cola y volvió a alisarle el pelo.

—Lo lamento —se disculpó con Esquiruela—. Pero ya sabes cómo son a esta edad... Bueno, ¡que durmáis bien! —añadió, reuniendo a sus cachorros con la cola para llevárselos de allí.

—¡Buenas noches! —los despidió Esquiruela.

Tras ovillarse en uno de los huecos, a Ala de Tórtola le resultó imposible conciliar el sueño. El sonido de la cascada era tan estruendoso que le dolían los oídos, y no había manera de bloquearlo. Se sentía atrapada por él, y el rugido ahogaba cualquier otro sonido del exterior que intentara captar. Nunca se había sentido tan encerrada entre piedra y agua.

«Esto no está bien», pensó.

Al levantar la cabeza, vio que sus tres compañeros de clan ya estaban dormidos, aunque Glayo se agitaba inquieto, como si recorriese algún sueño amenazador con los miembros del Clan Estelar... o del Bosque Oscuro.

Más allá, oyó cómo los gatos de la tribu se acomodaban para

pasar la noche.

—Cierra los ojos, Alondra —dijo la voz de Rivera—. O mañana estarás demasiado cansada para jugar.

—Buenas noches, Ave —maulló el viejo Garra.

—Buenas noches —respondió la voz de una gata desconocida —. Felices sueños.

—Nieve, si no me quitas la pata de la oreja, ¡te ganarás un arañazo! —exclamó un indignado Oscuro, y Ala de Tórtola tuvo que contener un ronroneo de risa.

Poco a poco, las voces enmudecieron y todo quedó en silencio. Con cuidado, Ala de Tórtola salió de su lecho y cruzó la gruta en dirección a la cascada. Sentía un cosquilleo en las zarpas, y no dejaba de volver la vista atrás, porque si algún gato de la tribu la descubría podría pensar que estaba espiando. Pero nadie la llamó al llegar al sendero que discurría por detrás de la catarata, y Ala de Tórtola se deslizó por él. La cortina líquida centelleaba a la luz de la luna, y el agua en suspensión llenaba el aire con una bruma plateada.

«Es precioso», pensó la joven guerrera, captando por primera vez un destello de lo que retenía a la tribu en su inhóspito hogar.

Ascendiendo con más cautela que antes debido a la oscuridad, Ala de Tórtola subió por el sendero pegada a la cascada y llegó a la roca plana situada en la parte más alta. Una vez allí, se dio una buena sacudida para secarse el pelo y se sentó a contemplar el paisaje. La respiración se le cortó. Estaba rodeada de cumbres montañosas coronadas de nieve, que se alejaban ondulándose hasta donde le alcanzaba la vista. Ahora la cascada estaba debajo de ella y su rugido seguía siendo más ruidoso que un trueno, pero Ala de Tórtola ya no se sentía atrapada como le ocurría dentro de la cueva.

Proyectó sus sentidos por encima del paisaje nevado, con la vista y el oído aguzados por el aire puro de la montaña. Podía

oír el movimiento de aves enormes en sus nidos leñosos instalados en lo alto de precipicios pelados —¿serían águilas? —, también percibir el sonido del hielo fundiéndose en pequeños arroyos ocultos entre las rocas y el de las liebres de pelo blanco revolviendo entre la nieve y las piedras para encontrar briznas de hierba…

Las montañas que parecían tan desiertas estaban llenas de vidas diminutas…

Y justo en ese momento, Ala de Tórtola se dio cuenta de que también distinguía la presencia de gatos. Pisaban con demasiada fuerza para ser gatos de tribu; saltaban por las rocas con arrogancia y se acercaban a una marca olorosa de la tribu para olisquearla.

—Oh-oh, esto es la frontera de la tribu —maulló alguien en un tono burlón—. ¿Deberíamos traspasarla? ¡Mirad cómo tiemblo!

—Esos gatos tienen abejas en el cerebro —respondió otra voz —. ¡Creen que pueden mantenernos a raya con una barrera de aire!

Con el estómago ardiéndole de rabia, Ala de Tórtola oyó cómo primero uno y luego el otro traspasaban la frontera; luego saltaron de nuevo al otro lado, y otra vez al territorio de la tribu.

—¿Dónde estáis? —aulló uno—. ¿Dónde está vuestra patrulla para echarnos?

—Se esconden como conejos asustados —dijo el otro—. Anda, vamos a cazar algo.

Ala de Tórtola oyó que se ponían a olfatear en busca de presas… presas que pertenecían a la tribu.

La guerrera desenvainó las garras, arañando la roca. Glayo y Leonado le habían contado su primera visita a las montañas y le habían explicado cómo se había establecido la frontera, obligando a los intrusos a prometer que la respetarían tras una

dura batalla.

«¿De qué sirvió todo aquello? —se preguntó enfadada—. Estos gatos no siguen ninguna clase de código, así que ¿cómo vamos a esperar que se mantengan en su lado de la frontera?»

A sus espaldas sonaron unos pasos tenues, y Ala de Tórtola imaginó que sería un gato de la tribu, así que se levantó para recibirlo.

Para su sorpresa, se trataba de Glayo.

—¿Cómo has subido por las rocas? —le preguntó ella con el estómago encogido; un gato ciego podía resbalar con facilidad y caer a la poza.

—Con dificultad —gruñó Glayo, dándose una sacudida que mandó una rociada de gotitas por el aire.

Con un largo suspiro, el curandero se sentó al lado de Ala de Tórtola y señaló con la cola las cumbres que los rodeaban.

—Es asombroso, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —replicó la joven, desconcertada.

Glayo no contestó, pero, nada más decirlo, Ala de Tórtola se dio a sí misma la respuesta: «Debe de haber paseado por aquí en sus sueños.»

—¿Por qué estamos aquí, Glayo? —preguntó.

—La tribu también tiene antepasados —contestó el curandero, enroscando la cola alrededor de las patas—. La Tribu de la Caza Interminable. Creo que tienen algo que decirme... algo relacionado con la profecía.

—Si de verdad tenemos el poder de las estrellas en nuestras manos —reflexionó Ala de Tórtola—, entonces, quizá también tengamos poder sobre la tribu.

Glayo agitó las orejas.

—No creo que sea tan sencillo como eso. Recuerda que Narrarrocas tiene mucho poder, más que un líder de clan o un curandero solo. Pero yo estoy convencido de que nuestro destino guarda relación con la tribu.

—Los hemos ayudado mucho otras veces —maulló la gata—. Quizá ahora les ha llegado el turno de ayudarnos a nosotros de algún modo.

—Quizá —coincidió Glayo.

Justo entonces, Ala de Tórtola captó el ruido de otro gato ascendiendo por el sendero de la cascada, y poco después apareció en la roca plana un corpulento gato gris que se plantó ante Glayo inclinando la cabeza.

—Saludos. Me alegro de volver a ver gatos de clan.

—Borrascoso. —Glayo respondió inclinando la cabeza a su vez—. Ésta es Ala de Tórtola, la hija de Candeal y Betulón.

Ala de Tórtola parpadeó, impresionada por encontrarse frente a un gato que era casi una leyenda entre los clanes. De padre del Clan del Trueno y madre del Clan del Río, Borrascoso había viajado al lugar donde se ahogaba el sol para encontrarse con Medianoche, y luego había hecho el Gran Viaje, cuando los clanes descubrieron su nuevo hogar en el lago. Pero se había enamorado hasta tal punto de Rivera que había abandonado a su clan para vivir con ella en las montañas y convertir la tribu en su hogar.

—¿Cómo van las cosas junto al lago? —preguntó Borrascoso.

En su voz se adivinaba cierta ansiedad, y Ala de Tórtola supuso que, aunque el guerrero hubiera decidido quedarse en las montañas, una parte de su corazón estaría siempre con los clanes.

—Bastante bien —respondió Glayo—. Sufrimos una sequía en la última estación de la hoja verde y el lago estuvo a punto de secarse, pero Ala de Tórtola salió con una patrulla y consiguieron recuperar el flujo de agua.

Los ojos ámbar de Borrascoso destellaron mirando a la joven.

—¡Bien hecho! Debió de ser una dura tarea.

Ella inclinó la cabeza.

—La mayor parte del tiempo estaba asustada... —maulló. Y

deseosa de cambiar de tema, añadió—: También cayó un árbol en la hondonada rocosa. Ahora, todas las guaridas están muy distintas.

Borrascoso asintió.

—¿Y el Clan del Río? —preguntó.

—Creo que están bien —respondió la joven—. Pero Estrella Leopardina murió.

Borrascoso inclinó la cabeza.

—Lamento oírlo. Era una gran líder. —Hizo una pausa antes de continuar—: Entonces, ¿ahora la líder es Estrella Vaharina?

Ala de Tórtola asintió.

—Ella también es una gran líder.

—Me lo imagino. El Clan Estelar tomó la decisión correcta.

—Bueno, ¿y quién va a suceder a Narrarrocas? —quiso saber Glayo, en un tono que indicaba que en su pregunta había algo más.

El guerrero sacudió la cabeza.

—Narrarrocas se ha negado a nombrar sucesor —maulló—. Ya puedes imaginarte cómo se siente la tribu con eso.

Ala de Tórtola estaba desconcertada.

—¿Y por qué eso es un problema? —preguntó.

Borrascoso se volvió hacia ella.

—Todos los sanadores de la tribu tienen el mismo nombre —le explicó—: Narrador de las Rocas Puntiagudas, o Narrarrocas. Habitualmente, el futuro sanador es elegido desde cachorro, para que el Narrarrocas sea su mentor el mayor tiempo posible. Ahora, la tribu teme que el elegido no tenga tiempo de aprender todo lo necesario antes de que muera el Narrarrocas actual.

—¡Eso significa que podríais no tener líder! —exclamó Ala de Tórtola.

Sabía que Narrarrocas era, a la vez, líder y sanador de la tribu. ¿Cómo se las arreglarían los gatos de la tribu sin ninguna

de las dos cosas?

—¿Y qué está haciendo al respecto la Tribu de la Caza Interminable? —preguntó Glayo—. Si ellos...

Borrascoso lo interrumpió, pidiéndole silencio con un movimiento brusco de la cola. Avanzó con sigilo hasta el borde de la roca para mirar hacia abajo, y Ala de Tórtola lo siguió. A menos de una cola de distancia, el agua de la cascada caía con estruendo en la poza.

—Ten cuidado —le susurró Borrascoso a la joven.

Más abajo, donde el sendero se perdía en la cueva por detrás de la catarata, había aparecido un gato. Ala de Tórtola reconoció la escuálida figura de Narrarrocas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Borrascoso en voz baja—. Quizá sólo quiere un poco de tranquilidad y aire fresco.

El guerrero negó con la cabeza.

—El sanador jamás sale de la cueva —respondió—, excepto para llevar a cabo ceremonias aquí, en lo alto del precipicio. Y no se celebran muchas... Por lo general, sólo cuando muere un gato. Se supone que Narrarrocas debe permanecer todo el tiempo en el interior de la cueva, para recibir mensajes de la Tribu de la Caza Interminable.

—¿Y nunca sale de la cueva? —repitió Ala de Tórtola, sintiendo una repentina lástima por el frágil anciano, encarcelado entre aquellos muros de piedra y agua.

—Nunca. Y menos aún de noche, cuando el reflejo de las estrellas es más intenso. Así que, al salir aquí, Narrarrocas está desafiando a sus antepasados y transgrediendo las antiguas leyes de su tribu.

Ala de Tórtola miró a Narrarrocas, que estaba sentado en el borde de la poza, contemplando las montañas. La joven se preguntó qué estaría pensando el anciano y por qué estaba tan enfadado por la llegada de los gatos de clan. ¿Se sentiría de otro modo si supiera que a Glayo y a ella les habían prometido

el poder de las estrellas?

«¿Y si la profecía significa que tenemos que proteger el futuro de la tribu, además del de los clanes?»

12

Leonado saltó sobre un tronco caído y arqueó el lomo para estirarse con ganas, disfrutando de los rayos del sol que acariciaban su pelaje dorado. En los árboles estaban apareciendo brotes verdes, y en las matas de helechos, secas y marrones, empezaban a desplegarse frondas de un verde vivo. Las copas parecían repletas de trinos, y se oía el correteo de pequeñas criaturas por el sotobosque.

«Ya está llegando la estación de la hoja nueva», pensó el guerrero.

Tras él, su patrulla salió de entre la vegetación: Carbonera, con los oídos y los bigotes alertas en busca de señales de presas; Tordo, haciendo más ruido que una manada entera de tejones, y Rosada, que apareció en último lugar.

—Bien. —De un salto, Leonado bajó del tronco al claro del otro lado y se plantó ante los jóvenes guerreros—. Éste es un buen sitio. Estrella de Fuego nos ha pedido a Carbonera y a mí que os ayudemos a pulir vuestras técnicas de caza.

—¡Oh, genial! —Tordo lo miró con ojos relucientes—. ¿Nos enseñaréis también algunos movimientos de combate?

—¡Sí, por favor! —se sumó Rosada con entusiasmo.

—Quizá en otra ocasión —respondió Carbonera sacudiendo la cola—. Hoy vamos a concentrarnos en la caza. Veamos cuántas presas podéis traer para el clan.

Tordo se mostró decepcionado.

—Tú eres el mejor luchador —le dijo a Leonado—. El Clan del Trueno es muy afortunado de tenerte. ¡No creo que resultes herido nunca! —Y animándose, añadió—: Yo voy a ser como tú algún día. Defenderé a mi clan, ¡y ninguno de mis enemigos podrá siquiera tocarme!

Leonado reprimió un suspiro. «Si intenta pelear como yo, acabará gravemente herido.»

—Tordo, tienes que pelear como tú mismo, no como yo ni como ningún otro gato... —repuso, un tanto incómodo.

—Pero tú eres buenísimo. ¿Por qué no debería querer luchar como tú?

Leonado notó un hormigueo de desazón. Miró de reojo a Carbonera, que lo observaba con sus ojos azules y lo miraba con comprensión.

—Todos los gatos son vulnerables —insistió él—. Todos tienen debilidades. Para ser buen guerrero, un gato debe ser consciente de eso y...

—¡Mira esto!

Leonado se interrumpió cuando Tordo se abalanzó sobre el tronco caído, lo pateó arañando la corteza y aferró una rama con los dientes.

—¡Para! —aulló Leonado, agarrando al joven del pescuezo y separándolo del árbol—. Lanzarte de esta manera en medio de la batalla es la forma más fácil de terminar muerto —le espetó, alzándose sobre él.

Tordo se quedó mirándolo, conmocionado. Leonado notó cómo se desbordaba su ira, avivada por el resentimiento hacia la profecía, que se había apoderado de su vida y estaba exprimiéndosela sin dejarle la más mínima opción. «Yo renunciaría a mi destreza en el combate por ser un gato de clan común y corriente... si así pudiera tener a Carbonera.»

—Venga, Leonado, cálmate. —La guerrera se acercó y posó

la cola sobre Tordo—. Sólo se ha dejado llevar por el entusiasmo, eso es todo. —Y mirando al guerrero más joven con un brillo risueño en los ojos, añadió—: Aunque no vas a conseguir nada intentando matar un árbol, eso está claro.

—Lo... lo siento, Leonado —tartamudeó Tordo—. Sólo quería enseñarte...

—Lo sé. —Leonado meneó los bigotes—. Pero recuerda que todos los gatos tienen límites, y tú necesitas saber cuáles son los tuyos.

Tordo asintió y dio un par de pasos hacia el claro sin despegar los ojos de Leonado, como si temiera que el atigrado fuera a saltar sobre él sin previo aviso.

Leonado se dirigió hacia Carbonera con un gruñido de frustración.

—Menudo cabeza de chorlito... —le dijo en un susurro—. ¿Cómo crees que me sentiría si despellejaran a este jovenzuelo por intentar ser como yo?

La gata asintió, comprensiva.

—Ya se lo irás enseñando —maulló.

Reconfortado por su respuesta, Leonado se giró hacia los dos jóvenes.

—Bueno, vamos a comprobar si hemos ahuyentado a todas las presas del bosque o si aún queda alguna por aquí —empezó —. ¿Podéis oler algo?

Tordo levantó la cabeza al instante, con la boca abierta para saborear el aire, mientras Rosada olisqueaba en torno a las enredadas raíces del árbol caído.

—¡Ardilla! —exclamó el joven guerrero.

—Vale, pero no se lo cuentes a todo el bosque —maulló Leonado—. La idea es que la presa no sepa que estamos aquí.

El joven bajó la cabeza, arañando las hojas muertas del suelo.

—Lo siento. Se me había olvidado.

—Bueno, ¿y dónde está esa ardilla? —le preguntó Carbonera.

Tordo señaló con la cola hacia un zarzal. La ardilla estaba prácticamente oculta por una maraña de zarcillos; sólo se le veía la punta de la cola. El gato la había localizado por su olor.

—Bien hecho. —Leonado asintió con aprobación—. Ahora veamos la posición de acecho. La de los dos.

Tordo se agazapó y, un instante después, Rosada se puso a su lado y se unió a él. Leonado y Carbonera examinaron la postura con ojo crítico.

—No está mal —le dijo Leonado a Tordo, tocándole las ancas con la cola—. Coloca las patas traseras un poquito más atrás. De ese modo, tu salto ganará en potencia.

—Rosada, tú estás muy bien colocada —maulló Carbonera—. Tienes el peso muy bien repartido.

—De acuerdo, practicaremos la caza por parejas. Tordo, es tu ardilla —maulló Leonado, comprobando que el animal seguía allí—. Tú te acercarás con sigilo. Rosada, tú ve hacia ese árbol. —Señaló con las orejas un roble cubierto de hiedra—. Si la ardilla intenta huir por ahí, estarás en el sitio adecuado para atraparla.

Rosada asintió y se dirigió hacia el roble, mientras Tordo se deslizaba entre la hierba. Ya estaba casi a la distancia perfecta para saltar, cuando rozó una fronda de helecho con una de las patas traseras. La ardilla se incorporó, alarmada por el tenue sonido, y luego salió del zarzal a toda velocidad y cruzó el claro a la carrera, directa hacia el roble en el que se había apostado la joven guerrera.

Rosada alargó las zarpas para atraparla, pero la ardilla pasó disparada a sólo un ratón de distancia de sus garras y comenzó a trepar por el árbol. La gata reaccionó con rapidez, saltó y giró en redondo, pero para entonces sólo los temblorosos zarcillos de hiedra mostraban por dónde había escapado la presa.

—¡Cagarrutas de ratón! —exclamó Tordo, acercándose

furioso—. ¡Deberías haberla atrapado, Rosada, te ha pasado por delante de las narices!

—Tienes que concentrarte, Rosada —la reprendió Carbonera.

Leonado miró severamente a la joven guerrera.

—Sí, la concentración es importante. El bosque es peligroso, puede pasar cualquier cosa en cualquier momento.

—¿Y qué puede pasar en un sitio como éste? —Rosada agitó las orejas con desdén, señalando el pacífico bosque y los árboles cubiertos por la bruma verde de la cercana estación de la hoja nueva—. ¡Si hasta las abejas están adormiladas!

Sus últimas palabras quedaron ahogadas por el alarido de un gato procedente de algún lugar cercano.

—¡Ayuda! ¡Perro!

Leonado se quedó de piedra.

—¡Ése es Abejorro Negro!

—¡Ve! —lo instó Carbonera, y al ver que él miraba con preocupación a los dos jóvenes, añadió—: Yo los mantendré a salvo. ¡Vete!

Leonado saltó sobre el árbol caído y se internó en el sotobosque, en dirección al campamento. El corazón comenzó a martillearle cuando oyó los ladridos roncos y guturales de un perro, junto con los chillidos desafiantes de un gato. Al traspasar una mata de helechos, llegó al lindero de un claro y frenó en seco. Abejorro Negro, con el lomo arqueado y el pelo erizado, estaba frente a un enorme perro negro.

—¡Atrás! —bufaba el joven guerrero, alargando una zarpa con las garras extendidas—. ¡Atrás o te haré trizas las orejas!

El perro tenía la boca abierta y la lengua le colgaba entre los colmillos, blancos y afilados. Saltó hacia el guerrero, y, antes de que Leonado pudiera hacer nada, Abejorro Negro se lanzó hacia delante, alejándose de la protección de las zarzas, y cruzó el claro a toda velocidad, con el perro mordiendo el aire a sus espaldas. El gato trepó al árbol más cercano y se quedó en la

rama más baja, mirando al perro, que saltaba hacia él ladrando sin parar. La cola de Abejorro Negro colgaba a poco más de un ratón de distancia de las letales fauces del chucho.

Leonado soltó un aullido ensordecedor y se lanzó a la carrera. El perro dejó de saltar y giró en redondo, clavando en el guerrero sus desorbitados ojos amarillos...

Y justo en ese momento, una voz resonó detrás de Leonado, que pegó un brinco al ver que Tordo estaba junto a él:

—¡Aquí, perro sarnoso! ¡Ven a por nosotros!

—¡Se suponía que tenías que quedarte con Carbonera! —le espetó Leonado.

—¡Quiero ayudarte! —respondió el joven con una mirada abrasadora.

—¡Márchate! —Leonado lo empujó de nuevo hacia los helechos; luego se volvió hacia su otro compañero de clan y le dijo a gritos—: ¡Abejorro Negro, estarás bien! ¡Intenta trepar un poco más alto!

No se paró a mirar si el otro le hacía caso o no. Toda su atención estaba centrada en el perro, que se había detenido un instante. Parecía desconcertado, mirando de un guerrero a otro, pero entonces se lanzó hacia él a través del claro con la boca abierta. Leonado oyó sus jadeos de rabia.

—¡Quédate ahí! —le ordenó a Tordo, que había perdido el equilibrio por el empujón que le había propinado y estaba tratando de incorporarse en medio de la mata de helechos.

Leonado saltó delante del perro, y luego hizo un quiebro y se desvió hacia el otro extremo del claro, con la esperanza de alejarlo de sus compañeros de clan.

—¡No! —chilló Abejorro Negro, saltando sobre la rama—. ¡No vayas por ahí...! ¡Ahí está Gabarda!

—¿Qué?

«¿Cómo puede estar una gata tullida en medio del bosque?» No podía verla, pero notaba el aliento caliente del perro en la

cola y no había tiempo para preguntas. Leonado sabía que podía atacar al perro sin resultar herido, pero eso sería demasiado revelador a los ojos de Tordo y Abejorro Negro. Especialmente a los de Tordo. «Tiene que aprender a ser más defensivo, no a copiarme a ciegas.»

Al virar de golpe, vio a Carbonera y Rosada en el lindero del claro, con los ojos desorbitados e idéntica expresión de horror.

—¡Gabarda está ahí! —aulló Leonado, señalando con la cola.

Carbonera soltó un grito estrangulado, y luego comenzó a bordear el claro. De inmediato, el perro giró en redondo y corrió hacia ella soltando una ristra de ladridos exaltados. Leonado se lanzó hacia delante para interceptarlo, manteniendo las garras envainadas pero rozándole el hocico para que captara su olor y se olvidara de las gatas de una vez por todas. Internándose en el bosque, lo guió lejos del claro, corriendo entre los helechos en dirección al lago. El perro lo seguía tan de cerca que podía oír su respiración jadeante y el retumbo de sus patas sobre el suelo. El guerrero podría haberse salvado trepando a un árbol, pero temía que el perro regresara al claro donde estaba Gabarda, indefensa.

Entonces vio el destello del lago entre los árboles. «¿Y qué hago luego? —se preguntó Leonado—. ¿Me lanzo al agua y empiezo a nadar?» Se le aceleró el corazón y su respiración se entrecortaba. Al pisar una espina, un dolor agudo le atravesó una pata, pero siguió corriendo.

En ese momento, ante él apareció un zarzal. El guerrero saltó sobre los zarcillos nuevos que sobresalían del arbusto, pero calculó mal el salto y un zarcillo se le enroscó en una pata, haciéndolo caer de bruces. Con un grito de sorpresa, Leonado rodó y rodó, y sólo se detuvo al chocar contra un árbol. Trató de ponerse en pie, pero seguía con el zarcillo aferrado a la pata. Entonces llegó el perro, cuyos ojos centellearon al ver al gato atrapado.

«¡Clan Estelar, ayúdame!», rogó Leonado.

Un alarido le hizo levantar la vista. Para su asombro, vio a Tordo balanceándose en la rama de un haya. «¡Debe de habernos seguido a través del bosque, como una ardilla!»

El joven guerrero bajó de un salto y se plantó delante del perro, sacudiendo la cola.

—¡Ven a por mí, chucho pulgoso! —le espetó.

El perro giró bruscamente sobre sus patas traseras, esparciendo hierba y tierra, y se lanzó contra Tordo. La espantosa idea de que su compañero acabara despedazado le dio fuerzas extra a Leonado. Consiguió arrancarse el zarcillo de un tirón, dejándose mechones de pelo en las espinas, y corrió hacia el perro, lo alcanzó, le mordió la cola con ganas y giró de nuevo en dirección al lago.

El perro soltó un alarido de dolor y se lanzó tras el guerrero dorado. Al mirar por encima del hombro, Leonado vio que lo tenía a poco más de una cola de distancia, y que Tordo los seguía a toda velocidad.

—¡Quédate donde estás! —le ordenó, pero el joven guerrero no le hizo el menor caso.

Con el perro lanzando dentelladas a sus espaldas, Leonado salió de entre los arbustos y apareció en la orilla del lago. Pensó en lanzarse al agua, pero los perros sabían nadar.

«¡Jamás lograré librarme de él!»

Y entonces, justo en ese momento, vio a un Dos Patas a pocos zorros de allí, al borde del agua. Estaba gritando hacia el bosque, y ondeaba una larga tira con una de sus zarpas delanteras. Cuando vio al perro, soltó un bramido iracundo y el can frenó en seco, dio media vuelta y se dirigió al Dos Patas con las orejas gachas. El Dos Patas le ató la tira al cuello y se lo llevó a rastras.

Leonado los vio alejarse y luego se dirigió hacia la vegetación que crecía en la ribera para reunirse con Tordo.

—Gracias... —maulló, sin apenas aliento, mientras se dejaba caer en una mata de helechos—. Si no hubieras estado ahí, el perro me habría atrapado sin remedio.

Tordo se derrumbó a su lado.

—No podía dejar que te enfrentaras a ese chucho tú solo.

—Exacto. —Leonado vio que tenía la oportunidad de incidir en la cuestión que había intentado recalcar antes—. Es una buena lección: no hay que intentar enfrentarse a un enemigo a solas. Siempre es mejor pelear en pareja.

Tordo asintió, con los ojos dilatados de asombro.

—Sí, pero te has caído en ese zarzal, y, aun así, ¡no tienes ni un rasguño!

—Es genial tener un pelaje tan espeso —maulló Leonado, contento de contar con una excusa. Y mirándose los costados, añadió—: ¡Aunque creo que me lo he dejado casi todo en las espinas!

Cuando Leonado y Tordo regresaron al claro, Carbonera, Abejorro Negro y Rosada estaban apiñados alrededor de Gabarda. La gata estaba tumbada en una extraña postura debajo de un avellano; Leonado supuso que, al aparecer el perro, Abejorro Negro la habría metido allí a empujones.

—¿El perro se ha ido? —preguntó Carbonera, girándose al ver que Leonado y Tordo se acercaban.

Leonado asintió.

—Se lo ha llevado un Dos Patas. —Metió la cabeza por debajo del arbusto y preguntó—: ¿Estás bien, Gabarda?

—¡Estaría mejor si me dejarais salir de aquí! —replicó ella, con tono hastiado y azorado.

—No queremos hacerte daño... —maulló Carbonera—. Ahora que Leonado está aquí para ayudar, te sacaremos.

—¡Oh, sí, sacadme a rastras como si fuera un palo viejo! —

espetó Gabarda—. Ya no podéis hacerme más daño, ¿verdad?

—Tranquilízate —le dijo Carbonera, posando una pata sobre la joven para reconfortarla.

Gabarda se la quitó de encima.

—¡Voy a meterme en un buen lío! —se lamentó—. Pero es que ya no soporto más estar encerrada en esa guarida.

—Es culpa mía —admitió Abejorro Negro—. Soy yo quien te ha traído hasta aquí.

Leonado lo miró, impresionado por su dedicación a su hermana. Sin duda no había sido fácil llevarla hasta allí desde el campamento.

—No permitiré que nadie te culpe a ti, Abejorro Negro —replicó Gabarda, con un tono de voz agudo debido a la tensión—. ¡Soy yo quien te ha convencido!

«Esto no nos lleva a ninguna parte», pensó Leonado.

Y sintiéndose incómodo frente a tantas emociones a flor de piel, maulló:

—Tenemos que llevaros a los dos de vuelta al campamento.

Trabajando juntos, Leonado y Carbonera sacaron delicadamente a Gabarda de debajo del avellano. El guerrero se agachó para que los demás pudieran colocársela encima del lomo, y luego se incorporó, tambaleándose un poco bajo su peso, y echó a andar hacia la hondonada flanqueado por Abejorro Negro y Tordo, que iban sujetando a Gabarda.

—Ahí hay un poco de tomillo. —Carbonera señaló con la cola unas hojas verdes que crecían al abrigo de una roca—. Te tranquilizará, Gabarda, y te ayudará si tienes algún tipo de dolor muscular.

Y se acercó a recoger un par de ramitas.

—Gracias, Carbonera —respondió Gabarda mientras las masticaba—. Sabes mucho de hierbas.

Cuando la entrada del campamento ya estaba a la vista, Carbonera se detuvo.

—Leonado, vamos a parar un momento. —Señaló con las orejas un pequeño manantial que brotaba entre las piedras y formaba una pequeña charca—. Todos nos sentiremos mejor si bebemos un poco.

El guerrero se acercó al agua y dejó que Gabarda se deslizara por su lomo para beber.

—Tordo, Rosada —dijo cuando todos habían bebido ya unos sorbos—, volved al campamento primero. Si llegamos todos juntos, habrá más alboroto.

—Y no hace falta que mencionemos al perro —añadió Carbonera—. No creo que ese animal vuelva por aquí, así que no tiene sentido asustar a todo el mundo.

—Tordo —lo llamó Leonado cuando el joven emprendía ya la marcha—: hoy has sido muy valiente.

—Gracias, Leonado —respondió él, radiante de felicidad.

—Y has aprendido una gran lección sobre el trabajo en equipo. Recuerda que ningún guerrero necesita ser un héroe. Los actos más heroicos requieren de más de un gato.

Tordo asintió muy serio antes de seguir a Rosada por el túnel de espinos.

—Gracias al Clan Estelar —le susurró Leonado a Carbonera. Lo aliviaba hablar con alguien que entendiera su miedo a que otro gato intentara imitarlo—. Creo que lo ha comprendido.

Carbonera coincidió con un susurro y se volvió hacia Gabarda, que estaba bebiendo de nuevo.

—¿Qué estabas haciendo tan lejos del campamento? —le preguntó con dulzura.

—Quería buscar hierbas, para ayudar a Hojarasca Acuática y Centella mientras Glayo está fuera. —Su espíritu luchador centelleó en sus ojos al añadir en un lamento—: ¡Yo sólo quería ser útil!

Leonado sintió una punzada de lástima en el corazón.

—Ya sé que no voy a mejorar —continuó la joven en voz más

baja, clavando las garras en el musgo que crecía junto a la charca—. Pero yo...

—Eso no lo sabes —la interrumpió Carbonera—. Todavía no ha pasado mucho tiempo.

Gabarda negó con la cabeza.

—Sí que lo sé. Y tengo que encontrar una forma de vivir así, como una gata a medias.

—¡Tú no eres una gata a medias! —protestó Abejorro Negro, pasando la cola por el lomo de su hermana—. Sólo eres... diferente.

—Sí, pero no en un buen sentido —replicó ella como si nada—. Y no veo por qué el clan debería cuidar de mí si no contribuyo de algún modo. No soy una veterana; no he pasado una vida de caza y lucha que haya que recompensar. ¡Si apenas acababa de convertirme en guerrera!

—Encontraremos un modo de que te sientas útil; te lo prometo —maulló Carbonera con solemnidad—. Tú eres diferente —añadió, lanzándole una mirada a Leonado—, porque eres más decidida y valiente que los demás gatos que conozco.

A Gabarda se le dilataron los ojos de emoción.

—No puedo prometerte que las cosas cambien de la noche a la mañana —continuó Carbonera—, pero hablaré con Estrella de Fuego y con Glayo cuando éste regrese, y ellos verán todo lo que puedes hacer.

—Pero no vuelvas a salir del campamento sin que nadie lo sepa —intervino Leonado.

La joven guerrera asintió.

—Lo prometo.

—De momento —maulló Carbonera—, sólo diremos que te has alejado un poco. ¡Y no mencionaremos el espantoso encuentro con ese perro! Si Mili se entera, nunca más te dejará salir del lecho.

—De acuerdo —aceptó Gabarda.

—Les recordaré a Rosada y Tordo que no hablen de más —dijo Leonado.

—Lamento muchísimo haberla sacado del campamento —maulló Abejorro Negro, dándole un lametón afectuoso a su hermana en la oreja.

—No, has hecho algo bueno —repuso Leonado—. Has tenido en cuenta lo que quería tu hermana, mientras el resto del clan intenta decidir por ella.

Abejorro Negro se inclinó sobre Gabarda y le rodeó el cuello con las patas delanteras.

—Ahora te llevaremos a casa —dijo en un susurro, y la ayudó mientras ella se arrastraba hacia la hondonada rocosa.

A Leonado le dolió el corazón al ver el lento avance de la gata inválida.

—Le has dicho exactamente lo que debías —le dijo a Carbonera—. Le has dado esperanzas.

—Tú también. ¡Y me alegro de no haber tenido que ver cómo peleabas con ese perro!

—¡Gracias al Clan Estelar que no ha hecho falta! —Por un segundo, Leonado sintió que volvía a oír los ladridos del perro y que notaba su ardiente aliento en la piel—. Yo no peleo por diversión; ya lo sabes.

—Me alegro de que sea así —murmuró Carbonera.

—Bueno —maulló él, incómodo—. Será mejor que vaya a ver si Zarzoso me necesita para alguna patrulla.

—Yo también.

La guerrera se acercó mucho a él mientras cruzaban el túnel de espinos, y Leonado trastabilló, tratando de que sus pelajes no se rozaran. Carbonera parecía estar pegándose contra las espinas a su vez, como si ella también estuviese azorada. Cuando llegaron al claro, Leonado vio que Abejorro Negro dejaba a Gabarda justo delante de la guarida del curandero.

Mili salió a la carrera de la guarida de los guerreros y se dirigió hacia su hija.

—¿Dónde has estado? —preguntó la gata, agachándose junto a Gabarda y cubriéndola de nerviosos lametones.

—Sólo me apetecía salir un poco —respondió la joven—. En serio, estoy bien.

Leonado intercambió una mirada con Carbonera.

—Gabarda estará bien —maulló ella.

—¿Estás segura?

—Me aseguraré de que así sea —respondió con voz resuelta—. Es mi compañera de clan... —Y cuando él ya se encaminaba hacia la guarida de los guerreros en busca de Zarzoso, añadió—: Ah, y, Leonado, te has equivocado en algo de lo que le has dicho a Tordo. Para muchos gatos, tú eres un héroe.



13

Formas oscuras revoloteaban alrededor de Glayo, que, de muy lejos, oía los lamentos de gatos invisibles. «¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de mí?»

Pero no hubo respuesta, y el lastimero sonido continuó y continuó. Poco a poco, el rugido de la cascada reemplazó a los gritos lejanos, y Glayo captó unos leves murmullos mucho más cerca de él. Las formas difusas se esfumaron en la oscuridad cuando despertó de su turbulento sueño y abrió los ojos.

—No te preocupes, Alondra —susurraba la voz de Pino, el hijo de Rivera—. ¡Es ciego! No sabrá que nos estamos acercando a él.

«Vaya, con que ésas tenemos.»

Glayo tensó los músculos cuando detectó el sonido de unas patas diminutas sobre el suelo rocoso de la cueva y oyó el ronroneo de una risa ahogada. Esperó hasta que el olor de los cachorros se intensificó y, al notar un leve aliento en la punta de los bigotes, se levantó de un salto y maulló:

—¿Buscáis algo?

Dos chillidos estridentes resonaron por toda la caverna. Glayo escuchó con satisfacción el retumbo de unos pasos que huían despavoridos.

—¡Mamá, ese gato tan raro nos ha asustado!

—¡Va a comernos!

Glayo sintió cómo se desvanecía su satisfacción y lo invadía un calor avergonzado. «Sólo son cachorros. No pretendían hacer nada malo...»

—¡Lo siento! —exclamó—. ¡Yo jamás os haría daño, pequeñajos!

Seguía percibiendo el miedo de los cachorros, y oyó la dulce voz de Rivera desde el otro extremo de la cueva, tranquilizándolos.

—¡Cagarrutas de ratón! —masculló.

—Yo no me preocuparía tanto —dijo una voz a poca distancia. Glayo reconoció de inmediato a Alarido, uno de los apresadores de la tribu—. He visto cómo te acechaban. No les irá mal una lección sobre el respeto. —Y dando media vuelta, añadió—: Para ellos es difícil. Son fuertes y tienen mucha energía, pero hasta que se conviertan en pupilos no se les permite salir de la cueva bajo ningún concepto.

Glayo asintió, recordándose a sí mismo que luego debía disculparse con Rivera. Salió del hueco en el suelo donde había dormido y comenzó a asearse, bufando molesto por las esponjosas plumas que se le habían pegado al pelo.

«¡Dadme musgo cuando queráis! ¡Estaré encantado!»

—¡Eh, Glayo! —La entusiasmada voz de Ala de Tórtola se coló en sus pensamientos—. Peñasco nos ha invitado a Raposo y a mí a salir en una patrulla fronteriza.

El curandero percibió lo impaciente que estaba la joven por abandonar la gruta y empezar a explorar.

—Genial —maulló—. Pero ten cuidado, y no te olvides de mantener las orejas bien abiertas.

Ala de Tórtola suspiró.

—Siempre lo hago.

Esquiruela se acercó con Rivera y los dos cachorros. Glayo se los imaginó asomándose por detrás de su madre, sintiéndose protegidos por su cuerpo, y mirándolo con los ojos dilatados.

—Rivera y yo nos vamos a cazar —anunció Esquiruela.

—Borrascoso también viene —añadió la gata montañesa—. Garra y Ave cuidarán de los pequeños, Glayo, así que no creo que vuelvan a molestarte.

—¡No queremos quedarnos en la cueva! —protestó Alondra.

—Ese gato ciego podría asustarnos otra vez... —se sumó Pino.

—¡Tonterías! —exclamó Borrascoso, uniéndose a ellos—. Habéis sido vosotros los que habéis molestado a Glayo, eso es todo. Deberíais pedirle perdón.

—Lo siento —mascullό Pino.

—No lo haremos más —maulló Alondra, y luego, mirando a su hermano, añadió en un susurro—: Pero ¡ha sido divertido!

Borrascoso se acercó a sus hijos.

—Mientras estemos fuera, podéis pedirle a Garra que os cuente la historia de la primera vez que vine a las montañas, cuando tuvimos que enfrentarnos a Colmillo Afilado.

—¡Oh, sí! —Alondra se puso a dar saltos.

—¡Ésa es la mejor historia del mundo! —chilló Pino, y se fue corriendo con su hermana a la zona en la que tenían sus lechos los veteranos.

Glayo advirtió un ajetreo disciplinado en la cueva mientras se formaban las patrullas para salir. Nadie les daba órdenes; todos parecían saber qué hacer y cuáles eran sus tareas, sin que ningún miembro de la tribu más experimentado se lo dijera.

«¿Dónde está Narrarrocas? ¿No debería estar supervisando todo esto?»

Pero no había ni rastro del anciano sanador de la tribu. Glayo ni siquiera logró captar su olor.

—¿Estarás bien quedándote aquí? —le preguntó Esquiruela cuando su patrulla se puso en marcha.

—Sí, por supuesto —respondió el curandero, sin saber por qué ella se molestaba en preguntárselo.

«Aquí dentro no va a pasarme nada.»

Percibió la inquietud de Esquiruela, y se preguntó por qué se estaba retrasando. Rivera y Borrascoso ya esperaban su turno junto a la cascada para salir a las montañas.

—Glayo… —empezó la guerrera en voz baja al cabo de unos instantes—. ¿Has averiguado ya por qué estamos aquí?

Él negó con la cabeza.

—No —admitió—. No tengo ni idea.

Esquiruela se tragó un suspiro. Glayo sabía que ella quería preguntar más, pero justo entonces Rivera la llamó desde el otro extremo de la gruta.

—¡Ya voy! —respondió la gata—. Hablaremos luego —le dijo a Glayo antes de marcharse.

Cuando se fueron las patrullas, la cueva se quedó en silencio. Sólo se oía el rugido de la cascada, pero Glayo se estaba acostumbrando tanto a él que apenas lo notaba ya. «Qué distinto es de nuestro campamento —pensó—. Allí siempre está pasando algo, incluso cuando han salido las patrullas.» Siguió lavándose y, antes de terminar, oyó que los cachorros regresaban saltando al centro de la gruta, seguidos por los pasos más lentos de Garra y Ave.

—Vale, vamos a jugar a una cosa —maulló Garra, levantando la voz por encima de los gritos entusiasmados de los pequeños —. Este puñado de plumas es un pájaro.

—¿Qué clase de pájaro? —quiso saber Alondra—. ¿Una alondra, como yo?

—¡Un águila! —propuso Pino.

—Da igual qué clase de pájaro —repuso Garra—. Digamos que es un cuervo, ¿vale? Y vosotros vais a cazarlo.

—¡Sí!

Un revuelo repentino le indicó a Glayo que Pino ya había lanzado un primer ataque contra las plumas.

—Espera un momento —le dijo Ave con paciencia—. No es

tan fácil. Tienes que acercarte al cuervo sigilosamente por esta zona llena de piedras...

Glayo oyó el repiqueteo de los guijarros por el suelo de la cueva.

—Si desplazas una y haces ruido, el cuervo se irá volando.

—¡Oh, genial! —exclamó Alondra—. Seguro que yo puedo hacerlo.

—Y yo también —declaró Pino—. Soy yo quien va a ser apresador.

Glayo dejó a los cachorros con su juego y cruzó la cueva en dirección al túnel que llevaba a la Gruta de las Rocas Puntiagudas. Las paredes de piedra se fueron cerrando a su alrededor a medida que avanzaba. A cabo de unos poco pasos, tropezó contra el muro y estuvo a punto de patinar sobre el húmedo suelo.

El curandero soltó un bufido. Detestaba tener que colarse por aquel angosto pasaje, y le costaba ubicarse guiándose sólo por el goteo del agua, cuando todos los demás sonidos quedaban ahogados por el rugido de la catarata. Una vez recuperado el equilibrio, siguió adelante más despacio, aunque frustrado por la sensación de que todos los pasos parecían iguales. Echaba de menos el bosque, donde el musgo, las ramitas, los helechos y la hierba le decían todo lo que necesitaba saber sobre dónde estaba.

Al final, percibió que las paredes del túnel se abrían a una cueva más grande. Allí el sonido de la cascada era más apagado, y el goteo del agua producía un eco más sonoro. Notó en los bigotes una brisa húmeda y ligera. Sabía que procedía del agujero en el techo por el que se veían la luna y las estrellas, con mensajes de la Tribu de la Caza Interminable. Al saborear el aire, localizó a Narrarrocas en el extremo opuesto de la gruta.

—¿Quién está ahí? —gruñó el viejo gato, pero, antes de que

Glayo pudiera responder, añadió—: Ah, eres tú.

Glayo se acercó bordeando las rocas y los charcos de agua hasta que quedó frente al sanador.

—¿Por qué has venido hasta aquí? —rezongó Narrarrocas—. Y no cuentes esa tontería de que quieres que tus jóvenes vivan una experiencia. Conmigo puedes ser sincero.

Glayo eligió sus palabras cuidadosamente.

—Me dijeron que viniese.

Para su sorpresa, Narrarrocas no le preguntó quién se lo había dicho.

—No necesitamos tu ayuda —insistió el viejo gato—. No hay nada que puedas hacer.

—Aún no has elegido a un sucesor. ¿Es porque crees que tu tribu no sobrevivirá sin ti? —le dijo Glayo desafiante.

El anciano resopló con desdén.

—La supervivencia de mi tribu no depende de mí. Incluso estando vivo, no puedo hacer nada para ayudarlos. Y nuestros antepasados tampoco —añadió con amargura.

Glayo sabía que el viejo se sentía traicionado por la Tribu de la Caza Interminable, que se había negado a guiarlo cuando los intrusos llegaron a las montañas.

—¡Tienes que darle a la tribu la oportunidad de sobrevivir! —protestó—. No puedes rendirte porque las cosas se hayan torcido una vez.

—¡No ha sido sólo una vez! —le gruñó Narrarrocas—. ¿Te has olvidado de cuántos de nosotros murieron como presas en las garras de Colmillo Afilado? ¿O de nuestra lucha interminable contra el frío y la nieve? ¿O incluso del peligro de las águilas, que obliga a la mitad de la tribu a montar guardia mientras la otra mitad intenta cazar algo? Podríamos cazar el doble de presas si no hubiese águilas. Las crianderas ni siquiera pueden criar a sus cachorros en paz; tienen que volver a salir a patrullar enseguida. —Sacudió la cola con rabia—. ¡Éste no es

lugar para gatos!

Mientras Narrarrocas estaba hablando, Glayo reparó en una tenue luz que procedía de lo alto e iluminaba una pared de la gruta, resbaladiza por el agua, y una puntiaguda columna rocosa que se elevaba desde el suelo para encontrarse con otra que descendía del techo, con no más de un ratón de distancia entre ambos extremos.

Si podía ver y no estaba dormido, aquello sólo podía significar una cosa...

A Glayo lo recorrió un escalofrío de la cabeza a las patas al reconocer la silueta de Pedrusco en un rayo de luz de luna. El pelado gato antiguo tenía la cabeza gacha, pero entonces la alzó y volvió sus ojos ciegos hacia Glayo.

—Este lugar sí es para nosotros —maulló con voz cascada—. Éste fue mi hogar, antes de que los gatos se fueran a vivir al lago, antes de que regresaran aquí para empezar de nuevo.

Narrarrocas no reaccionó; no tenía ni idea de que el visitante antiguo estaba en su gruta. Glayo abrió la boca para hacer una pregunta, pero, antes de que pudiese hablar, Pedrusco continuó:

—Yo fui el primer Narrarrocas, aunque mi legado ya estaba más que olvidado cuando los míos se marcharon de aquí en busca del lago. Si la Tribu de las Aguas Rápidas se va, no será eternamente. Aquí deben vivir gatos siempre.

—¿Tú fuiste el primer Narrarrocas? —susurró Glayo, pero la visión ya se estaba desvaneciendo y la oscuridad volvió a cubrir sus ojos.

—Por supuesto que no. —Narrarrocas sonó desconcertado—. A mí me eligió mi mentor.

—¡Entonces, tú tienes que elegir a otro!

—¿Por qué? —replicó el anciano.

Glayo arañó la roca mojada con frustración.

—Porque en las montañas deben vivir gatos siempre.

—Ya hay gatos viviendo en las montañas —repuso el viejo gato con brusquedad—. Y con más fortuna que nosotros, al parecer. Por eso todos los días tenemos que malgastar tiempo patrullando, para mantener a los invasores lejos de nuestras presas.

—Pero ¡ésos no son los gatos correctos! —protestó Glayo—. No pertenecen a la Tribu de las Aguas Rápidas.

Narrarrocas soltó un bufido desdeñoso.

—Yo sólo quiero que me dejen en paz... —masculló. Su voz era la de un gato viejo y cansado—. Todo lo que me enorgullecía ha desaparecido. El tiempo de la tribu ha llegado a su fin. Cuando yo muera, mis compañeros abandonarán las montañas y buscarán otro hogar donde vivir seguros.

Cuando el anciano enmudeció, los oídos de Glayo se llenaron con el estruendo de las aguas rugientes y su visión se cubrió de gris, salpicada de espuma blanca. ¡Estaba dentro de la cascada! Se quedó paralizado un instante, esperando sentir cómo se lo llevaba por delante y lo lanzaba al torrente como una hoja caída. Pero aún podía notar las patas sobre el sólido suelo de la gruta.

Entonces reprimió un alarido de pavor. A su alrededor, la catarata de oscuras aguas estaba repleta de gatos que agitaban las patas y la cola con impotencia, abriendo la boca en un aullido mudo. Caían y caían y caían, hasta un remolino de oscuridad y espuma, y finalmente desaparecían.

«Pero... ¡yo conozco a esos gatos! —Glayo comenzó a temblar—. Ahí está Fauces Amarillas... y Estrella Doblada... y Corazón de León... ¿Están destruyendo al Clan Estelar? Ahí está Estrella Vaharina... y Azor... y también los gatos de la tribu. Rivera... Peñasco...»

—¡No! —exclamó con voz estrangulada al ver a Estrella de Fuego, el líder del Clan del Trueno, reducido a un jirón de pelaje rojizo lanzado al turbulento torrente.

«Manto Polvoroso... Ratonero... Zarzoso...»

Todos sus compañeros de clan, todos los gatos de la tribu, iban cayendo y cayendo, para consumirse en agua y negrura.

Al ver que Leonado pasaba junto a él, Glayo soltó un alarido y saltó hacia delante, estirando las garras para aferrar a su hermano y salvarlo, pero, en vez de eso, la oscuridad se abatió de nuevo sobre su visión y se encontró de vuelta en la Gruta de las Rocas Puntiagudas. Desconcertado por el pánico, trastabilló hacia delante y chocó contra una de las lanzas de piedra. Perdió pie, y cayó de costado en un charco de agua.

Narrarrocas comenzó a hablar, pero Glayo apenas podía oírlo. Tras levantarse penosamente, salió corriendo, y esta vez logró encontrar el túnel a la primera. Fue tropezando contra las estrechas paredes hasta que llegó a la cueva principal, resollando. Allí se estaba fresco, y a través de la cortina de agua se filtraba una luz plateada. Había muchos gatos: unos se paseaban de un lado a otro, intranquilos; otros estaban tirados en el suelo cerca de las paredes. Por un instante, Glayo pensó que las patrullas ya habían regresado.

Pero luego, mientras intentaba calmar su respiración agitada y los latidos de su corazón, se dio cuenta de que estaba mirando a los gatos de la cueva.

«¿Esto es otra visión?»

Mientras vacilaba en la boca del túnel, una joven gata blanca cruzó la cueva a la carrera y frenó en seco junto a él. Estaba boquiabierta de asombro.

—¡Ala de Glayo!

Glayo se quedó mirándola.

—¡Media Luna!

Los gatos de la cueva comenzaron a resultarle vagamente familiares mientras paseaba la vista de uno a otro, recordando parcialmente sus rostros. Sus pensamientos volaron al preciso instante en que había salido de los túneles que discurrían por

debajo del territorio del Clan del Trueno en la época de los gatos antiguos, los que habían vivido junto al lago muchísimas estaciones atrás y cuyas pisadas hollaban el sendero que descendía hasta la Laguna Lunar.

«Mientras estaba con ellos, decidieron marcharse porque era demasiado peligroso vivir en el lago. Les dije que podrían encontrar un hogar en las montañas... ¡y ahora están aquí!»

Media Luna seguía mirándolo sin pestañear; sus ojos verdes se habían redondeado como dos pequeñas lunas.

—Desapareciste cuando emprendimos el viaje desde el lago. Pensé que ya no querías estar conmigo... con nosotros.

Glayo reprimió el pánico, mientras, en su cabeza, las ideas saltaban como un ratón tratando de escapar de una patrulla de caza.

—Me quedé atrás. Tenía miedo... —soltó sin pensar—. Pero, cuando os fuisteis todos, me sentí solo, así que decidí seguiros.

Media Luna parpadeó, con los ojos empañados.

—Tú... ni siquiera te despediste. Creí que jamás volvería a verte.

Antes de que pudiera responder, Glayo vio a Son de Roca, el poderoso atigrado gris que había guiado a los gatos antiguos lejos del lago. Estaba plantado en mitad de la cueva, con Rayo Hendido a su lado, lo bastante cerca para que Glayo pudiese oír de qué estaban hablando.

—Sigo estando convencido de que venir aquí ha sido lo correcto —maulló Son de Roca—. En el lago estábamos perdiendo a demasiados gatos. Había tejones, Dos Patas...

—Todo eso está muy bien —lo interrumpió Rayo Hendido, agitando su cola blanca y negra—. Pero ¿estamos mejor aquí? Todos estamos hambrientos y cansados, y yo no había pasado tanto frío en toda mi vida. Pluma de Lechuza y yo hicimos todo lo que pudimos para traer a nuestros cachorros hasta aquí. Pero Bigotes Negros ni siquiera logró llegar —añadió, desafiante—.

Si nos hubiéramos quedado en el lago, ¡una ráfaga de viento no lo habría tirado de una cornisa rocosa en medio de una tormenta de hielo!

Son de Roca agachó la cabeza.

—Quizá deberíamos dar gracias por haber perdido sólo a un gato —dijo en un susurro.

—¡Prueba a decirle eso a Cervatilla Tímida! —le espetó Rayo Hendido—. ¡Está embarazada de Bigotes Negros! ¿Cómo se supone que va a criar a sus hijos en la ruina de guarida que es esta cueva helada?

Son de Roca se quedó callado, como si no supiera qué decir, pero se libró de continuar aquella conversación cuando Luna Naciente se acercó a ellos y señaló con la cola a los gatos que permanecían tumbados junto a las paredes de piedra.

—Nubarrón Gris acaba de llegar con una presa... —maulló la gata, alarmada—, pero Cervatilla Tímida se niega a comer. A Sol Nebuloso le sangran las almohadillas, y Caballo Veloz dice que va a regresar al lago en cuanto pase la tormenta.

—¿Lo ves, Son de Roca? —Rayo Hendido pegó las orejas a la cabeza—. Tienes que admitir que esto es un desastre.

Son de Roca soltó un suspiro agobiado.

—No lo haré —replicó—. Luna Naciente, en cuanto pase la tormenta, ¿puedes salir en busca de hojas de romaza para las almohadillas de Nubarrón Gris? Yo hablaré con Caballo Veloz. Es inadmisible que un veterano deambule solo por estas montañas, y, en lo más hondo de sí mismo, él lo sabe. En cuanto a Cervatilla Tímida, tenemos que darle tiempo para que se recupere de su pérdida.

Rayo Hendido comenzó a replicar, pero justo entonces sonó un chillido entusiasmado desde el otro extremo de la cueva.

—¡Ala de Glayo!

Glayo vio a Salto de Pez, el joven atigrado con el que había mantenido una estrecha amistad junto al lago, que estaba

cruzando la caverna a la carrera para darle un cabezazo afectuoso.

—¿Dónde has estado? —le preguntó—. Pensábamos que te habíamos perdido.

—Yo... eh... Digamos que he cambiado de opinión.

Glayo se dio cuenta de que Son de Roca lo había visto y se encaminaba hacia él, con Rayo Hendido y Luna Naciente a la zaga. Brisa Susurrante se acercó corriendo para ver qué estaba pasando, y su pelaje atigrado plateado resplandeció bajo la luz de la entrada de la cueva. Los demás gatos enmudecieron y se quedaron mirando a Glayo con los ojos abiertos de par en par, hasta que el curandero sintió un intenso hormigueo en la piel.

—¿No es maravilloso? —exclamó Media Luna—. ¡Ala de Glayo ha vuelto!

Son de Roca miró a Glayo de arriba abajo, entornando los ojos con recelo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? El viaje ya fue bastante duro para nosotros, a pesar de que íbamos todos juntos y trabajábamos en equipo. A un gato solo le resultaría mucho más duro.

—¿Qué importa eso? —maulló Salto de Pez—. El caso es que ahora está aquí.

Glayo se encogió de hombros.

—He seguido vuestro rastro la mayor parte del camino, y he adivinado el resto.

—¿Y cómo has entrado en la cueva? —gruñó Rayo Hendido —. Alguien debería haberte visto. No me gusta esta forma furtiva de llegar.

—¡No he llegado de forma furtiva! —replicó Glayo, sintiendo que se le empezaba a erizar el pelo del cuello—. Si todos estabais demasiado cansados para reparar en mi presencia, no es culpa mía. Se me ha ocurrido explorar estas pequeñas grutas —añadió, impaciente por cambiar de tema—. Podrían sernos

útiles.

Se dio cuenta de que Media Luna se había colocado más cerca de él, como preparándose para defenderlo. Sintió el cosquilleo de su dulce aroma en la nariz, y recordó lo vacío que se había sentido cuando tuvo que regresar a su propia época a través de los túneles, dejándola a ella atrás.

—¿Y bien? —Brisa Susurrante le dio un empujoncito—. ¿Qué has encontrado en las grutas?

—Eeeh... en la que tengo detrás, rocas puntiagudas. Muchas —respondió Glayo—. Y charcos de agua. No es un buen lugar para dormir, porque tiene un agujero en el techo.

Son de Roca resopló.

—¿Y la otra cueva? ¿Podríamos usarla para resguardarnos?

Glayo lanzó una rápida mirada al pasaje que conducía a la guarida de Narrarrocas.

—Bueno... eh... ésa está bien —afirmó. «Si Narrarrocas duerme ahí, al menos seguro que no hay humedad.»

Brisa Susurrante volvió sus ojos azules hacia Son de Roca.

—No estarás pensando en que nos quedemos en un lugar como éste, ¿verdad? —le preguntó conmocionada—. Al menos no más tiempo del necesario.

Son de Roca ladeó las orejas hacia la cueva donde Nubarrón Gris estaba secándose el hielo del pelo.

—Ya ves que la tormenta no ha terminado aún —maulló—. Podemos ponernos cómodos mientras esperamos.

—¿Cómodos? —Brisa Susurrante comenzó a erizar el pelo del cuello—. Estás loco si crees que algún gato podría sentirse cómodo aquí.

—Nunca deberíamos habernos ido del lago... —dijo una voz suave, rota de dolor y agotamiento, desde la oscuridad que bordeaba la cueva.

Sombra Rota se acercó a ellos cojeando. Glayo sintió una oleada de compasión. La madre de Hojas Caídas estaba aún

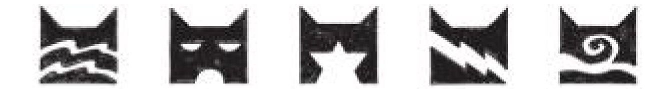
más consumida que la última vez que la había visto; su pelaje rojizo se veía apagado, y sus ojos ámbar apenas tenían brillo.

—Nunca deberíamos habernos ido —repitió—. ¿Y si Hojas Caídas encuentra la salida de los túneles y no estamos allí?

Media Luna se acercó a ella y le pasó la cola por el lomo con delicadeza.

—Eso no sucederá, Sombra Rota —dijo en un susurro.

—¡Tú no puedes saberlo! —bufó la gata—. Mi hijo creerá que lo he abandonado. ¡Estará completamente solo! —Se separó de Media Luna y se encaró con Glayo—. ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Tú lanzaste la última piedra! ¡Tú me obligaste a dejar a mi hijo atrás!



14

—¿Por qué quise irme lejos del lago? —resolló Ala de Tórtola mientras ascendía por una estrecha torrentera, patinando sobre la nieve endurecida—. ¡No puedo creer que aquí puedan vivir gatos!

Raposo, que avanzaba trabajosamente una cola por delante de ella, se limitó a responder con un gruñido. Los dos miembros del Clan del Trueno iban en la retaguardia de la patrulla, protegidos sólo por Rapiña, una de las guardacuevas, que los seguía sin dejar de vigilar el cielo mientras se desplazaba sobre el hielo con seguridad. Borrascoso y los otros dos apresadores, Gris y Gotas, iban por delante de ellos en fila, con Peñasco encabezando la marcha.

Para Ala de Tórtola no eran más que figuras borrosas a las que apenas vislumbraba a través de la ventisca de nieve.

«¡En el bosque ya estamos casi en la estación de la hoja nueva!», pensó la joven sin poder dejar de temblar.

Una figura apareció a su lado.

—¿Estás bien? ¿Quieres apoyarte un poco en mí?

La guerrera reconoció a Borrascoso.

—No, estoy bien, gracias —respondió con voz ahogada—. Puedo seguir yo sola.

Borrascoso inclinó la cabeza con expresión cálida y afable; sus ojos ámbar relucían como soles diminutos en aquel desierto

blanco.

—Si necesitas ayuda, sólo tienes que decirlo.

—Sus zarpas aún no se han acostumbrado a la nieve —señaló Gotas, deteniéndose para que Borrascoso, Raposo y Ala de Tórtola la alcanzaran—. No os preocupéis —añadió con un ronroneo risueño—, seréis gatos de nieve antes de que os deis cuenta.

—¡Yo ya soy un gato de nieve! —exclamó Raposo con un estremecimiento, sacudiéndose los copos que iban cuajando en su pelaje.

«Ojalá Glayo averigüe pronto qué se supone que estamos haciendo aquí —pensó Ala de Tórtola mientras salía de otro ventisquero—. ¡Así podremos regresar a casa!»

Para su alivio, la tormenta de nieve empezó a remitir y se redujo a unos pocos copos hasta que acabó por cesar. Poco después, las nubes comenzaron a deshacerse, hechas jirones por el viento, y unos pasos más adelante las paredes del barranco se estrecharon, dejando a los gatos en lo alto de una cumbre expuesta. Ala de Tórtola soltó un respingo al abandonar la protección de la torrentera. El viento se le clavaba en la garganta como si estuviera hecho de espinas, y una ráfaga estuvo a punto de derribarla. Clavando las garras en el hielo, la joven levantó la cabeza para mirar a su alrededor. Por todos lados se desplegaban interminables y sinuosas cimas cubiertas de nieve. Había cierta belleza en las formas desiguales y los colores austeros, pero aquello no se parecía en nada a su hogar.

Un grito de Peñasco la sobresaltó:

—¡Mirad allí!

Siguiendo la mirada del guardacuevas, vio dos minúsculos puntos que volaban en círculos en el pálido cielo, muy por encima de ellos.

—¿Qué es eso? —preguntó Raposo.

—¡Ataque de águila! —respondió Rapiña sin más.

Enseguida, los dos puntos se volvieron más grandes, y Ala de Tórtola se dio cuenta de que estaban descendiendo, dirigiéndose hacia ellos.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó reprimiendo el pánico, mientras buscaba un refugio con la mirada y Raposo se agazapaba sacando las garras, como preparándose para combatir.

—¡Por aquí!

Peñasco y Rapiña empujaron a los dos gatos de clan de vuelta a la torrentera y los llevaron al abrigo de un saliente rocoso. Borrascoso, Gris y Gotas se agazaparon junto a ellos, mientras Peñasco y Rapiña retrocedían hasta el borde del saliente con las uñas fuera, bufando y mostrando los colmillos.

Un instante después, las águilas descendieron en picado y sus anchas alas marrones rozaron la abertura rocosa al sobrevolarla. Ala de Tórtola entrevió unos ceñudos ojos amarillos y unos crueles picos curvados, antes de que las aves se alejaran de nuevo con un alarido furioso que resonó entre las piedras.

—Son nuestras presas... pero ¡nos están atacando! —chilló.

—No cazamos águilas a menudo —le explicó Gotas con calma—. Pero cazamos las mismas cosas que las águilas, como liebres, ratones y otros pájaros.

—Así que somos competidores —añadió Gris.

«Y las aves no respetan las fronteras», comprendió Ala de Tórtola con un escalofrío.

Peñasco se asomó desde debajo del saliente.

—Se han ido —informó—. Podemos retomar la marcha.

Ala de Tórtola se sintió muy expuesta al salir de debajo de la roca. Se imaginó esas crueles garras clavándose en su piel y llevándosela por el aire. Mientras cruzaban la cima para internarse en una torrentera del otro extremo, no paró de mirar hacia arriba, tratando de proyectar sus sentidos para localizar

la posición de las águilas...

Y de pronto, el suelo desapareció bajo sus patas.

Soltó un grito alarmado, pero enmudeció al aterrizar sobre nieve blanda. Parpadeando confundida, se dio cuenta de que había caído en una estrecha y profunda grieta, y al alzar la cabeza vio que Raposo la miraba desde la cima, con las orejas silueteadas contra el cielo.

—¿Estás bien? —le preguntó con nerviosismo.

La joven se puso en pie como pudo; la nieve estaba demasiado suelta para proporcionarle un equilibrio adecuado.

—Creo que sí... —maulló, y al ver las paredes que se alzaban verticalmente a su alrededor, añadió—: Pero no creo que pueda salir de aquí...

—Vale. No te dejes llevar por el pánico. —Peñasco reemplazó a Raposo, hablándole con voz briosa y segura—. Te sacaremos de ahí, ¿de acuerdo?

«¿Y cómo vais a hacerlo? —se preguntó Ala de Tórtola con impotencia. Recordó lo que le había sucedido a Nube Albina cuando había caído por el agujero del túnel, allá en el bosque. Entonces habían usado una rama y un zarcillo de hiedra para rescatarla—. Pero ¡aquí no hay ramas, ni hiedra, ni nada parecido!»

—Venga, yo lo haré —maulló Gotas—. Soy la más pequeña. —Poniéndose de espaldas, se colgó en el borde, dejando caer el cuerpo y la cola hacia Ala de Tórtola—. ¿Puedes agarrarme de la cola?

—Pero... ¡te haré daño! —protestó la joven guerrera.

—No. Estaré bien —la tranquilizó Gotas—. Tú agárrate.

Ala de Tórtola se estiró todo lo que pudo hasta alcanzar con los dientes la cola de la gata montañesa. Afortunadamente, la pared de la grieta no era tan lisa como le había parecido al principio. Había agarraderos en los que podía apoyarse, y así liberaba algo de peso en la cola de Gotas.

Peñasco y Borrascoso sujetaron a la apresadora con fuerza; Ala de Tórtola consiguió alcanzar el borde de la grieta y se derrumbó de costado.

—¡Gracias! —exclamó sin aliento—. ¡Lo siento muchísimo!

Gotas sacudió un par de veces la cola para ver cómo estaba.

—De nada —respondió—. No me has hecho daño.

—La próxima vez miraré dónde pongo las patas —prometió la joven.

Todavía temblando, se incorporó como pudo. Tenía el pelo cubierto de nieve y tierra, y le pareció que nunca volvería a estar limpia y calentita.

—¿Quieres regresar a la cueva? —le preguntó Borrascoso—. Rapiña puede acompañarte.

Ala de Tórtola negó con la cabeza. No quería ser un estorbo y dejar a la patrulla con sólo un guardacuevas, sobre todo habiendo águilas rondando por ahí.

—No, puedo seguir —aseguró.

Raposo se acercó a darle un lametón en la oreja.

—Si necesitas ayuda, no tienes más que decírmelo —le susurró.

A Ala de Tórtola le dolían los músculos y tenía las almohadillas magulladas por la pequeña escalada en la grieta, pero mantuvo el ritmo de los demás mientras Peñasco los guiaba primero torrentera abajo y luego por un risco, antes de detenerse ante un alto saliente rocoso, donde un estrecho arroyo borboteaba entre dos rocas y se alejaba serpenteando. La superficie estaba congelada, pero Ala de Tórtola podía oír el borboteo del agua por debajo.

—Esto es un marcador fronterizo —les dijo Peñasco a los gatos de clan, señalando con las orejas el saliente rocoso, que parecía una estaca de piedra—. Gris, ¿podrías renovar las marcas olorosas?

Mientras esperaban, Ala de Tórtola miró las onduladas

montañas; el viento le azotaba el pelo.

—¿Dónde está el siguiente marcador? —le preguntó a Peñasco.

El guardacuevas apuntó con la cola.

—¿Ves ese árbol muerto, cerca de aquel arroyo? Ahí está.

En el extremo más lejano del valle, casi a la misma distancia que había entre el campamento del Clan del Trueno y la frontera del Clan de la Sombra, un árbol minúsculo y atrofiado se aferraba al borde de un estrecho barranco. Ala de Tórtola miró a Peñasco boquiabierta; hasta entonces no se había dado cuenta de que el territorio de la tribu era inmenso.

—Pero... ¡eso está lejísimos! ¿Cómo inspeccionáis las fronteras? Una patrulla debe de tardar todo un día.

—Nosotros sólo patrullamos ciertos sectores —le explicó Rapiña, colocándose junto a Peñasco—, y otros grupos se encargan de algunos puntos más de la frontera.

La joven asintió, aunque en su fuero interno pensó que, para los enemigos, no sería muy difícil averiguar los espacios que las patrullas dejaban sin vigilancia. Proyectó sus sentidos, y casi de inmediato captó el sonido de gatos a lo lejos, al otro lado de la frontera.

«Probablemente son los intrusos de los que siempre está hablando la tribu, aunque ahora mismo no parecen muy amenazadores. Están cazando, pero no han entrado en el territorio de la tribu.»

Se puso tensa al oír el agudo alarido de un águila, e instintivamente miró hacia arriba. El ave, sin embargo, no era más que una mota en el cielo, muy lejos de donde se hallaba la patrulla.

Y más lejos todavía, la joven guerrera oyó la respuesta de los polluelos del águila, y los entrevió, calvos y escuálidos, en un nido situado en una cumbre.

Justo en ese momento, Ala de Tórtola oyó unos leves

arañazos mucho más cerca. Identificó a un campañol, que se abría paso a través del musgo que crecía en la orilla del arroyo helado, apenas escondido por el hielo que sobresalía en la ribera. La joven también pudo olerlo, aunque sólo se adivinaba un leve rastro por debajo del intenso olor de la nieve, que lo llenaba todo.

—¡Campañol! —aulló, saltando hacia el arroyo.

Para su asombro, Borrascoso la derribó de costado de un golpe. La joven se quedó despatarrada sobre el hielo de la orilla.

—¿Por qué...? —empezó a decir, levantándose penosamente.

—Si cayeras al arroyo a través de la nieve, acabarías congelándote antes de llegar al abrigo de la cueva —le explicó el gato—. Lo siento si te he hecho daño.

Ala de Tórtola sacudió la cabeza.

—Estoy bien... —«¿Me está diciendo que si me mojo podría morir?»—. Pero ahí debajo hay presas —replicó, dando por hecho que nadie más había oído al campañol.

Al aguzar el oído de nuevo, descubrió que el animalillo había dejado de moverse. «¡Cagarrutas de ratón! Nos ha oído. Ahora será mucho más difícil de cazar...»

Gris y Gotas se acercaron con las orejas plantadas y la boca abierta para detectar el más mínimo rastro de presas.

—Buen trabajo —le susurró Gotas a Ala de Tórtola—. ¿Aún puedes oírlo?

La joven proyectó al máximo todos sus sentidos, y al final captó un ruidillo leve y cauteloso que le indicó que el campañol se había puesto de nuevo en movimiento. Sin pronunciar palabra, señaló con la cabeza el punto de la ribera donde creía que se ocultaba el roedor.

—Justo debajo de la ribera —musitó Gris, y Gotas asintió.

Tras apostarse a ambos lados del campañol, los dos apresadores empezaron a cavar en la nieve con sus finas y

potentes patas. Peñasco y Rapiña se quedaron vigilando junto a sus compañeros de tribu.

—Los guardacuevas permanecen con los apresadores —les explicó Borrascoso a los gatos de clan—. ¿Veis cómo observan el cielo? Si aparecen águilas, avisarán a Gris y Gotas antes de que sea demasiado tarde.

Ala de Tórtola reparó en que los dos apresadores estaban excavando en la nieve de forma oblicua, de modo que la capa superior quedaba intacta.

—Se están acercando lo máximo posible al campañol sin alertarlo —dijo en un susurro—. Podríamos probar eso en casa si nieva en la próxima estación sin hojas.

—Exacto —maulló Borrascoso—. Y cuando el campañol se dé cuenta, habrá un gato esperando por dondequiera que decida huir.

Justo entonces se oyó un chapoteo: los apresadores habían llegado al arroyo. Retrocedieron de un salto, y el campañol apareció corriendo ribera abajo cerca de Gotas. La gata atacó, pero el roedor se desvió a toda velocidad y ella golpeó la helada superficie de la corriente.

—¡Cagarrutas de ratón! —gruñó.

—¡Mala suerte! —le dijo Raposo.

Mientras tanto, el campañol había dado media vuelta y huía arroyo arriba, donde Gris estaba esperándolo. El apresador saltó justo encima de él y lo mató de una veloz dentellada en el pescuezo.

—¡Gracias a la Tribu de la Caza Interminable! —exclamó.

—¡Qué estupendo trabajo en equipo! —aprobó Raposo.

Ala de Tórtola coincidió con un murmullo, pero, para sus adentros, pensó que era un poco chocante que hubieran hecho falta dos gatos para atrapar a un mísero campañol.

—¿Vais a enterrarlo mientras continuamos patrullando? —quiso saber Raposo—. Eso es lo que hacemos en el bosque.

Gris negó con la cabeza.

—Si hiciéramos eso, se congelaría —contestó—. Yo lo llevaré a la cueva ahora mismo. En la tribu, nos gusta comernos las presas cuando aún están calientes.

Tras recoger el campañol, Gris se marchó por donde habían venido. Peñasco se quedó mirando hasta que lo perdió de vista cuando las rocas ocultaron su ágil figura gris, y entonces se encaminó al siguiente marcador fronterizo. Ala de Tórtola lo siguió, y Gotas se colocó a su lado.

—Para vosotros debe de ser rarísimo estar aquí arriba —maulló la atigrada en un tono amistoso—. ¿Cómo es vivir en un clan?

Ala de Tórtola guardó silencio durante unos instantes, sin saber muy bien cómo contestar.

—Para empezar, somos más —respondió finalmente—. Hay cuatro clanes, no sólo uno. Compartimos las fronteras, pero vivimos según el código guerrero, y no tenemos que preocuparnos tan a menudo de que otros clanes nos invadan. Además, nuestros territorios no son tan grandes como el vuestro, así que no tardamos tanto en patrullar las fronteras.

—Nosotros necesitamos un territorio grande —maulló Gotas a la defensiva—. Aquí arriba escasean las presas, y tenemos que sobrevivir.

—Oh, eso lo entiendo —le aseguró Ala de Tórtola—. Por otro lado, nosotros no tenemos guardacuevas ni apresadores —continuó—. En un clan, todos los gatos aprenden a hacer todas las tareas.

Gotas asintió.

—Sí, Borrascoso nos lo contó. Pero yo creo que tiene sentido que cada gato se especialice en lo que hace mejor, ¿no?

La joven guerrera estaba empezando a sentirse incómoda. Ella no estaba intentando decir que la vida de clan fuera mucho mejor que la de la tribu, aunque Gotas parecía decidida a

defender a los suyos.

—Aquí han vivido gatos durante muchas, muchísimas estaciones —maulló Gotas en voz baja, como si hubiese adivinado los pensamientos de Ala de Tórtola—. Yo no podría vivir en ninguna otra parte. Éste es el lugar al que pertenezco, entre la nieve y el cielo.

—Yo siento lo mismo por el bosque —admitió la joven—. Necesito hierba y tierra bajo las zarpas, y el susurro de las ramas sobre la cabeza.

Gotas le lanzó una mirada larga y apreciativa.

—Pues yo creo que si vivieras aquí arriba te iría bien —maulló al cabo—. ¡Sólo hay que ver cómo has detectado a ese campañol debajo de la nieve!

—Yo no podría dejar mi hogar. Al menos, no para siempre.

Gotas suspiró, deteniéndose un instante para mirar más allá de las cumbres nevadas.

—Quizá yo tenga que dejar el mío —dijo con tristeza.

—¿Te refieres a si Narrarrocas muere sin haber elegido un sucesor? ¿No podéis elegir uno vosotros mismos?

Gotas se quedó mirándola con los ojos desorbitados de pasmo.

—¡Por supuesto que no! Eso deben decidirlo los miembros de la Tribu de la Caza Interminable. ¿Ellos también cuidan de vosotros?

Ala de Tórtola negó con la cabeza, y apretando el paso para no quedarse rezagada, explicó:

—No, a nosotros nos cuida el Clan Estelar. Son los espíritus de nuestros antepasados guerreros. Envían señales a nuestros curanderos, y cuando un gato muere, se une a ellos.

Gotas parpadeó.

—Eso suena igual que la Tribu de la Caza Interminable. ¿Son los mismos gatos?

—No, creo que no. Y entre los clanes, a los nuevos líderes no

los elige exactamente el Clan Estelar, aunque sí les concede nueve vidas.

—Bueno, pues para nosotros no es así —replicó Gotas, que de nuevo sonaba a la defensiva—. Narrarrocas cuidará de nosotros. Siempre lo ha hecho… —De pronto, vio un puñado de plumas sobre la nieve—. ¡Oh, mira eso! A los cachorros les encantan esas cosas —exclamó, corriendo hacia las plumas.

«No quiere hablar de Narrarrocas —pensó Ala de Tórtola mientras la apresadora se alejaba—. Pero está claro que la aterra lo que pueda pasarle a la tribu si éste no elige a un sucesor.»



15

—Ya basta. —Son de Roca se interpuso entre Glayo y Sombra Rota. Su voz era firme, pero miró con comprensión a la afligida gata—. Tú fuiste una de los que eligieron venir, Sombra Rota. Y todos respetamos el lanzamiento de las piedras. —Le puso la cola en el lomo para guiarla al borde de la cueva—. Vamos a buscarte algo de carne fresca —maulló—. Y luego deberías descansar. Todos nos sentiremos mejor después de dormir como es debido.

Luna Naciente los siguió y se quedó con Sombra Rota, mientras Son de Roca regresaba junto a Glayo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el atigrado oscuro en un tono más amigable—. Debes de haberlo pasado muy mal siguiendo nuestro rastro tú solo. ¿Qué es lo que hizo que te quedaras atrás?

—Me asusté. —Glayo le soltó la misma mentira que a Media Luna.

—¿Tú? —preguntó Son de Roca con incredulidad—. Pero ¡si fuiste tú quien dijo que debíamos marcharnos! Tú me convenciste de que había un sitio para nosotros entre estas montañas de piedra.

—Lo sé... —El curandero arañó el duro suelo de la cueva, esperando que atribuyeran su confusión a la culpabilidad y la vergüenza—. Eso es lo que me asustó. De algún modo, había

asumido la responsabilidad, y fui incapaz de enfrentarme a ella. Lo lamento.

—Pero ahora estás aquí —murmuró Media Luna—. Después de todo, no querías abandonarnos —añadió con voz esperanzada.

—Así es. Y aunque tenía miedo, jamás dudé de lo que estábamos haciendo. Éste es el lugar en el que se supone que debemos estar.

De repente se sentía exhausto. La luz que entraba en la cueva era gris, así que no podía saber si estaba amaneciendo o atardeciendo. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí, entre los gatos antiguos, ni qué se suponía que debía hacer a partir de ese momento.

Mientras trataba de ordenar sus caóticos pensamientos, Nubarrón Gris se acercó pesadamente, con el pelo todavía húmedo y apelmazado por la tormenta del exterior.

—Necesitamos más carne fresca —anunció—. Eso significa que debemos salir a cazar.

Glayo pensó que el gato gris y blanco parecía lo bastante cansado como para que pudiera derribarlo un campañol, aunque sus ojos azules centelleaban con decisión.

—¿Y qué pasa con los lechos? —quiso saber Brisa Susurrante —. No tenemos musgo, ni hierba, ni plumas... ¿Se supone que debemos dormir sobre la roca desnuda?

—Saldremos a echar un vistazo cuando pase la tormenta —le prometió Son de Roca—. Pero no sé qué encontraremos aquí para los lechos.

Brisa Susurrante meneó los bigotes con enfado, pero no dijo nada más. Mirándola a ella y a los demás gatos que se arremolinaban a su alrededor, desesperados, Glayo sintió un fogonazo de pánico. «¿Cómo van a sobrevivir aquí? Porque se supone que deben quedarse, ¿no? Son los descendientes de Pedrusco; tienen que instalarse aquí y formar la Tribu de las

Aguas Rápidas...»

Y como si pensar en Pedrusco lo hubiera convocado, Glayo advirtió de repente la presencia del gato antiguo a sus espaldas, aunque no podía ver nada. Un suave aliento le agitó el pelo alrededor de las orejas.

—Tú los ayudaste a marcharse del lago —murmuró Pedrusco—. Ahora éste es su hogar. Debes encargarte de que se queden aquí.

«¿Cómo?», deseó aullar Glayo, aunque sabía de sobra que no podía esperar una respuesta directa de Pedrusco. Además, la presencia del gato antiguo se desvaneció en cuanto acabó de pronunciar esas palabras. El curandero miró a su alrededor una vez más. No podía imaginarse cómo aquella penosa colección de gatos exhaustos y abatidos podría transformarse en la tribu que convertiría aquellas montañas en su hogar.

«¿Por dónde empiezo...?»

La voz de Nubarrón Gris interrumpió sus pensamientos:

—Bueno, ¿cómo organizamos la patrulla de caza?

—Yo iré contigo —le dijo Son de Roca—. ¿Media Luna?

La gata blanca asintió.

—Cuenta conmigo.

—Yo también voy —maulló Glayo, sorprendiéndose a sí mismo.

«Tú no sabes cazar, cabeza de chorlito —se recordó—. Pero aquí puedo ver —se replicó—. Tampoco debe de ser tan difícil, ¿no?»

Media Luna le dedicó una mirada radiante y se colocó a su lado mientras cruzaban la cueva. Al llegar a la cortina de agua, Glayo miró atrás. Los dos veteranos, Sol Nebuloso y Caballo Veloz, estaban despatarrados en el suelo, dormidos o inconscientes. Cervatilla Tímida yacía de costado, resollando, con el vientre hinchado. Glayo se dio cuenta de que ya faltaba muy poco para que sus cachorros nacieran.

«De ninguna manera puede seguir viajando.»

En ese momento, una pequeña gata gris se acercó a decirle algo a Cervatilla Tímida. Glayo reconoció a Ala de Tórtola, que en esa otra vida era su hermana. Algo en el ansioso sentido de la responsabilidad de la gata le resultó familiar, pero Media Luna lo distrajo dándole un golpecito.

—¿Estás en condiciones de salir a cazar? —le preguntó—. Parece que te hubiera caído encima un tejón.

—Estoy bien —respondió Glayo, y la siguió por el sendero que discurría por detrás de la cascada.

Fuera, la tormenta continuaba bramando. Un reluciente hielo gris mantenía prisioneras a las montañas, y el viento aullaba alrededor de las cumbres, lanzando agujas de hielo contra la cara de los gatos. Algunas se les metían en los ojos y se les pegaban al pelo. Con la cabeza gacha para protegerse de las dolorosas ráfagas, Glayo siguió a Nubarrón Gris ascendiendo la escarpada pendiente de guijarros sueltos que había frente a la cascada. Hubo un terrorífico instante, mientras cruzaban el risco, en el que Glayo estuvo seguro de que el viento iba a llevárselo por el aire. Agradecido, llegó penosamente al cobijo de una roca, y el resto de la patrulla se apiñó a su alrededor para recuperar el aliento.

El curandero intentó recordar lo que sabía del modo como cazaba la tribu.

—¿Cuáles son sus presas? —masculló para sí mismo—. ¿Utilizan unas técnicas de caza habituales?

—¿Qué? —Media Luna se giró hacia él retrocediendo un paso, para poder mirarlo a los ojos.

—Oh, yo... sólo estaba preguntándome qué podríamos hacer —tartamudeó.

Media Luna abrió la boca para responder, pero una racha de viento la abofeteó, lanzándola por la roca helada. La gata soltó un alarido de alarma mientras resbalaba por el borde y se

aferraba con las zarpas delanteras, intentando en vano clavar las uñas en la dura superficie.

—¡Aguanta! —exclamó Glayo, corriendo a ayudarla.

La aferró por el bíceps y tiró de ella, cerrando los ojos para no tener que ver el precipicio que había al otro lado de Media Luna. El miedo le dio fuerzas para retroceder y alejarse del borde, consciente de que Nubarrón Gris se había pegado a él y sujetaba a la gata por el otro bíceps.

Media Luna arañaba frenéticamente el hielo con las patas traseras, y con la ayuda de los dos gatos consiguió izarse de nuevo a la roca, donde se quedó tendida un momento, temblando.

—¿Estás bien? —le preguntó Nubarrón Gris, aterrado, inclinándose sobre ella para que pudiera apoyarse y ponerse en pie. Sus ojos azules traslucían auténtico pánico, y Glayo recordó que era el padre de Media Luna.

—Gracias, a los dos —maulló la gata resollando, y parpadeó agradecida—. Sí, estoy bien. Pero vámonos de aquí antes de que todos salgamos volando.

Nubarrón Gris asintió y volvió a ponerse en cabeza, descendiendo por un empinado valle donde rocas desiguales asomaban entre la nieve. Glayo lo siguió y vio que Son de Roca se situaba a su lado.

—Quizá nos hayamos equivocado... —le confesó el atigrado oscuro, mirando al curandero con preocupación—. ¿Cómo pueden vivir gatos aquí, donde incluso el viento es un enemigo?

—¡No nos hemos equivocado! —protestó Glayo—. Estamos donde se supone que debemos estar.

Son de Roca, sin embargo, no pareció muy convencido.

Glayo sintió un vacío de ansiedad en el estómago mientras bajaba trabajosamente por el valle, a través de la nieve y el viento helado. «¡Tengo que conseguir que se queden! Tengo

que enseñarles cómo caza la tribu», se dijo, pero a la vez le pareció oír una vocecilla burlona dentro de su cabeza: «¿Tú vas a enseñar a cazar a estos gatos? ¿Es que tienes el cerebro de un ratón?» Y desde lo más hondo de la garganta, el curandero replicó: «¿Y quién lo hará si no lo hago yo?»

Entornando los ojos frente a la ventisca, localizó una estrecha torrentera que se desviaba del valle principal. Sus altas paredes rocosas la protegían bastante del viento, y más abajo se distinguía el oscuro volumen de arbustos de espinos.

—¡Eh! —llamó a la patrulla, que iba unas pocas colas por delante—. Éste parece un buen lugar para empezar.

Los demás volvieron sobre sus pasos para seguirlo hacia la torrentera. Glayo sintió un alivio enorme al hallarse al abrigo del viento, aunque el suelo estaba cubierto de una profunda capa de nieve que se les pegó al pelo cuando echaron a andar.

—Quizá haya pequeñas criaturas resguardadas debajo de esos arbustos —maulló, señalándolos con la cola—. Vale la pena intentarlo, por lo menos.

—Cierto —admitió Son de Roca—. Bien visto.

Mientras se acercaba con cautela a los arbustos, Glayo plantó las orejas aguzando el oído y abrió la boca para saborear el aire. Aunque el viento seguía soplando entre las rocas de lo alto, el curandero creyó detectar unos leves ruiditos que indicaban que había ratones o musarañas al abrigo de los arbustos.

—Vamos a cazar como un equipo —propuso, intentando recordar lo que Leonado y Carrasca le habían contado sobre la caza de la tribu en su primera visita—. Dos de nosotros pueden meterse en los arbustos para que las presas salgan, y los otros dos se quedarán aquí para atraparlas.

—¡Buena idea! —exclamó Media Luna, flexionando las garras de emoción—. Yo soy la más menuda, ¡puedo colarme por ahí sin problemas!

Se agachó hasta rozar la nieve con la barriga y se coló a rastras por debajo de las ramas exteriores, pero, cuando intentó seguir adelante, las espinas se le engancharon en el pelo del lomo y, por mucho que tiraba, no lograba liberarse.

—¡Estoy atascada! —se lamentó.

—No levantes tanto la voz, o espantarás a las presas —le susurró Son de Roca.

—¡Creía que ésa era la idea! —masculló la gata.

Nubarrón Gris agarró la rama con una de sus patas delanteras.

—Estate quieta —le ordenó a su hija—, y enseguida te sacaré de ahí.

Todo el arbusto comenzó a sacudirse cuando Nubarrón Gris clavó las uñas con más fuerza en la rama, tratando de separarla del pelo de Media Luna. Mientras presenciaba la escena, Glayo captó un movimiento con el rabillo del ojo y vio a una musaraña regordeta abandonando a la carrera la protección del espino.

—¡Sí!

La musaraña iba directa hacia Glayo, pero, cuando él intentó darle un manotazo, notó las zarpas lentas y torpes. Intentó atraparla saltando sobre ella, pero falló por un bigote. La musaraña hizo un quiebro y desapareció en un hueco entre dos rocas, antes de que el curandero pudiera atacar de nuevo.

—¡Cagarrutas de ratón! —exclamó él.

—Mala suerte. —Para sorpresa de Glayo, Son de Roca no sonaba furioso ni especialmente decepcionado—. Por lo menos eso nos demuestra que aquí hay presas —continuó—. Y parecen menos enclenques que el ratoncillo que Nubarrón Gris ha cazado esta mañana.

Nubarrón Gris había logrado liberar a Media Luna de las espinas, y la gata salió dando marcha atrás, temblando y comprobando su pelaje para ver si había perdido algún mechón

de pelo.

—No creo que haya nada más ahí debajo —maulló Nubarrón Gris—. Y la tormenta está arreciando. Si nos perdemos aquí fuera, moriremos congelados.

Son de Roca asintió.

—Volvamos a la cueva, y a ver si podemos cazar alguna presa por el camino.

El atigrado gris oscuro se puso en cabeza, y todos emprendieron el camino de regreso hacia la primera torrentera, pero, en vez de trepar al risco del que Media Luna había estado a punto de caer, Son de Roca se coló por un hueco del desfiladero. Mientras lo seguía, Glayo pensó que las patas se le iban a quedar pegadas al suelo congelado si no se movía con rapidez, así que empezó a dar saltos de piedra en piedra, intentando protegerse del viento al mismo tiempo. De repente, por encima de su cabeza el aire se tornó más oscuro, y el curandero soltó un gemido, preguntándose qué clase de tiempo espantoso iba a regalarles la montaña esta vez. Un segundo más tarde, lo invadió un olor apestoso y un alarido resonó en sus oídos. El aire estaba cargado de una tormenta de alas. Horrorizado, Glayo levantó la vista y descubrió que un enorme pájaro marrón descendía en picado hacia ellos, con las garras extendidas hacia Media Luna.

—¡Cuidado! —bramó el curandero.

Nubarrón Gris y Son de Roca se apartaron de golpe de la trayectoria del ave, pero Media Luna saltó para resguardarse junto a una roca, las patas le resbalaron sobre el hielo y cayó en la nieve pataleando con impotencia. Con un chillido triunfal, el ave se abalanzó sobre la gata y le clavó las garras en el lomo. Glayo corrió hacia ella desesperadamente, patinando sobre las piedras heladas. Las alas extendidas del enorme pájaro parecieron cubrir el cielo entero cuando Glayo se lanzó sobre Media Luna para sujetarla, intercambiando con ella una

mirada de pavor.

—¡No te dejaré ir! —exclamó con voz estrangulada, notando cómo se elevaba cuando el ave trató de salir volando.

Un terrorífico aullido atravesó el aire cuando Nubarrón Gris se abalanzó sobre el pájaro, clavándole los colmillos y las uñas en una de las alas para separarlo de su hija a zarpazos. El ave soltó a su presa, y Glayo y Media Luna cayeron al suelo en una maraña de patas y colas. Al curandero se le cortó la respiración con el impacto. Entretanto, el pájaro se retorció en el aire, sacudiendo las enormes alas, hasta que se libró de Nubarrón Gris, que quedó tendido y medio aturdido. Entonces el ave se abatió sobre él y lo aferró con sus crueles garras.

—¡No! —chilló Media Luna.

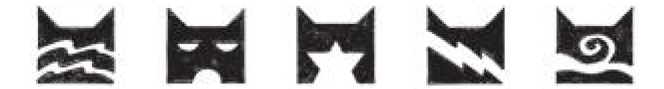
Juntos, Glayo y Son de Roca saltaron hacia Nubarrón Gris y se colgaron de sus patas, mientras el ave intentaba ascender por el aire una vez más. Por un instante, Glayo pensó que se los iba a llevar a los tres, pero entonces cayeron al suelo pesadamente y Nubarrón Gris aterrizó sobre ellos. El joven curandero se dio cuenta de que el padre de Media Luna estaba sangrando: las afiladas garras le habían desgarrado la piel.

Y justo en ese momento, el furioso alarido del ave quedó ahogado por un retumbo más sonoro. Glayo levantó la vista, mareado aún por el golpe, y vio que por encima de su cabeza la nieve se estaba despegando de las rocas y descendía rodando hacia ellos, formando una gigantesca nube blanca.

—¡Corred! —gritó con la voz quebrada y débil.

Pero los gatos apenas tuvieron tiempo de ponerse en pie antes de que los alcanzase la avalancha. Glayo perdió el equilibrio y rodó sin parar. La masa de nieve atronaba a su alrededor y lo arrastraba montaña abajo. El ave había desaparecido, y Glayo perdió de vista a los demás gatos. No quedó nada excepto una tormenta blanca, que rugía más y más fuerte hasta cubrirlo todo.

«¿Qué está pasando? —gritó Glayo en silencio—. ¿Esto es el final?»



16

—¡Vamos, mueve la cola, Ratonero! ¡No tenemos todo el día!

Espinela plantó las orejas al oír el alegre grito de Zarzoso. Estaba agazapada entre los helechos que crecían en la entrada de la guarida de los aprendices, contemplando a los guerreros que comenzaban a salir para las patrullas del alba bajo la suave luz lechosa que se desplegaba por el cielo de lo alto de la hondonada.

El lugarteniente del Clan del Trueno empujó a Ratonero, que iba delante de él, mientras salían de su guarida entre las ramas del haya. El más joven giró en redondo y le lanzó un manotazo en broma; sus zarpas pasaron a un ratón de distancia del hocico de Zarzoso. Espinela suspiró al oír el alegre bullicio de los gatos recién levantados. La mañana era fresca, gris y húmeda, pero el aire estaba cargado con el aroma de las hojas y de las nuevas plantas en crecimiento. En los últimos días el sol había brillado, los brotes de los árboles habían empezado a desplegarse y las matas nuevas comenzaban a asomar en la tierra. El montón de la carne fresca estaba bien abastecido por primera vez en muchas lunas.

Pero Espinela era incapaz de compartir la emoción de sus compañeros de clan por la llegada de la nueva estación. Desde que Ala de Tórtola se había marchado a las montañas, ella no dormía bien. No se acostumbraba a estar sola en la guarida, y

la inquietud no dejaba de molestarla, como si un hormiguero entero le corriera por la piel.

Soltando un largo suspiro, la joven guerrera salió al claro, donde Zarzoso estaba formando las patrullas. Nimbo Blanco apareció desde la guarida de los guerreros bostezando con ganas, y Manto Polvoroso lo siguió de inmediato para desperezarse arqueando el lomo. Candeal y Fronde Dorado daban vueltas frente a frente sin quitarse los ojos de encima, como preparándose para una pelea fingida, y Acedera los observaba lamiéndose una pata y pasándosela por las orejas.

Espinela paseó la vista por el claro, pero no localizó a Floresta. «¿Dónde se ha metido? ¿Fue anoche al Bosque Oscuro?» Hundió las garras en la tierra. Con tan poco sueño, no había visitado el Bosque Oscuro en las dos últimas noches, pero estaba segura de que las amargas y sangrientas sesiones de entrenamiento seguirían avanzando. Hasta el momento, no había tenido la oportunidad de hablar con Floresta para preguntarle qué estaba haciendo allí.

«Quizá debería hacerlo hoy...»

—¡Eh, Espinela! —la llamó Leonado—. Carbonera y yo vamos a salir en una patrulla fronteriza. ¿Quieres venir con nosotros?

—Genial. Gracias.

—Recorreremos la frontera del Clan de la Sombra... —empezó Leonado, pero Espinela enseguida dejó de escucharlo: se distrajo al ver que Floresta salía trastabillando de la guarida de los guerreros, con Abejorro Negro a su lado.

La joven tenía el pelo alborotado, parecía agotada y estaba intentando no cojear.

«Conozco todas las señales», pensó Espinela, haciendo una mueca.

Pinta se adelantó para interceptar a Floresta, que iba hacia Zarzoso.

—Floresta, ¿te encuentras bien? —le preguntó con expresión preocupada.

La joven guerrera se detuvo.

—Sí, estoy bien.

—Yo no creo en absoluto que lo estés —replicó Pinta—. ¡Eh, Mili! —Llamó con la cola a la madre de la joven, que estaba cruzando el claro en dirección a la guarida del curandero—. Creo que Floresta está enferma.

—¿Qué? —Mili le lanzó una breve mirada a su hija—. Oh, Floresta está bien... ¡Tengo que ir a ver a Gabarda!

Espinela captó un destello de ira en los ojos de Floresta al oír las palabras de su madre, pero la vieja gata no se dio cuenta de nada, y siguió andando hasta desaparecer detrás de la cortina de zarzas.

—Floresta, iba a mandarte a patrullar la frontera del Clan del Viento con Abejorro Negro, Tormenta de Arena y Espinardo —anunció Zarzoso, acercándose a ella—. Pero no parece que esta mañana puedas ayudar a ahuyentar ni a una hoja muerta. Será mejor que tu patrulla salga a cazar...

La joven asintió, pero Abejorro Negro dejó caer la cola, decepcionado.

—Ayer fui a cazar dos veces —le dijo a Zarzoso—. Estaba deseando participar en una patrulla fronteriza.

El atigrado lo miró con dureza.

—La última vez que miré, organizar patrullas era trabajo del lugarteniente.

Abejorro Negro masculló algo para sí mismo, arañando el suelo, y Espinela aprovechó la oportunidad para acercarse a ellos.

—Yo estoy en una patrulla fronteriza con Leonado y Carbonera —maulló—. No me importa intercambiarlo contigo... si a ti te parece bien, Zarzoso.

—Como queráis —respondió el lugarteniente secamente—. A

lo mejor debería volverme a mi lecho y dejar que vosotros os organicéis solos.

—¡Gracias, Espinela!

Entusiasmado, Abejorro Negro corrió a reunirse con Leonado y Carbonera, que estaban preparándose para salir, y Espinela se quedó mirando a los dos guerreros, que se encaminaban ya al túnel de espinos; sintió envidia de la amistad que los unía. Abejorro Negro los alcanzó, y los tres se marcharon al bosque.

—Vale. —Tormenta de Arena sacudió la cola—. Pongámonos en marcha. Iremos a la vieja casa de los Dos Patas, creo que por allí no ha pasado una patrulla en los dos últimos días.

Al salir al bosque, Tormenta de Arena y Espinardo se colocaron en cabeza, mientras Espinela recorría el antiguo sendero atronador de los Dos Patas al lado de Floresta. La guerrera parda y blanca respiraba con dificultad y seguía intentando no cojear. Espinela vio que tenía una herida en una de sus garras.

—¿Ha sido una noche dura en el Bosque Oscuro? —le preguntó, sintiéndose un poco incómoda al interrogar a una guerrera más experimentada—. ¿Estuviste...?

—¡Chitón! —le espetó Floresta, señalando con las orejas a los gatos que iban delante—. Aquí no podemos hablar de eso.

Haciendo un esfuerzo evidente, apretó el paso para adelantarse, y Espinela la siguió, preguntándose si habría alguna forma de quedarse a solas con su compañera.

Fuera del viejo hogar de los Dos Patas, Tormenta de Arena se acercó a las matas de hierba que Glayo cultivaba y olfateó delicadamente las hojas nuevas.

—La nébeda está empezando a brotar —anunció—. Pero habría mucha más si el Clan de la Sombra no nos hubiera obligado a entregarles una parte.

—Lo lamento —musitó Espinela, que todavía se sentía culpable porque el Clan de la Sombra la hubiera hecho

prisionera para intercambiarla por hierbas medicinales.

«Por lo menos Ala de Tórtola ya no se ve con Corazón de Tigre. No podemos fiarnos de él, porque acude al Bosque Oscuro... Aunque, bueno, yo también... —añadió para sí misma, sintiendo un escalofrío helado a lo largo del lomo—. Y Floresta...»

—¡Espinela, espabila! —Espinardo le dio un coletazo en la oreja—. Deja de soñar despierta. ¿Has oído lo que te ha dicho Tormenta de Arena?

Avergonzada, la joven negó con la cabeza.

—Quiere que subáis a la ladera del otro lado del sendero atronador —le explicó el guerrero, señalando con la cola—. Ahí arriba debería haber muchas ardillas rebuscando en sus reservas de bellotas de debajo de los robles.

—Nosotros, mientras tanto, haremos una batida en la vivienda de los Dos Patas —añadió Tormenta de Arena con ojos relucientes—. Si ahí dentro no hay ratones, que me convierta en un tejón.

Se dirigió hacia la entrada de la casa, y antes de entrar ya asustó a un ratón que salió disparado hacia un agujero en la pared. Espinardo saltó tras él, cortándole la retirada, y el roedor giró en redondo y corrió directamente a las zarpas de Tormenta de Arena, que ya estaba preparada para atraparlo.

—¿Qué os había dicho? —maulló la gata con un tono de lo más satisfecho, mientras enterraba a la presa.

—¿A qué estáis esperando vosotras dos? —Espinardo despachó con la cola a Espinela y Floresta—. ¿Es que estamos en una sesión de entrenamiento para aprendices?

—Pero ¡qué mandón es! —masculló Espinela cuando Floresta y ella se encaminaron hacia la pronunciada pendiente.

La gata coincidió con un bufido, caminando con dificultad mientras avanzaba a través de la espesa vegetación. En cuanto la casa de los Dos Patas quedó fuera de la vista, Espinela se

detuvo.

—¿Quieres que descansemos un poco? —le preguntó a su compañera—. Sé cómo se siente una después de cazar toda la noche —añadió con cautela.

Floresta la miró a los ojos.

—No creo que nos esté permitido hablar de eso.

«¿Quién te ha hecho jurar que guardarías el secreto? —se preguntó Espinela—. ¿Estrella de Tigre? ¿Alcotán?»

Sacudió la cola con frustración. Si Floresta se negaba a hablar del Bosque Oscuro, no tendría la posibilidad de convencerla para que no siguiera yendo.

Su amiga ya había echado a andar de nuevo a través del sotobosque, y Espinela tuvo que seguirla esquivando una mata de ortigas y bajando la cabeza ante las ramas de un avellano. La alcanzó, apartando un zarcillo para poder mirarla a la cara.

—¿Cómo sabías dónde estaba el Bosque Oscuro?

En los ojos de Floresta se encendió un brillo de rabia.

—Me invitaron, ¿vale? —contestó con sequedad—. Alcotán me dijo que podría ser mejor guerrera de lo que nunca llegaría a ser entrenándome sólo con mis compañeros de clan; y tenía razón. Seguro que a ti te dijo exactamente lo mismo. —Dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia la pendiente, mirando por encima del hombro para añadir—: Y ahora, ¿podemos dedicarnos a cazar?

Espinela fue tras ella con la mente hecha un torbellino. «¿Es que Floresta aún no sabe nada del verdadero propósito del Bosque Oscuro? ¿No le han dicho que quieren hacer la guerra contra todos los clanes?» Deseaba contarle la verdad, aconsejarle que, por su bien, se mantuviera lejos del Bosque Oscuro. Pero, si lo hacía, tendría que admitir que era una traidora porque estaba espiando para el Clan del Trueno.

«Si voy a salvar a los clanes, ¿tendré que dejar que Floresta continúe con el Bosque Oscuro, y que quizá muera allí...?»

—¡Espera!

La voz de su compañera la sacó de sus pensamientos de golpe. Floresta se había detenido en un lugar donde escaseaban los árboles, y al reunirse con ella Espinela se encontró en el borde de la cuesta donde estaba el agujero por el que Nube Albina había caído al túnel. Vio el montón de palos y ramas que Manto Polvoroso y Fronde Dorado habían colocado allí, entrelazándolos para tapar la abertura.

Sintió un cosquilleo de curiosidad en las zarpas. Había pasado por allí con alguna patrulla, pero ésa era su primera oportunidad de echar un vistazo de cerca. Intercambió una mirada con Floresta, y vio su propio entusiasmo reflejado en los ojos de su compañera.

—¿Lo hacemos? —le preguntó.

Floresta asintió, y las dos bajaron por la loma. Al llegar al agujero, Espinela estiró el cuello para olfatear por encima de la barrera. Floresta empujó con la cabeza los palos entrecruzados, y soltó un gorjeo de sorpresa cuando todos se desplazaron a un lado.

—Eh, mira —maulló, apartándolos más—. ¡Podemos ver directamente el túnel! ¡Vamos a explorar un poco!

Espinela sintió un extraño escalofrío al mirar hacia abajo.

—¿Y qué pasa con la caza?

—Podemos cazar más tarde —replicó Floresta con ojos centelleantes. Ahora, espoleada por la emoción, parecía haber dejado atrás todo su agotamiento—. ¡Bajemos a echar un vistazo!

Mientras Espinela seguía plantada junto al agujero, luchando contra el recelo que la agarrotaba, su compañera se puso a buscar entre la larga hierba y regresó arrastrando una rama.

—Ayúdame a meterla ahí —resopló, empujando un extremo por el agujero—. Luego podemos usarla también para subir.

En cuanto lo hicieron, con el extremo más estrecho apoyado

en el borde de la abertura, Floresta bajó por la rama.

—¡Venga! —llamó a Espinela—. ¡El túnel sigue y sigue por debajo de la colina!

Todavía no muy convencida, la atigrada comenzó a descender hacia el pasaje subterráneo, notando cómo la rama se bamboleaba bajo sus patas. Clavó las garras, pero la corteza estaba seca y quebradiza, y a medio camino la rama cedió y la gata notó que le resbalaban las patas. Con un chillido de pasmo, Espinela se precipitó al suelo del agujero y la rama cayó encima de ella. Abriéndose paso entre hojas secas y tallos, miró hacia el trozo de cielo azul que se veía a través del agujero. Ya no tenían forma de salir de allí.

—Estamos atrapadas —dijo en un susurro.

Miró hacia las sombras de la galería subterránea, y hasta el último pelo del cuerpo se le erizó. No podía explicarlo, pero estaba segura de que allí abajo había algo espantosamente malo. De la boca del túnel brotaba una oscuridad helada y, de algún modo, la joven supo que no estaban solas.

Floresta ya había entrado un poco, y sus ojos resplandecieron en la penumbra cuando se volvió hacia ella.

—Ahora tenemos que seguir adelante —maulló encantada.

—Pero ¡es peligroso! —protestó Espinela.

La otra gata resopló.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Qué se nos congelen las patas?

Se internaron en el túnel, la luz del agujero se desvanecía a sus espaldas. Floresta miró atrás; apenas se distinguía ya la rama tirada en el suelo.

—Es inútil que nos quedemos ahí. Podríamos esperar una eternidad a que alguien pase junto al agujero —señaló—. Y cuando pase alguien, nos habremos metido en un problema aún mayor. Debe de haber otra forma de salir de aquí, ¿no crees?

Mientras seguía a su compañera en la oscuridad, Espinela

deseó que no estuviesen cometiendo un error. Además, a pesar de sus recelos, empezaba a compartir la emoción de Floresta. Cuando Nube Albina cayó por el agujero, la sacaron de allí inmediatamente, así que no había llegado a explorar los túneles.

«¡Somos las primeras en pisar este suelo!»

Para entonces, las dos avanzaban en medio de una negrura absoluta, rozando el lateral del túnel. La ruta viraba y giraba, hasta que Espinela perdió toda noción de la dirección que habían tomado. Una y otra vez, reparaba en túneles que partían del principal, y se estremeció ante la idea de sumergirse aún más profundamente en el interior de la colina.

—Noto una levísima corriente de aire —anunció Floresta, que iba en cabeza, al cabo de un rato—. Eso debería guiarnos hacia una salida.

Siguieron adelante. A Espinela le dolían ya las almohadillas de tanto caminar sobre la roca fría y dura, cuando por fin distinguió el contorno de las orejas de su amiga contra una débil luz que venía del otro lado del túnel.

—¡Estamos llegando a algún sitio! —exclamó.

Floresta apretó el paso, y Espinela la imitó, aunque estuvo a punto de chocar con ella cuando la primera frenó en seco. Al mirar alrededor, la atigrada vio que el túnel desembocaba en una gruta enorme, cuyas paredes se elevaban muy por encima de sus cabezas. La atravesaba un río de aguas oscuras, y en el lado opuesto había una ancha cornisa cortada en la roca.

—Éste es el sitio más extraño que he visto en mi vida... —susurró Floresta, aventurándose a entrar.

La luz se colaba oblicuamente por una estrecha grieta en el techo de la caverna, pero estaba demasiado alta como para intentar trepar hasta ella y salir por allí. Dando unos pasos cautelosos, Espinela bajó la cabeza para beber agua del río.

—¡Qué fría está!

Retrocedió, sacudiendo los bigotes para librarse de las gotas. Al escudriñar la gruta mientras Floresta bebía a su vez, la joven tuvo la inquietante sensación de que estaban observándolas, como si la mirada de un gato la taladrara por la espalda desde la cornisa de la pared. Giró en redondo. La cornisa estaba vacía, pero la sensación no la abandonó. Notó un hormigueo en la piel.

—No deberíamos estar aquí... —maulló, y su voz sonó artificialmente estridente en la resonante cueva.

—¿Por qué no? —Floresta se pasó la lengua por los bigotes—. Aquí no hay nadie para decirnos que nos vayamos.

—Y entonces, ¿quién ha dejado eso? —preguntó Espinela, con la voz quebrada, al ver unas huellas recientes en la arena húmeda de la orilla del río, a un par de colas de donde estaban ellas.

Se le erizó hasta el último pelo del cuerpo, y desenvainó las garras para arañar el suelo.

—¡Aquí abajo viven gatos!



17

Un silencio denso y pesado rodeaba a Glayo. Todo estaba oscuro y, por un segundo, creyó que volvía a estar ciego. Entonces se dio cuenta de que tenía los ojos sellados por la nieve helada, y, a pesar del dolor, se obligó a abrirlos. Pero sólo para descubrir que, a su alrededor, no había nada que no fuera aquella masa blanca y resplandeciente que lo envolvía por completo.

Cuando trató de tomar aire, una bocanada de nieve se le atascó en la garganta.

«¡Estoy sepultado!»

La débil luz que lo iluminaba parecía proceder de algún punto por encima de su cabeza. Glayo pataleó en esa dirección, y, al cabo de unos segundos, logró asomar la cabeza y mirar a su alrededor. La tormenta había pasado. La quietud cubría el valle, y las cumbres eran formas oscuras que se clavaban en un cielo añil donde empezaban a desvanecerse los últimos retazos rojos del crepúsculo. Estaba completamente solo.

El pánico ante la idea de que los demás hubiesen muerto en la avalancha lo dejó clavado al suelo, pero se obligó a ponerse en movimiento. Impulsándose con las patas traseras, salió de la nieve y se sacudió el pelo de arriba abajo.

—¡Ala de Glayo!

El grito sonó a sus espaldas. Glayo giró en redondo y vio a

Son de Roca emergiendo trabajosamente de un ventisquero, a unas pocas colas de él. El curandero avanzó trabajosamente por la nieve suelta para ayudarlo a salir. Al principio, el atigrado gris no dijo nada, acallado por la conmoción. Se limitó a contemplar las montañas como si no recordara dónde estaban.

—¿Estás bien? —le preguntó Glayo—. Tenemos que buscar a los demás.

Son de Roca sacudió la cabeza para despejarse.

—Estoy bien —resolló—. ¿Los has visto?

El curandero negó con la cabeza.

—Tienen que estar aquí, en alguna parte —masculló Son de Roca—. Debemos encontrarlos.

«¿Rebuscando entre toda esta nieve?», pensó Glayo, abatido. Luego vio una mancha de color oscuro a pocos zorros de distancia. Al acercarse, descubrió que se trataba de sangre.

—¡Aquí! —llamó a Son de Roca—. Nubarrón Gris estaba herido; esta sangre debe de ser suya.

Trabajando juntos, los dos gatos empezaron a retirar montones de nieve hasta que apareció el cuerpo de Nubarrón Gris. A Glayo se le aceleró el corazón al ver que estaba completamente inmóvil; parecía un pellejo inerte al que la potencia de la avalancha había aplastado...

Pero entonces el gato abrió los ojos y empezó a toser.

—¿Qué... qué ha pasado?

—La nieve nos ha caído encima —le explicó Son de Roca—. Creo que ha sido por la pelea contra ese pájaro gigante. Venga, vamos a sacarte de ahí.

Glayo y Son de Roca lo sacaron del agujero, y él se quedó encogido sin apenas moverse. Todavía parecía un tanto desconcertado, y de vez en cuando se lamía el bíceps, allí donde el ave le había desgarrado la piel.

—¿Y Media Luna? —preguntó Glayo—. ¡Media Luna!

No hubo respuesta, pero, a pocas colas de distancia, un leve

movimiento en la nieve atrajo su atención. Se lanzó hacia allí, y sintió un alivio enorme al ver que unas orejas y una pequeña nariz aparecían en la superficie, seguidas, poco después, por el resto de la cabeza.

Glayo retiró enérgicamente la nieve que la rodeaba hasta que la gata pudo salir.

—Gracias —maulló Media Luna con voz estrangulada—. ¿Has encontrado...?

Se interrumpió con un mudo lamento de angustia al ver a su padre. Fue corriendo hacia él, se agachó a su lado y comenzó a lamerle las heridas. Glayo vio que ella también tenía algún que otro rasguño provocado por las garras del ave, pero, si sentía dolor, no lo demostraba; estaba demasiado preocupada por Nubarrón Gris.

A la escasa luz del atardecer, el curandero reparó en algo que crecía en el agujero en el que había estado Media Luna, y al agacharse para olfatearlo reconoció el aroma de la hierba cana. «Es buena para la fuerza», pensó, recordando lo que había aprendido sobre las plantas de montaña en su primera visita a la tribu. En situaciones así, probablemente también sería de ayuda. Metió el cuello por el agujero y cortó unos pocos tallos para llevárselos a los demás.

—Tomad, comeos esto —les ordenó, dejándolos ante ellos—. Harán que os sintáis mejor.

Los tres se quedaron mirándolo, pero finalmente bajaron la cabeza para comerse las hojas.

«Han pasado por demasiadas cosas como para extrañarse de que conozca las plantas que crecen aquí», supuso Glayo, preguntándose si habría telarañas cerca para detener la hemorragia. Entonces pensó que el mejor sitio donde buscar sería la cueva.

—Deberíamos regresar —maulló, pero al ver que nadie se movía, le dio un empujoncito a Son de Roca—. Vamos. ¿Es que

queréis morir congelados aquí fuera? ¿Vais a rendiros ahora, cuando hemos llegado tan lejos? Debemos tener fe.

Son de Roca lo miró con ojos apagados.

—¿Fe? ¿Fe en qué?

Glayo se estremeció, deseando poder apelar al Clan Estelar o a la Tribu de la Caza Interminable. Pero esos nombres no significarían nada para aquellos gatos. «¿Hay alguna clase de antepasados vigilándonos ahora?»

—Deberíamos tener fe en nosotros mismos —respondió, tratando de parecer convincente—. Hemos llegado hasta aquí. Sobreviviremos. Debemos darnos tiempo a nosotros mismos.

Son de Roca parpadeó.

—Quizá no tengamos tiempo. Quizá las montañas nos maten primero.

Glayo pensó en todas las generaciones de gatos por nacer, en todas las estaciones en que la tribu viviría en las montañas, hasta que la descubriera una patrulla de gatos que habían viajado hasta el lugar donde se ahogaba el sol.

—Tenéis tiempo —maulló—. Eso os lo prometo.

Los gatos de la cueva estallaron en alaridos de espanto cuando Glayo y Son de Roca traspasaron penosamente la entrada arrastrando a Nubarrón Gris, mientras Media Luna los seguía cojeando.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Rayo Hendido—. ¿Os ha atacado un zorro?

—No; un pájaro —respondió Son de Roca.

—¿Un pájaro? —Brisa Susurrante se apretujó contra Rayo Hendido, mirando horrorizada las heridas de Nubarrón Gris—. ¿Un pájaro te ha hecho eso?

—Era un pájaro realmente grande —masculló él.

A su alrededor se fueron apiñando más gatos, empujándose

unos a otros para poder verlo bien y soltando exclamaciones de miedo y desesperación. Los cachorros de Pluma de Lechuza llegaron dando brincos para olisquear con curiosidad a Nubarrón Gris, pero regresaron asustados junto a su madre al detectar el olor de la sangre.

—¡Os lo había dicho! —exclamó Caballo Veloz con los dientes apretados—. Jamás deberíamos haber venido aquí.

Luna Naciente apartó la cabeza como si no soportara la visión de las heridas, y Glayo se recordó que, en el bosque, se había enterado de que ella y Nubarrón Gris estaban emparejados.

—Este lugar nos matará a todos —susurró la gata.

Glayo agitó la punta de la cola, sintiendo un hormigueo de irritación. «¿Es que van a quedarse todos mirando y lamentándose sin hacer nada?» En los clanes, habrían llevado al herido directamente a la guarida del curandero, pero los gatos antiguos no tenían curandero.

«Parece que voy a tener que ocuparme yo.»

Son de Roca dejó que Nubarrón Gris se deslizara suavemente hasta el suelo, y luego se abrió paso entre la multitud de gatos atenazados por el miedo.

—¡Ya es suficiente! —exclamó—. Tenemos que calmarnos. Nubarrón Gris se pondrá bien. Vamos a concentrarnos todos en lo que podemos hacer para ayudar.

Pero, a pesar de las palabras del líder, apenas hubo una pausa en las exclamaciones de espanto. Glayo vio a Media Luna entre la multitud, e inclinó las orejas para indicarle que se reuniera con él en un rincón de la cueva.

—Necesitamos telarañas para detener la hemorragia —le dijo cuando lograron apartarse un poco de los gatos—. Tal vez haya algunas en esas pequeñas grutas del fondo.

Media Luna asintió y fue tras él. La gata se metió en la que más tarde sería la guarida de Narrarrocas, y Glayo siguió

andando por el pasaje que llevaba a la Gruta de las Rocas Puntiagudas. Tenía el mismo aspecto que cuando la veía en las visiones: las afiladas lanzas de roca que se elevaban desde el suelo para encontrarse con otras que colgaban del techo; los pequeños charcos de agua aquí y allá, reflejando la pálida luz de la luna que se colaba por el agujero de lo alto…

Glayo se estremeció, y el pelo se le puso de punta.

«¿Cuánto tiempo lleva este sitio aquí? ¿Cuántas estaciones, solapándose unas con otras como una gruesa alfombra de hojas en el suelo forestal?»

Luego se dio una sacudida y se puso a buscar telarañas en los rincones de la gruta y en las grietas de las paredes de piedra. No encontró ni una sola telaraña, pero junto a uno de los charcos tropezó con algo de musgo áspero. Arrancó un puñado y lo empapó de agua; si no había telarañas, eso también serviría para cubrir las heridas de Nubarrón Gris. Cargado con una bola de musgo chorreante, regresó a la cueva principal.

Media Luna estaba saliendo por el otro túnel.

—Ahí dentro no he podido encontrar nada —maulló—. ¡Está oscurísimo!

Los gatos que se apelotonaban en la entrada habían comenzado a dispersarse, y Nubarrón Gris iba tambaleándose hacia el centro de la gruta, apoyado en Son de Roca. Glayo escudriñó la cueva. Allí no había ningún sitio en el que instalar una guarida del curandero, pero vio una extensión de suelo arenoso al abrigo de una gran roca.

«Eso servirá, al menos por el momento», se dijo Glayo.

—Tráelo aquí —le dijo a Son de Roca sin soltar el musgo, haciendo una seña con la cola.

Algunos gatos más los siguieron, pero Media Luna se interpuso en su camino.

—Ahora Nubarrón Gris necesita tranquilidad. Podréis verlo más tarde.

Pareció que Luna Naciente iba a protestar, pero Brisa Susurrante le puso la cola en el lomo y se la llevó de allí. Glayo y Son de Roca acomodaron a Nubarrón Gris sobre la arena, y el curandero le aplicó el musgo empapado en la zona donde el ave le había desgarrado la piel.

—¡Qué alivio! —maulló el gato.

Cuando la herida estuvo limpia, Glayo apretó un trozo de musgo contra ella, asegurándose de que no fuera a despegarse.

—Estate quieto para que no se te caiga —le ordenó a Nubarrón Gris—. Y si puedes, duerme un poco.

Creyó captar un destello de sorpresa en los ojos de Son de Roca ante su tono autoritario, pero él no se inmutó. «No sé qué conocimientos sobre sanación tendría Ala de Glayo, pero éste soy yo. Estoy haciendo lo que tengo que hacer.»

—Ahora tú —le dijo a Media Luna.

Mientras limpiaba las heridas de la gata, reparó en Helecho Rizado, que estaba en el centro de la cueva con la mayoría de los gatos apiñados a su alrededor.

«¿Problemas?», se preguntó, aunque no dijo nada y siguió limpiando los cortes de Media Luna.

Helecho Rizado era el líder de los gatos antiguos cuando Glayo los había conocido junto al lago. Había lanzado su piedra a favor de quedarse, y cuando la decisión final fue la contraria a la suya, cedió el liderazgo a Son de Roca.

—Creo que la mayor parte de nosotros coincide en que ha sido un error venir aquí —estaba maullando Helecho Rizado—. Jamás deberíamos habernos ido del lago. En cuanto pase la tormenta de hielo, guiaré a los gatos que quieran regresar.

—¡Ya era hora! —exclamó Rayo Hendido—. Yo iré contigo.

—Yo también —se sumó Salto de Pez—. Nunca quise venir aquí, para empezar.

Cervatilla Tímida levantó la cola para hablar.

—Helecho Rizado, no todos estamos de acuerdo con eso... —

Su voz parecía más firme a medida que hablaba—. ¿Acaso el padre de mis hijos ha muerto por nada? —Se pasó la punta de la cola por el hinchado vientre, y añadió—: Además, yo no puedo viajar, no hasta que mis hijos nazcan y estén lo bastante fuertes para desplazarse.

—Yo también quiero quedarme —intervino Ala de Tórtola—. En el lago teníamos problemas, y al volver no se habrán desvanecido.

—Pero quizá Hojas Caídas esté allí —sugirió Sombra Rota, con los ojos más brillantes que Glayo había visto nunca—. Llévanos a casa, Helecho Rizado.

Brisa Susurrante soltó un largo suspiro.

—Yo lancé mi piedra para irnos —maulló—. Y ahora lo lamento amargamente. Esto ha sido un error. Deberíamos volver a casa.

—Yo también quería marcharme, pero ahora quiero regresar. —Pluma de Lechuza atrajo a sus cachorros con la cola—. Temo que mis hijos mueran si nos quedamos aquí.

Los pequeños maullaron asustados, y ella los rodeó con su cuerpo, tranquilizándolos con dulces lametones.

Helecho Rizado dio un paso al frente:

—Entonces todos estamos de acuerdo en que...

—¡No! —lo interrumpió Glayo. Todos se volvieron hacia él, con los ojos centelleando bajo la tenue luz gris de la cueva—. No podéis regresar... quiero decir, ¡no podemos regresar!

Pluma de Lechuza se apretujó más contra sus cachorros, fulminando con la mirada al curandero.

—Para ti es fácil decirlo —bufó—. Tú no tienes hijos.

De repente, Glayo se dio cuenta de que Media Luna estaba junto a él, y, tras lanzarle una rápida mirada, insistió:

—No podemos rendirnos tan pronto. Por lo menos deberíamos esperar hasta que pase la tormenta, para ver si encontramos un modo de cazar a esas presas que vimos...

Luna Naciente dio un paso hacia él, sacudiendo la cola.

—Pero ¡aquí las presas somos nosotros! —gruñó—. ¿Cómo vamos a cazar si nos están cazando a nosotros al mismo tiempo?

A Glayo la cabeza le daba vueltas.

—Sólo tenemos que encontrar una manera distinta de cazar... —De repente recordó que la tribu dividía a los gatos en guardacuevas y apresadores, con tareas concretas y diferenciadas—. Algunos de nosotros cazarán, mientras otros los protegerán a ellos, y a nuestras presas, de los pájaros gigantes.

Los gatos se miraron y empezaron a murmurar. Glayo se dio cuenta de que no tenían la menor esperanza de que esa idea pudiera funcionar.

«Pero ¡funcionará! ¡Lo he visto con mis propios ojos!»

—Podríamos intentarlo —maulló Media Luna, acercándose más a Glayo y rozándolo con su pelaje.

El curandero sintió una oleada de calidez por su contacto. Era estupendo tener a alguien que lo apoyara.

—Gracias —susurró, tocándole la oreja con el hocico.

Rayo Hendido se encaró con Glayo; tenía el pelo del cuello erizado:

—¡Oh, sí, inténtalo, y antes de que te des cuenta tendrás a un montón de gatos despellejados!

Aquellas palabras recibieron aullidos de aprobación. Glayo estuvo a punto de retroceder ante el torrente de hostilidad que emanaba de la multitud congregada alrededor de Helecho Rizado. El apoyo de Media Luna no había sido suficiente.

—Entonces, está decidido. —Helecho Rizado miró a los demás gatos—. Esperaremos hasta que pase la tormenta, y luego volveremos al lago.

Glayo se quedó parpadeando con incredulidad mientras los gatos comenzaban a dirigirse hacia los bordes de la cueva, en

busca de sitios donde dormir.

«¡Esto no puede estar pasando!»

—Lo siento —murmuró Son de Roca, que había permanecido en silencio durante todo el debate—. Lo hemos intentado. No es culpa nuestra haber fracasado. Quizá no estemos hechos para vivir en montañas de piedra, después de todo.

Glayo lo miró a los ojos, y en ellos vio auténtica pesadumbre. Son de Roca era el gato más comprometido con aquello, ¡y ahora también él se estaba dando por vencido! Sin nada más que decirle, Glayo se retiró trastabillando. «Son de Roca no lo entiende. Hemos fracasado… ¡Yo he fracasado!»

—Si estos gatos se marchan tan pronto —masculló para sí mismo—, ¿cómo terminará la Tribu de las Aguas Rápidas en la montaña?

Apenas consciente de lo que estaba haciendo, descubrió que sus pasos lo llevaban a la Gruta de las Rocas Puntiagudas. Unas suaves pisadas sonaron a sus espaldas, y al mirar atrás Glayo vio que Media Luna lo había seguido. La gata se detuvo en la boca del túnel, y, al ver la gruta, se le desorbitaron los ojos.

—¡Caramba! —exclamó asombrada.

Glayo compartió su asombro al contemplar las afiladas columnas y los pináculos de piedra blanca. De algún modo, estar allí con Media Luna le hizo comprender lo bello que era en realidad aquel sitio.

—¡Vamos a explorar! —propuso la gata, dando un saltito como si fuera una cachorrita entusiasmada.

Glayo la siguió mientras corría alrededor de los charcos y estiraba las zarpas al máximo junto a una de las columnas de piedra.

—¡Fíjate! —chilló ella emocionada—. Esta piedra crece del suelo y casi se une al carámbano de piedra que cuelga del techo.

—Esas dos ya se han encontrado. —Glayo señaló con la cola

una de las columnas completas.

—¡Qué extraño!

Media Luna se internó más en el bosque de piedra y rodeó la base de una estalagmita para asomarse juguetonamente por el otro lado. Glayo se lanzó hacia ella gruñendo en broma, pero, antes de alcanzarla, resbaló sobre la lustrosa roca que bordeaba uno de los charcos y metió una zarpa en el agua sin querer. Estuvo a punto de caer al agua, y si no se mojó más fue porque saltó torpemente a un lado.

—¡Uy, te has mojado una pata! —se burló Media Luna.

—¡Ya te daré yo a ti patas mojadas! —gruñó él.

Recogió un poco de agua y se la lanzó, y la gata soltó un chillido y huyó a la carrera. Glayo la persiguió, aunque la perdió de vista momentáneamente entre las numerosas columnas. De repente, ella se le echó encima, y los dos quedaron cara a cara después de chocar. El joven curandero se encontró mirándola a los ojos —eran del lustroso verde de los estanques del bosque—, y pudo sentir que el cálido pelaje de ella rozaba levemente el suyo.

—Ha salido la luna —maulló Glayo, separándose de la gata para situarse al borde de uno de los charcos más grandes—. Fuera, debe de ser de noche.

A medida que su respiración se calmaba, percibió que había gatos moviéndose intranquilos en la cueva principal. Los cachorros de Pluma de Lechuza gemían de hambre, y el curandero sintió una punzada de tristeza, afilada como una garra.

«Comprendo por qué no quieren quedarse aquí...»

—¡Mira! —Media Luna se colocó a su lado—. ¡Se puede ver la luna en el agua!

Al contemplar el charco que tenía delante, Glayo vio el reflejo de la diminuta luna creciente, que brillaba por el agujero del techo. La gata no podía separar los ojos de ella.

—Esto es precioso —susurró—. Qué pequeña se ve... igual que el arañazo de una garra.

Metió una zarpa en el agua, y la luna revoloteó como si tuviera alas de plata, antes de detenerse cuando el agua volvió a aquietarse. Soltando un leve ronroneo maravillado, Media Luna metió la zarpa en el agua una y otra vez. Por muchas veces que quebrara la superficie líquida, la luna seguía estando allí.

—La luna no se rinde, ¿verdad? —maulló mirando a Glayo—. Siempre está ahí, constante como las rocas de esta gruta. Quizá deberíamos ser como el reflejo de la luna, aguantando con firmeza pase lo que pase, ¿no crees?

Se internó más en la gruta, mirando de nuevo las estalactitas, mientras en sus ojos comenzaba a revelarse una nueva comprensión. Glayo sintió un hormigueo en la piel.

—Llevan aquí muchísimas estaciones... —murmuró Media Luna—. Si nos quedamos, ¿nuestros descendientes sobrevivirán tanto como estas columnas de piedra?

El curandero se acercó a ella de un salto.

—¡Sí, sobrevivirán! Te lo prometo.

La gata lo miró alarmada.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Lo sé y ya está. Confía en mí.

Ella se quedó mirándolo; sus ojos verdes parecían más cálidos aún.

—Siempre confío en ti. Siempre... —susurró, entrelazando la cola con la suya—. Ojalá los demás también confiaran en ti.

Glayo percibió un movimiento por encima del hombro de Media Luna, y se estremeció al ver cómo Pedrusco aparecía por detrás de una columna lejana, con la luz de la luna resplandeciendo en su cuerpo pelado. El anciano clavó sus ojos ciegos en Glayo y asintió una vez.

—¡Media Luna!

La brusca voz procedía de la entrada de la gruta. La visión de Pedrusco se desvaneció, y, al darse la vuelta, Glayo y Media Luna vieron a Luna Naciente en la boca del túnel.

—Media Luna, ¿qué estás haciendo aquí? —La gata habló con voz glacial, mirando a su hija con desaprobación—. Ala de Glayo, Nubarrón Gris quiere hablar contigo. Os he buscado por todas partes.

Glayo inclinó la cabeza cortésmente y se dirigió a la cueva principal. Nubarrón Gris estaba tendido donde lo habían dejado, en el rincón de suelo arenoso, y levantó la cabeza cuando el joven se acercó.

—Me has salvado la vida —le dijo con la voz quebrada—. Gracias.

El curandero arañó el suelo.

—Todos hemos puesto algo de nuestra parte —musitó.

—¡No puedo creer que hayamos ahuyentado a ese pájaro! —exclamó con voz más firme, y en sus ojos brotó un destello de orgullo.

—Bueno, lo has hecho tú. Y podrías volver a hacerlo. Cualquiera de nosotros podría, si lo intentáramos con el suficiente empeño.

—¡Otra vez no! —protestó Luna Naciente, que estaba lo bastante cerca para oírlos—. Es demasiado peligroso.

—Luna Naciente tiene razón —maulló Rayo Hendido, aproximándose a la gata—. ¿Por qué deberíamos arriesgar la vida para conseguir presas?

—Porque es la única forma de sobrevivir aquí. —Media Luna se encaró a los mayores—. Y si lo hacemos como es debido y practicamos, no arriesgaremos la vida en cada ocasión.

Los ojos de Luna Naciente chispearon furiosos. Abrió la boca para replicar, pero Son de Roca la interrumpió:

—Mirad, todos estamos agotados. Éste no es el momento más adecuado para tomar decisiones. Vamos a dormir y ya

volveremos a hablar del tema por la mañana.

Por un segundo, dio la impresión de que Luna Naciente y Rayo Hendido querían oponerse, pero finalmente dieron media vuelta y se marcharon al otro extremo de la cueva. Son de Roca y Media Luna encontraron unos huecos en el suelo y se ovillaron en ellos, preparándose para dormir.

Glayo vaciló un instante, pero al final se acercó a Media Luna y se acomodó a su lado. La gata lo miró, ronroneando con afecto. Tumbarse junto a ella parecía lo natural y lo correcto. Por lo general, Glayo sólo dormía cerca de alguien cuando algún gato estaba lo bastante enfermo como para quedarse en la guarida del curandero. E incluso entonces, ocupaban lechos separados.

«Esto es mejor —pensó, bostezando mientras cerraba los ojos —. Reconfortante, incluso sin el musgo y las plumas que tendría en el campamento del Clan del Trueno...» Aún oía la suave respiración de Media Luna cuando se quedó dormido.

Un gemido lastimero que se abría paso a través del incesante retumbo de la cascada despertó a Glayo. La luz gris que se filtraba por la cortina de agua era más intensa, y el curandero supuso que el cielo se estaba iluminando con la llegada del alba. Al levantar la cabeza, vio a los cachorros de Pluma de Lechuza en el otro extremo de la cueva, aporreando el vientre de su madre con las patitas, en un intento de conseguir un poco más de leche.

—Lo lamento, hijos —les dijo Pluma de Lechuza con tristeza —. No tengo más leche para vosotros porque no he comido lo bastante.

El desdichado gemido continuó. También otros gatos estaban despertándose; Río del Alba estaba acicalándose, pero la mayor parte de ellos seguían tumbados en el suelo. Glayo percibió su

desesperación como una niebla fría y asfixiante.

—Ni siquiera tendremos la oportunidad de regresar al lago —masculló Brisa Susurrante—. Este lugar nos matará primero.

Rayo Hendido se levantó pesadamente de su lecho para acercarse a Pluma de Lechuza y acariciarle la cabeza con el hocico.

—Tenemos que cazar —anunció—. No dejaré que mis hijos se mueran de hambre.

Salto de Pez se giró hacia Glayo para hacerle una señal con la cola.

—Ala de Glayo, ¿qué es eso que dijiste ayer sobre cazar por parejas?

—Más que por parejas. —El curandero cruzó la cueva para unirse a los demás. El movimiento despertó a Media Luna, que se puso en pie, se desperezó y fue tras él—. Necesitamos una patrulla entera para proteger a los cazadores —explicó—. Dos o tres de los mejores cazadores para atrapar a las presas, y unos cuantos de los gatos más fuertes y los mejores luchadores para vigilar los ataques de las aves.

—¿Te refieres a pelear con pájaros que pueden llevarse a un gato por el cielo? —preguntó Rayo Hendido con incredulidad —. ¡Eso me gustaría verlo!

—¡Oh, no! —Pluma de Lechuza levantó la vista, alterada—. ¡Irán a por mis cachorros!

—Si los cachorros se quedan en la cueva no correrán ningún peligro. —Son de Roca se unió al grupo—. Aquí hay espacio de sobra para que jueguen.

—Además, tampoco importa mucho —añadió Río del Alba—. Nos iremos de aquí en cuanto podamos.

—Pero ¿y qué pasa con el resto? —quiso saber Luna Naciente —. Intentar enfrentarnos a pájaros como ése es una idea descabellada.

—Yo no estaría tan seguro —respondió Son de Roca—. Ayer

lo hicimos. Y aunque Nubarrón Gris resultó herido, no tiene por qué ser tan peligroso si ideamos una forma de defendernos.

Luna Naciente resopló con incredulidad.

—Yo creo que deberíamos probar la idea de Ala de Glayo —maulló Ala de Tórtola—. Incluso aunque decidamos regresar al lago, con el estómago vacío no llegaremos muy lejos.

—Pero ¿cómo podemos combatir a pájaros tan grandes? —preguntó Salto de Pez—. No podemos volar y atacarlos en el aire.

—No, pero podemos atraerlos hacia uno de nosotros —dijo Son de Roca con reticencia, como si supiera que su propuesta no iba a ser bien recibida—. Así podremos averiguar qué técnicas debemos aprender.

—¡No vas a utilizar a mis hijos para eso! —Pluma de Lechuza le lanzó una mirada asesina, protegiendo a sus tres cachorritos con las patas y la cola.

—Por supuesto que no —la tranquilizó él.

—Yo lo haré —se ofreció Media Luna—. Fingiré que estoy herida.

Glayo sintió que el corazón le daba un vuelco.

—De ninguna manera. Lo haré yo, puesto que ha sido idea mía.

Son de Roca se quedó mirándolo.

—Vas a correr un gran riesgo.

—Alguien tiene que hacerlo —replicó Glayo, obligándose a sonar tranquilo, a pesar de que estaba temblando por dentro. Era demasiado fácil imaginarse arrastrado al cielo por esas crueles garras—. ¿Vamos a hacerlo o no? Necesitamos comida ya.

Aunque algunos parecían indecisos, fueron bastantes los que se reunieron alrededor del curandero para formar una patrulla: Son de Roca, Rayo Hendido y Helecho Rizado —para sorpresa de Glayo—, además de Media Luna, Salto de Pez y Ala de

Tórtola, dieron un paso al frente. Todos parecían tensos pero decididos.

—De acuerdo, vamos allá —maulló Glayo, encabezando la marcha.

Al salir por detrás de la cascada, descubrió que la tormenta había pasado. El viento aullador se había transformado en una brisa constante que levantaba algunos copos de nieve en el aire, y entre las veloces nubes grises que recorrían el cielo se iban abriendo algunos claros. La patrulla avanzó sobre la nieve y ascendió por las rocas hasta llegar a lo alto de la cascada.

Glayo respiró hondo. Jamás había entrenado a nadie, especialmente en habilidades de combate. La seguridad de aquellos gatos era responsabilidad suya... y no sólo en ese momento, cuando iban a atraer a un águila deliberadamente, sino en las generaciones venideras.

«¿Es esto lo que significa tener el poder de las estrellas en mis manos?»

—Yo me quedaré a la vista mientras el resto os escondéis —ordenó—. Recordad: no se os debe ver desde arriba, que es de donde llegará el pájaro. Son de Roca, Rayo Hendido y Helecho Rizado: estad listos para salir de inmediato y atacar. Salto de Pez, Ala de Tórtola y Media Luna: manteneos escondidos y observad qué pasa. Podremos hablar de tácticas más tarde.

—Yo no voy a quedarme mirando detrás de una piedra mientras te hacen pedazos —protestó Media Luna.

La preocupación de la gata enterneció a Glayo.

—Podéis uniros a la lucha si hay problemas.

Media Luna sacudió la cola una vez.

—¡Intenta detenerme!

—¿Y qué hacemos cuando venga? —preguntó Salto de Pez—. ¡No podemos atacarlo como si fuera un mirlo!

—Creo que deberíamos ir a por las alas —sugirió Son de Roca—. No podrá llevarse a ninguno de nosotros si no puede

volar.

Helecho Rizado asintió.

—Saltarle al cuello también estaría bien. Es un punto débil para cualquier ave, por muy grande que sea.

—Buena idea —maulló Glayo—. Ahora, escondeos antes de que os vea a todos.

La patrulla se dispersó para tomar posiciones entre las rocas.

—Esto va a funcionar, Glayo —lo animó Media Luna antes de buscar un escondite—. ¡Estoy segura!

«Eso espero —pensó él, consciente del miedo que le pesaba en el estómago como un trozo de hielo—. Tengo que hacer esto por la Tribu de las Aguas Rápidas.»

Plantado en la orilla del río, Glayo se sintió muy solo. Los demás habían desaparecido; lo único que veía era la punta de la cola de Salto de Pez, que era de color marrón y destacaba en la nieve. Miró al cielo: era gris e interminable, y no había ni rastro de pájaro alguno.

Sintió un doloroso vacío en el estómago.

—Mira. —El susurro de Media Luna se oyó desde detrás de una roca cercana.

Parpadeando, Glayo volvió a levantar la vista. En lo alto había aparecido un punto diminuto que daba vueltas en perezosos círculos. El curandero sintió que las patas se le quedaban pegadas a la roca; el ave se fue acercando lo bastante como para que Glayo pudiera ver que se trataba de un águila, como aquéllas de las que hablaban en la Tribu de las Aguas Rápidas. Era incluso más grande que el pájaro que los había atacado el día anterior, y Glayo se preparó para que se abalanzara sobre él... Pero entonces el ave se alejó, perdiendo el interés.

«¡No! —quiso chillar Glayo—. ¡Soy una presa jugosa! ¡Ven a por mí!»

Comenzó a andar cojeando, alzando una de las patas como si

estuviese herido, y soltó un lamento. El águila se deslizó por el cielo, descendiendo en un amplio círculo, hasta que Glayo distinguió sus garras ganchudas y sus dilatados ojos amarillos.

«Por el gran Clan Estelar... ¡es gigantesca!»

Se agazapó en la nieve, maullando lastimeramente. La sombra de las alas empezó a cubrirlo, extendiéndose a su alrededor, y el curandero cerró los ojos con fuerza cuando detectó el intenso olor del ave a su alrededor.

«Espero que los demás estén listos para atacar...»

El batir de las alas del águila se hizo ensordecedor y entonces, de pronto, sus temibles garras se hundieron en el lomo de Glayo, que soltó un alarido. En ese mismo instante, cuando sus zarpas apenas habían empezado a despegarse del suelo, las rocas que lo rodeaban parecieron cobrar vida, y unos estridentes aullidos atravesaron el aire en torno a él.

—¡Id a por las alas! —bramó Son de Roca—. ¡No dejéis que se vaya volando!

Sus palabras quedaron ahogadas por el caos de los gritos gatunos y el frenético batir de las alas. Glayo vio a Helecho Rizado saltando a la garganta del águila, pero por un pelo no la alcanzó y sólo consiguió arañar el aire. Media Luna le mordió el extremo de un ala, pero el ave se la quitó de encima de una sacudida, y la joven chocó con una roca con la boca llena de plumas. Salto de Pez agarró a Glayo por la cola para intentar que no se lo llevara.

—¡No! ¡Suelta! —gritó Glayo, sintiendo que se le iba a desgarrar la piel con el peso añadido.

Salto de Pez lo soltó, y por un segundo el curandero creyó que el águila había vencido, porque comenzó a elevarse del suelo. Él no podía hacer otra cosa que patalear inútilmente, pero justo en ese momento Son de Roca y Rayo Hendido aparecieron a la carrera, cada uno por un lado, y saltaron hacia las alas del águila. Los dos hundieron las garras en el mismo

instante, y, aunque la criatura soltó un chillido furioso, fue incapaz de despegar con un gato enganchado a cada ala. Mientras los dos la mantenían en tierra, Ala de Tórtola se coló por debajo para acercarse a Glayo, y luego dio un veloz mordisco en las patas del águila, lanzando una dentellada tras otra.

Con otro estridente chillido, el animal soltó a Glayo, que cayó sobre la roca, medio atontado, y se quedó mirando cómo Son de Roca y Rayo Hendido le arañaban las alas clavándole las garras a través de las plumas, para luego apartarse de un brinco y ponerse a salvo. El águila salió volando, desperdigando plumas y sangrando por las patas. Casi sin aliento, Glayo contempló cómo se iba convirtiendo en una mota en el cielo hasta desaparecer.

—¿Estás bien? —Media Luna resollaba al borde del precipicio, pero sus ojos verdes resplandecían.

—Estoy bien —respondió Glayo con voz estrangulada, aunque le ardía la zona en la que el águila le había clavado las garras.

Media Luna se levantó para ir junto a él y olfatearle las heridas.

—Deberíamos ponerte musgo, como hiciste anoche con Nubarrón Gris —maulló—. Me pregunto si por aquí crecerá romaza. Es buena para detener la hemorragia.

El resto de la patrulla comenzó a levantarse a trompicones, examinándose sus propias heridas.

—¡Lo hemos hecho! —exclamó Salto de Pez con voz ronca.

—Sí, lo hemos hecho. —Son de Roca miró a Glayo—. Ala de Glayo, tu plan de proteger a los cazadores podría funcionar. Al menos para encontrar la comida suficiente hasta que nos vayamos. —Y haciendo una señal con la cola a los demás, añadió—: Venga. Vamos a contárselo a los demás.

Y comenzó a bajar por las rocas que bordeaban la cascada,

dejando solos a Glayo y Media Luna en lo alto del precipicio.

—Tenía muchísimo miedo por ti —murmuró Media Luna, restregándole el hocico contra el costado—. Pero ¡estoy muy orgullosa! Si tuviéramos hijos, ¡piensa en lo valientes que serían!

«¡Hijos!»

—Media Luna... —empezó Glayo, un tanto incómodo.

Pero, antes de que pudiera añadir nada más, vio salir a otro gato por detrás de una de las peñas que se alzaban junto al agua. «¡Pedrusco! ¡Ahora no, por favor!»

El anciano ciego se quedó esperando, y aunque Media Luna estaba mirando en su dirección, no tenía ni idea de que él se hallaba allí.

—¿Por qué no bajas con los demás? —le dijo Glayo—. Te seguiré enseguida.

—De acuerdo —respondió la gata, con un rastro de decepción en sus ojos verdes. Aun así, comenzó a descender sin protestar.

—¿Qué quieres ahora? —le espetó Glayo a Pedrusco.

El gato antiguo no respondió. Por unos instantes, los dos se observaron el uno al otro, justo al borde del precipicio. A lo lejos, un resplandor rojo en la nieve señalaba el punto por el que iba a salir el sol.

—Otra vez lo mismo... —musitó Pedrusco con un hilo de voz —. No puedes quedarte aquí. Eso ya lo sabes, ¿verdad?

—¿Por qué no? —quiso saber Glayo, sintiendo una repentina punzada de angustia.

—Eres demasiado poderoso para perderte en el pasado.

—¡Es aquí donde puedo ser poderoso! —protestó el curandero—. Podría tener hijos, criarlos, enseñarles todo lo que sé, y luego regresar con los clanes. —Miró al viejo gato sin pestañear—. Yo... no quiero marcharme, Pedrusco.

18

—¡Tenemos que salir de aquí! —susurró Espinela, temiendo que en cualquier momento les saltaran encima gatos hostiles.

—Sólo estamos explorando —replicó Floresta, acercándose a las huellas para olfatearlas con curiosidad—. No hacemos nada malo.

—Bueno, pues yo no siento lo mismo —replicó la atigrada, molesta por la despreocupación de su compañera—. Tengo la sensación de que estamos metiéndonos en un territorio ajeno, y quiero marcharme.

Floresta se encogió de hombros.

—De acuerdo, vamos a buscar una salida.

En el extremo opuesto del río se abrían más túneles que se internaban en la oscuridad, y Espinela saltó la corriente y se metió en el primero, pero en cuanto se adentró unos pasos se encontró frente a un muro de barro sólido.

—Éste no sirve —le dijo a Floresta, que la seguía a una cola de distancia—. Está bloqueado.

Dieron marcha atrás y escogieron otro pasaje. Al principio parecía prometedor, porque iba hacia arriba y de vez en cuando entraba algo de luz por un leve resquicio en el techo, pero luego Floresta, que en esta ocasión iba en cabeza, se detuvo de golpe en un brusco recodo del túnel.

—¡Cagarrutas de ratón! —bufó.

Espinela alzó el cuello para ver más allá de su compañera, y a la tenue luz del estrecho pasaje distinguió un montón de piedras que llegaba hasta el techo. A la joven se le aceleró el corazón al regresar de nuevo a la cueva principal.

—Tendremos que volver por donde hemos venido —maulló—, y esperar que alguien pase cerca del agujero y nos ayude a salir.

Floresta soltó un suspiro.

—Sí, supongo que tienes razón.

Pero, al cruzar el río de nuevo, Espinela reparó por primera vez en que, en aquel lado, había varios túneles que desembocaban en la cueva.

—¿Tú recuerdas por cuál hemos llegado? —le preguntó a su compañera de clan.

Floresta negó con la cabeza.

—Tendremos que seguir nuestro propio rastro.

En la roca húmeda, sin embargo, no perduraba ningún olor, y lejos de la orilla no había señales de sus pisadas sobre el duro suelo.

—¡Estamos perdidas! —se lamentó Espinela.

—No nos pasará nada —la tranquilizó Floresta, aunque en su voz podía detectarse el miedo—. Elegiremos un túnel cualquiera. ¡Vamos!

Cruzando la cueva a la carrera, la joven guerrera se metió en una abertura ancha y negra. Espinela estaba casi segura de que no era la correcta, pero fue tras su compañera, espantada ante la idea de separarse.

—¡Espera! —chilló—. ¡No podemos...! —Enmudeció al oír ruido de piedras que caían más adelante—. ¡Floresta! —bramó—. ¿Qué ha sido eso?

No hubo respuesta. La joven se quedó totalmente quieta, aterrorizada, y tuvo que obligar a sus patas a avanzar por el túnel. A unos cuantos pasos de distancia distinguió a Floresta a

la débil luz del pasaje: yacía inmóvil en el suelo, rodeada de piedras. Espinela vio una brecha nueva en el techo, y supuso que el desprendimiento procedía de allí.

—¿Floresta? —susurró, agachándose junto a la otra gata.

«¡Clan Estelar, por favor, que no esté muerta!»

Sintió un estremecimiento de alivio cuando Floresta meneó los bigotes y abrió los ojos.

—¿Espinela? —murmuró—. ¿Qué ha pasado? Me duele... la cabeza.

—Creo que ha caído una roca del techo y te ha dado de lleno.

Floresta se puso en pie trabajosamente, pero volvió a derrumbarse con un gemido.

—Todo me da vueltas... —se lamentó, con los ojos dilatados y temerosos—. Ay, Espinela, ¿crees que vamos a morir aquí abajo?

—Por supuesto que no —respondió la guerrera.

—Pero ¿y si morimos? ¿Crees que mi madre me echará de menos?

Espinela sintió una oleada de compasión de las orejas a la cola.

—¡Por supuesto que sí! —le aseguró—. Mili te quiere tanto como a Gabarda.

Mientras la tranquilizaba, Espinela pensó que Alcotán se había ganado a Floresta así: brindándole la oportunidad de recibir tanta atención como su hermana Gabarda.

«¡Igual que hizo conmigo y con Ala de Tórtola!»

La entristeció que Floresta tuviera celos de su hermana por la cantidad de tiempo que su madre y sus compañeros de clan pasaban con ella. Pero ¡si Gabarda había perdido la movilidad de las patas traseras!

«Y tampoco creo que el don de Ala de Tórtola sea siempre muy divertido —pensó Espinela—. Quizá las dos deberíamos

sentirnos agradecidas por lo que tenemos...»

Floresta vaciló, y finalmente hizo un gesto de indiferencia.

—Quizá mi madre me quiere... cuando recuerda que no tiene sólo una hija. —Alargó una zarpa para arañar la dura piedra del suelo, y lo hizo tan violentamente que a Espinela le sorprendió que no se le saltasen las uñas—. Me odio a mí misma por sentir celos de Gabarda —confesó, sin mirar a su compañera—. No soporto verla sufrir, y sé que ella daría lo que fuese por recuperarse completamente. ¡Qué injusto es todo! —Y arañando el suelo de nuevo, agregó—: No puedo evitar sentir lo que siento, y eso demuestra que no soy una buena gata.

—¡Por supuesto que lo eres! —protestó Espinela, escandalizada.

—No. Una buena gata no tendría celos de una hermana tullida. Por eso terminé en el Bosque Oscuro. —Miró a su amiga de soslayo—. No soy idiota. Sé que es el sitio al que van los gatos que el Clan Estelar rechaza... Aunque supongo que tampoco podré unirme al Clan Estelar, porque odio a mi hermana por estar tullida. De modo que el lugar donde encajo es el Bosque Oscuro, y allí estoy recibiendo un buen entrenamiento, mucho mejor que el del clan. —Tomó una larga bocanada de aire, temblando, y miró a su alrededor—. ¿Crees que Alcotán vendrá a por nosotras?

—¡Te he dicho que no vamos a morir! —exclamó Espinela, intentando reunir en sus palabras toda la convicción de la que era capaz. «Pero ¿y si morimos?» No soportaba la idea de vivir atrapada eternamente en el Bosque Oscuro—. Floresta, ¿crees que podrías probar a levantarte de nuevo?

—Lo intentaré.

Se incorporó sobre las cuatro patas y logró levantarse, aunque seguía pareciendo inestable.

Mientras se preguntaba hasta dónde podría llegar su compañera, Espinela oyó unos pasos que se acercaban por

detrás. Se le puso de punta hasta el último pelo, y sintió como si todo su cuerpo hubiera recibido una rociada de agua helada. Tuvo que hacer acopio de todo su valor para darse la vuelta.

De las sombras surgió un extraño gato, escuálido, de pelaje blanco y canela y ojos angustiados.

—¡Oh! —exclamó con un respingo—. ¡Esperaba al otro!

—¿El otro? ¿Qué otro? —quiso saber Espinela con la voz quebrada.

El desconocido pasó por alto su pregunta; estaba examinándolas con los ojos abiertos de par en par.

—¿Sois dos? —maulló—. ¿Estáis bien?

—No. —Espinela estaba demasiado asustada para perder el tiempo en preguntarse quién sería aquel extraño gato o qué estaba haciendo allí—. Necesitamos salir de aquí. ¡Mi amiga está herida!

—Pero, si os enseño la salida —respondió el gato—, me quedaré solo otra vez. Siempre me prometéis volver, pero nunca volvéis.

La joven atigrada se quedó mirándolo.

—¡Nosotras nunca habíamos estado en estos túneles! —exclamó—. ¡Por favor, tienes que sacarnos de aquí!

Él agitó las orejas, malhumorado.

—No hace falta que grites. No deberíais haber bajado hasta aquí si no queríais quedaros. No es un sitio seguro, a menos que sepáis lo que estáis haciendo.

—Bueno, pues no lo sabíamos —replicó Espinela, preguntándose qué podía hacer para que él atendiera sus súplicas—. Sólo queremos marcharnos a casa.

El desconocido se acercó más, entornando los ojos con recelo, y comenzó a olfatear a Floresta. Espinela se puso tensa; el olor de aquel gato le dio escalofríos: olía a tierra, a agua y a roca fría y antigua.

—Tenéis razón; éste no es vuestro sitio… —murmuró él, y

con más ímpetu añadió—: De acuerdo, bajad por ese túnel y girad después de la roca con forma de seta. Seguid el pasaje durante unas diez colas de zorro, y veréis que el túnel se divide en tres ramales. Tomad el del centro. Debería ir hacia arriba, y así llegaréis a un montón de piedras. En la parte superior hay espacio de sobra para que os coléis por ahí, y a partir de ese punto veréis la salida.

A Espinela le zumbó la cabeza como un tronco lleno de abejas mientras intentaba recordar las indicaciones.

—¿Puedes enseñarnos el camino?

—No. —El gato blanco y canela ya estaba dando media vuelta—. Debéis salir de aquí por vuestra cuenta.

Antes de que Espinela pudiera protestar, él había desaparecido en las sombras.

—¡Gato sarnoso! —masculló la joven, sacudiendo la cola.

Durante unos segundos, se quedó mirando el túnel por el que se había marchado el desconocido, y finalmente se giró de nuevo hacia Floresta.

—Venga. Pongámonos en marcha.

Dejando que su amiga fuera delante, por si acaso volvía a desplomarse, Espinela la dirigió hacia el túnel que el gato les había indicado. Encontraron la piedra con forma de seta, pero el pasaje por el que se internaron estaba completamente a oscuras, así que no tenían forma de saber dónde se hallaban.

—Estoy segura de que ya hemos recorrido más de diez colas de zorro —maulló Espinela mientras avanzaban cautelosamente —, pero no hemos localizado el sitio donde el túnel se divide.

—Quizá lo hemos pasado de largo sin darnos cuenta... —maulló Floresta—. Creo que deberíamos volver atrás.

—Vale.

Espinela giró en redondo en la oscuridad, aguzando la vista en busca de las primeras señales de luz. Pero las sombras eran interminables.

—Ya deberíamos haber llegado al primer recodo... —maulló Floresta con voz temblorosa.

—Lo sé.

Justo en ese instante, Espinela notó una leve brisa en el costado.

—Creo que es aquí —dijo aliviada—. Sígueme.

Cuando apenas habían dado unos pasos por el nuevo pasaje, Espinela se dio cuenta de que se habían equivocado una vez más. No había ni rastro de la piedra con forma de seta, y el túnel descendía abruptamente.

Al avanzar, a Espinela le patinaron las zarpas sobre la roca húmeda y resbaladiza.

«Espero que no tengamos que volver atrás. Floresta no podría regresar por aquí cuesta arriba.»

Entonces comenzó a distinguir una tenue luz gris que se filtraba desde más adelante.

—¡Estamos llegando a algún sitio! —exclamó para animar a su compañera, apretando el paso.

Con Floresta siguiéndola trabajosamente, Espinela se detuvo en la boca del túnel y soltó un alarido de desilusión. Estaban de vuelta en la cueva del río subterráneo.

—¡No puedo creerlo! —bufó Floresta, dejándose caer al suelo —. Nunca saldremos de aquí.

—Ojalá le hubiera preguntado a ese gato su nombre — maulló Espinela—. Así podríamos llamarlo. —Y meneando los bigotes enfadada, añadió—: Aunque supongo que de todas maneras no vendría.

Floresta estaba tumbada de costado, resollando.

—Lo siento —susurró—. Todo esto es culpa mía. Soy yo quien ha querido bajar aquí.

—Yo podría habértelo impedido —protestó Espinela.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo habrías hecho? —Aunque pareciera increíble, en los ojos de Floresta había un destello de diversión

—. ¿Colgándote de mi cola?

Espinela soltó un resoplido de risa. No pudo evitar imaginarse a sí misma mordiéndole la cola a Floresta, mientras ella se balanceaba sobre el agujero.

—¡Venga! ¿A qué estáis esperando?

La voz sonó a sus espaldas, y Espinela se puso en tensión, con el pelo erizado y un hormigueo de miedo en las zarpas. Un segundo después se obligó a darse la vuelta, pero no logró ver nada. A menos que el brillo que se adivinaba en el hueco más oscuro de la cueva procediera de los ojos de un gato.

Aun así, estaba segura de que no se trataba del gato blanco y canela que habían visto antes.

—¿Queréis salir de aquí o no? —preguntó la voz con impaciencia—. Ya sabéis que no deberíais estar en estos túneles.

—¡Oh, sí...! ¡Por favor, ayúdanos! —suplicó Floresta.

—Muy bien. Seguidme.

Espinela distinguió la silueta negra de un gato en uno de los túneles, pero, por mucho que aguzó la vista, no logró ver nada que le permitiera identificarlo. Ayudó a Floresta a ponerse en pie y siguió al nuevo desconocido por un túnel estrecho y oscuro. Espinela no veía nada del gato que las guiaba, y sólo sabía que estaba ahí por el sonido de sus pisadas y por el aroma que despedía: olía a tierra, a agua y a vegetación forestal.

El trayecto a través de sinuosos túneles y pasajes entrecruzados duró un buen rato, y Floresta empezó a flaquear. El pasaje era un poco más ancho en aquella zona, así que Espinela pudo caminar junto a su amiga y dejar que se apoyara en ella.

—¿Falta mucho? —le preguntó la atigrada al gato desconocido.

No hubo respuesta, pero el siguiente recodo les desveló que

más adelante había una brillante luz diurna. El camino que llevaba a la luz era escarpado y estaba cubierto de tierra con algunas huellas aquí y allá, pero el gato que las había rescatado había desaparecido.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó Espinela, desconcertada.

Floresta estaba demasiado agotada para responder. Se arrastró hasta el exterior y se derrumbó en una zona soleada junta al tocón de un roble. Al mirar a su alrededor, Espinela creyó captar un leve movimiento entre los helechos que crecían a unas colas de distancia.

—¡Gracias! —exclamó.

Tampoco hubo respuesta esta vez, y en ese mismo instante el movimiento de las frondas cesó. La boca del túnel se abría entre las rocas, por donde el agua goteaba hasta formar un pequeño estanque. Espinela arrancó un puñado de musgo y lo empapó para que Floresta bebiera.

—¡Gracias! —exclamó su compañera, incorporándose—. Caramba, ¡qué raros eran esos túneles! Me alegro de volver a ver la luz del sol.

—Será mejor que regresemos al campamento —maulló Espinela—. ¿Estás en condiciones de caminar?

—Lo estaré —contestó Floresta muy seria.

Al observarla, Espinela no se quedó muy convencida. Las dos estaban mugrientas y agotadas, y tenían las almohadillas magulladas de tanto caminar sobre piedra dura. Y ahora, además de sus heridas del Bosque Oscuro, Floresta tenía un chichón tan grande en la cabeza por la caída de la roca que casi no podía abrir un ojo.

—De acuerdo, nos lo tomaremos con calma —susurró Espinela.

Ni siquiera estaba segura de dónde se encontraban. «Hay demasiados árboles para que sea el Clan del Viento... —pensó, mirando los añosos robles y hayas que las rodeaban y la

enmarañada vegetación del sotobosque—. ¿Y si hemos salido en mitad del territorio del Clan de la Sombra y nos tropezamos con una patrulla? ¡No quiero ni pensarlo!»

No compartió sus preocupaciones con Floresta, aunque se imaginó que su compañera ya sabía por sí misma cuáles eran los peligros a los que se enfrentaban. Espinela estaba nerviosa, se sobresaltaba con el menor susurro en la maleza y sentía un hormigueo de aprensión en las zarpas con cada paso que daba. La invadió un alivio enorme al detectar un abrumador olor del Clan del Trueno justo delante, y poco después traspasaron la frontera de su territorio.

—¡Gracias al Clan Estelar! —exclamó Floresta—. Espinela, ¿qué crees que debemos decir en el campamento?

—La verdad no, desde luego —respondió la atigrada de inmediato.

Floresta se detuvo con el pelo erizado, y Espinela añadió:

—En cierto modo, ya estamos mintiendo a nuestros compañeros al no contarles lo del Bosque Oscuro.

—Eso es distinto —mascculló Floresta.

Espinela no discutió, aunque pensaba que una mentira más o menos no iba a suponer mucha diferencia.

—Tendremos que decirles que nos hemos perdido —continuó Floresta, echando a andar de nuevo.

«Bueno, pues eso tampoco es ser completamente sinceras», pensó Espinela.

—Vale, nos hemos perdido pero mucho —maulló.

Al aproximarse a la hondonada rocosa lograron apretar el paso, pero cuando traspasaron el túnel de espinos el sol ya había superado sobradamente su cénit. Varios de sus compañeros de clan estaban reunidos alrededor del montón de la carne fresca, y Tormenta de Arena y Espinardo ya habían regresado de cazar. Estrella de Fuego y Látigo Gris también estaban allí, hablando con Candeal y algunos de los guerreros

más experimentados. Espinela sabía que iban a tener problemas. Cuando se acercó con Floresta, los demás se volvieron hacia ellas y las miraron boquiabiertos. A Fronde Dorado le colgaba de la boca una cola de ratón, y Acedera tenía una pluma de mirlo pegada a la nariz.

—¿Qué os ha pasado? —les preguntó Tormenta de Arena, levantándose para salir a su encuentro—. Espinardo y yo creímos que estaríais siguiendo el rastro de una presa. ¿No habéis cazado nada?

Floresta negó con la cabeza.

—Nos hemos perdido.

Espinela se dio cuenta de lo inconsistente que resultaba aquella explicación. No podía culpar a los que las miraban con recelo, y se le aceleró el corazón cuando Estrella de Fuego las llamó con un movimiento de la cola. El líder del Clan del Trueno las observó, entornando sus relucientes ojos verdes.

—¿Os habéis perdido? —repitió—. ¿En el territorio del Clan del Trueno?

—¿Y por qué parece que alguien os haya empujado contra un zarzal? —preguntó Espinardo—. ¿Os habéis tropezado con gatos descarriados? ¿O con el Clan del Viento?

—No —respondió Espinela—. Sólo...

—¡Espinela! —Para alivio de la joven, su madre, Candeal, apartó a Espinardo y fulminó con la mirada a Estrella de Fuego —. ¿Qué más da dónde han estado? —maulló mientras cubría de lametones la cara y el cuello de su hija—. Es evidente que están heridas. Yo creía que os habíais entretenido con las presas de la estación de la hoja nueva —le dijo a Espinela—. No soporto pensar que hayáis tenido un auténtico problema.

—Estamos bien, en serio.

Candeal la miró amorosamente.

—Ya es bastante duro tener a una hija lejos. No puedo perder el rastro de la otra.

Espinela advirtió que Mili había salido de la guarida del curandero, ayudando a Gabarda a ir al montón de la carne fresca. No pareció reparar en Floresta hasta que Candeal la llamó.

—¡Mili! Floresta y Espinela se han perdido. Parece que lo han pasado mal.

Mili levantó la vista y luego dejó que Gabarda siguiera a rastras por el claro mientras ella iba a grandes zancadas hacia Floresta, agitando la punta de la cola con irritación.

«Caramba —pensó Espinela, sintiéndose culpable por el hecho de que Candeal se hubiese mostrado tan cariñosa y comprensiva con ella—. Es verdad que ahora parece que Mili tiene sólo una hija.»

—¿Dónde has estado? —espetó Mili—. ¡Has desperdiciado una mañana entera cuando podrías haber estado cazando! —Y mirando de reojo a Gabarda, que estaba esforzándose por llegar junto al grupo del montón de la carne fresca, añadió—: ¡Tu hermana daría lo que fuera por poder alimentar al clan! Ya es hora de que madures un poco, Floresta, y de que empieces a comportarte como una auténtica guerrera.

La mayoría de los gatos la miraron con los ojos abiertos de par en par.

—No les ha pasado nada —intervino Fronde Dorado, lanzándole un guiño a Floresta y observándola con preocupación—. Las dos están en casa sanas y salvas, y eso es lo principal, ¿no?

—¿Ah, sí? ¿En serio? —Mili gruñó mostrando los colmillos y lo miró con ojos rebosantes de amargura. Luego dio media vuelta y volvió con Gabarda.

Sintiéndose incómoda, Espinela se acercó a Floresta.

—Tu madre no pretendía decir eso… —empezó.

Floresta rechazó sus palabras con un movimiento de la cola.

—Da igual —masculló, siguiendo con la mirada a Mili, que

estaba ayudando a Gabarda a sacar un rollizo campañol del montón de la carne fresca—. Así es como son las cosas ahora. Será mejor que me acostumbre. Al menos en el Bosque Oscuro se fijan en mí.

Al oírla, Espinela sintió un escalofrío. «Me pregunto cuántos gatos como ella estarán dispuestos a escuchar las astutas palabras de Alcotán —se dijo, mirando a los miembros del Clan del Trueno, que se habían acomodado pacíficamente alrededor del montón de la carne fresca—. ¡Cualquiera de ellos podría estar entrenándose para combatir contra sus propios compañeros de clan cuando llegue la batalla final!»

19

—Por favor —suplicó Glayo—. Deja que me quede con Media Luna. Ésta es mi única oportunidad de vivir como mis compañeros de clan, de poder tener hijos y envejecer con una pareja.

—Ésa no es la razón por la que has vuelto con estos gatos —maulló Pedrusco, sombrío—. Y ése no es el destino de Media Luna. Ella debe convertirse en la primera Narrarrocas.

—¿Por qué? —La rabia y la frustración atenazaron a Glayo con la misma fuerza con que lo habían hecho las garras del águila—. ¿Por qué no puede serlo otro gato?

—Porque Media Luna puede leer los reflejos —respondió Pedrusco—. Ella vio la señal de la luna.

—¡Cualquiera podría haberla visto!

Pedrusco negó con la cabeza.

—Su destino no es tener hijos ni vivir la misma vida que sus compañeros, Glayo. Y tú debes ayudarla a que lo vea.

—¡¿Y eso no podrías haberlo hecho tú mismo?! —La rabia de Glayo iba en aumento. Estaba a punto de perder el control—. ¿Por qué me necesitabas a mí? ¿Sabías que sucedería esto? ¿Lo que yo sentiría por Media Luna?

Pedrusco bajó la cabeza, admitiendo que lo sabía todo.

—Tú tienes el poder de las estrellas, y hay algunas cosas que debes hacer, por muy difíciles que resulten.

—Pues no me parece justo. —Glayo flexionó las garras—. Y no puedes obligarme a hacerlo.

Giró en redondo, dispuesto a volver a la cueva y buscar a Media Luna, pero de pronto Pedrusco estaba delante de él, cortándole el paso con su figura imponente, a pesar de su ceguera y de su cuerpo pelado y escuálido.

—Puedo obligarte a hacerlo si es necesario —le advirtió en voz baja—. ¿De dónde crees que procede la profecía? Éste es tu destino. El tuyo y el de Media Luna.

Temblando de furia, Glayo siguió su camino y empezó a descender pegado a la cascada. Las heridas que le había hecho el águila seguían doliéndole, y empujado por la rabia el joven curandero perdió pie a pocas colas del final y cayó rodando hasta la entrada. Se quedó sin aire al aterrizar junto a la poza, y mientras se levantaba penosamente vio a Luna Naciente en el sendero que discurría por detrás de la catarata. Glayo se preparó para recibir más palabras de desprecio cuando la gata se le acercó, pero entonces se dio cuenta de que Luna Naciente lo miraba con un tierno interés.

—Gracias por tu coraje, Ala de Glayo —maulló la gata—. Si logramos sobrevivir aquí hasta que estemos lo bastante fuertes para regresar al lago, nos habrás hecho un gran favor.

Al seguirla al interior de la cueva, Glayo vio que la mayoría de los gatos estaban apiñados alrededor de Son de Roca y el resto de la patrulla.

—... Así que hemos saltado sobre las alas del águila y...

Son de Roca dio un salto enorme en el aire, y los tres cachorros de Pluma de Lechuza lo miraron con la boca abierta. Se habían olvidado del hambre que tenían.

—Venga, Salto Potente —le dijo un cachorro a uno de sus hermanos—. Yo voy a ser un águila, y Zorro Raudo y tú podéis atacarme.

—Eres un mandón, Roce de Ola —replicó Zorro Raudo—.

¡Yo quiero ser el águila!

Y dicho eso, se lanzó contra su hermano y los tres se revolcaron por el suelo.

Glayo reprimió un ronroneo de risa al ver a los pequeños comportándose de nuevo como cachorros. Por primera vez, percibió optimismo y buen humor entre aquellos gatos.

—... Y en ese momento el águila ha soltado a Ala de Glayo y ha salido volando —concluyó Son de Roca—. ¡La hemos vencido!

Los gatos que lo rodeaban estallaron en aullidos de aprobación. Son de Roca los dejó hacer, pero luego levantó la cola para pedir silencio.

—Necesitamos una patrulla de caza —continuó—. Rayo Hendido, tú vendrás conmigo, y Ala de Tórtola y Salto de Pez también. Habéis sido los mejores peleando contra el águila, así que nosotros protegeremos a los cazadores.

—Y Luna Naciente y Río del Alba deberían formar la pareja de caza —maulló Rayo Hendido, asintiendo con firmeza—. En el lago, ellas eran las mejores cobrándose piezas.

—Cierto. —Son de Roca reunió a su patrulla ondeando la cola—. Nos llevaremos a Brisa Susurrante también. Con eso debería bastar por ahora.

La patrulla se encaminó a la salida de la cueva, y el resto de los gatos se agrupó en una fila para verlos partir.

—¡Buena suerte! —les deseó Media Luna.

—¡Traednos algo sabroso! —añadió Caballo Veloz.

Glayo sabía que debería sentirse esperanzado. Aunque los gatos seguían pensando en volver al lago, al menos estaban haciendo un esfuerzo por adaptarse a la vida en las montañas. Pero no le quedaba sitio para la esperanza; sólo podía pensar en que tenía que enseñar a Media Luna a convertirse en Narrarrocas, y después de eso regresar con los clanes.

Cuando la patrulla se plantó ante la cascada, Son de Roca se

detuvo y saludó a Glayo antes de salir.

—Todo esto es gracias a ti, Ala de Glayo. Deberías quedarte aquí y descansar un poco después de la refriega.

El curandero inclinó la cabeza, aunque por dentro se sentía fatal. «Me tratan como si fuera uno de ellos, pero no lo soy. Yo pertenezco a otro lugar. Un lugar que queda a muchísimas lunas de distancia.»

Media Luna se acercó a él.

—¿Estás en condiciones de volver a salir? Estaba pensando en esas hierbas que encontraste ayer, cuando nos quedamos sepultados por la nieve. Deberíamos ir a ver si hay más.

Al mirarla a los ojos, Glayo sintió como si el corazón le pesara más que todas las montañas juntas.

—¿Podemos ir primero a la Gruta de las Rocas Puntiagudas?

La gata lo miró desconcertada, pero asintió.

—Si tú quieres...

Al cruzar la cueva, Glayo vio a Cervatilla Tímida tumbada cerca de Pluma de Lechuza, con el abultado vientre apoyado desgarbadamente. «Sus cachorros nacerán pronto», pensó.

Media Luna se detuvo a tocarla con la punta de la cola.

—Ahora estarás bien —susurró—. La patrulla te traerá algo de comer.

Cervatilla Tímida parpadeó agradecida, y Glayo se internó en el túnel que llevaba a la Gruta de las Rocas Puntiagudas. La luz del alba se colaba por el agujero del techo, convirtiendo los charcos en láminas de plata resplandeciente. El curandero paseó la vista por las agujas de piedra. Todo parecía exactamente igual que en la Tribu de las Aguas Rápidas. No sabría decir si las formaciones rocosas habían crecido desde entonces. Con el goteo del agua y la luz que se ondulaba entre las columnas y los pináculos, la gruta parecía tener vida propia.

—Me pregunto si habrán pasado por aquí otros gatos —maulló Media Luna, y su voz resonó en la cueva—. ¿Crees que

la luna brilla en los charcos todas las noches?

Glayo tragó saliva, incómodo.

—Tengo que decirte una cosa, Media Luna.

La gata se le acercó, y sus hermosos ojos verdes se clavaron en él, expectantes.

—¿Ah, sí, Ala de Glayo?

Tras tomar aire, el curandero comenzó a hablar sin apartar la mirada de uno de los charcos.

—Te he seguido hasta aquí por una razón. Yo... yo sé algunas cosas que tú no sabes.

Cuando por fin se atrevió a mirarla, descubrió que ella se estaba ahuecando el pelo juguetonamente. Era evidente que creía saber lo que él iba a decirle.

—No... no se trata de eso. —Glayo sentía como si estuvieran arrancándole las palabras a la fuerza—. Media Luna, éste es el lugar en el que estás destinada a vivir. Tú y todos los gatos del lago. Aquí vivieron otros gatos con anterioridad, y lograron sobrevivir, por muy complicado que parezca ahora. No podéis regresar al lago. Vuestro futuro está aquí.

Media Luna se quedó mirándolo como si le hubiera brotado una segunda cabeza. Seguir hablando en ese momento era una de las cosas más difíciles a las que Glayo se había enfrentado jamás. «Preferiría luchar contra todas las águilas de las montañas antes que decirle esto.»

—Tú te convertirás en su líder —continuó—. Esta cueva será vuestro hogar, y vuestros antepasados te guiarán con señales en los charcos, como el reflejo de la luna creciente que viste anoche. Serás conocida como Narrarrocas, la Narradora de las Rocas Puntiagudas. Éste es tu destino.

Durante unos instantes, el silencio se adueñó de la gruta.

—¡Bueno, qué nombre tan enrevesado! —exclamó finalmente Media Luna. Le temblaba la voz, aunque Glayo no sabía si de indignación o de risa—. ¿Esto es una broma?

—No, te prometo que no.

Se le cayó el alma a los pies al ver cómo los ojos verdes que lo habían mirado con tanto afecto se llenaban de rabia.

—¿Y has venido hasta aquí sólo para decirme eso? —estalló Media Luna—. ¿De dónde has sacado esas ideas tan descabelladas? Ala de Glayo, ¡te he confesado lo que siento! ¿Tan horrible es que quiera tener hijos contigo? Si no te interesa, ¿por qué no puedes simplemente rechazarme, como lo haría cualquier gato normal?

Su ira y su sensación de haber sido traicionada impactaron contra Glayo como una ola.

Desbordado, ahogándose en esos sentimientos, el curandero susurró:

—Esto no tiene nada que ver conmigo, Media Luna. ¡Es tu destino! ¡Lo siento mucho!

La gata dio un paso hacia él y lo fulminó con la mirada, pero entonces giró en redondo y salió de la gruta echando chispas.

—¡Espera...!

Glayo la siguió, y, al salir del túnel, la vio atravesar la cueva a la carrera, en dirección a la cascada.

«¡No debe salir ahí fuera! ¡Es peligroso!»

—¡Detente, Media Luna! —aulló.

La gata no le hizo caso, pero justo en ese momento sonó un débil gemido en el rincón en el que estaba tumbada Cervatilla Tímida.

—¡Media Luna, ayúdame! ¡Mis cachorros están en camino!

La gata blanca se detuvo, dio media vuelta y buscó a Glayo con la mirada.

—¡Ala de Glayo! ¡Aquí!

Glayo cruzó la cueva como una flecha y se reunió con ella junto a Cervatilla Tímida. Pluma de Lechuza también iba hacia allí, pero la retrasaban sus cachorros, que no paraban de metérsele entre las patas.

—¡Quedaos ahí! —riñó la criandera a los pequeños—. Esto no es para cachorros.

—Pero ¡queremos verlo! —protestó Salto Potente.

—¡No! Podéis jugar en ese rincón, pero no hagáis demasiado ruido. Es un momento difícil para Cervatilla Tímida.

Al observar a la gata embarazada, Glayo pensó que no podía estar más de acuerdo con aquella observación. El hinchado vientre de Cervatilla Tímida, que tenía las pupilas dilatadas y los ojos abiertos de par en par, era enorme para una gata tan menuda como ella. El curandero se preguntó cuántos cachorros llevaría en su interior.

—Por favor, ayudadme —susurró Cervatilla Tímida—. No sé qué hacer.

Glayo sintió un zarpazo de rabia al descubrir lo aterrorizada que estaba. La gata debería haber dado a luz en un mullido lecho de musgo y frondas, en una maternidad de verdad, y no allí, sobre aquel suelo rocoso, sin tener siquiera las hierbas apropiadas.

«Al menos tiene a un curandero», pensó.

—Media Luna —empezó brioso—, ¿recuerdas dónde encontramos el musgo para Nubarrón Gris? ¿Podrías recoger un poco más y empaparlo con agua para que Cervatilla Tímida pueda beber?

Media Luna asintió y se marchó a toda prisa.

—Pluma de Lechuza —continuó Glayo—, necesito un palo. Algo bueno y robusto que Cervatilla Tímida pueda morder cuando lleguen las contracciones. Deberías encontrar alguno por los arbustos que rodean la poza.

Pluma de Lechuza parpadeó sorprendida al recibir órdenes, pero no protestó, y, mientras iba hacia la salida, se limitó a decir por encima del hombro:

—Asegúrate de que mis hijos no me siguen al exterior.

Glayo devolvió su atención a Cervatilla Tímida. Estaba

teniendo fuertes contracciones y boqueaba de dolor.

—Relájate todo lo que puedas —le aconsejó el curandero—. Ya no tardará mucho.

Media Luna reapareció con una bola de musgo mojado entre los dientes y se sentó junto a Cervatilla Tímida, ayudándola a beber y lamiéndole las orejas para tranquilizarla.

La gata marrón sufrió otra contracción, y soltó un estridente maullido de dolor al empezar a empujar.

—Eso está muy bien —la animó Glayo—. Lo estás haciendo estupendamente.

Pluma de Lechuza llegó con el palo que Glayo le había pedido y lo dejó junto a Cervatilla Tímida, para que la gata pudiera morderlo.

—¿Cuántos cachorros crees que vienen? —le preguntó a Glayo.

El curandero palpó el vientre de Cervatilla Tímida.

—Tres por lo menos... —contestó, pensando en lo raro que era poder ver mientras asistía a un parto—. Espera, creo que ya sale el primero.

Un espasmo sacudió a Cervatilla Tímida, y Glayo oyó cómo el palo se rajaba entre sus dientes. Un instante después, un bultito de pelo húmedo cayó al suelo. Media Luna lo rodeó delicadamente con las zarpas y lo deslizó hacia su madre.

—Es un pequeño macho —anunció—. ¿No es precioso?

Cervatilla Tímida miró a su hijo. En sus ojos ya no quedaba ni rastro de miedo; había sido barrido por un amor arrollador.

—Es negro, igual que Bigotes Negros —murmuró, bajando la cabeza para lamerlo.

Glayo le dio un empujoncito.

—Concéntrate. Aún quedan más por nacer.

—Sí. Yo... ¡oh! —Sus palabras terminaron en un alarido cuando el dolor la atenazó de nuevo.

Glayo le masajeó la tripa mientras Media Luna le acariciaba

la cabeza.

—Respira hondo —la animó—. Todo habrá acabado enseguida.

Entonces llegó otro cachorro. Glayo lo atrapó cuidadosamente con las zarpas delanteras y lo depositó junto a su hermano.

—Otro macho. Y el siguiente viene justo detrás...

Mientras Cervatilla Tímida se esforzaba por traer al mundo a su tercer hijo, se oyeron aullidos jubilosos fuera de la cueva. Al girarse, Glayo vio que la patrulla de caza entraba atropelladamente. Son de Roca llevaba un campañol, y Rayo Hendido arrastraba una enorme liebre, blanca como la nieve.

—¡Ha funcionado! —Salto de Pez entró brincando—. Un halcón se nos ha echado encima, pero al ver nuestras garras se ha marchado volando.

—Deberíamos idear una manera de cazar aves —maulló Ala de Tórtola—. ¡Un águila nos alimentaría durante días!

Entonces la patrulla de caza enmudeció al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Son de Roca soltó el campañol y corrió junto a Cervatilla Tímida.

—¡Sus hijos ya están aquí! —exclamó—. ¿Ella está bien?

—Está bien —respondió Glayo.

Y entonces llegó el tercer cachorro, una gatita. Al mirar a la exhausta madre, el curandero dudó de lo que acababa de afirmar, pero prefirió no decir nada. Cervatilla Tímida había pasado hambre y se había consumido durante el viaje, llorando la pérdida de su pareja, y además la vida en la cueva seguía pareciendo bastante desoladora... Pero al menos la caza había sido todo un éxito.

—Traedle algo de comer —ordenó Glayo—. Y cuando esté lista, la piel de esa liebre será estupenda para mantener calientes a los cachorros.

Para entonces, los tres recién nacidos estaban empezando a

gimotear y a retorcerse. Su madre los atrajo para amamantarlos, pero Glayo los detuvo y pasó una zarpa por el vientre de la gata.

—Aún no has terminado —le dijo—. Queda un cachorro por nacer.

Cervatilla Tímida hizo un último esfuerzo, soltando un estridente maullido. El último pequeño se deslizó hasta el suelo, pero se quedó inmóvil.

—¡Ahí está! —exclamó Media Luna—. ¡Bien hecho, Cervatilla Tímida!

La gata se derrumbó, agotada, y Media Luna guió a los cachorros a la curva del vientre de su madre. Cada uno se agarró a un pezón, y cuando comenzaron a mamar sus chillidos lastimeros dieron paso al silencio.

Glayo palpó delicadamente al cuarto. Era otro macho, éste de pelaje atigrado dorado, y a pesar de ser tan pequeño parecía robusto y fuerte, aunque seguía sin moverse.

—¿Está muerto? —susurró Media Luna.

El curandero creyó detectar el débil aleteo de un latido, pero parecía que el cachorro no respiraba.

—No está muerto —respondió—. ¡Y no voy a permitir que se rinda tan fácilmente!

Con la zarpa, consiguió sacar una pequeña mucosidad de la boca del gatito, y luego comenzó a lamerlo vigorosamente a contrapelo para que entrara en calor y su cuerpo se pusiera en funcionamiento. Cervatilla Tímida levantó la cabeza angustiada para observarlos, y justo en ese momento el minúsculo cachorro dio un respingo entre las zarpas de Glayo, tomó una bocanada de aire y le soltó un sonoro aullido directamente al curandero, que se quedó mirando el familiar pelaje dorado y la constitución del gatito, maravillado por la fuerza que parecía despedir aquel cuerpecillo.

—Ruge como un león —comentó un gato detrás de Glayo.

—Entonces lo llamaré Rugido de León —murmuró Cervatilla Tímida con orgullo.

«No —pensó Glayo—. Éste es Leonado. Bienvenido, hermano.»

Le dio un lametazo entre las orejas y lo colocó junto al vientre de su madre, donde se puso a mamar con ganas al lado de sus hermanos. Al mirar por encima del hombro, Glayo vio a Ala de Tórtola entre los gatos que los rodeaban. La gata gris estaba contemplando maravillada cómo Cervatilla Tímida cuidaba de su camada.

«Y tú también estás aquí —pensó el curandero—. Qué raro: en nuestra época también se llama Ala de Tórtola... —Y mirando a Ala de Tórtola y a Rugido de León, añadió para sí mismo—: Los tres estamos aquí ahora, aunque los otros dos no sean conscientes de ello. El Poder de los Tres ha comenzado.»

De repente, percibió una presencia familiar a sus espaldas.

—Ya es casi la hora —le susurró Pedrusco.

Glayo se puso tenso, y por un instante contempló la posibilidad de desoír el aviso del gato antiguo. Luego suspiró. Sabía que era inútil luchar contra el destino. Al mirar alrededor, vio a Media Luna y se dirigió hacia ella.

—Venga. Vamos fuera a tomar un poco el aire —dijo en un susurro.

La gata asintió y lo siguió por el sendero y las rocas que bordeaban la cascada. Asombrado, Glayo descubrió que el corto día de la estación sin hojas había terminado y que la luna brillaba en lo alto, un poco más reluciente y redonda que la noche anterior.

Plantada al borde del precipicio, con el pelo alborotado por la brisa, la gata blanca contempló la luna creciente.

—Siempre está ahí —susurró.

—Sí. Y siempre lo estará —respondió el curandero—. Igual que tus descendientes estarán aquí. Eres tú quien debe hacer

que se queden, Media Luna. Eres tú quien debe convencerlos de que pueden sobrevivir con sus nuevas técnicas de caza. Y también deberás usar todas tus habilidades con las hierbas para cuidar de ellos.

Los ojos verdes de la gata lo miraron con preocupación.

—No quiero ser líder —protestó.

—Entonces considérate su sanadora.

Ella apartó la vista, como si no quisiera que Glayo viera el dolor en sus ojos.

—Tú crees en esto realmente, ¿verdad?

Glayo se acercó un poco más para tocarle la punta de la oreja con el hocico.

—Sí. Todo esto estaba destinado a ser tal como es. Por mucho que yo desee que las cosas fuesen diferentes.

Media Luna soltó un largo suspiro y, cerrando los ojos, se apoyó en Glayo.

—Vas a abandonarme otra vez, ¿no es así?

Él asintió.

—Lo siento muchísimo. Ojalá pudiera quedarme... —Le dio un lametón, pero apenas encontró consuelo en aquel gesto—. Serás una gran sanadora. Deja que la luna y las estrellas te guíen. Te prometo que todo irá bien.

La gata lo miró a los ojos.

—Te creo, porque confío en ti —dijo ella en voz baja.

Glayo dio un paso atrás. La luz de la luna creciente los bañaba, convirtiendo en plata el pelaje blanco de Media Luna, y como si hubiera una voz susurrándole las palabras en su cabeza, el curandero supo lo que tenía que decir:

—A partir de este momento serás conocida como la Narradora de las Rocas Puntiagudas. Otros vendrán después de ti, luna tras luna tras luna. Elígelos bien, entrénalos bien y confíales el futuro de tu tribu.

—¿Tribu? —repitió Media Luna.

—Sí. Ahora sois una tribu; una tribu unida en la lealtad a todo lo que tú representas. No será fácil, pero los demás irán entendiendo lo que es necesario hacer para manteneros a salvo en estas montañas. Y siempre estaréis aquí.

—Te echaré de menos —maulló la gata, desolada.

—Y yo a ti. Jamás te olvidaré; te lo prometo.

Glayo se inclinó hacia ella para tocarle el hocico con el suyo. «Ojalá...», pensó.

Media Luna fue la primera en separarse. El curandero la vio descender ágilmente junto a la cascada y cómo se detenía al final del sendero para lanzarle una última y breve mirada antes de desaparecer en la cueva.

—Adiós, Narrarrocas —murmuró Glayo—. Que la Tribu de la Caza Interminable ilumine siempre tu camino.

20

—¡Cagarrutas de ratón! ¿A quién se le ocurrió que el entrenamiento nocturno sería una buena idea? —masculló Espinardo, sacándose un zarcillo rastrero de un tirón y dejándose en él un mechón de pelo atigrado—. ¡No puedo ni verme las patas!

Leonado reprimió un ronroneo de risa.

—Habrá sido Estrella de Fuego —maulló—. Ya sabes que quiere que todos mantengamos en forma nuestras habilidades.

Espinardo soltó un resoplido de fastidio y siguió al resto de la patrulla.

Leonado ocupó el último puesto plantando bien las orejas, pero lo único que oyó fueron las leves pisadas de sus compañeros de clan y el susurro de las ramas bajo la brisa. El bosque estaba fresco y tranquilo, y sólo una fina luna creciente iluminaba su camino.

Fronde Dorado, que encabezaba la patrulla, se detuvo en el siguiente claro.

—Bien, éste es el ejercicio —empezó—. Nos dividiremos en dos patrullas. Yo dirigiré una, con Espinardo, Abejorro Negro y Betulón. Acedera, tú dirigirás la otra, con Espinela, Leonado y Bayo.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer? —preguntó Bayo, arañando las hojas muertas del suelo.

—Las dos patrullas deben intentar tomar el control de la vieja casa de los Dos Patas —explicó Fronde Dorado—. Y deben impedir que la otra lo tome, por supuesto... Ah, y mejor aún si podemos localizar y capturar a algún miembro de la patrulla rival.

—¡Eso suena divertido! —exclamó Abejorro Negro.

Acedera levantó la cola.

—Fronde Dorado, no vamos a pelear en serio, ¿verdad? Si uno de nosotros salta sobre vuestra patrulla, entonces habremos ganado, ¿no?

—¡Ni en sueños vais a ganar! —Fronde Dorado le guiñó un ojo a su pareja con cariño—. Pero, sí, bien visto. Si alguien te salta encima, te rindes. Es un ejercicio de rastreo nocturno, no de combate.

Como no había más preguntas, Fronde Dorado hizo ondear la cola para indicarle a su patrulla que lo siguiera. Acedera se quedó mirando con los ojos entornados cómo se alejaban, y Leonado supuso que estaba intentando averiguar qué ruta iban a tomar. Finalmente, la guerrera movió las orejas para que su patrulla se pusiera en marcha, y todos fueron hacia los árboles.

Allí, la vegetación era más frondosa; resultaba difícil desplazarse en silencio, y más difícil aún ver a los demás. Ni la fina luna creciente ni la débil luz de las estrellas servían de mucho, y mientras intentaba descender sigilosamente por una pendiente cubierta de helechos, Leonado chocó con Acedera y se dio cuenta de que la gata se había parado.

—¡Lo siento!

Acedera respondió con un leve asentimiento y luego reunió a los otros con un movimiento de la cola.

—¿Alguna propuesta? —susurró—. ¿Espinela?

Los ojos de la joven relucían en la oscuridad.

—Tenemos que permanecer pegados a las sombras —maulló — e intentar no rozar la vegetación. Deberíamos movernos

como si estuviéramos cazando y hubiéramos visto una presa.

Acedera asintió con aprobación.

—Muy bien.

Leonado había tenido que contener un escalofrío al oír a Espinela. Entrenarse en el Bosque Oscuro la había vuelto muy diestra en el acecho nocturno.

—¿Por qué estamos aquí parados? —se quejó Bayo—. A estas alturas, los otros pueden estar ya en la casa de los Dos Patas.

—No creo —murmuró Acedera—. Sé cómo piensa Fronde Dorado. Darán un rodeo muy amplio e intentarán llegar a la casa desde el otro lado, para que no podamos localizarlos. —Sus ojos centellearon en la oscuridad—. ¡Al menos, eso es lo que él espera que suceda! ¡En marcha!

La patrulla siguió descendiendo por la pendiente y atravesó un seto de avellanos, y Leonado se fijó en la seguridad con la que se movía Espinela, zigzagueando entre la maleza como una sombra fugaz, como si supiera instintivamente cuándo agacharse porque había ramas bajas o cuándo deslizarse de una zona oscura a otra casi sin ser vista. El guerrero se encontraba dividido entre la admiración y el recelo. ¿Se estaban convirtiendo las tácticas del Bosque Oscuro en parte de las habilidades del Clan del Trueno? ¿Era eso lo que Estrella de Tigre pretendía?

«¿O Espinela tendrá problemas en su próxima visita al Bosque Oscuro por revelar sus secretos? —Leonado suspiró—. Bueno, al menos ahora está aquí, y no entrenándose con nuestros enemigos en sueños.»

—¡Eh! ¡Cerebro de ratón! ¿Estás dormido o qué?

Leonado pegó un brinco al oír el bufido irritado de Bayo, y se lo encontró a pocos pasos de distancia, lanzándole una mirada asesina por encima del hombro.

—Vale, ya voy —respondió, apretando el paso para alcanzarlo.

Acedera se había detenido en el borde del viejo sendero atronador; la vivienda de los Dos Patas estaba al otro lado, a varios zorros de distancia, pero aún no la veían.

—Vamos a ganar, sin duda alguna. —La voz de la guerrera era un murmullo casi inaudible—. Bayo, tú vendrás conmigo, nosotros dos tomaremos la casa.

El joven guerrero hinchó el pecho de orgullo.

—Leonado, Espinela y tú vais a capturar a uno de los gatos de la patrulla de Fronde Dorado. Si no me equivoco, llegarán por esa zona. —Acedera señaló con la cola al otro lado del sendero atronador.

Leonado asintió y notó que Espinela temblaba de impaciencia por ponerse en marcha. Moviendo las orejas, Acedera les indicó que ya podían avanzar y luego le hizo una señal a Bayo para que la siguiera. Los dos guerreros echaron a andar por el sendero atronador, pegados al borde y a la sombra de los helechos, y al cabo de unos instantes Leonado dejó de verlos. Saboreó el aire, pero no logró captar el menor rastro de la otra patrulla —«Bien. Eso significa que ellos tampoco pueden olernos a nosotros»—, y tras hacerle un gesto con las orejas a Espinela, empezó a cruzar el pavimento de piedra del sendero atronador rozando el suelo con la barriga.

Se internó en la densa vegetación del otro extremo y se dirigió a la parte trasera de la vivienda de los Dos Patas. Mientras se abría paso entre los gruesos tallos, fue consciente de su propia corpulencia y volvió a admirar los movimientos sinuosos y hábiles de Espinela, que avanzaba veloz y segura a pesar de la oscuridad.

El guerrero saboreó el aire de nuevo, y esta vez captó un rastro felino. «¡Acedera tenía razón con la zona por la que Fronde Dorado iba a acercarse a la vivienda!» Ladeó las orejas hacia Espinela y tomó un rumbo ligeramente distinto para dirigirse al olor. Moviéndose entre las sombras más deprisa de

lo que él podría, la joven lo adelantó y luego levantó la cola, avisándolo de que parara. Allí el olor a gato era más intenso, y Leonado aguzó el oído en busca de movimientos. Al principio no detectó nada, pero un instante después oyó un leve crujido, como si una zarpa hubiese pisado una hoja seca.

Espinela también lo había oído. Hizo un gesto con la cola, indicándole a Leonado que diera un rodeo para atacar a la patrulla por dos flancos. El guerrero se situó en su nueva posición y esperó debajo de un acebo que crecía junto a un zarzal. Aunque no podía ver a la patrulla de Fronde Dorado, tenía una idea bastante precisa de dónde estaba y no entendía por qué Espinela seguía indicándole que esperara.

Leonado agitó la cola con frustración. «¿A qué está jugando?»

Se oyó un leve susurro, y el gato que encabezaba la patrulla —Espinardo— salió de entre una mata de helechos. Se encaminaba hacia el zarzal y, por primera vez, Leonado reparó en una estrecha senda que discurría entre las zarzas en dirección a la vivienda de los Dos Patas. Espinardo se metió por allí, seguido de Betulón y Abejorro Negro. Fronde Dorado cubría la retaguardia, mirando por encima del hombro de vez en cuando, como si estuviera comprobando que la patrulla de Acedera no los seguía.

«No, no vamos detrás, cabeza de chorlito —pensó Leonado con regocijo—. ¡Ya estamos aquí!»

Entonces entendió por fin la estrategia de Espinela. Miró hacia donde estaba ella, agazapada al abrigo de una roca, en posición de ataque, y él también tensó los músculos, listo para saltar.

Los tres primeros gatos ya habían entrado en el zarzal, tomando la senda que sólo les permitía ir en fila de a uno, pero Fronde Dorado se detuvo en la entrada para echar un último vistazo alrededor y, con expresión repentinamente recelosa, abrió la boca para saborear el aire.

«¡Ahora!»

Saltando al mismo tiempo, Leonado y Espinela cayeron sobre Fronde Dorado y lo derribaron en una maraña de patas y colas desatadas. El guerrero soltó un alarido de sorpresa.

—¡Te tenemos! —declaró Leonado—. Ahora eres nuestro prisionero, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Fronde Dorado pesaroso, con las zarpas de Espinela sobre el pecho.

Del zarzal brotaron varios aullidos, y Leonado distinguió la voz de Espinardo, que gritaba desesperadamente:

—¡Dad media vuelta, por el Clan Estelar! ¡Atrás!

—¡No puedo! —Ése era Abejorro Negro—. ¡Esto es demasiado estrecho!

—¡Cagarrutas de ratón! ¡Estoy enganchado! —gruñó Betulón—. Tendremos que seguir adelante.

Sintiendo un burbujeo de risa, Leonado hizo ondear la cola para que Espinela dejara que Fronde Dorado se incorporara.

—No hace falta que nos preocupemos por ellos en un rato —maulló—. Volvamos a la casa.

Ahora ya podían correr a través del bosque sin temer que los oyeran o los viesen. Leonado se puso en cabeza al salir de entre la vegetación y recorrió el pinar de detrás de la vivienda de los Dos Patas, y finalmente se coló por un hueco en la pared de piedra.

—¡Fuera de...! Oh, eres tú... —Bayo frenó justo a tiempo antes de saltar sobre Leonado, que entró seguido de Fronde Dorado y Espinela.

Acedera, que estaba dando vueltas junto a las paredes para vigilar a la vez todas las vías de entrada, se detuvo en seco y levantó la cola con sorpresa y aprobación.

—¡Genial! ¡Habéis atrapado a un enemigo! —Se acercó a Fronde Dorado para entrechocar la nariz con la de él—. Bienvenido a «nuestra» guarida.

Con un ronroneo, Fronde Dorado restregó el hocico contra su lomo.

—¡Bien hecho!

Poco después, el resto de la patrulla de Fronde Dorado apareció resollando por el agujero de la pared. A todos les faltaba algún que otro mechón de pelo, y Betulón tenía un arañazo en la nariz. ¡El zarzal había hecho el trabajo duro para la patrulla vencedora!

—Vale, nos habéis ganado. —Espinardo se dejó caer de costado—. Ha sido un movimiento muy ingenioso.

—Deberíamos comentar lo que hemos aprendido —maulló Fronde Dorado, sentándose junto a su pareja—. ¿Qué haríais de forma distinta si repitiéramos el ejercicio?

—Yo me mantendría lo más lejos posible de las zarzas —respondió Betulón con sinceridad, antes de lamerse una pata para pasársela por la nariz.

—Lo de dividirse ha sido una buena idea —intervino Abejorro Negro—. ¿Por qué no se nos ha ocurrido a nosotros?

—Sí, ha sido una idea excelente —coincidió Fronde Dorado, mirando con aprobación a Leonado—. Espinela y tú nos habéis distraído mientras Acedera y Bayo capturaban la casa.

—Yo no he tenido nada que ver con eso —lo corrigió Leonado—. La idea de dividirnos ha sido de Acedera, y es Espinela quien ha propuesto que te esperáramos junto a ese zarzal.

Los demás se quedaron impresionados, mientras las dos gatas ronroneaban de satisfacción.

—También podemos aprender de lo que hemos hecho mal —continuó Fronde Dorado, retirándose un trozo de helecho que se le había pegado al pelo—. Yo debería haber dejado a dos gatos vigilando al final de la senda entre las zarzas.

—O haber buscado una ruta distinta —aportó Espinardo—. En un paso estrecho como ése, éramos demasiado vulnerables.

Cuando Leonado y Espinela te han atacado, no hemos podido volver para ayudarte.

—Nosotros tampoco lo hemos hecho todo bien —se sumó Acedera—. Había olvidado cuántas vías de entrada hay en esta casa. Al llegar aquí, Bayo y yo hemos tenido que correr sin descanso para tenerlas vigiladas todas a la vez. Habríamos tenido problemas si vuestra patrulla hubiera llegado antes —le confesó a Fronde Dorado.

Él le tocó la oreja con la cola.

—Entonces, todos hemos aprendido algo. A Estrella de Fuego le alegrará saberlo cuando lo informe por la mañana.

Haciendo un movimiento de la cola para que lo siguieran, el guerrero se puso en pie y salió de la casa acompañado de Acedera.

Leonado se encontró al final de la patrulla, caminando al lado de Espinela.

—¡Buen trabajo! —maulló, tocándole brevemente el lomo con la cola.

Ella se dio unos lametazos en el pecho, azorada.

—Gracias.

—Tú… has aprendido la mayor parte de esas técnicas en el Bosque Oscuro, ¿verdad? —se atrevió a preguntarle él.

La gata levantó la cabeza de golpe y lo miró como si se pusiera a la defensiva.

—Sí, pero jamás las utilizaría contra mis propios compañeros de clan.

—Por supuesto que no —replicó Leonado para tranquilizarla —. Sólo pretendía señalar que eres cada vez mejor, nada más.

—Yo… me siento mal usando mis destrezas del Bosque Oscuro como guerrera del Clan del Trueno —admitió, saltando sobre una rama caída—. Es como si estuviera traicionando el entrenamiento que he recibido en el clan.

Leonado parpadeó, recordando sus propias sesiones

nocturnas con Estrella de Tigre. Él seguía empleando movimientos y tácticas que había aprendido del sanguinario guerrero del Bosque Oscuro.

—Cualquier fuente de conocimientos es buena —maulló muy serio—. Una batalla es una batalla, y vencer es lo más importante.

Espinela asintió, aunque seguía sin parecer muy convencida. Dándole vueltas a lo que él mismo acababa de decir, Leonado se preguntó si las fuerzas oscuras estarían entrenando a más gatos.

—¿Has visto a algún otro miembro del Clan del Trueno en el Bosque Oscuro? —preguntó como de paso.

Se dio cuenta de que la guerrera se ponía tensa, y de que tardaba bastante en responder.

—Nos mantienen separados —contestó ella finalmente—. He visto a un gato del Clan del Viento... el que estaba herido, Hormiguero... pero en general me entreno con otros miembros del Bosque Oscuro. Creo que nos tienen separados a propósito.

Para Leonado fue evidente que la joven no se sentía cómoda hablando del Bosque Oscuro. Al ver la hondonada rocosa a poca distancia, entre los árboles, le hizo un gesto con la cola a Espinela, dejándola libre para que se adelantara. El guerrero la siguió más despacio, pensando en lo que ella acababa de decirle. De repente se detuvo, conteniendo un escalofrío.

«¡Espinela no ha respondido a mi pregunta! No ha dicho en ningún momento que no haya visto a otros gatos del Clan del Trueno en el Lugar Sin Estrellas.»

El escalofrío cruzó su pelaje de la cabeza a los pies.

«¿Qué otros compañeros de clan estarán siendo entrenados por los gatos que quieren destruir a todos los clanes?»

21

A Ala de Tórtola le dolían las orejas, taponadas por la nieve, que también se le metía en los ojos y le congelaba las patas hasta que ella sentía como si le quemaran.

—Odio la nieve —rezongó—. Daría lo que fuese por estar de vuelta en el bosque.

—Yo también —coincidió Raposo.

La joven guerrera se había dado cuenta de que los gatos de la tribu se movían con muchísima más facilidad por el terreno. Parecían saber instintivamente dónde había rocas sobre las que saltar, incluso cuando estaban cubiertas por una fina capa de nieve...

Y mientras admiraba la agilidad de Gotas, Ala de Tórtola se olvidó de mirar dónde pisaba... y de pronto la nieve cedió bajo su cuerpo y ella sintió cómo se hundía en un ventisquero.

—¡Otra vez no! ¡Ayuda! —chilló, sacudiendo las patas como si intentara nadar a través de los arenosos copos blancos.

Peñasco regresó corriendo junto a ella y se inclinó para agarrarla por el pescuezo. «¡Como si fuera una cachorrita!», pensó Ala de Tórtola malhumorada, pataleando mientras el guardacuevas la izaba para depositarla sobre una roca firme.

—¡Gracias! —exclamó la guerrera con voz estrangulada.

En los ojos de Peñasco había un brillo risueño.

—De nada —ronroneó—. Cuando me necesites, sólo tienes

que pedirlo.

—¿Hasta dónde tenemos que ir? —preguntó Raposo, sacudiéndose la nieve de las orejas.

—¿Veis ese pino de ahí? —Rapiña señaló con la cola—. ¿Ese chamuscado por un rayo? Es el siguiente marcador fronterizo.

—Cuando lleguemos allí, habremos cubierto la mitad de la frontera —añadió Peñasco—. Luego podemos regresar, pero seguiremos ojo avizor por si encontramos alguna presa.

Ala de Tórtola suspiró mientras miraba el pino fulminado por el rayo. Estaba en medio de la ladera del otro lado del valle, y parecía un trayecto muy largo.

—Alguna presa —le susurró Raposo al oído—. En ese árbol requemado sólo podría vivir el esqueleto de una ardilla.

A pesar de su malestar, Ala de Tórtola ronroneó de risa.

—¡Al menos podríamos roer los huesos!

Siguiendo a Peñasco, la patrulla bajó lentamente al valle, cruzó un arroyo helado y comenzó a subir la otra ladera. Ya casi habían llegado al árbol cuando Ala de Tórtola oyó un grito de alarma, seguido de los aullidos de dolor de un gato, el batir furioso de unas alas y el correteo de unas zarpas sobre la roca dura. Se quedó petrificada un instante. Obviamente, sus compañeros no habían oído nada, pero los sonidos no cesaron; cada vez eran más fuertes y agónicos...

La joven giró en redondo y miró al otro lado del valle.

«¿Los gatos de la tribu tienen problemas?»

Mucho más arriba, en la ladera del otro extremo, la guerrera vio a un grupo de gatos debatiéndose en la nieve. Un enorme pájaro de color marrón dorado revoloteaba sobre ellos, atacándolos con sus ganchudas garras.

—¡Eh, mirad eso! —exclamó.

Gotas se giró y entornó los ojos.

—Parece que los intrusos tienen problemas con un águila... —maulló muy seria—. Les está bien empleado. ¡Están dentro

de nuestro territorio!

—¿No deberíamos ayudarlos? —preguntó Ala de Tórtola.

Rapiña se encogió de hombros.

—Tendrán que aprender a defenderse por sí mismos, como hicieron nuestros antepasados.

—Pero ¡no podemos quedarnos mirando cómo los mata! —protestó Raposo.

—No los matará a todos —replicó Peñasco con calma—. Quizá se lleve a uno, eso es todo.

En los ojos de Raposo se encendió el brillo de la batalla.

—Cuando los clanes tenemos un enemigo común, nos unimos para defendernos. ¡Tenemos que ayudar a esos gatos!

Rapiña seguía pareciendo indecisa, pero Gotas asintió de mala gana.

—Raposo tiene razón. No podemos quedarnos aquí mirando. Y si los ayudamos, ¡nos deberán las presas que hayan cazado!

Peñasco vaciló un instante, pero finalmente asintió y se puso en marcha, indicando a los demás que lo siguieran. Al ir acercándose, Ala de Tórtola se quedó casi sorda por los alaridos de espanto y dolor. «¡Esa águila no piensa rendirse!»

Tras ascender a la carrera una pequeña elevación, se dirigieron hacia la batalla. Había cuatro gatos luchando contra un águila enorme, que tenía las garras clavadas en el pellejo de una gata blanca y marrón. La gata sacudía las patas débilmente, mientras sus tres compañeros saltaban hacia el ave para clavarle las uñas.

—¡Ésa es Flora! —exclamó Gotas.

—Gotas, tú ataca el flanco del ala más lejana con Rapiña —ordenó Peñasco—. Yo iré a por la más cercana. Esperad a mi señal.

—¿Y nosotros qué hacemos? —preguntó Ala de Tórtola.

—Lo mejor es que os quitéis de en medio —respondió Peñasco mientras Rapiña y Gotas rodeaban al águila a la

carrera—. No estáis entrenados en este tipo de combate.

Ala de Tórtola y Raposo se quedaron juntos al abrigo de una roca, mirando cómo el ave se libraba de los intrusos. Una gata tricolor, no más grande que un aprendiz, salió volando contra una peña y se quedó tirada en el suelo, sangrando por una oreja.

—¡Ahora! —aulló Peñasco.

Mientras él saltaba sobre una de las alas del ave, Rapiña y Gotas saltaron sobre la otra y trataron de retener a la rapaz, que soltó un estridente gañido de rabia. Ala de Tórtola supuso que sus garras estarían aferrando a Flora con más fuerza, y tembló aterrorizada al ver los iracundos ojos amarillos del águila. «¿Es así como se sienten las presas?»

Los otros dos intrusos, uno negro y otro marrón, flaco y de grandes orejas, se unieron a la batalla arañando las patas del ave, pero ya estaban heridos y agotados, y sus ataques eran débiles. El águila era enorme y decidida, y casi estuvo a punto de salir volando con la pequeña gata, a pesar del lastre que suponían los miembros de la tribu aferrados a sus alas.

«Son sólo tres —pensó Ala de Tórtola, desbordada por el miedo—. No pueden hacerlo solos...»

—Ya he tenido bastante —mascculló Raposo—. ¡No voy a quedarme aquí agazapado como una inútil bola de pelo!

El joven guerrero se lanzó hacia delante y se enganchó al ala del águila, justo en el instante en que la gigantesca rapaz acababa de sacarse de encima a Peñasco con un chillido. El guardacuevas se retorció en el aire y atacó las patas desnudas y nudosas del ave, lanzando arañazos a derecha e izquierda. Con un alarido furibundo, el águila soltó a Flora, que se quedó inmóvil en el suelo. Rapiña y Gotas se apartaron ágilmente, saltando a la vez.

—¡Muy bien, Raposo! —exclamó Peñasco—. ¡Puedes soltarte!

Pero Raposo no se soltó. A Ala de Tórtola se le aceleró el corazón al darse cuenta de que su compañero de clan estaba enganchado. Colgaba del ave retorciéndose y debatiéndose para liberarse, mientras el águila comenzaba a batir las alas.

Antes de que ninguno de ellos reaccionara, Rapiña soltó un aullido furioso.

—¡No!

Volvió a dar un gran salto y se aferró al ala del ave con una zarpa mientras con la otra soltaba a Raposo. El joven guerrero logró liberarse por fin y aterrizó duramente en el suelo, resollando, pero, justo cuando Rapiña se disponía a saltar de nuevo al suelo, el águila giró en redondo en medio de una tormenta de aleteos, estiró las garras manchadas de sangre y las hundió en el lomo de la gata.

—¡Rapiña! —bramó Gotas, intentando ir tras ella de un salto. Pero el águila ya estaba subiendo por los aires...

—¡No! —gritó Rapiña, pataleando—. ¡Ayuda! ¡Peñasco! ¡Gotas...!

Ala de Tórtola siguió oyendo sus gritos mientras el águila batía las alas con más fuerza y se la llevaba lejos, hasta desaparecer tras una cumbre lejana. El sonido del pánico de Rapiña resonó en su cabeza, hasta que creyó que nunca volvería a oír otra cosa.

Temblando, la joven guerrera se tapó los oídos con las patas.

—Lo lamento, Rapiña —susurró—. No hay nada que yo pueda hacer...

Se hizo el silencio. La ladera cubierta de nieve estaba salpicada de sangre y de plumas. Los gatos de la tribu permanecieron mudos, viendo cómo Ala de Tórtola se retorcía de dolor. Los intrusos se habían levantado; incluso Flora, la gata que había estado en las garras del águila, se incorporó con patas temblorosas. Intercambiaron breves miradas de culpabilidad, pero no dijeron nada.

Ala de Tórtola alzó la cabeza, sintiendo que un espanto glacial le corría por las venas. Ya no oía gritar a Rapiña... y ése era el peor sonido de todos.

—Está muerta —susurró.

Raposo se levantó tambaleándose y se plantó ante los gatos de la tribu.

—Lo siento —maulló, con la voz cargada de angustia—. Ha sido culpa mía.

—¡Sí! —bufó Gotas, con los ojos entornados por el pesar y la hostilidad—. Te habíamos dicho que te mantuvieras al margen. Si hubieras obedecido a Peñasco, Rapiña seguiría viva.

—Lo sé. Y lo siento... —repitió el guerrero.

Ala de Tórtola se le acercó para hundir el hocico en su pelo.

—No ha sido culpa tuya —dijo en un susurro—. Sólo estabas intentando ayudar. Sin ti, el águila quizá se habría llevado a Flora.

—¡Mejor una intrusa que un gato de la tribu! —gruñó Gotas.

Raposo no respondió; se limitó a mirarse las patas, abatido.

Peñasco soltó un largo suspiro.

—Culpar a Raposo no servirá de nada. Será mejor que regresemos a la cueva.

Cuando echaron a andar, el intruso negro dio un paso adelante.

—¡Esperad!

Gotas giró en redondo, flexionando las garras.

—¿Qué?

—Nada. —Parecía avergonzado y culpable—. Sólo... quería daros las gracias.

La gata de tribu soltó un resoplido asqueado y siguió andando con una última mirada por encima del hombro.

—¡Ni se os ocurra volver a traspasar la frontera! —gruñó.

Ala de Tórtola avanzó a trompicones por la nieve. Sentía tanto dolor en su interior que apenas se acordaba de sus zarpas

heladas y de sus orejas doloridas. Lo único que oía era el eco de los aterrorizados alaridos de Rapiña mientras el águila se la llevaba.

«No deberíamos haber venido aquí jamás. Esto no tiene nada que ver con la profecía o con mantener a los clanes a salvo del Bosque Oscuro.»

Cuando llegaron a la cascada, el sol estaba desapareciendo tras una masa de nubes tormentosas. Esquiruela, que estaba charlando con Garra y Ave, se levantó de un salto al ver que la patrulla entraba en la cueva trastabillando.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber, acercándose con miedo en los ojos.

—Hemos ido a ayudar… —empezó Peñasco, pero Gotas lo interrumpió sacudiendo la cola.

—Rapiña está muerta —anunció con voz ronca—. Se la ha llevado un águila mientras intentaba salvar a este gato —añadió, fulminando con la mirada a Raposo—. Ha decidido intervenir en la batalla, aunque le habíamos dicho que no lo hiciera.

Esquiruela soltó un respingo horrorizado. Más gatos se apiñaron a su alrededor, con Borrascoso y Rivera en cabeza.

—¡Eso es horrible! —exclamó Borrascoso.

Rivera asintió, acariciando con la cola a Gotas.

—Hacía muchas lunas que un águila no se llevaba a un gato.

—¡Pues hoy se ha llevado a uno! —bufó Gotas.

—Será mejor que informe a Narrarrocas —musitó Peñasco, yendo hacia el fondo de la cueva.

Los hijos de Rivera, Alondra y Pino, miraban a su madre con los ojos abiertos de par en par.

—¿Ese pájaro grande también vendrá a por nosotros? —gimoteó Alondra.

—No. —Rivera se inclinó y entrechocó su hocico con el de ellos—. Dentro de la cueva estáis a salvo.

Ala de Tórtola permaneció cerca de Raposo, para que notara su contacto.

—Jamás deberíamos haber hecho este viaje... —susurró—. Glayo no nos cuenta por qué hemos venido, y ahora hay una gata muerta.

Raposo asintió.

—Quiero volver a casa.

Un movimiento en las sombras atrajo la atención de Ala de Tórtola, y vio que Narrarrocas se dirigía hacia ellos seguido de Peñasco. El anciano se detuvo frente al grupo. En sus ojos azules había rabia y odio.

—Nadie os quería aquí —gruñó—. Y ahora, una gata de la tribu ha muerto por vuestra culpa.

—¡No puedes culpar a Raposo! —Ala de Tórtola dio un paso adelante, con el pelo del cuello erizado de rabia—. Ha sido muy valiente.

—No culpo a Raposo —replicó Narrarrocas con voz cascada —. Os culpo a todos vosotros. Si no hubierais venido a las montañas, Rapiña seguiría viva.

Esquiruela alargó la cola para tocar a Ala de Tórtola.

—Narrarrocas tiene razón —musitó—. Nos marcharemos en cuanto podamos. Narrarrocas, todos lo sentimos mucho más de lo que podemos expresar.

Cuando el anciano abrió la boca para responder, se oyó un sonido amortiguado tras ellos. Al darse la vuelta, Ala de Tórtola vio a Glayo saliendo de la Gruta de las Rocas Puntiagudas. Sus ciegos ojos azules la miraron fijamente.

—Es culpa mía —declaró—. Fui yo quien dijo que teníamos que venir. Haré lo que tengo que hacer, y después nos marcharemos.

22

Glayo sintió como si todo el peso de las montañas se posase sobre sus hombros, pero reunió todas sus fuerzas y se volvió hacia Narrarrocas.

—Tu tribu siempre será leal al Narrador de las Rocas Puntiagudas —maulló—. Necesitas devolver esa lealtad teniendo fe en que estáis destinados a estar aquí. Tus descendientes sobrevivirán si les das esperanzas ahora.

—Pero... —empezó Narrarrocas.

Glayo lo detuvo con un movimiento de la cola.

—Ha llegado el momento de que elijas a tu sucesor.

Sus palabras dieron paso al silencio. Glayo era consciente de que la Tribu de las Aguas Rápidas los rodeaba, esperando la respuesta de su sanador.

El anciano se puso en pie.

—Es demasiado tarde —gruñó—. Nuestros antepasados ya no nos protegen. Estamos solos. —Y tras pronunciar esas palabras, dio media vuelta y regresó a su guarida cojeando.

Glayo se imaginó a los miembros de la tribu mirando pasmados a Narrarrocas, mientras comenzaban a brotar murmullos de protesta.

—¿Qué quiere decir?

—¿Es que la Tribu de la Caza Interminable nos ha abandonado?

—¿Qué va a pasar?

—Calmaos. —La voz de Ave se alzó por encima de las demás —. Narrarrocas está muy preocupado, pero sigue siendo nuestro sanador. Él nos protegerá. Dejadlo dormir.

Los murmullos cesaron, pero Glayo notó que los gatos seguían inquietos.

—Yo quiero irme ya —declaró Ala de Tórtola, dando un manotazo contra el suelo de piedra.

—Y yo también —se sumó Raposo.

—Lo sé. Yo también quiero irme —maulló Esquiruela—. Pero no podemos marcharnos cuando está cayendo la noche. Nos iremos a casa mañana. ¿A ti te parece bien, Glayo? ¿Habrás terminado lo que sea que tengas que hacer aquí?

El curandero asintió, pasando por alto el bufido de impaciencia de Ala de Tórtola.

—Sí, podemos marcharnos mañana.

—Vamos a buscaros un sitio para dormir. —Esquiruela se llevó a Ala de Tórtola con la cola, y Raposo fue tras ellas—. Los dos necesitáis una buena noche de descanso si vamos a emprender el viaje mañana.

—Yo no quiero dormir —replicó la joven gris—. Sé que no voy a parar de ver a Rapiña.

Glayo esperó hasta que sus voces se apagaron, y luego regresó a la Gruta de las Rocas Puntiagudas. Aunque volvía a ser ciego, todavía recordaba los pináculos de piedra y el fino rayo de luna que se reflejaba en los charcos.

Recordó cómo Media Luna había quebrado el reflejo en el agua con la zarpa, y, respirando hondo, buscó el aroma de la gata, pero sólo pudo oler a piedra y agua.

Encontró un sitio seco al pie de una de las columnas y se tumbó, ovillándose y tapándose la nariz con la cola. Se sentía muy solo, y la tristeza y el dolor por Rapiña le atenazaban las entrañas.

«Sé lo que tengo que hacer para ayudar a la tribu, y por eso hemos venido aquí, pero ¿la vida de Rapiña no ha sido un precio demasiado alto?»

• • •

Glayo abrió los ojos y vio una lámina de agua oscura delante de él. En su superficie resplandecía la luz de las estrellas. Se levantó de un salto al darse cuenta de que había regresado a la hondonada rocosa de las montañas que había visitado una vez, guiado por un veterano de la Tribu de la Caza Interminable. Escarpados muros de piedra se alzaban a su alrededor por los cuatro costados, ocupados por gatos cuyo pelaje brillaba con el fulgor estelar. Todos lo miraban en silencio.

El joven curandero levantó la cabeza y les sostuvo la mirada con audacia, inspeccionando las filas de felinos. Reconoció a Cascada y a Declive, con los que había hablado en otras ocasiones, y a Chaparrón, que era un veterano la primera vez que él visitó a la tribu. Más arriba de la ladera distinguió las borrosas siluetas de Pluma de Lechuza, Son de Roca y Luna Naciente. Los tres lo saludaron inclinando la cabeza, pero no dijeron nada.

A Glayo le dio un vuelco el corazón. «¿Media Luna también está aquí?» Parecía que había transcurrido sólo un segundo desde que estaban juntos en lo alto del precipicio, aunque él sabía que la gata llevaba muerta ya muchas lunas. Barrió con la mirada las paredes de piedra, pero no halló ni rastro de su precioso pelaje blanco.

«¿Será que ya se ha desvanecido definitivamente? ¿He llegado demasiado tarde para retenerla aquí con mis recuerdos?»

Tampoco veía a Ala de Glayo, Ala de Tórtola y Rugido de León, pero luego se riñó a sí mismo por ser tan descerebrado

como para buscarlos. «¡Por supuesto que no están con la Tribu de la Caza Interminable! ¡Vivimos en el Clan del Trueno!»

Una gata blanca se levantó y bajó de una roca que había al pie de la quebrada. Bordeando la laguna, llegó frente a Glayo.

—Yo soy Nube Cargada de Tormenta —se presentó.

—Te conozco, ¿verdad? —recordó el curandero—. Tú eras una veterana de la tribu la primera vez que vine a las montañas.

—Lo era. Y soy la madre del actual Narrarrocas. Ha llegado el momento de que mi hijo se una a la Tribu de la Caza Interminable.

Glayo sintió un escalofrío.

—Pero ¡no ha elegido a un sucesor!

—Lo sé. —Los ojos de Nube, como lunas diminutas, estaban clavados en el joven curandero—. Mañana tendrás que nombrar al nuevo Narrarrocas —anunció, y Glayo se quedó boquiabierto—. No todos nosotros hemos abandonado a la tribu. Algunos seguimos teniendo fe en que sobrevivirán.

—Pero... ¿cómo voy a nombrar yo al siguiente sanador? —tartamudeó Glayo.

Nube se inclinó hacia delante para susurrarle al oído:

—Tú nombraste al primero, ¿recuerdas?

La gata se giró para mirar hacia arriba, ladeando las orejas hacia una figura que brillaba por encima de todas las demás y que apenas resultaba visible.

—Media Luna... —murmuró Glayo con un hilo de voz. Aguzó la vista para verla mejor, pero estaba demasiado lejos para distinguir sus rasgos.

—Durante todas estas lunas te hemos estado muy agradecidos —continuó Nube—. Siempre supimos que regresarías. Lo que hagas ahora afectará a todos los gatos del pasado y del futuro, tanto a los del lago como a los de las montañas y a los del bosque en el que tus clanes vivieron tanto

tiempo.

Glayo despegó los ojos de Media Luna para volverse hacia Nube.

—No entiendo...

—El final de las estrellas está cerca. Los Tres deben convertirse en cuatro para desafiar a la oscuridad que dura eternamente.

Glayo dio un paso atrás al descubrir que las hileras de gatos que lo rodeaban estaban empezando a desvanecerse. La hondonada se sumió en la oscuridad, atravesada tan sólo por levísimos destellos de luz.

—Pero ¡siempre hemos sido tres! —exclamó—. ¿Quién es el número cuatro?

El resplandor glacial de Nube se fue apagando. Su voz también sonó más débil al responder:

—El número cuatro ya está con vosotros. No tendrás que buscar muy lejos.

Glayo se despertó sobresaltado, envuelto en la oscuridad y en el interminable goteo del agua en la Gruta de las Rocas Puntiagudas. Se puso en pie y corrió hacia la guarida de Narrarrocas. Al llegar, lo asaltó el olor del anciano, que intentaba hablar respirando entrecortadamente.

—¡Ahora los veo! —exclamó Narrarrocas. Cada palabra parecía exigirle un gran esfuerzo—. ¡Mis antepasados! ¡No nos han abandonado! Cuánto lamento...

Su voz se apagó, y Glayo esperó a oír de nuevo la respiración entrecortada y ronca del anciano, pero sólo hubo silencio. Se quedó inmóvil, inclinando la cabeza.

—Descansa en paz, Narrarrocas —murmuró—. La Tribu de la Caza Interminable te espera.

Salió a la cueva principal y captó el olor de Sombra, que se

estaba acercando.

—¿Va todo bien? —preguntó la gata.

—No —respondió Glayo—. Narrarrocas ha muerto.

Sombra soltó un alarido lleno de miedo y dolor. Alertados por el ruido, el resto de los gatos de la tribu comenzaron a despertar. La angustia de todos ellos rodeó a Glayo como olas agitadas, llenas de tristeza y del sentimiento de pérdida y del temor por haberse quedado sin líder.

—¿Narrarrocas ha nombrado a un sucesor antes de fallecer? —quiso saber Sombra.

Un silencio tenso se abatió sobre la cueva. Glayo se dio cuenta de que todos estaban aguardando su respuesta. Respiró hondo.

—Sí —maulló—. Lo ha nombrado.

Acompañado por el retumbo de la cascada, Glayo echó a andar hacia la salida de la cueva e inició el ascenso a lo alto del precipicio. La tribu lo siguió. Algunos de los gatos cargaron con el cuerpo de Narrarrocas y lo depositaron sobre las piedras, junto al río.

Ave se acercó al cadáver del anciano.

—Adiós, Narrador de las Rocas Puntiagudas. Que puedas cazar sin fin entre las estrellas con aquellos que nos vigilan.

Luego retrocedió, y se hizo un silencio expectante. Glayo notó que todas las miradas de la tribu estaban clavadas en él. Sabía lo que tenía que hacer, pero la cabeza le daba vueltas.

Les había mentido a aquellos gatos. Narrarrocas había muerto demasiado pronto.

«¿Cómo puedo elegir al nuevo sanador?»

Entonces recordó que la Tribu de la Caza Interminable sabía que aquello iba a suceder. Ellos confiaban en que él tomaría la decisión correcta... por segunda vez. Se dijo que el sanador no debería ser demasiado joven. La tribu necesitaría a un gato con experiencia y valor; un gato que hubiera visto a sus

compañeros durante los tiempos difíciles y que hubiese tenido fe en que podían sobrevivir; un gato que pusiera a su tribu por encima de sí mismo y que trabajara incansablemente para que sus miembros estuviesen a salvo.

—Peñasco donde Anidan las Águilas, adelántate —maulló.

—¿Yo? —exclamó Peñasco pasmado, antes de acercarse a Glayo rebosando asombro e incertidumbre.

—A partir de este momento serás conocido como el Narrador de las Rocas Puntiagudas. —A Glayo se le encogió el corazón de tristeza al recordar la última vez que había pronunciado esas palabras—. Otros vendrán después de ti, luna tras luna tras luna. Elígelos bien, entrénalos bien y confíales el futuro de tu tribu.

—Me siento muy honrado de haber sido el elegido —dijo Peñasco con voz solemne—. Serviré a mi tribu hasta el final de mis días.

Ave se le acercó.

—Enhorabuena, Narrarrocas —maulló—. Que la Tribu de la Caza Interminable te cuide y te envíe su sabiduría.

Y tras pronunciar aquellas palabras, la gata comenzó a bajar por la ladera. Sus pasos se fueron apagando a medida que saltaba de una roca a otra. Luego fue Garra quien reconoció al nuevo Narrarrocas pronunciando las mismas palabras. Glayo esperó a que todos los miembros de la tribu hablaran y regresaran a la cueva uno tras otro, hasta que en lo alto del precipicio sólo quedaron él y el recién nombrado Narrarrocas.

—No me esperaba ser el elegido —admitió el Narrador de las Rocas Puntiagudas—. Narrarrocas... el anterior... no me dijo nada y tampoco me preparó para esto. Pero no puedo dudar de su elección. Haré todo lo que pueda para honrarlo, a él y al resto de la Tribu de la Caza Interminable. —Respiró hondo—. Qué hermoso es el paisaje desde aquí arriba —susurró, y Glayo imaginó que se refería a las cumbres montañosas—. Pero

supongo que no voy a verlo durante un tiempo... Al menos hasta que los pupilos concluyan su entrenamiento.

Suspiró levemente y regresó despacio a la cueva. De repente, Glayo percibió un tenue movimiento en el aire, y un aroma dolorosamente familiar lo envolvió por completo.

—¿Media Luna? —susurró.

No podía ver a la gata blanca, pero sabía que estaba junto a él. Media Luna le tocó suavemente la oreja con el hocico, y fue como si lo atravesara el restallido de un rayo.

—Has elegido bien —susurró la gata.

Glayo tragó saliva.

—No te olvidaré —le prometió.

—Y yo jamás te olvidé a ti. Estuviste conmigo a través de todas las lunas que transcurrieron después de tu marcha. Ve en paz, regresa con tu clan ahora y encuentra al número cuatro.

Cuando el aroma de Media Luna se disipó, Glayo se dio cuenta de que Esquiruela, Raposo y Ala de Tórtola se habían reunido con él en lo alto.

—¿Podemos irnos a casa ya? —preguntó Esquiruela.

—Sí —respondió el curandero—. Ya hemos hecho lo que habíamos venido a hacer.

Esperó a que sus compañeros iniciaran el descenso y se preparó para seguirlos, pero, al inclinarse cautelosamente por el borde del precipicio, oyó la voz de Media Luna:

—¡Te esperaré eternamente, Ala de Glayo!

"El final de las estrellas está acerca. Los Tres deben convertirse en cuatro para desafiar a la oscuridad que dura eternamente"



Las fuerzas oscuras, que han logrado abrir una brecha entre los cuatro clanes, continúan aumentando su poder. Ahora, Glayo, Leonado y Zarpa de Tórtola saben que deben descubrir el verdadero signifi cado de la profecía que los une para evitar que el código guerrero se destruya para siempre. Mientras Leonado intenta proteger al Clan del Trueno de otra batalla mortal, Glayo viaja a las montañas para ayudar a la Tribu de las Aguas Rápidas. Pero no lo tendrá fácil: una advertencia misteriosa sugiere que, esta vez, el poder de las estrellas quizá no sea sufi ciente para salvar a los clanes.

Señales de la luna es la cuarta entrega de EL AUGURIO DE LAS ESTRELLAS. Traducida a cuarenta idiomas, la serie de LOS GATOS GUERREROS lleva más de cuarenta y tres millones de ejemplares

vendidos en todo el mundo y ha estado más de catorce años en la lista de grandes éxitos de *The New York Times*.

Erin Hunter es el nombre de un grupo de escritoras apasionadas por los gatos y por la vida de los animales en su entorno natural. Además del respeto que sienten por la naturaleza, disfrutan buscando explicaciones del comportamiento animal en la mitología, la astrología y los menhires.



Título original: *Sign of the Moon (Warriors: Omen of the Stars #4)*

Primera edición: marzo de 2023

Adaptación de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Johannes Wiebel

ISBN: 978-84-19275-36-3

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguinlibros

Índice